SUSIE TATE

Cazafortunas



Un compromiso fingido, una conexión verdadera... ¿puede el amor superarlo todo?

CHIC

Susie Tate

Cazafortunas

Traducción de
Eva García Salcedo



Para Ollie.
Vale, eres duque. ¿Contento?

Capítulo 1

Caer de culo



Lottie

Los pijos eran raros: vivían en casas enormes con demasiadas habitaciones y demasiados baños, o sea, en esta casa había cinco veces más baños que personas. Era ridículo, pero no me quejaba. Si así ganaba un sueldo decente, que fuesen todo lo raros que quisieran. En efecto, a los pijos les gustaba tener una gran variedad de baños, pero limpiarlos ya era harina de otro costal. Ahí es donde entraba yo; sin embargo, ese día en concreto tuve un problemilla de camino al trabajo: una niña escuálida de ocho años, con dolor de barriga y sin ganas de ir a clase. Justo antes de doblar la esquina que daba a la manzana de las casas de los pijos, le apreté la mano suavemente y me agaché frente a ella. Se me heló el corazón al ver que le caía una lágrima por la mejilla. Se había abrochado el abrigo acolchado hasta arriba, pero no se había quitado el pijama. Abrazaba a Keith, su poni de peluche, el cual pedía a gritos un baño.

—A ver, tesoro —dije, secándole la lágrima con cuidado y posando las manos sobre sus pequeños hombros—. ¿Recuerdas el plan? Será

como cuando jugamos al escondite, pero te esconderás un buen rato. Aún no te has acabado el libro, ¿no?

Hayley negó con la cabeza mientras me miraba con sus ojazos marrones, enormes y serios, y su carita pecosa. Suspiré y se me volvió a helar el corazón. Hayley ya lo había pasado bastante mal. Si le dolía la barriga, se merecía pasar un día en casa conmigo, acurrucada y calentita en el sofá, tomando una bebida isotónica y no caminando con fatiga por el gélido Londres y teniendo que esconderse en un casoplón aterrador de pijos mientras yo limpiaba los baños; pero sabía que le dolía más la barriga por lo mucho que odiaba el colegio que por cualquier otro motivo, y no iba a arriesgarme a perder mi puesto. Esos aristócratas en concreto pagaban mucho más de lo esperado, por lo que no me podía permitir que me consideraran poco fiable, incluso aunque hubiera podido reducir la jornada ese día. Que no, el riesgo de quedarme sin empleo era demasiado grande. Estábamos al borde de la desesperación y no había red de seguridad, ni para Hayley ni para mí; nunca la había habido.

—Te he metido un montón de aperitivos y una bebida energética en la mochila. Son tus favoritos, pero si crees que vas a vomitar, mejor espera a comer en casa. —Por favor, Señor, que no vomite en esa casa. Estuve ahí cuando vino la decoradora la semana pasada y les recomendó una *chaise longue* de cuatro mil libras. Si una silla rara y extralarga para una persona costaba eso, tardaría años en pagar el desastre que provocase la vomitona de una niña de ocho años—. ¿Cómo estás de la barriga? —Hayley arrugó su nariz pecosa mientras levantaba la mano para hacer un gesto de así, así. Suspiré de nuevo—. Dilo con palabras, tesoro —le recordé con dulzura.

Rehuyó mi mirada para observar la acera y pisó la grava con su bota mullida. Detestaba regañarla, pero me preocupaba que, si no la obligaba a hablar, aunque fuera conmigo, se le atrofiaran las cuerdas vocales por falta de uso.

—Estoy bien —acabó diciendo con una voz tan baja que casi quedó ahogada por el bullicio de la ciudad, pese a que estábamos

en una calle londinense más tranquila (los pijos viven en calles tranquilas y arboladas de Londres; el ruido de los autobuses, los tubos de escape, los chirridos de los neumáticos y el griterío nos los comemos los simples mortales)—. No voy a vomitar. Lo prometo. —Sentí que me empezaba a picar la nariz y la atraje hacia mí para abrazarla fuerte, apretando a Keith el poni entre nosotras. Parpadeé deprisa para contener las lágrimas. Intentaba no llorar delante de Hayley si podía evitarlo, necesitaba creer que era fuerte y confiable. Ya la habían defraudado lo bastante algunos adultos sin aguante, no quería que pensara que yo también la decepcionaría.

Cuando estuve segura de que mis lagrimales estaban bajo control, me aparté para ponerme de pie. Tomé de nuevo la mano de Hayley, enderecé los hombros y giré hacia Buckingham Square. Enclavada en el corazón de Kensington, la zona de Buckingham Square era preciosa. Los grandes y ornamentados edificios rodeaban un jardincito privado en el centro. Había que ser residente de la plaza para usar ese terreno vallado. No se parecía en nada a la parcela comunal a la vuelta de la esquina de nuestro bloque de pisos, pues se componía más bien de rosas bien cuidadas y árboles maduros, y no tanto de jeringuillas usadas, césped quemado, latas de cerveza y gente sin hogar. Aún no me había atrevido a pedir la llave para almorzar allí; me había limitado a mirarla con anhelo por encima de la valla. Era como un pequeño oasis de naturaleza en pleno centro de Londres. Incluso observarla desde fuera me alegraba el alma. Hayley se quedó congelada en la entrada de la imponente Buckingham House y, al mirar abajo, la vi boquiabierta y con los ojos como platos.

—Es enorme —susurró. El hecho de que hubiese hablado de manera espontánea era muestra de lo asombrada que estaba—. Creía que habías dicho que no eran la familia real.

—No, tesoro —dije, tirando de ella hacia la entrada lateral del personal. Cuanto más tiempo estuviéramos allí, más posibilidades habría de que nos pillaran—. Ese es el Palacio de Buckingham, ¿recuerdas? La Buckingham House es diferente. —Lo que no le dije

fue que los residentes de la Buckingham House no estaban tan lejos en la línea de sucesión. El duque ocupaba el puesto número treinta y cinco la última vez que lo busqué en Google. Me estremecí al pensar en el duque. Mi obsesión con él escapaba a mi control; pero desafío a cualquier plebeya a trabajar para alguien así y no acabar acechándolo un poco por internet. El hombre era de una belleza casi inhumana: poderoso, multimillonario (según Wikipedia), prácticamente de la realeza y, para colmo, tenía un sentido del humor mordaz que rivalizaba incluso con el mío, que era más seco que el desierto. No es que me deleitase con él, apenas me miraba. Yo era una integrante del personal y, por lo tanto, casi invisible para seres divinos como el duque de Buckingham.

Pero hubo un par de veces en que sí me sentí observada. La semana anterior estaba vaciando la papelera en un rincón de la cocina cuando entraron el duque y su espeluznante cuñado, Blake. Me ignoraron, como siempre, mientras comentaban las reuniones que tenían esa tarde; pero entonces Blake dijo:

—Lo siento, chaval. —Su acento repipi resonó por toda la estancia —. No cabe. Puedes probar a meterlo a presión, pero será sumamente doloroso para todos los involucrados.

Lo intenté, de verdad que sí, pero era demasiado tentador, así que, sin poder contenerme, murmuré:

—Eso dijo ella.

El problema era que, aunque solía maldecir como un cosaco, había logrado dejar de hacerlo cuando Hayley se vino a vivir conmigo, pero no rematar una frase a la que le iba que ni pintado un «Eso dijo ella» era demasiado para mí. Me mordí el labio, rezando para que ninguno de los dos me hubiera oído (al fin y al cabo, se suponía que el personal debía ser lo más invisible posible, como los elfos domésticos de *Harry Potter).* Intenté irme rápido, pero, cuando me giré y miré al duque, estaba más cerca de lo que creía y me observaba de tal forma que me quedé inmóvil. Blake, por suerte, no me había oído y estaba parloteando sobre otras chorradas, completamente ajeno a la mirada que me estaba

echando su cuñado o a mi mera existencia. Pero el duque no dejaba de mirarme, y yo no podía moverme. Al final, enarcó una de sus cejas oscuras y esbozó una sonrisa torcida con sus labios *sexys.* Juro que casi me desmayo de la lujuria allí mismo, con la bolsa de la basura que olía al curri de la noche anterior en la mano.

Entonces, de repente, se nos cortó el rollo. Volvió a mirar a Blake y yo respiré hondo tras haberme pasado todo lo que había durado el duelo de miradas aguantando la respiración. Al salir corriendo de la cocina, sentí que me ardían los sesos de la vergüenza. ¿Para qué habría llamado la atención? Si iba a llamar la atención del duque, preferiría que no hubiera sido yendo en mallas y con la camiseta que me ponía para limpiar, la cual proclamaba mi amor por *Take That* y tenía un desgarrón en el cuello; un moño alto que me hacía parecer una piña ridícula, y una bolsa de basura apestosa en la mano. Además, llamar la atención del jefe estando de servicio nunca era buena señal. Me quedó claro en mi último curro de limpiadora cuando el marido, a quien hasta entonces consideraba un buen tipo, empezó a invadir mi espacio personal. Durante un tiempo, pensé que me estaba emparanoiando o exagerando, hasta el día en que me agarró el culo.

A eso me habían llevado las bromas amistosas con los jefes. Era uno de los motivos por los que ahora mantenía la cabeza gacha, aunque solo con imaginarme al duque tocándome el culo, o cualquier otra parte de mi anatomía, me derretía. El tío era un sueño húmedo andante. Os lo digo yo, que solo soñaba con él. Otra de las consecuencias de espiarlo por internet por la noche era que me quedaba frita y soñaba con que me hacía ir a su despacho de madera oscura, anticuada y maciza para arrancarme el pañuelo que llevaba en el pelo, besarme con pasión y tumbarme sobre su escritorio milenario de incalculable valor. Ah, el resultado de una imaginación desbordante y la frustración de una vida sexual inexistente. No había sitio en mi vida para hombres altos y musculosos, de ojos azules y ardientes, con trajes impecables y barbas de diseño. Debía concentrarme en sobrevivir.

El caso es que el incidente de la escalera de mano de hace unas semanas me había enseñado que el duque, al contrario que mi exjefe, a quien le resultaba irresistible, no me tocaría ni con un palo; aunque increíblemente vergonzoso, no me parecía mal. Al menos, eso me decía a mí misma.

La única interacción que me permitía con él ahora era mediante nuestra partida de ajedrez diaria. No es que nos sentáramos juntos a jugar, sino que el tablero siempre estaba en el cuartito y, cada vez que limpiaba esa habitación, hacía mi jugada. Siempre había una jugada en respuesta al día siguiente. Hasta el momento, le ganaba por tres a dos.

Hayley y yo cruzamos la cocina corriendo. Por suerte, los del *catering* no estaban allí tan temprano. O los pijos se preparaban su propio desayuno o se conformaban con subsistir con un café fuerte de su cafetera de lujo hasta mediodía; yo me inclinaba más por pensar lo segundo. Atravesé el pasillo como una flecha hasta las puertas dobles de la salita. Para esta gente no existían las salas de estar, no; todo eran cuartitos y salitas. Había múltiples de ambos. El cuartito más pequeño tenía más metros cuadrados que todo nuestro piso. Qué triste. Entré con sigilo y llevé a Hayley a la escalera de caracol que había en una esquina de la vasta estancia de altos techos. Había varios sillones y sofás de brocado de aspecto incómodo frente a frente en el centro de la enorme sala, una gran chimenea a un lado y altos ventanales con vistas a los jardines al otro.

—Sube —le susurré a Hayley, indicándole que fuera ella primero.

Era una escalera empinada y yo era conocida por mi torpeza, así que prefería que se me cayera ella encima a caerme yo y llevármela por delante. El entresuelo tenía hileras de estanterías y una mesa de billar en el centro. Como las estanterías estaban llenas de enciclopedias que, con la llegada de internet, no se habían consultado en años, y no creía que nadie siguiera jugando al billar desde el siglo xix, era probable que no encontrasen a Hayley ahí arriba. Se acurrucó en un rincón con los cojines que había recogido

al subir y se hizo un ovillo junto a Keith mientras la ayudaba a quitarse el abrigo y la tapaba con él a modo de manta.

—Lo hemos conseguido —susurré, intentando sonar emocionada en vez de profundamente aliviada—. ¿A que ha sido divertido? Misión secreta cumplida.

Quería que Hayley creyera que había sido un juego y no se preocupara demasiado. Lo malo era que, como a mí, no se le escapaba nada. Ambas calábamos a la peña y el ambiente con una precisión casi sobrenatural. La trabajadora social lo llamaba *hipervigilancia.* Al parecer, era común en gente con nuestro historial. Hayley se habría fijado en lo tensos que tenía los hombros y en mi mirada de angustia, no se dejaría engañar por mi sonrisa reluciente y falsa.

Me llevé la mano al pecho y, a continuación, al de Hayley. Era nuestra forma de decirnos que nos queríamos sin hablar. Hayley sonreía levemente después, que era lo máximo que podía pedir. Las sonrisas radiantes, las risitas y demás ya no formaban parte de su carácter, pero estaba decidida a cambiarlo. Así pues, le di un beso en la frente y me incorporé para volver a bajar la escalera de caracol.

Por desgracia, solo había llegado a la mitad cuando una voz grave y cavernosa retumbó desde el pasillo, cada vez más cerca. Cuando se abrieron las puertas dobles y me topé con sus ojos azules, hice lo que mejor se me da: tropezar y caer de culo por las escaleras.

Capítulo 2

Deja la cera para muebles



Ollie

Abrió los ojos como platos al cruzar la mirada conmigo, lo que me hizo experimentar la familiar excitación que se me iba de las manos cuando se trataba de esa mujer. Y entonces —cómo no— se cayó. Nunca había conocido a una persona tan torpe como Lottie Forest. La semana anterior, la pillé subida a una escalera de mano en el salón. Cuando le grité: «¿Qué coño haces?», lo cual no fue una gran idea, lo admito, la escalera se tambaleó y sujeté a Lottie justo antes de que se desplomara a un lado.

Sujetarla no era lo más indicado si quería dejar de sentirme ridículamente atraído por ella. Sus mejillas sonrosadas, sus labios entreabiertos por la sorpresa y su cuerpo blando pegado al mío, junto con su fresco aroma floral, bastaron para marearme de lujuria y hacer que la sangre me bajase a la entrepierna. Era todo un misterio saber por qué demonios esa mujer con sus petos holgados, sus múltiples perforaciones en las orejas, su maraña de pelo color caramelo que siempre llevaba recogida con un pañuelo de colores y

su cara lavada hacía que mi cuerpo reaccionara con tanta violencia (y más teniendo en cuenta que apenas sentía nada por mi ex, arreglada, *sexy* y glamurosa sin esforzarse). Me impactó tanto mi reacción visceral que, en cuanto la dejé en el suelo, la aparté como si quemase.

—Ve con más cuidado —le espeté.

—No me habría caído de la dichosa escalera si no me hubieras gritado —me respondió, lo que me hizo sentir aún más atracción.

Por lo general, Lottie era respetuosa y tranquila. Aunque a menudo detectaba fuego en su mirada, casi nunca salía de su imagen de limpiadora humilde. Que me contestara me emocionaba en exceso, pero, tras un breve silencio, palideció, el fuego de su mirada se apagó y bajó la vista al suelo.

—Lo siento, señor —murmuró—. Está usted en lo cierto. Iré con más cuidado.

Contra todo pronóstico, su repentina obediencia me enfureció. Me crucé de brazos y la miré.

—Es que ¿para qué te subes a una escalera? Si es obvio que careces de la coordinación necesaria.

Me miró a los ojos y, por un instante, atisbé otra vez ese fuego en los suyos antes de que los cerrara y negara rápidamente con la cabeza, como para despejarse.

—Hay telarañas en el techo. Me estaba deshaciendo de ellas. Su madre comentó…

—No trabajas para mi madre —le espeté—. Trabajas para mí. No te subas a más escaleras.

Dio un paso atrás, con la mirada aún baja. Noté una opresión en el pecho al verla retroceder. Una parte muy profunda de mi cerebro me gritaba que no la dejara recular. De hecho, me pareció que estaba muy mal que retrocediese.

Y ahora había vuelto a caer, pero esta vez no había estado lo bastante cerca como para sujetarla. Llegué hasta ella justo cuando se estrellaba contra el suelo de madera, aterrizaba sobre una pierna y luego caía con fuerza sobre su muñeca extendida y su cadera.

—¡Por Dios! —exclamé mientras me agachaba a su lado; la preocupación volvió mi tono innecesariamente duro—. Eres la persona más propensa a los accidentes del mundo.

Llevé una mano a su hombro y con la otra hice amago de apartarle el pelo, el cual, por una vez, se había escapado de su ridículo moño. Rehuyó mi contacto y volví a sentir esa loca sensación de pérdida cuando se alejó de mi alcance. Apreté la mandíbula con frustración, pero cuando me miró a los ojos con los suyos anegados en lágrimas, se me hizo un nudo en el estómago.

—Oye, lo siento —dije en un tono más suave—. Me estoy portando como un imbécil. —Su expresión reflejaba sorpresa, lo que me hizo sentir todavía más imbécil—. Eh, ¿estás bien?

—Sí —mintió, carraspeando y secándose una lágrima.

—Va, que te ayudo a levantarte —dije mientras le ofrecía la mano.

—He dicho que estoy bien —dijo entre dientes, ignorando mi mano y haciendo una mueca de dolor al intentar incorporarse, apoyándose en la muñeca sobre la que se había caído.

—Lottie, necesitas… —Volví a intentar agarrarla, pero se apartó y descansó su peso en la otra mano.

—Que estoy bien —dijo con voz más firme. Por alguna razón, miró atrás, al entresuelo, un segundo antes de volver a fijarse en mí —. No necesito ayuda.

Levanté las manos.

—Vale, vale —murmuré.

—Oliver, ¿estás aquí?

Ambos nos estremecimos al oír la voz de mi madre.

—¡Ay! Lottie, ¿estás bien? —preguntó mamá mientras Lottie usaba la mano sana para ponerse en pie, intentando disimular otra mueca de dolor al apoyarse en el tobillo.

—No, mamá —contesté yo—. No está bien. Se ha caído por las puñeteras escaleras.

—¡Santo cielo! —gritó mamá, corriendo hasta donde estábamos Lottie y yo, frente a frente—. Qué mala suerte, cielo. ¿Estás bien? ¿Hay que…? —Dejó la frase ahí y, por un instante, clavó la vista en

el entresuelo de arriba. Frunció un poco el ceño y ladeó la cabeza. Abrió los ojos como platos y se dirigió a mí. Arrugué la frente, confundido. Estaba a punto de girarme para ver qué le había llamado la atención cuando exclamó—: ¡Oliver!

—¿Sí, mamá? —pregunté tras una larga pausa. Mamá se mordió el labio y miró a Lottie, cuyo rostro había palidecido incluso más. Mamá carraspeó mientras volvía a mirarme.

—Eh… quizá deberías volver al trabajo. Llevaré a Lottie a urgencias.

—En serio, Margot, estoy bien —intervino Lottie con voz aguda y algo asustada. Fruncí el ceño. La natural familiaridad de Lottie con mi madre contrastaba de manera radical con la rígida formalidad con la que se dirigía a mí. Hacía siglos que le había dicho que me llamara Ollie, pero seguía empeñada en tratarme de usted. Al menos ya no me llamaba *excelencia—.* No será necesario, solo son un par de moratones.

Sonreí a pesar del dolor que le demudaba su rostro. Me dieron ganas de zarandearla.

—No estás bien —dije, con la voz áspera por mi escasa paciencia —. Te has caído por unas escaleras metálicas. Deberías…

—En serio —me interrumpió, cogiendo una de las muchas gomas que llevaba en la muñeca y usándola para recogerse el pelo de nuevo, eligiendo, de manera evidente, su mano sana. Me decepcionó sin motivo ver su larga mata de ondas color caramelo recluida en su prisión elástica. No me había dado cuenta de lo largo que tenía el pelo ni de cómo enmarcaba su delicado rostro—. Si no hay inconveniente, seguiré a lo mío. —Echó a andar hacia su carrito de la limpieza, pero, cuando casi le cedió el tobillo izquierdo, fue cojeando.

—Para —le espeté, pero, como era habitual en ella, me ignoró—. Lo digo en serio, Lottie. Mi madre tiene razón. Tendrías que hacerte una radiografía de la muñeca y el tobillo.

Sacó el limpiador de muebles de la cesta con la mano sana y fue renqueando al aparador para quitarle el polvo. ¡Maldita sea! Me

acerqué a ella y la agarré del codo con suavidad, intentando ignorar la descarga eléctrica que me recorrió la mano al tocar su piel desnuda. Mi intención era guiarla hasta el sofá y ayudarla a sentarse en él para que no descansase todo el peso en el tobillo; pero la muy testaruda se apartó de mí con un sobresalto y por poco vuelve a caerse.

—Lottie —dije en tono de advertencia—. Suelta el limpiador de muebles y deja que te ayude a sentarte en el sofá para que pongas el pie en alto. —El dolor que traslucía su semblante me oprimía el pecho. ¿Por qué era tan terca?

—Excelencia —empezó, lo que me hizo apretar los puños. Y dale con «excelencia»—. Estoy perfectamente. No necesito poner el pie en alto ni hacerme radiografías. Preferiría terminar mi turno.

Frustrado, levanté las manos mientras ella cojeaba a mi alrededor para seguir quitando el polvo.

—No sabía que se había graduado en Medicina, señorita Forest.

Fue un gesto sutil, y ella se encontraba de lado en ese momento, pero estaba bastante seguro de que había puesto los ojos en blanco.

—No necesito un título en Medicina para saber que haría perder el tiempo a todo el mundo yendo al hospital —dijo entre dientes, y, al rato, añadió—: señor.

Entonces, la muy testaruda y lunática, sin duda mientras intentaba caminar sin renquear, descansó todo su peso en el tobillo malo. Esta vez no pudo disimular su mueca de dolor a la vez que palidecía. Cuando se tambaleó, decidí que ya estaba harto.

—Hasta aquí hemos llegado —le espeté, y avancé a grandes zancadas. Al llegar hasta ella, la levanté por las piernas para cogerla en brazos. Ahogó un grito de la sorpresa cuando me di la vuelta con ella firmemente pegada a mi pecho.

—¿Qué narices haces? —susurró horrorizada mientras la dejaba con cuidado en el sofá y retrocedía rápidamente. Carraspeé y me guardé las manos en los bolsillos.

—Eh… cielo —intervino mamá—. No está bien ir por ahí aupando al servicio y soltándolo sobre los muebles porque sí. Quizá en el siglo

pasado estuviera bien visto, pero ni tu tatarabuelo se habría atrevido a tanto.

Lottie miró a mamá e hizo amago de apoyar las piernas en el suelo. Vale, quizá lo que había hecho no fuera del todo apropiado, pero no iba a volver a presenciar ese dolor tan evidente en el rostro de Lottie. Así que, para que no tocase el suelo, saqué las manos de los bolsillos y volví a poner sus delgadas pantorrillas en el sofá, no sin antes sacar un cojín de un lado y ponérselo bajo los pies. Este movimiento inesperado obligó a Lottie a recostarse en el brazo del sofá. Me miró sin dar crédito.

Oí un resoplido ahogado de mamá; sospeché que sería una risa.

—Voy a llevarte al hospital —anuncié, y Lottie se quedó boquiabierta de la sorpresa.

—Ay, cielo, ¿no tenías una reunión con los promotores? —intervino mamá, y Lottie la miró agradecida.

¿Qué mosca le había picado a esa mujer? Me ofrezco a llevarla personalmente a que la revisen, yo, Oliver Harding, el duque de Buckingham, ofreciéndome a llevar a su limpiadora al hospital, y va ella y me mira como si me hubiera vuelto majareta. Las mujeres y, a decir verdad, la gente en general, solían hacerme caso.

—No me va a llevar a ningún lado, señor —dijo Lottie, con la mirada encendida de nuevo—. Me quedo a terminar mi turno.

—Como su jefe, no puedo, en conciencia, permitirle trabajar con el tobillo y la muñeca posiblemente rotos. —Volvió a poner los ojos en blanco. Increíble—. Me acompañará a urgencias cagando leches.

Le brillaron los ojos. En sus iris marrones aparecieron motas verdes. ¡Caray, qué guapa era!

—Vaya a su reunión —me espetó, lo que me dejó anonadado.

—Le recuerdo, señorita Forest, que es usted mi empleada —dije en un tono suave, pero letal—. Las órdenes se las doy yo a usted, y va a acatarlas. Si desea seguir trabajando para mí, así procederemos.

De inmediato, lamenté la amenaza velada. Su rostro palideció de nuevo, tanto que adquirió un tono grisáceo, y el fuego verde de sus

ojos se apagó para ser reemplazado por una mirada casi de pánico; una mirada que, para mi sorpresa, aborrecí por completo. Por un instante, echó un vistazo fugaz al entresuelo y luego volvió a observarme. Antes de que pudiera girarme a ver qué miraba, se incorporó y me agarró de la muñeca con su pequeña mano. De nuevo, el contacto fue casi eléctrico. Se me aceleró el corazón al sentir que estábamos piel con piel.

—Por supuesto —dijo, con la voz ya desprovista de la renuencia anterior. Noté una opresión en el pecho—. Lo entiendo. Me… me iré por hoy. Me haré una radiografía, lo prometo, p-pero no puedo permitir que me lleve.

Me fijé en la mano con la que me retenía la muñeca y Lottie me soltó de inmediato. Cuando la miré a los ojos, fue como si el tiempo se parase. Era imposible apartar la vista del cálido marrón de sus ojos, tan expresivos. Me embargó una sensación de… conexión, incluso de posesión.

Pero era incluso más que eso. Era como si mi alma viera la suya reflejada en sus ojos y simplemente dijera: «Anda, eres tú. Ahí estás».

Era oficial: se me estaba yendo la cabeza.

—Ve a la reunión, cariño —intervino mamá. Lottie se estremeció y se nos cortó el rollo. ¡Joder, había olvidado que mi madre estaba ahí! —. Me dijiste lo importante que es, y no puedes dejar que Vicky se ocupe sola.

Fruncí el ceño, frustrado. No, no podía dejar que Vicky entrara sin mí.

—Vale —le espeté.

Al mirarme el Rolex vi que ya pasaban cinco minutos de la hora a la que había previsto salir. Negué con la cabeza para despejarme, en un intento por recobrar la cordura e ignorar el ligero pánico que sentí al pensar que Lottie se había hecho daño. ¡Era mi limpiadora, joder! Y últimamente no me la quitaba de la cabeza. No podía permitir que una chica tan joven, testaruda y desaliñada que ni siquiera me llamaba por mi nombre me distrajera, así que me

obligué a ignorar la parte de mí que quería anular la reunión y dejar a Vicky en la estacada para cuidar de mi empleada, la cual no me tenía en mucha estima. Además, era evidente que no estaba ayudando en nada. Lo único que había conseguido era cabrearla y luego asustarla amenazándola con que perdería el empleo.

—De todas formas, no tengo tiempo para esto —farfullé en voz baja, y me volví hacia Lottie—. Más te vale ir al hospital. —La señalé para recalcar que iba en serio—. Y tú —agregué, señalando a mamá — asegúrate de que la lleve uno de nuestros chóferes.

—Vale, cariño —dijo mamá con voz cantarina, lo que me hizo sospechar de inmediato. Por lo general, mi madre no era agradable. La miré con desconfianza un momento, pero ella se limitó a sonreír —. Va, ve a conseguirle a la familia otro dineral que no necesita. — Esa sí que era la madre que conocía y quería—. Chaíto.

Miré a mamá y a Lottie con la persistente sensación de que me estaba perdiendo algo y abandoné la sala.

Y, claro, la reunión fue un completo desastre porque, como no estaba concentrado, no logré impedir que Vicky insultara a todos los presentes. No, yo seguía pensando en cómo Lottie había palidecido al apoyarse en el tobillo, y en qué la habría impulsado a fingir que no se había hecho daño.

Capítulo 3

Los ricos eran despiadados



Lottie

—Pequeña, ya puedes bajar —gritó Margot al entresuelo. Se me heló el corazón. Nos había pillado. Como no oí movimiento arriba, suspiré y me resigné a perder mi puesto.

—Tranquila, Hayley —dije—. Ya no hace falta que te escondas. Se acabó el juego.

Siguió sin moverse.

—Te prometo que no muerdo —dijo Margot sonriendo—. Mmm… si no bajas, tendré que comerme todas las galletas que ha preparado la cocinera y se me pondrá el pandero aún más gordo y no podré montar a Bertie, mi caballo.

Entonces, oí un ruido de pies arriba. Habría sido hablar de caballos, no de galletas, lo que la habría empujado a salir. Hayley estaba obsesionada con los caballos. Vimos su carita aparecer entre los balaustres; nos miraba con los ojos muy abiertos.

—Vamos —dijo Margot con astucia—. Te necesito para salvar mi trasero y el lomo de Bertie, ¿recuerdas?

Hayley me miró. Cuando asentí, se giró y empezó a bajar las escaleras.

—Cuidado, Hails —dije, a lo que me miró enarcando las cejas como diciendo: «Yo no soy una patosa redomada como tú. Sé bajar unas escaleras sin hacer el ridículo». La miré ceñuda—. Me he distraído, ¿vale? No esperaba que estuviera en casa y me he asustado.

Hayley puso los ojos en blanco: «Eres torpe todo el tiempo, no hace falta que el intimidante de tu jefe, alias el mismísimo duque, te dé un susto de muerte».

—Da igual —murmuré—. Como si tú nunca te cayeras. —Hayley enarcó todavía más las cejas y yo resoplé, molesta—. Vale, eso te lo admito. Puede que hayas heredado la mayoría de los genes de coordinación. —Hayley tenía un equilibrio y una coordinación óculo-manual increíbles. Si pudiera permitírmelo o, incluso, convencerla, la apuntaría a todos los clubes de baile, tenis y gimnasia del mundo; pero siempre se negaba en rotundo, así que el sábado se quedó jugando al tenis conmigo en el parque, lo cual, dada mi total incompetencia, no era lo ideal.

Margot carraspeó mientras Hayley se acercaba a mí.

—Da la impresión de que conversáis, pero solo una habla —comentó—. Qué curioso.

Hayley rozó el borde del sofá para sentarse a mi lado, todavía aferrada a Keith. Le di un apretón en los dedos con la mano sana.

—Margot, te presento a mi hermana Hayley. Me temo que no es muy habladora —dije en voz baja. Hayley me devolvió el apretón y miró al suelo a la vez que se sonrojaba.

Margot volvió a observarnos con gesto afable y se acuclilló frente a Hayley.

—Ya ves tú —dijo en voz baja—. Como si no hubiera ya demasiadas charlatanas hablando de culos gordos y caballos.

Eso hizo que Hayley la mirase por un instante y le sonriese ligeramente. Me quedé atónita. Hayley rara vez le sonreía a alguien que no fuera yo, y mucho menos cinco minutos después de

conocerlo. Aparte de mí, sus abuelos y sus profes del colegio, no había muchos más adultos en su vida. Y sus abuelos solo habían mostrado interés en los últimos seis meses. Había intentado animarlos a que se relacionasen con ella, pero era difícil. Brenda y Tony odiaban a mi madre y, por ende, a mí. Al fin y al cabo, no eran mis abuelos, como solían recordarme. Me quedó clarísimo hacía dos semanas, el día de Navidad. A lo largo de mi vida me he sentido sola muchas veces, pero ese día, posiblemente, se llevó la palma.

—Verás, Margot —dije—, te agradezco mucho que antes no le hayas dicho a tu hijo que has visto a Hayley. Normalmente no me la traería, pero… anoche y esta mañana le dolía muchísimo la barriga, y no podía llevarla así a clase.

—Lottie, mi hijo suele ser un tipo encantador. No sé por qué a ti te trata como un tirano prepotente del siglo pasado, pero puedes cogerte unos días de baja por enfermedad si los necesitas, Oliver nunca se opondría.

Dejé de mirarla para echarle un vistazo a Hayley y carraspeé.

—Está… eh… está bien saberlo, pero… —Madre mía, qué incómodo. No quería llamarla mentirosa a la cara, pero estaba bastante segura de que su hijo no vería con buenos ojos que me cogiera una baja por enfermedad. Había aprendido por las malas que los ricos son despiadados.

Me estremecí al recordar el discurso de despedida que me dio mi anterior jefa, la señora Buchanon: «Me temo que necesitamos personal de confianza y alguien que… mantenga el listón». Me había mirado las zapatillas con las suelas desprendidas y las mangas deshilachadas del suéter cuando había dicho «mantenga el listón». No había pasado más vergüenza en toda mi vida. Me gustaría verla a ella mantener el listón de ropa con el presupuesto con el que yo subsistía por aquel entonces, apenas me daba para la comida y el alquiler; pero, por desgracia, no podía rebatir el tema de la fiabilidad. Hayley estaba aún peor cuando trabajaba para los Buchanon. Les expliqué la situación y, al principio, se mostraron comprensivos; pero me cogí una semana por el funeral de nuestra

madre y eso fue la gota que colmó el vaso. La señora Buchanon no deseaba que siguiera importunándola con mis «frecuentes ausencias». No creo que la costumbre de su marido de mirarme el culo con vivo interés ayudara. Así que no, no caería en la trampa de pensar que había margen de error. Ya no.

Carraspeé.

—Hails, ve a echar un vistazo a la estantería, anda —dije, apretándole la mano. A Hayley le encantaban los libros y una de las paredes de la habitación era una estantería que iba del suelo al techo.

Se le iluminó el rostro, pero entonces frunció el ceño y volvió a mirarme el tobillo mordiéndose el labio.

—Estoy bien, tesoro —dije en voz baja. Se soltó de mi mano y levantó la suya con el meñique extendido. Lo entrelacé con el mío y susurré—: Te lo prometo. —Se le iban los ojos de los libros a mí. Suspiré—. No pasa nada. Ve a echar un vistazo. A lo mejor tienen un ejemplar de *Belleza negra*. —Eso funcionó. Volvió la mirada a las estanterías y, por fin, cedió a la tentación: se levantó del sofá y cruzó la estancia para examinar los lomos.

En cuanto Hayley estuvo lo bastante lejos como para no oírme, me volví hacia Margot.

—Necesito conservar mi empleo —susurré.

Tenía un nudo en el estómago por la discusión de antes con el duque. Solo me faltaba cabrearlo. Pero era tan mandón… A ver, ya, él no sabía que mi hermana de ocho años se escondía en su entresuelo, ni que no se me ocurriría ir al hospital sin ella, así que era probable que mi reacción no tuviera mucho sentido; pero, en serio, tranqui, colega. Llevaba desde los diez años apañándomelas solita; podría con un mísero esguince de muñeca y tobillo. Por favor.

Margot nos miró a Hayley y a mí.

—¿Y vuestros padres? —susurró.

Negué con la cabeza. Apretó los labios y puso cara de determinación. Desde que trabajaba para esa familia, me había dado cuenta de que Margot era especial. A pesar de tener su propia casa

en el campo, pasaba mucho tiempo en Londres; su pasatiempo favorito era interferir en la vida de su hijo y desviar su dinero a las diversas fundaciones benéficas que había creado bajo el nombre de Buckingham. Era una mujer de armas tomar. Presentía que tanto Hayley como yo estábamos a punto de experimentarlo en nuestras carnes.

Capítulo 4

Generación de cristal



Lottie

Odiaba ser camarera. Para empezar, tenía que dejar a Hayley con Ada, mi loca vecina de ochenta y dos años. A Ada no le importaba; total, Hayley se cuidaba sola y se acostaba a las siete y media, así que solo tenía que quedarse en mi apartamento y comer (lo cual hacía con gusto; sabía que pronto tendría que ir a hacer la compra, la cual más me valía que no superase las quince libras que me quedaban para el resto del mes). Además, ser camarera me quitaba tiempo por las tardes, que era cuando podía estudiar para el curso de psicología de la Open University que llevaba dos años haciendo a media jornada y que requería unas dieciséis horas semanales. Por suerte, había podido emplear algunas horas en el curro en la Buckingham House (en serio, el tío no necesitaba a alguien que le limpiara la casa; estaba impecable. Como ya he dicho, los pijos son raros), pero, aun así, tenía que hacer la mayor parte del trabajo a altas horas de la noche.

Pero incluso quitando todo eso, seguiría odiando ser camarera. El truco estaba en intentar pasar desapercibida. Con suerte, mi atuendo ayudaría: camisa blanca y falda negra que indicaban que era miembro del personal; coleta baja y maquillaje mínimo. Procuraba llenar las copas sin mirar a los ojos. Nada de sonreír. Ojalá no fuera un completo desastre…

—¡Madre mía! ¿Has visto el pibón que está sirviendo esta noche?

Vaya, no pasaba tan desapercibida como esperaba. Tragué saliva y me dirigí al siguiente grupo, que incluía el tipo que acababa de llamarme pibón. Estaba de espaldas a mí, así que obviamente no se había dado cuenta de mi presencia. Me habría encantado escabullirme, pero todos tenían las copas vacías y yo llevaba una botella llena de champán, así que habría tenido que rodearlos sin servirles para asistir a los demás, lo que habría resultado obvio y extraño. Tragué saliva y seguí adelante.

—¿Champán? —murmuré con la mirada baja y las mejillas no muy rojas (o eso esperaba).

Un par carraspearon avergonzados, probablemente al darse cuenta de lo que había oído. Unos cuantos murmuraron que sí y empecé a llenar las copas. Por desgracia, el champán no se sirve rápido y, con la cantidad de copas que me ofrecían, aquello iba para largo.

—¿Ves lo que te decía? —murmuró el mismo tipo de antes. Me estremecí tanto que por poco derramé el champán de la siguiente copa. Claramente, él no era uno de los avergonzados.

—Espectacular —susurró su amigo. Conocía esa voz. Se me heló el corazón mientras servía con mano temblorosa. Todavía no les había visto la cara, pues no solo estaba concentrada en sus copas, y todos eran mucho más altos que yo.

—¿Qué es espectacular, Blake? —preguntó una voz femenina, lo que me sorprendió. Al mirar arriba vi que una rubia se había incorporado al grupo.

Era absolutamente deslumbrante. No creo haber visto nunca a una mujer tan hermosa en la vida real. Su largo vestido negro se

ceñía a su esbelta figura y llevaba un moño lustroso a un lado.

—Nada, Vics —dijo Blake con desdén, y ella ladeó la cabeza mientras lo miraba fijamente, con el ceño fruncido.

Carraspeé.

—¿Champán? —le pregunté, y ella me dirigió su familiar mirada azul, cristalina y penetrante.

—Hola —dijo. Que no pestañease al mirarme a los ojos me desconcertó un poco.

—Eh… hola —dije, sorprendida de que se dirigiera a mí directamente. En esos sitios, nadie se dirigía a las camareras, y menos las mujeres.

—Eres muy guapa —me dijo, lo que, de nuevo, me dejó perpleja. Uno del grupo se aguantó la risa, pero pasé de él.

—¿Gracias? —dije, ladeando la cabeza mientras la observaba—. Usted también.

—Ya —dijo por toda respuesta.

—Qué rara es —oí que cuchicheaban a mi lado, pero la mujer no pareció darse cuenta, pues mantenía el contacto visual conmigo.

—Eh… bueno, mejor me voy —dije, como una tonta.

Levanté la botella de champán y la agité ligeramente para indicar que debía seguir trabajando. La rubia no me quitaba ojo. Vaaaale. Me fui con el siguiente grupo y volví a ser invisible.

Al cabo de un par de horas, empezaba a odiar mis zapatos. No me había roto el tobillo, pero me dolía y los tacones de diez centímetros me estaban haciendo un flaco favor. Casi le dije al encargado del *catering* por dónde podía meterse el curro cuando me exigió que llevase tacones altos, pero luego vi la factura de la luz y me lo pensé mejor. El otro problema era mi muñeca. Obviamente, tenía que recurrir a mi mano dominante, pues la necesitaba para servir el champán. Miré el gran reloj ornamentado de la pared: solo quedaban dos horas, sería soportable. Había aguantado situaciones mucho peores. Sacudí la muñeca, cogí una botella de champán sin abrir, respiré hondo y volví al tajo. El problema era que, a esas

alturas, los hombres estaban como unas cubas y mucho más desinhibidos.

Mientras me abría paso entre el gentío, me miraban el escote con más descaro que antes; ni los casados que iban acompañados por sus esposas se cortaban. Encima, se me pegaban como lapas, me olían el pelo (¡qué asco!), y me arrinconaban de tal forma que tenía que arrimarme a ellos para pasar, lo que les facilitaba el rozarme una teta sin querer. Era una lata y me estaba cansando un poco, así que, cuando me tambaleé tras escapar de un grupo particularmente irritante y una mano enorme me sujetó el brazo para detenerme, reaccioné sin pensar. Me volví y le estampé la botella de champán al sobón. Por fortuna estaba vacía.

—Lottie, soy yo —me dijo la voz grave y familiar mientras el duque clavaba en mí sus ojos de un azul cristalino. Me soltó el brazo y levantó ambas manos en señal de disculpas—. Lo siento. —Su tono era sorprendentemente suave para alguien que acababa de ser golpeado con un objeto contundente—. No quería asustarte.

Lo miraba fijamente y con los ojos abiertos como platos. Retrocedí un pasito y él arrugó el ceño. Tragué saliva antes de intentar hablar.

—¿Va a hacer que me despidan? —pregunté.

—Lottie…

—Por favor —le supliqué. Estaba tan desesperada que lo interrumpí—. Por favor, no se chive al encargado. Necesito este empleo, en serio.

—Tranquila, Lottie —dijo de nuevo con ese tono suave—. Respira hondo. ¿Me has oído? Te he pedido disculpas. Normalmente no… — Se calló y se llevó la mano a la nuca—. No suelo abordar así a las mujeres, ¿vale? Parecía que te ibas a caer y… bueno, ambos sabemos lo torpe que eres. —Ahora sonreía un poco.

Se me secó la boca. Rayos y centellas, ese tipo era casi demasiado guapo para ser real. Carraspeé y agarré mejor el champán. Debía recomponerme.

—Vale, eh… Pues gracias, supongo.

Miré a izquierda y derecha y me mordí el labio. Estábamos llamando la atención. Recórcholis, esperaba que Thomas el Cabr… no hubiera visto lo ocurrido. No le auguraría nada bueno a mi futuro laboral. Nos habían repetido por activa y por pasiva que aquel lugar era exclusivo, que casi todos los clientes eran famosos o pertenecían a la realeza, que la discreción era absolutamente crucial y que el cliente siempre, siempre tenía la razón. Sin excepciones. En ninguna de sus arengas, Thomas el Cabr… mencionó que sería aceptable estampar botellas de champán a los clientes, y menos a los que eran prácticamente de la realeza.

—Mejor me voy. —Agité la botella, forcé una sonrisa e hice ademán de apartarme. Por desgracia, mi tobillo no acababa de acostumbrarse al tacón e hice una mueca al apoyarme en él, consciente de que el duque seguía con los ojos azules fijos en mí.

—No te apoyes en ese pie —me reprendió a la vez que se interponía en mi camino. Estábamos atrayendo todas las miradas.

—Estoy bien —dije con una sonrisa falsa, incapaz de disimular la irritación que destilaba mi voz.

—Y no deberías llevar tacones —dijo, como si yo no hubiera dicho nada—. Aunque no te hubieras hecho daño en el tobillo, nunca deberías llevar tacones. Bastante trabajo te cuesta ya mantenerte erguida como para rizar el rizo y ponerte zancos.

—Normalmente no soy tan torpe —solté sin pensar—. Es que estar cerca de usted…

Ay, no. Abrí los ojos como platos cuando el duque enarcó una ceja; su sonrisilla se convirtió en una mueca de suficiencia.

—No me digas —dijo en voz baja—. ¿Solo eres torpe conmigo? ¡Qué interesante!

—Váyase a freír espárragos —murmuré, y su sonrisa se ensanchó.

—¿A freír espárragos? No estoy acostumbrado a eso. ¿Es algo que te gusta hacer?

Me puse colorada. Tenía que empezar a maldecir como una adulta, pero las alternativas que se me ocurrieron para Hayley ya estaban demasiado arraigadas.

—¡Ah! ¡Ahí estás! —dijo uno de los tipos serios de antes. Le dio una palmada en la espalda al duque, tapándolo de mi vista—. ¿Por dónde íbamos con el trato de Lexington? ¿Ya se ha encargado la reurbanización de ese terreno? ¿Los cabrones del Gobierno siguen dándote quebraderos de cabeza?

Ese era un ejemplo mucho más típico de cliente: encantado de mirarme el escote y magrearme si podía, pero que, si no era para eso, rara vez se daba cuenta de que existía. A menos que quisiera tomar algo, claro.

—Giles —dijo el duque, apretando los dientes—, tengo algo entre manos. ¿Podrías…? —No oí el resto, pues me fundí con la multitud todo lo deprisa que me permitía mi cojera.

Conseguí evitar al duque una hora más, pero me alcanzó en el momento más humillante. Era casi medianoche para entonces y, con lo que corría el champán, la desinhibición de antes rozaba la vulgaridad.

—Ve ahí a hacer tu trabajo, maldita sea —me espetó Thomas el Cabr…, poniéndome otra bandeja de copas en las manos.

—Preferiría no volver a servir a ese grupo —dije entre dientes.

—Apechuga, cariño —me dijo en tono burlón—. ¡Maldita generación de cristal! Si no vas a soportar que te metan mano de vez en cuando, no vengas. Anda que no hay chicas que aguantarían carros y carretas por las propinas que dan aquí.

No valía la pena discutir, así que me enderecé y me dirigí cojeando hacia el grupo en cuestión: una mesa solo de hombres, uno de los cuales era el señor Buchanon (sin su esposa) y otro el asqueroso de Giles.

Había visto a los Buchanon juntos esa misma noche y ambos me habían ignorado, excepto cuando el señor B me miró el canalillo. O la señora Buchanon se había cansado de las tonterías de su marido y se había ido a casa o él la había mandado a casa para comportarse como una escoria repugnante con impunidad. Todos sus amigos estaban cortados por el mismo patrón. Conocía a los ricachones de

su calaña: andarían sueltos el resto de la noche y su próxima parada sería un club de *striptease* o un burdel.

—¡Ha vuelto! —gritó uno de ellos al acercarme. Le dediqué una sonrisa forzada, intentando volver a ser invisible. Llevaba una bandeja llena de bebidas y la muñeca me dolía a rabiar.

—¿Ya has acabado de limpiar los baños? —preguntó el señor Buchanon, y todos rieron—. Qué pena que Virginia te despidiese, me alegraba la vista tenerte por casa.

—Qué cabrón —dijo Blake, el cuñado de Ollie, arrastrando las palabras; parecía mucho más cansado que los demás; prácticamente se resbalaba de la silla y le costaba mantener la cabeza erguida.

—Perdón —murmuré, intentando dejar la bandeja en la mesa, pero esos cabrones no me lo iban a poner fácil. Había copas vacías en la mesa, la bandeja no cabía y no hicieron ni el más mínimo amago de hacerle sitio. Apenas me dejaban llegar a la mesa. Tuve que apretujarme entre dos de ellos, que estaban sentados en sus sillones de cuero como los reyes del mambo que se creían.

—Deberías haberte esmerado más en recoger la mesa, encanto —dijo uno de ellos con una sonrisa burlona, sin hacer el más mínimo esfuerzo en ayudarme.

Me estremecí cuando una mano enorme me sujetó por detrás, justo por la corva. Cuando miré ceñuda a Giles e intenté zafarme, me agarró tan fuerte que seguro que me saldría un moretón.

—Suéltame —le espeté. Me dolía mucho la muñeca y se me tambaleaba la bandeja.

—¡Uy, uy, uy! —gritaron algunos hombres al ver que las bebidas se balanceaban con precariedad.

—Cuidado, encanto. —Subió más la mano y me estrujó más fuerte. Entre eso y el tufo a alcohol, se me revolvió el estómago y recé para no vomitar.

Me tragué el orgullo.

—Por favor —dije. No me daba apuro suplicar—. No puedo…

Di otro respingo cuando me subió aún más su mano sudorosa. Mi mala suerte quiso que la bebida que se derramó fuera vino tinto y

que no cayera sobre ninguno de aquellos idiotas. No, tuvo que mancharme a mí. Ahogué un grito cuando el contenido de la enorme copa me empapó la camisa blanca. Todos los sentados a la mesa, encantados con el espectáculo, silbaron; pero justo cuando la muñeca me iba a ceder del todo, alguien me arrebató la bandeja de las manos y la volcó sobre la mesa, justo encima de las copas vacías, tirando la mayoría de las demás bebidas. Hubo gritos cuando el líquido salpicó a los comensales.

A su vez, me quitaron la mano que tenía en la pierna. Al trastabillar hacia atrás vi al duque cernido sobre Giles, sujetándole la muñeca con un agarre titánico. Entonces, visto y no visto, el duque sacó a Giles de su asiento, le retorció el brazo de manera que quedó en un ángulo antinatural y le metió la cara de lleno en la mesa hecha un desastre. El duque lo mantuvo allí, casi con indiferencia, mientras Giles forcejeaba para liberarse. La mesa enmudeció. ¡Qué narices! Todo el local enmudeció.

—Discúlpate con la señorita, mamón. —La voz del duque rezumaba una calma inquietante. No parecía que estuviera a punto de romperle el brazo al pobre tío ni que lo estuviese reteniendo con la cara pegada a la mesa mojada.

Capítulo 5

Así funciona el mundo



Lottie

—¡Mierda, mi brazo, Ollie…! —gritó mientras el duque reajustaba el agarre, de modo que el brazo de Giles estaba tan arriba que parecía que se le iba a dislocar el hombro.

—No —repuso el duque, despacio. Daba la impresión de que no le costaba mucho inmovilizar a Giles—. Ya me suplicarás luego. Primero, discúlpate con la señorita.

—¡Me vas a romper el brazo, coño! —gritó Giles.

—Pues espabila, joder —dijo el duque—. Ya, Smithe.

—Lo siento —dijo con voz jadeante—. ¡Por Dios, para! Lo siento, ¿vale?

El olor a vino tinto era abrumador y sentí que podría vomitar o desmayarme; pero no podía permitir que el duque le rompiera el brazo a Giles, por mucho que se lo mereciera.

Toda la mesa se quedó paralizada de horror mientras observaban lo sucedido. El señor Buchanon también parecía a punto de vomitar,

y el rostro de Blake palideció hasta adquirir un color verdoso casi antinatural.

—Ollie —dije en voz baja, acercándome para ponerle la mano en el brazo. Le notaba los músculos tensos bajo la tela del traje—. Suéltalo, por favor. Estoy bien.

Le asombró oír que lo llamaba por su nombre. Lo había hecho para llamar su atención y, por lo visto, funcionó. Me miró ceñudo.

—No estás bien —dijo—. Deja de decir que estás bien cuando no lo estás. Es exasperante.

Le sonreí débilmente. Giles seguía forcejeando con Ollie, pero no parecía que este se percatara; solo estaba pendiente de mí.

—Vale, quizá no esté bien, pero, por favor… nos están mirando todos.

—Me la suda.

Le apreté el brazo.

—Pues a mí no. Y… eh… no me encuentro muy bien.

Me tambaleé del mareo y las náuseas que me dieron. El olor y el dolor me estaban pasando factura.

—Mierda —masculló Ollie, que al fin soltó a Giles. Me sujetó con suavidad por los codos para que no me cayese.

—Creo que voy a potar —susurré a duras penas cuando me rodeó con un brazo para llevarme fuera.

Al ver que me tambaleaba, me levantó hasta casi cargar conmigo. No tenía fuerzas para zafarme, así que dejé que me pegara a su pecho. Intenté aspirar su agradable loción para después del afeitado y bloquear el olor a vino tinto, pero este era demasiado fuerte. En lugar de entrar en los baños públicos, pasamos por una puerta que rezaba «Solo personal» y enfilamos un pequeño pasillo que conducía a un amplio despacho. Gracias a Dios, disponía de baño privado. Me aparté de Ollie, entré corriendo y cerré de un portazo. Entonces reviví mi almuerzo a la inversa. Me traía sin cuidado que Ollie estuviera justo detrás de la puerta y me oyese vomitar. Al menos no me había dado tiempo a cenar esa noche. No hay mal que por bien no venga.

Cuando hube terminado, tiré de la cadena y me enjuagué la boca en el lavabo, pero volvieron a entrarme náuseas al oler de nuevo el vino tinto. Había una razón por la que no podía beber alcohol: el olor me traía recuerdos tan horribles que no me compensaba; pero ahora, con toda la camisa empapada, no podía librarme de él. Sin pensarlo, me arranqué la blusa, la arrojé a un rincón, agarré la toalla del colgador que tenía al lado y, abrazada a ella, me dejé caer sobre las frías baldosas.

—¿Lottie? —Oí la voz grave de Ollie al otro lado de la puerta—. ¿Estás bien?

—No —susurré demasiado bajo para que me oyera—. No estoy bien. Mi vida es un desastre y no tengo ni idea de cómo revertirlo.

Cerré los ojos y dejé que una lágrima resbalara por mi mejilla. Solo quería unos instantes de autocompasión; después, volvería a ser «una cuidadora fuerte, competente y capaz». Reí entre dientes. Si los servicios sociales me vieran ahora, reanudarían los trámites para quitarme a Hayley.

—Por favor, Lottie —dijo con la voz cargada de preocupación—, dime que no te has desmayado. —Se me cayó otra lágrima por la mejilla y no me atreví a hablar—. Lottie. —Su voz era más firme ahora—. O me contestas o entro.

Ay, mierda. Tragué saliva para que me respondiera la garganta, pero era tarde. La puerta se abrió de golpe y Ollie abarcó el umbral con su enorme figura. Me sequé las mejillas, pero sabía que era demasiado tarde. Llorar en el suelo del baño con el sujetador empapado de vino era caer bajo hasta para mí.

—Hola —dijo en voz baja mientras se agachaba frente a mí.

—Hola —logré articular. Miró la camisa que había arrojado a un rincón y volvió a centrarse en mí. Me pegué más la toalla.

—No soporto el olor a alcohol —le expliqué con voz ronca.

Ladeó la cabeza.

—Pues qué raro que hayas elegido trabajar en un bar —dijo con una sonrisita burlona.

Reí entre dientes.

—Ja. Elegido, dice. Me parto.

La gente como yo no elige su profesión. La gente como yo acepta cualquier trabajo con tal de sobrevivir; pero él no lo entendería. Me sobresalté cuando se levantó de sopetón y me quedé boquiabierta cuando empezó a desatarse la corbata.

—¿Qué haces? —logré susurrar, horrorizada.

A continuación, se quitó la chaqueta y la tiró al suelo del baño. Al ver la etiqueta de Armani rechiné los dientes. Yo estresada porque mi única camisa blanca decente estaba manchada de vino tinto y él arrojaba chaquetas de Armani que valían miles de libras a las baldosas sucias sin titubear.

—Toma —dijo. Cuando aparté la vista de su chaqueta para volver a mirarlo, dejé de respirar.

Se había quitado la camisa.

Dios mío, se había quitado la camisa. Sabía que debía estar aterrorizada, pero nunca había visto a un hombre tan perfecto. Aunque lo propio en esas circunstancias hubiera sido gritar, no abrí la boca. Me fijé en que se le marcaban los bíceps, en su amplio pecho y en sus abdominales definidos. Cuando me obligué a mirarlo a la cara, el tío se estaba aguantando las ganas de sonreír.

—No soy de esas —susurré.

Puso los ojos en blanco y dijo:

—Lottie, no me he desnudado para agredirte en un baño después de que te hayan agredido en mi bar. Te estoy ofreciendo mi camisa. Si ya has terminado de comerme con los ojos, cógela.

Estupefacta, vi que, efectivamente, su camisa estaba en toda mi cara; lo que pasaba era que estaba demasiado absorta en la visión de su cuerpo como para darme cuenta. Carraspeé.

—No puedo aceptar tu camisa. La mancharé de vino.

—Cógela, Lottie.

Al comprender que de verdad era mi única alternativa, me pegué la toalla a mí con una mano y con la otra cogí la camisa. Se apartó en cuanto se la quité, como si quisiera recalcar su falta de interés en agredirme. Estaba como un tomate. Pues claro que no se me estaba

insinuando, como si le hiciera falta. Ese hombre estaba entre los cincuenta solteros más cotizados del país, según la revista *Hello!*

Caray, tenía que dejar de buscar a mi jefe en internet.

—Gracias —dije en voz baja y cansada—. Por todo.

Recogió la chaqueta y la corbata del suelo y volvió a centrarse en mí.

—Ponte la camisa y quédate en el despacho. No vuelvas a la sala. Vengo enseguida.

Dicho esto, salió de la habitación como un rayo. Lo oí cerrar la puerta del despacho.

—Vale —susurré—. Espabila, Forest.

Me quité los tacones y me puse de pie. Su camisa me quedaba enorme. Me llegaba por las rodillas y tuve que arremangarme un montón de veces para verme las manos. Recogí mis zapatos y miré mi blusa destrozada, pero aún no me animaba a recogerla. Al salir cojeando del baño, me detuve en seco. La rubia de antes estaba plantada en mitad del despacho, mirándome fijamente, sin un solo pelo fuera de sitio.

—Eh… hola —dije.

—Hola —respondió, pero siguió mirándome fijamente.

—Bueno, me voy, así que…

—Ollie no quiere que te vayas.

La miré atónita. ¿Era la novia del duque? Desde luego lo parecía: rubia, despampanante y hecha un pincel.

—Eh… lo siento, señorita, pero me marcho de todas formas.

Negó con la cabeza.

—No puedes irte. Ollie ha dicho que deberías sentarte.

Me quedé de piedra.

—Oye, quizá tu novio pueda decirte qué hacer, pero…

—Siéntate, Lottie —dijo el duque mientras cruzaba la puerta del despacho. Volvía a ponerse en plan dominante, como si fuera el rey del mambo. Me habían mangoneado, manejado y tratado con condescendencia durante toda la noche. Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—No pienso sentarme —dije rechinando los dientes—. Te he agradecido lo que has hecho, pero mi única camisa blanca buena está destrozada, apesto a vino, me duelen el tobillo y la muñeca, me han humillado a base de bien y quiero irme a casa ya.

Uf, se me tenía que quebrar la voz con la última frase. Qué pena daba.

—Lo sé, Lottie. —El tono del duque volvía a ser suave.

Sin darme cuenta, me sentó con cuidado en la silla que tenía al lado, acercó otra, le colocó un cojín, me subió el pie y me puso una bolsa de hielo sobre la articulación que me dolía. Todo en cuestión de segundos. Intenté protestar, pero no apoyar el peso en el tobillo y tenerlo envuelto en algo frío me sentó tan bien que olvidé lo que iba a decir.

—Mi chófer está de camino.

—Deberías hacerle caso —añadió su supuesta y bella novia—. Ollie siempre sabe qué hacer.

Apreté los dientes. No me apetecía que precisamente su novia me relatase las virtudes de Ollie. Los celos rabiosos que me invadieron me asustaron un poco. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué derecho tenía a estar celosa de la pareja de un condenado duque?

—Pediré un taxi.

El duque miró su móvil y murmuró:

—No hace falta. Ya está aquí mi chófer.

Estaba a punto de volver a hablar cuando la puerta del despacho se abrió de golpe.

—Excelencia —dijo Thomas el Cabr… al irrumpir en el cuarto. Al verme, se quedó paralizado—. Eh… —Tragó saliva y volvió a mirar al duque—. Me han dicho que había un problema con una empleada.

El duque se incorporó tras estar agachado a mi lado. Una energía peligrosa inundó la estancia cuando se giró hacia Thomas el Cabr…

—No, no he dicho eso —le contestó con una voz baja y letal—. He dicho que hay un problema que te cagas con cómo se está llevando este antro.

Me quedé a cuadros. Ese era uno de los bares más exclusivos de Londres. Miembros de la realeza habían acudido allí esa noche. Casi todos los vinos costaban quinientas libras la botella. El Nag's Head, a la vuelta de la esquina de mi casa, sí que era un antro. Ese local, no tanto.

Thomas el Cabr… carraspeó.

—No sé de qué…

—No hay seguridad.

—Pues claro que tenemos seguridad. Están…

—Tenéis seguridad en la entrada, pero no en la sala.

—¿En la sala? —repitió TEC, confundido—. ¿Por qué necesitaríamos seguridad en la sala?

—Para vigilar a los imbéciles a los que dejáis entrar.

—Vigilar a… —TEC se quedó en silencio y luego negó con la cabeza. Cuando volvió a hablar, lo hizo en susurros—. N-no se vigila a esa gente.

—¿De qué cojones estás hablando? —le espetó el duque, claramente perdiendo la paciencia.

TEC estaba negando con la cabeza.

—La seguridad es para mantener el bar exclusivo. Los que entran, los de la sala… N-n-n-ni… No se vigila a esa gente. Ni se me ocurriría… Ni de coña llamaría a un gorila para que los echase.

—¿De qué cojones hablas? —preguntó el duque alzando la voz—. Esa gente lleva toda la noche incomodando a una de tus camareras hasta que un cabrón la ha tocado. —Dijo «la ha tocado» como si fuera un delito capital.

Puse los ojos en blanco.

—En serio, excelencia —dije—. Debería saber que vigilar a sus colegas no es una opción. Pagan una cuota de socio exorbitante por estar aquí y están acostumbrados a que les aguanten las tonterías. No están acostumbrados a que les digan qué hacer. Dele un respiro a TEC, hombre.

—¿TEC? —preguntó el duque, pero mantuve la boca cerrada. Frunció el ceño—. Mira, me da igual quiénes sean. Nada les da

derecho a tratarte así.

—Así no funciona el mundo —le espeté, consciente de que estaba alzando la voz. Me dio igual—. Los de mi clase servimos a los de la suya, y lo hacemos con una sonrisa, aguantando todo tipo de perrerías. En fin, no tengo tiempo para quedarme aquí a escuchar chorradas. Si no trabajo y, por lo tanto, no voy a cobrar, quiero que un taxi me lleve a casa y, como seguramente habré perdido el empleo, que me paguen lo de esta noche antes de irme y que me den las propinas en efectivo. Porque, excelencia, hay una razón por la que la gente como yo trabaja para gente como TEC, que solo busca su propio beneficio: necesitamos el dinero. Puede que se crea el amo del universo conocido, pero no puede cambiar la jerarquía de este país a su antojo.

—Puede que no pueda «cambiar la jerarquía de este país», señorita Forest —repuso el duque, conteniéndose—, pero, desde luego, puedo decirle a mi gerente cómo llevar mi bar, dado que soy el dueño.

Hubo una pausa. A ver, no sabía que era el dueño de ese sitio. Ahora que lo pienso, ¿no había dicho antes «mi bar» en el baño? No es que me sorprendiera; era el dueño de medio Londres.

Carraspeé.

—Ah —dije—. Bueno, en ese caso, continúe.

—Gracias —dijo con tono seco antes de volverse hacia TEC—. Seguridad en sala ¡ya! Y quiero que expulsen del club a esa gentuza y que se les prohíba entrar de por vida. ¿Queda claro?

—Sí, señor —dijo TEC, mirándonos al duque y a mí.

—Pues venga —le espetó el duque.

TEC se puso en marcha y se fue corriendo sin mirar atrás. El duque se volvió hacia mí y suspiró.

—Lottie, lo siento mucho, pero insisto en que dejes que mi chófer te lleve a casa. —Los miré a él y a la rubia con confusión. No parecía en absoluto molesta, solo curiosa. Seguía con la cabeza ladeada mientras me observaba; sí que era rarita, sí—. Está fuera. En cuanto te deje con él regresaré a arreglar este desaguisado.

Me tendió la mano. Dudé, pero entonces recordé que había estado a punto de dislocarle el brazo a un hombre por defender mi honor y, aunque parezca mentira, aquello me reconfortó. Ya era oficial: se me estaba yendo la olla. Cuando por fin acepté su mano y me aprisionó los dedos con los suyos, más fuertes, experimenté una sensación rarísima. La única forma de describirlo que se me ocurre es que, mientras nos dábamos la mano, sentí que todo iba bien. El estrés de la noche desapareció, solo éramos él y yo; ni el duque, ni la limpiadora; sin límites, sin protocolo; nada de versiones cutres y engreídas de la flor y nata que se hallaba fuera del despacho. Solo Ollie y Lottie, de la mano. La sensación era tan abrumadora que, cuando lo miré a los ojos, no pude evitarlo; a pesar de la horrible noche que había tenido, a pesar de mis innumerables preocupaciones, a pesar de que su novia estaba a un palmo de distancia, le sonreí. Y él me devolvió la sonrisa.

Capítulo 6

Ni confirmo ni desmiento que bajase la mano



Lottie

—¡Rayos y centellas! —grité a la vez que pegaba un bote y se me caían el limpiador de baño y el paño húmedo que llevaba. Porque allí, en mis narices, recién salido de su baño y con solo una toalla por abrigo, estaba el hombre al que llevaba evitando el último mes. El atisbo del torso ancho y musculoso que vislumbré en el baño de su club reinó en mis sueños y fantasías más febriles durante semanas, pero sabía que aquello (la imagen de él con el agua goteando por los surcos de sus abdominales y la toalla atada a la cadera) empeoraría mucho las cosas. Podía darme con un canto en los dientes si recordaba mi nombre después de eso; ya no te digo si podía seguir con mi complicadísima vida cuidando a una niña. Tragué saliva y me obligué a mirarlo a la cara.

—¿Disfrutando de las vistas? —preguntó el duque. Su sonrisa era tan arrebatadora y *sexy* que, si las miradas ardientes derritiesen a

las mujeres, yo me habría vuelto un charco de baba a sus pies. Ya estaba como un tomate. Me quedé ahí plantada, mirándolo de hito en hito. No movía ni un músculo del susto que me había dado—. ¿Estás viva? —dijo para chincharme mientras avanzaba hacia mí—. ¿Te ha dado un ictus o qué?

Estaba tan cerca que olía su aroma varonil mezclado con un intenso perfume de gel de ducha. Con que levantase la mano unos centímetros ya lo estaría tocando. Solo de imaginarme a mí acariciando su pecho desnudo y a él permitiéndome hacerlo, me dio un subidón tan fuerte que creí que me desmayaría, así que me aparté con brusquedad y retrocedí un par de pasos rápidos. El corazón me iba a mil.

—Chispas, chispas, chispas —dije a toda velocidad mientras me tapaba los ojos con la mano—. ¡Lo siento! Creía que estabas en París. ¿Cómo es que no estás en París?

Estaba desesperada por seguir retrocediendo, pero entonces recordé que se me habían caído los productos de limpieza, incluido un paño húmedo, en su moqueta, así que, con los ojos aún cubiertos, me agaché y busqué mis cosas a tientas. Me quedé paralizada cuando una manaza me agarró la mano. Entonces separé los dedos de la otra mano lo justo para ver entre ellos a un duque sonriente agachado frente a mí; su toalla corría el riesgo de revelar más de lo que cubría. Chillé y cerré los dedos de golpe mientras él reía entre dientes. Me puso el limpiador y el paño en mi mano extendida y me enderecé en un periquete.

—Perdón por no estar en París, Lottie —dijo el duque. Jesús, María y José, el tío se estaba disculpando con su limpiadora por estar en su propia casa y en su propio dormitorio. Me acordé de que me había dejado el libro de texto abierto en el cuartito e hice una mueca, rezando para que no hubiera visto la evidencia de mi escaqueo.

—No, no. No pasa nada. —Agité el limpiador de baño mientras retrocedía—. Puedes estar aquí… o en París. N-n-no…

—¡Lottie! —dijo, alarmado, pero ya era tarde: me resbalé con algo blando que tenía detrás y volé; pero antes de caer al suelo, una mano fuerte me sostuvo por la espalda y otra me sujetó la cabeza, y quedé suspendida en el aire. Notaba el calor que emanaba su cuerpo a centímetros del mío y su enorme mano en mi espalda y mi pelo. Seguía con los ojos tapados.

—Debes de ser la persona más torpe que he conocido en mi vida. —Le temblaba la voz de la risa. Notaba su aliento en la mejilla. Estaba muy cerca—. Eh… ¿Lottie?

—¿Sí? —chillé.

—Tengo un problemilla con la toalla.

—¿A q-q-qué te refieres?

—Pues a que ya no la tengo.

—Rayos y centellas —musité, y él volvió a reírse entre dientes.

—No sé qué tiene que ver la electricidad con esto, pero te advierto que tengo la chorra fuera, así que, si no quieres verla, te sugiero que dejes la mano ahí mientras te tumbo. Vuelvo al baño. Te aviso cuando puedas mirar, ¿vale?

Asentí.

Soy una buena chica, de verdad que lo soy. No digo palabrotas, cuido de mi hermana, no me acuesto con cualquiera. Ni siquiera bebo. Pero admito que cuando ese hombre me tendió suavemente en el suelo, la separación entre mis dedos se agrandó, al igual que mis ojos al ver de cerca lo que cargaba (digamos que su energía de pichabrava estaba más que justificada). Luego, ni confirmo ni desmiento que bajase la mano mientras volvía al baño sin toalla.



—Te he visto la pilila.

Hala, ya lo había dicho. Si iba a despedirme, adelante.

—Ya veo —dijo mientras se paseaba por la cocina en traje, tan increíblemente atractivo y bien arreglado que me sentí aún más como una pervertida andrajosa.

—Nunca habría entrado en tu habitación así… sin llamar, es decir, si hubiera sabido que no estabas en París.

—Parece que estás al tanto de mis movimientos —dijo mientras se preparaba un café con su supercafetera.

Incómoda, me removí en mi sitio.

—Eh… bueno, es que tu madre es… muy habladora.

Margot se pasaba por casa un par de veces por semana como mínimo. Siempre tenía asuntos importantes que atender en Londres: básicamente, gastarse la pasta y organizar eventos benéficos. Me caía bien. Era una pija sensata aficionada a los caballos. Y era sincera, muy sincera. Para alguien con mi facilidad para pillar a los mentirosos, esa mujer era un soplo de aire fresco.

—Ajá. —Me observaba por encima del borde de la taza mientras le daba un sorbo al café. El tío solo estaba bebiendo un café, pero era lo más atractivo que había visto en toda mi vida. Ese día se había dejado barba; una barba espesa y varonil. Me puse a pensar en cómo sería que me la restregase por la mejilla. Entonces, sin darme cuenta, lo imaginé de nuevo desnudo en todo su esplendor. Me sonrojé y agaché la cabeza.

—Bueno, me voy, que tengo que seguir con lo mío —dije con voz de pito mientras me dirigía a la puerta.

—¿No estabas limpiando la cocina? Pues es aquí donde deberías seguir a lo tuyo.

—Pues… Bueno, es q-q-q… —Retrocedí un paso más y él frunció el ceño.

—No me evites —dijo con su tonito autoritario. Tuve que apretar los dientes para contener una impertinencia. No sabía si era su sangre azul, su crianza, su educación en un colegio privado, sus aires de grandeza o, simplemente, su personalidad, pero era un mandón de la leche.

—No te estoy evitando.

—Anda que no.

Lo miré con recelo.

—No puedes ordenarle a alguien que no te evite.

—¿Por qué no?

—¡Madre del amor hermoso! ¿Cómo que por qué? ¿En serio? ¿Alguna vez te han dicho que no?

Ladeó la cabeza y sonrió. Sinceramente, tanta sensualidad debería ser ilegal. No era seguro para las mujeres con ovarios funcionales estar cerca de él.

—Rara vez —admitió.

—El caso es que no te estoy evitando. Y, de ser así, ¿te extrañaría acaso? Creo que no he pasado más vergüenza en toda mi vida que aquella noche en el bar… tu bar. ¿Hay algo en Londres que no sea tuyo?

—No te avergüences.

Flipé.

—Otra lección sobre interacción humana básica. A lo mejor llega treinta años tarde, pero no puedes coger y ordenarle a alguien que no se avergüence.

—Acabo de hacerlo.

—Que no va así la cosa, alelado.

Me quedé paralizada y abrí los ojos como platos. ¿Estaba buscando que me despidiera?

—¿Alelado? —Su sonrisa se había ensanchado y resplandecía; era como mirar al sol—. Creo que nadie me ha llamado nunca así. Me gusta. —En lugar de la irritación o el enfado que pensaba que lo consumirían, lo único que percibí fue diversión e… interés.

Aluciné. Pues no iba a despedirme.

—Qué rarito eres —susurré, y entonces hizo algo casi mágico: se rio. Fue una risa grave, estruendosa y gloriosa. Podría haberla escuchado todo el día.

—Tú sí que sabes echar piropos —acabó diciendo entre risas, con los ojos aún brillantes. Me encogí de hombros a la vez que se me escapaba una sonrisilla.

Era, literalmente, imposible no sonreír al oírlo carcajearse. Me alejé de la salida para acercarme a la isla de la cocina, arrastrando los pies con cuidado, como si me aproximara a un depredador

enorme e impredecible. El duque se apartó un poco, como si me diera espacio para adentrarme en la habitación, procurando no asustarme. Carraspeé y cuadré los hombros para hacer lo que debería haber hecho hacía un mes.

—Gracias por ayudarme a conservar mi puesto en el bar —dije en voz baja, dejando el espray de cocina sobre la isla de mármol. Se le borró la sonrisa mientras dejaba la taza en la encimera y cruzaba los brazos sobre su pecho fornido.

—No hiciste nada malo.

Esbocé una sonrisa torcida al oírlo. El mundo no funcionaba así. Que no hubiera hecho nada malo no era excusa para no despedirme por montar una escenita. La gente como yo tenía que acatar las normas, por injustas que fueran, y la gente como él nunca lo entendería. No tenía sentido explicárselo.

—¿Ya hay más seguridad en la sala? —preguntó.

Ladeé la cabeza.

—Eh… sí.

—No pareces muy convencida.

—Pues lo estoy —dije con firmeza—. Da gusto trabajar ahí.

A ver, sí, ahora había porteros en el club y nadie tocaba a las camareras, pero el ambiente general seguía siendo el mismo: hombres ricos y poderosos atendidos por mujeres jóvenes con tacones de diez centímetros. Puede que el acoso físico hubiera cesado, pero el verbal…

Frunció el ceño.

—Soy el dueño de la propiedad, pero no me ocupo del bar; es mi cuñado Blake el que se encarga de eso. —Reprimí una mueca. Su cuñado era un borracho (supuse que a él no le habrían vetado la entrada, pues lo había visto después de aquella noche), pero yo estaba archivando esa información en la carpeta de «¿Y a mí qué?». Ni de coña criticaría a la familia del duque en su cara—. ¿Y por qué trabajas ahí?

Contuve las ganas de poner los ojos en blanco. Ricos…

—Ah, es que siempre he soñado con servir copas carísimas a ricachones. Estoy siguiendo mi vocación. Es mi sitio.

—Lottie… —dijo en tono de advertencia.

En ese momento ya puse los ojos en blanco.

—Necesito la pasta, tolái. ¿Por qué crees que trabajo ahí?

Se quedó pasmado.

—¿Tolái?

Me mordí el labio. ¿Qué bicho me había picado ese día? Por suerte, dejó de torcer el gesto y sonrió. Para ser un duque, le encantaba que lo insultaran. A pesar de su naturaleza autoritaria —que ya había sacado a relucir alguna que otra vez—, no dejaba de sorprenderme. No sé qué motivos tendría, pero era obvio que no quería que trabajara en ese bar. Sin embargo, en vez de ordenarme que dejase el curro, me preguntó:

—¿Te apetece un té?

—¿Qué? —pregunté, asombrada.

—Ya sabes, té —dijo con tono paciente—. Un líquido marrón, británico y caliente del que tomas cantidades ingentes… Té.

—¿Cómo sabes que bebo té?

—Dejas pistas —dijo mientras sacaba de la vitrina una tacita de porcelana superelegante y ultradelicada y la ponía junto a las tazas normales y la tetera. Al sujetarla con sus manazas, cuando me la ofreció parecía diminuta. Me puse rojísima. Era la peor limpiadora de la historia de las limpiadoras: no solo había estado usando unas tazas de porcelana preciosas, exquisitas y antiguas para beber té, sino que las había ido dejando hechas un asco por toda la casa y mi jefe las había encontrado.

—Rayos y centellas —musité mientras el duque ponía la tetera a hervir—. Lo siento. Sé que no debería haber, lo primero, robado tu té, lo segundo, beberlo en tazas de porcelana de valor incalculable y, lo tercero, dejar las susodichas por la casa.

Sonrió con suficiencia mientras sacaba de la misma vitrina un platillo a juego y, sin ningún cuidado, le ponía la taza de porcelana encima, lo que hizo que tintinease. No pude evitarlo.

—¡Ten cuidado! —le espeté—. Bueno, es tu taza, así que te diría que eh… tengas cuidado… si quieres. Es que es muy bonita y…

—Creo que mi taza favorita fue la que me encontré en la ducha, con el champú ahí al lado. —Estaba abriendo la lata de bolsitas de té y echando una directamente en la taza. Me mordí el labio para no decirle que así no se prepara el té: hay que usar la tetera bonita y la cubretetera, dejarlo reposar al menos cinco minutos, añadir luego un chorrito de leche a la taza y, solo entonces, agregar el té—. No le pones azúcar, ¿no?

—No puedes prepararme un té —susurré horrorizada.

El duque miró la taza y después a mí y enarcó las cejas.

—Las pruebas indican lo contrario —repuso con sequedad. «¡Indican lo contrario!». Pero ¡qué pijo! ¿Quién hablaba así? Pues los duques.

Tiró la bolsita de té en la encimera (estaba claro que las habilidades culinarias de un duque tenían un límite). Estaba a punto de darme la taza, cuando se detuvo.

—Ay, casi se me olvida. —Agarró la lata de galletas, eligió una rellena, la puso en el plato junto a la taza y me la pasó.

—Sabes que me como tus galletas rellenas —susurré, muerta de vergüenza.

Se rio entre dientes.

—Lottie, te comes unos tres paquetes a la semana. ¿Quién crees que se asegura de que no te falten?

Me dejé caer en el taburete que había frente a mi té. Total, ¿qué sentido tenía ya fingir que era una profesional como la copa de un pino? Para eso disfrutaría del té (a pesar de lo mal hecho que estaba).

—Bueno —dijo mientras se sentaba en el taburete de al lado. Me dio un vuelco el corazón cuando me rozó la pierna con la suya—. En cuanto a la partida de ajedrez…

Capítulo 7

El duque de Follangham



Ollie

—Me mola mi limpiadora.

—¿Que te…? ¿Qué? —Felix alzó la voz y Mike se atragantó con el café.

—Mi limpiadora. Estoy colado por ella.

—¡¿Por la señora Higgins?!

Miré a Felix fijamente.

—Sí, tolái. —Vaya, se me estaban pegando sus insultos de pacotilla—. Estoy colado por una abuela de sesenta y cinco años que me odia a muerte.

—No me extraña —dijo Mike sin titubear—. Los ricos y los aristócratas tenéis unos gustos rarísimos. Mira que fijaros en las niñeras… A saber a quién le habréis echado el ojo. Seguro que os habéis tirado a todas las pijas londinenses de vuestra edad.

—Para decir eso mejor vuélvete a Little Buckingham con tus maderitas.

—Eso es que estás celoso de que yo sí haga cosas de hombre con las manos. No esas ñoñerías de terratenientes y financieros.

La verdad es que los muebles hechos a medida de Mike eran una pasada, pero ni de coña lo reconocería delante de ese fanfarrón.

—Sé hacer muchas cosas con las manos, gracias.

—Ah, ¿sí? —Mike sonrió con petulancia—. Qué suertuda la señora Higgins.

—¡Que no me estoy cepillando a la señora Higgins!

—Entonces ¿a quién? —preguntó Felix, y suspiré.

—A nadie. —Ambos me miraron estupefactos. Puse los ojos en blanco—. Oye, que no soy tan putón.

—Bucks, tío, eres un putón verbenero —dijo Felix, y rechiné los dientes.

—Ya no. Os lo he dicho: me he encaprichado.

—Vale —intervino Mike—. A ver si lo pillo. Tú, Oliver Harding, el duque de Follangham…

Gruñí. Ese estúpido apodo llevaba años atormentándome, desde el dichoso artículo del *Daily Mail* titulado «Los entresijos de la bacanal del duque de Follangham», cortesía de mi ex, Cordelia, quien, al dudar de si estaba en la línea sucesoria para ser la próxima duquesa, decidió vender al periódico una versión tremendamente exagerada de lo ocurrido aquella noche, con fotos pixeladas incluidas. En realidad, la fiesta, aunque animada, no fue una bacanal. Se celebró en Buckingham Manor, mi finca, que tenía piscina (de ahí mis fotos con el torso al aire), pero no fue la orgía masiva que insinuaba el periódico. Claro que, desde entonces, no me había esforzado mucho por mejorar mi reputación. Quizá podría haberme follado a menos tías en la veintena, pero, joder, que llevaba más de seis meses sin acostarme con ninguna… ¡seis meses! Así que estaba totalmente injustificado que Mike usara ese apodo. Pero a ver quién era el guapo que se lo decía a esos mamones.

—Te has pillado por una mujer —prosiguió Mike—, ¿y no te la estás zumbando?

—¿En plan amor no correspondido? —balbuceó Felix—. ¿Va en serio?

—¿Qué tiene de sorprendente? —inquirí.

—Ollie, tú no te cuelgas, no te pillas, ni te quedas con las ganas. Te mola una piba, te la tiras (varias veces si te da por ahí) y sigues con tu vida.

Me moví en el asiento.

—No soy un cabronazo —murmuré. Ni que fuera por Londres acostándome con las mujeres que se me antojasen sin pensar en las consecuencias. Como cualquier hijo de vecino, tenía citas. Es verdad que mis relaciones no solían durar más de unas semanas, pero no me limitaba a ir a sus alcobas, hacerles el amor y ahuecar el ala. Era un caballero. Además, después de todo el lío de Cordelia, me costaba confiar en las mujeres.

—No estamos diciendo que lo seas —repuso Felix—. Es que… no hay razón para que te encapriches.

—¿Por?

—Porque no te hace falta esforzarte. Cualquier mujer se iría a la cama contigo —dijo Mike—. Primero, porque estás cañón, hasta yo lo veo. Y no, no quiero follarte; segundo, porque eres el tío con más labia que conozco. Está el palique, y luego está el palique del duque de Follangham. Eso ya son palabras mayores; tercero, porque eres un puto duque. Cualquier mujer heterosexual o cualquier gay de este país se acostaría contigo sin dudarlo.

—Sabía que me considerabas guapo —dije con una sonrisa burlona.

Ahora fue Mike el que puso los ojos en blanco. Los tres éramos altos y robustos, pero Felix y yo éramos más guapos y metrosexuales que Mike. Nuestro físico musculoso era el resultado de horas en el gimnasio; el corpachón de Mike era fruto de la carpintería. Y, mientras Felix y yo teníamos una barba de diseño, tupida y bien cuidada, Mike tenía una señora barba que se afeitaba cada dos semanas pero que volvía a crecerle en cuestión de horas. Felix y yo, con nuestros trajes a medida, nos mimetizábamos con los

demás clientes del restaurante, mientras que Mike, con su camiseta térmica, su camisa gorda de franela encima y sus vaqueros rotos (sin ningún sentido de la moda) manchados de pintura, daba el cante. En honor a la verdad, el pobre Mike quería ir a la cafetería de la esquina en la que servían un café malísimo y superfuerte junto con salchichas y beicon grasientos, pero lo obligamos a quedar con nosotros ahí. De hecho, le pidió morcilla y judías a la camarera cuando vino a tomarnos nota; ella se limitó a mirarlo con cara de pocos amigos hasta que él gruñó «beicon». Los crujientes trozos de beicon artesanal sobre huevos poché y pan de masa madre que llegaron a nuestra mesa no eran, desde luego, las gruesas lonchas aceitosas malas para el corazón que tanto ansiaba Mike. Nos miró ceñudo y farfulló «pijos de mierda» antes de zampárselo todo en dos bocados.

—La cuestión es —dijo Felix— que me extraña que te guste alguien. Tú no eres así.

—Ya, bueno, es más complicado. Trabaja para mí.

—Sigo sin entender a quién te refieres. Estuve en tu casa la semana pasada, la señora Higgins estaba limpiando tu estudio y cuando le preguntaste si le importaría limpiar otra habitación te mandó a hacer puñetas.

—La señora H quería jubilarse para pasar más tiempo con los horribles nietos que tiene.

—¿Y?

—Pues que le he buscado una sustituta.

—Eh… Si la has sustituido, ¿qué pintaba en tu casa?

Volví a moverme en el asiento.

—A la nueva, Lottie, no se le da muy bien limpiar. O sea, lo intenta, pero es muy patosa. Y… Y se la ve cansada. Entre los imbéciles de turno y mi familia, la casa suele estar manga por hombro. La señora H es indestructible, mientras que la chica esta… —Dejé la frase ahí. Era difícil de explicar y no estaba seguro de que fueran a entenderlo; pero Lottie parecía agotada, como si la vida la

estuviera desgastando—. Además, no quiero que me lave los calzoncillos ni que me limpie el váter. —Me estremecí de pensarlo.

—¿Porque te mola?

Me encogí de hombros.

—Una vez me la encontré dormida en el sofá. Di un portazo y todo, pues no sabía que estaba allí. Estaba ko. No se habría despertado con nada. Y parecía… —Dejé la frase a medias al recordar a Lottie hecha un ovillo, con las manos bajo las mejillas, como una niña, ojeras y unas pestañas, gruesas por naturaleza, que proyectaban sombras. Así tumbada, se la veía tan pequeña y delgada… Lo que me sorprendió considerando lo rápido que engullía las galletas rellenas—. Así que le pedí a la señora H que volviera a limpiar para mí. Para cuando Lottie llega a mi casa, ya no tiene nada que hacer. No hay platos por fregar y los baños están impecables. Y no come lo suficiente, así que ni confirmo ni desmiento que haya empezado a dejarle comida. —Tengo un chef al que he empezado a pagarle para que prepare el doble de comida. Le dije a Lottie que dejaría los platos que se quedasen a medias en la encimera para que los tirara; fingía que me daba palo acabármelos. Lasañas, tartas, pasta al horno… La semana anterior fue un poco ridículo porque mi chef no estaba y tuve que pedir a domicilio. Pedí en un restaurante para unos amigos y le preparé la comida a Lottie para que se la llevara al día siguiente: tres platos de la mejor comida Michelin que hice pasar por sobras.

Mike no daba crédito.

—A ver si lo entiendo: tienes una limpiadora para tu limpiadora, por si tu limpiadora de verdad tiene que quitarte la mierda del váter o algo así.

—Tampoco es eso, no…

—Y la alimentas. O sea que, básicamente, le estás pagando para que vaya a tu casa a dormir y zamparse tu comida.

—Que también estudia.

—¿Cómo?

—Está haciendo un curso en la Open University. Psicología. Así que también estudia.

Felix se tronchó de risa.

—Estás enchochadísimo.

Lo miré ceñudo.

—Ya lo sé, capullo. Por eso he cometido el error de contároslo, idiotas. Está claro que debería haberme guardado el secreto.

Se meaban. Felix casi lloraba de la risa.

—Pues tíratela, ya ves tú qué problema.

—Trabaja para mí —dije apretando los dientes—. No puedo tirármela sin más, eso es acoso. Y me sigue llamando señor y excelencia.

—¿Qué dices? —balbuceó Felix mientras volvían a partirse la caja —. ¡Nadie te llama así! ¿Sabe que ya no estamos en el siglo xix? ¿Quién le ha dicho a la tía esta que te llame excelencia?

—A partir de ahora te llamaré excelencia —dijo Mike con una amplia sonrisa—. Hostia, qué bueno.

—Le he pedido varias veces que me llame Ollie, pero se niega en rotundo. Estoy bloqueado. No puedo invitarla a salir; es evidente que necesita el empleo, por lo que no puedo echarla; no sé si tiene deudas o algo así, pero necesita pasta. También trabaja de camarera en uno de mis malditos clubes, nada menos.

—Joder. Ella es el motivo de que retuvieses a Giles Bartholew-Smithe contra la mesa el mes pasado. No digo que no se lo mereciera, pero me parece que te pasaste un poquito.

—El cabrón ese se merecía algo mucho peor —murmuré con tono sombrío—. Todos los imbéciles esos se lo merecían, y eso incluye a tu amiguito Will.

Will trabajaba en la empresa de Felix y había sido uno de los panolis sentados a la mesa junto con mi cuñado el borracho. Blake y yo habíamos discutido; el pobre diablo llevaba un pedal de campeonato y no se había coscado de nada. Como vi que estaba celebrando que había cerrado un trato importante con un proveedor aquel día, no se lo tuve en cuenta. Es cierto que a veces la cagaba,

pero sabía que era inofensivo y que nunca se comportaría como un imbécil a propósito. Will, en cambio, parecía de todo menos inofensivo.

—No soy amigo de Will —replicó Felix, ceñudo—. Es un empleado. Es muy diferente. Bueno, ¿y qué hizo?

—¿Qué no hizo?, dirás —dije—. Lottie les llevó a todos una bandeja de copas gigante y los muy chulitos se quedaron ahí sentados, sin dejarle espacio para colocarla. Entonces Giles la agarró por debajo de la falda.

—¡Qué mano más larga tiene Smithe! Como siga así, pronto no podrá aparecer en público. Oí que Verity Markham lo puso de vuelta y media el otro día en la inauguración del edificio de la LSE por ser un prenda de cuidado.

—¡Joder! Como no te lo cargues tú, Harry York lo hará por ti. ¡Menudo imbécil!

—Ya. Tuve que despedir al gerente y cambiar el código de vestimenta de las camareras. ¿A quién coño le pareció buena idea que las camareras llevaran bandejas de copas pesadísimas durante horas y horas en tacones? No me extraña que muchas mujeres odien a los hombres. ¡Para no hacerlo! Somos unos mamones desconsiderados de la peor calaña. Ah, también tuve que prohibirles la entrada de por vida a algunos miembros, incluyendo a Smithe y a toda su mesa. A tu amiguito también, Felix.

—Que no es mi…

—Vamos, que no quiero que Lottie trabaje ahí.

Cerré los ojos y recordé cuando la vi en el club. Su pelo color caramelo recogido en una coleta alta, su cara lavada y sin maquillar, lo largas que se le veían las piernas con los tacones pese a lo enana que era: una mezcla letal de pecado e inocencia que le impedía mimetizarse con el ambiente. Era imposible ignorar a Lottie. Observé que hombres que, por lo general, eran relativamente normales, perdían el hilo cuando les rellenaba las copas e interrumpían conversaciones importantes para mirarle el culo al irse. Era desesperante, porque Lottie no solo es una cara bonita a la que

comerse con los ojos. Sí, es preciosa, pero también divertida, amable, una fiera en el ajedrez, autocrítica, ingeniosa… Perfecta, coño.

—Pues ofrécele dinero —sugirió Felix. Mike le dio un puñetazo en el brazo—. ¡Oye! ¿A qué ha venido eso?

—¿Cómo crees que iría eso, imbécil? —preguntó Mike—. El duque le dice a su limpiadora, a la que, por cierto, le tiene unas ganas que no se aguanta: «Oye, limpiadora a la que quiero cepillarme, ¿qué tal si te doy un dineral para que no tengas que trabajar? ¿Y sabes qué? ¡Podemos echar un casquete a cambio!».

Felix hizo una mueca.

—Vale, ya lo pillo.

—Pues eso —dije—. Que estoy en un aprieto.

Capítulo 8

No le vengas con cuentos a quien ya sabe historias



Ollie

—Oliver Harding, ¿qué demonios haces? —preguntó mi hermana Claire mientras ella, su hija Florrie y mi otra hermana, Vicky, me miraban atónitas desde la entrada de mi casa. Esperaba a Vicky para la reunión de esa tarde, pero Claire y Florrie aparecían sin avisar, como siempre.

No me extrañaba que se hubieran sorprendido. Llevaba unos guantes amarillos de fregar y sostenía una botella de lejía. Creo que era la primera vez que usaba guantes de fregar, y era poco probable que mis hermanas o mi sobrina los hubieran usado alguna vez.

—¿Estás… ¡limpiando!? —preguntó Claire, más estupefacta que cuando me vio con unos pantalones pareo poco apropiados, hace unos años, en Goa.

—Es un comportamiento impropio de ti —señaló Vicky.

Sonreí antes de besar a Claire en la mejilla y darle un abrazo firme y breve a Vicky. No le importaba que la tocase, siempre y cuando no fuera con roces suaves. Toleraba mucho más los abrazos firmes que los besos en la mejilla.

Mi sobrina, en cambio, no tenía reparos en cuanto al contacto físico: saltó a mis brazos y me rodeó el cuello con sus delgados brazos para susurrarme al oído: «Qué rarito eres». Al fin y al cabo, había salido a su madre, por lo que estaba destinada a hacerme la puñeta desde que nació. Me reí entre dientes y la estreché antes de enderezarme y despeinarla.

—¡Jopé, tío Ollie! —gritó—. Que me acababa de arreglar el flequillo y me lo has estropeado. —Sí, sin duda había salido a su madre.

—Bonito modelito —dije con una sonrisa burlona, a lo que Florrie resopló.

—No sabes nada de moda —dijo con desdén, y entró en casa pavoneándose.

—Explícate —dijo Claire, entrelazando el brazo con el mío y dándome un caderazo.

Eché un vistazo a las escaleras y la llevé a la cocina a la vez que le indicaba a Vicky que nos siguiera.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó Claire mientras yo hacía entrar a todas en la cocina y cerraba la puerta.

—Está aquí mi limpiadora —expliqué.

Vicky apartó la mirada de mis manos, todavía enguantadas, y volvió a mirarme a mí, enarcando las cejas.

—¿Por qué estás limpiando si tu limpiadora está aquí? —preguntó —. No tiene ningún sentido.

—Baja la voz —le espeté—. La he mandado arriba primero para limpiar yo la cocina.

—Ols, entiendes lo que hacen los limpiadores, ¿no? —intervino Claire.

La fulminé con la mirada.

—Sí, Claire, hasta ahí llego. Pero es que anoche vinieron unos colegas y dejaron esto hecho una mierda.

—¡Tío Ollie! ¡Has dicho la palabra que empieza por eme! —exclamó Florrie con fingido horror. Suspiré.

—A ver si lo he entendido —dijo Claire—. Estás limpiando por primera vez en tu vida porque no quieres que tu limpiadora, cuyo trabajo no es otro que limpiar tu casa, tenga que limpiarla.

Resoplé.

—Normalmente la señora Higgins habría venido antes de que llegara Lottie, pero tenía que cuidar a uno de sus horribles y malcriados nietos.

—¿La señora Higgins? —dijo Claire, alzando la voz—. Pero si se jubiló hace semanas.

Mascullé una maldición cuando cerré la puerta del lavavajillas y el trasto no se ponía en marcha. ¿Para qué coño servirían todos esos botones? Madre mía, acababa de cerrar un trato muy jugoso por una inversión agrícola multifactorial, ¿cómo no iba a saber encender mi propio electrodoméstico? Volví a aporrearlo y emitió un ruido triste de descontento.

—A ver, Ols —dijo Claire, haciéndome a un lado. Se agachó a mirar la pantallita—. No puede ser tan difícil… —Frunció el ceño y se enderezó.

Vicky se acercó a nosotros.

—¿Qué significan los dibujitos? —preguntó. Estábamos apañados.

Nos quedamos un minuto entero mirando el lavavajillas.

Suspiré.

—¡Qué inútiles somos, coño! —mascullé.

—¡Tío Ollie! —gritó Florrie—. ¡Que hay niños!

—Eso, Ollie, no seas tan malhablado —dijo Claire, exasperada—, que no quiero que me vuelvan a llamar del colegio.

—Si la cría esta sabe más palabrotas que yo —murmuré, pero Florrie me oyó con su oído de murciélago y me sacó la lengua.

—¿Por qué demonios estamos intentando poner en marcha esta máquina? —preguntó Claire—. ¿Y por qué tienes una limpiadora

para tu limpiadora?

Carraspeé y me llevé la mano a la nuca.

—Es complicado.

—Complicado —dijo Vicky ladeando la cabeza mientras me miraba fijamente—. ¿Cómo de complicado?

—Es que no quiero que…

—¿No quieres que limpie? —Claire hizo una pausa, incrédula—. Tu limpiadora. No quieres que limpie.

—Me voy a ensayar —dijo Florrie, que se habría aburrido de no oír palabrotas.

—No vayas arriba, cielo —le grité mientras salía de la cocina contoneándose. Florrie estaba ensayando sus bailecitos de TikTok. Subir bailes raros a TikTok, obsesionarse con Taylor Swift y seguir la última moda eran su motivación en la vida.

Claire se cruzó de brazos mientras me miraba de hito en hito. Me quité los guantes de fregar y los tiré al fregadero.

—Le he contado a Claire lo que pasó en el club —dijo Vicky.

—¿Y eso a qué viene? —dijo Claire con desdén. A menudo despreciaba a Vicky—. Pero, ahora que lo mencionas, creo que te pasaste un poco, Ollie. Mira que retener a alguien contra la mesa…

—Esos cabrones están vetados. Me la trae floja que Blake sea amigo de esos capullos. Se estaban propasando con la camarera. Fueron unos maleducados.

Claire suspiró.

—No todos son malos. A ver, Giles es un prenda, y el tal Will no es santo de mi devoción, pero los demás son relativamente inofensivos.

Me vinieron imágenes de los «tipos inofensivos» mirándole el escote a Lottie toda la noche, acosándola deliberadamente y tocándola, y tuve que esforzarme para que no me cegase la ira.

—Tu marido tiene un gusto pésimo para los amigos. Que dé gracias de que iba pedo y no se enteró de nada de lo que pasaba cuando llegué o lo habría vetado a él también. —Claire palideció y tragó saliva.

—¿Blake no estaría…? —Enmudeció y cerró los ojos despacio. Cuando volvió a abrirlos, vi que estaba preocupada de verdad. Añadió, susurrando—: No haría nada, ¿no?

Arrugué el ceño.

—No, Claire. Te lo habría dicho. —Respiró aliviada. Tenía un mal presentimiento—. Pero no detuvo a los demás. —Claire apartó la vista un momento y asintió—. Y, siento decírtelo, pero estaba como una cuba.

—Ya lo sé —farfulló.

—Claire, ¿va todo bien? —Mi cuñado era un canalla arrogante, pero yo no era quien para hablar. Por lo demás, era un buen tipo, pero esa noche llevaba un pedal de campeonato y, al pensar en las últimas veces que nos habíamos visto, recordé que en todas estaba como una cuba. Se pimpló una botella entera en la comida del domingo en casa de mamá hacía un par de semanas. En aquel momento no le di mucha importancia—. Si quieres que vuelva a hablar con él, a ver si…

—¿Qué? No, ni hablar. Blake no se lo tomaría bien. Él ya… —Dejó la frase ahí.

—¿Ya qué? —pregunté, sorprendido.

—Da igual —contestó con fingida alegría.

—Blake tiene un problema con el alcohol —señaló Vicky con esa crudeza suya, directa al grano. Claire le echó una mirada asesina.

Mis hermanas tenían una relación complicada. Conocimos a Vicky cuando yo tenía doce años, Claire trece y Vicky seis. Hasta entonces no teníamos ni idea de que existía, ya que era fruto de una aventura de mi padre. Entonces, un verano, dejaron a una niña rubia que no decía ni mu en Buckingham Manor para que mamá la cuidase durante las vacaciones. Al parecer, a causa de los problemas de Vicky, su madre no era capaz de aguantarla todos los días del año y, obviamente, papá no iba a ejercer de padre (total, ya por aquel entonces apenas estaba en casa). Después de eso, para disgusto de Claire, Vicky pasaba los veranos con nosotros. Nunca perdonó a papá. Para cuando murió repentinamente de un infarto, hacía cinco

años, apenas se hablaban. Siempre sentí que era mi deber proteger a Vicky. No era culpa suya que sus padres fueran unos mierdas y yo era su hermano mayor. Claire sencillamente la toleraba.

—Guárdate tus opiniones para ti, Vics —le espetó Claire, y luego se giró hacia mí—. Eso, que todo el mundo dice que te comportaste como un energúmeno. Estaba preocupada.

—Creo que los actos de Ollie estuvieron justificados —dijo Vicky, concisa—. Pero fue agresión, Ollie, lo que podría haberte acarreado antecedentes penales. Lo digo porque la camarera era tu limpiadora, ¿no es así?

—¿Cómo? —Claire estaba flipando—. Ollie, ¿es eso…?

Sus palabras se vieron interrumpidas por la puerta de la cocina, que se abrió. Al girarnos vimos entrar a Lottie arrastrando los pies, cargada con los productos de limpieza.

—Miércoles —masculló mientras se le caían un par de botellas de la cesta. Al agacharse a recogerlas, se volcó la propia cesta. Salí disparado para ponerla bien y que no acabara todo su contenido en el suelo. Se quedó tan sorprendida cuando me agaché frente a ella que no opuso resistencia cuando fui a quitarle la cesta de las manos. Al cruzar la mirada, abrió los ojos como platos. Fue como si hubiera pasado un ángel.

—Hola.

Lottie dejó de mirarme al oír a Vicky y se nos cortó el rollo.

—Eh… hola —chilló al ver a Vicky y a Claire.

—Hola —la saludó Claire con un gestito y una sonrisa—. Tú debes de ser Lottie.

Lottie asintió, pero se quedó atónita al ver a Vicky.

—Ah, a usted la co… —Dejó la frase ahí y, por alguna razón, se sonrojó.

—Tienes mejor el pie. —Recalcar lo obvio era el don de Vicky, así como volver aún más incómodos los momentos embarazosos—. Y ya no estás cubierta de vino.

—Eh… sí —dijo Lottie despacio, echándole una mirada curiosa.

Entonces se levantó e intentó quitarme la cesta de las manos, pero no la solté. En cambio, agarré las botellas que sostenía, las coloqué en los huecos correspondientes y dejé la cesta en la encimera.

Lottie frunció el ceño.

—Ya puedo yo, excelencia.

Rechiné los dientes mientras Claire se aguantaba la risa.

—¡Ay, madre! ¿Lo llamas excelencia? Perdón, pero es que me parece graciosísimo. Soy Claire, por cierto, la hermana de su excelencia. Tengo entendido que ya conoces a mi hija, Florrie.

Lottie asintió, esbozando una sonrisilla nerviosa.

—Sí, su madre la trajo hace un par de semanas. Es una chica estupenda. —Lottie se mordió el labio antes de continuar—. Esto… siento mucho la interrupción —dijo en voz baja, mirando a la salida y luego a mí, a Vicky y a Claire.

Claire arrugó el ceño.

—No nos interrumpes. Si acaso, te interrumpimos nosotros a ti. En fin, ya que te hemos interrumpido, ¿por qué no me cuentas algo de ti?

Lottie se quedó perpleja.

—Pues… Eh… —Nos miró a los ojos uno a uno y se encogió de hombros con impotencia—. No quiere saber nada de mí, se lo prometo. Soy un muermo. —Bajó la voz para agregar—: Y sé que debería ser invisible.

—¿Invisible? ¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Claire.

—Eso, Lottie —intervine, cruzándome de brazos. Se le fueron los ojos a ellos, luego se fijó en mi pecho y, finalmente, consiguió apartar la vista—. ¿Quién te ha dicho que tenías que ser invisible?

—Pues la señora H no lo es para nada —comentó Claire—. ¿Cómo te llamaba, Ols?

—Pijo de mierda, niño bonito, mimado, blandengue… —dijo Vicky, quien, como de costumbre, lo recordaba todo con claridad meridiana.

—¿Quién es la señora H? —preguntó Lottie.

—La limpiadora de Ollie —respondió Vicky.

—Pero… yo soy la limpiadora de Ollie.

—Sí —intervine, mirando mal a Vicky—. En efecto, tú eres mi limpiadora. La señora H trabajaba para mí.

—Pero si acabas de decir… —empezó Vicky, pero la interrumpí.

—Claire, seguro que tienes mucho que hacer y Vicky y yo tenemos una reunión con Felix, así que mejor lárgate ya.

—Voy a instalarme en el despacho —dijo Vicky antes de salir. Vicky no podía gestionar situaciones sociales complejas en las que no estuviera segura de las normas, y esa era más compleja que la mayoría.

—Eh… —Lottie echó otro vistazo rápido al pasillo y volvió a mirarme—. ¿Necesitan alguna otra estancia? No van a usar la biblioteca, ¿no?

Arrugué el ceño.

—¿Qué le pasa a la biblioteca?

—Ah, nada, excelencia —dijo, intentando parecer indiferente, pero su voz trémula la delató—. Es que todavía no le he quitado el polvo, por lo que…

—No tenemos intención de usar la biblioteca —le aseguré. Qué raro. ¿Habría tirado algo?

Suspiró aliviada y observó la cocina, ahora impecable.

—¿Empiezo por aquí?

—Claro —respondí.

—Es que no parece que haya mucho que hacer. —Me miró confundida y luego bajó la voz—. Me moría de ganas de preguntarlo: ¿es cosa de ricos? ¿Que limpien tu casa ya limpia?

Claire rio por la nariz hasta que la fulminé con la mirada.

—No, es que… soy muy ordenado, por eso…

—Vale —dijo Lottie poco a poco. Me miraba ceñuda y tuve la clara impresión de que sabía que mentía.

El bufido que soltó Claire al oír mi trola costó más de disimular.

—Claire, ¿no te ibas?

Tomé cartas en el asunto y la agarré del brazo para sacarla de la cocina y alejarla de Lottie. Una vez en el pasillo, se giró hacia mí, emocionada perdida.

—¡Te gusta! —exclamó.

—¿Qué dices, anda?

—No le vengas con cuentos a quien ya sabe historias, Bucky. Te gusta. No hay otra explicación para que la señora H siga trabajando para que tu limpiadora, que te gusta, no tenga que limpiar. ¡Y la mirada que os habéis echado! Que sí, que eres mi hermano, pero hasta yo reconozco que saltaban chispas ahí.

—Corta el rollo, en serio. —Probé a usar mi influencia de hermano con ella, pero nunca funcionaba con Claire. Su sonrisa era tan amplia que me estaba dando un poco de grima.

—¡Ay, qué guay! Verás cuando se lo cuente a los demás. No te gustaba ninguna desde…

—Ni la nombres —gruñí, a lo que Claire apretó los labios, pero seguía inexplicablemente emocionada.

—Es que nos tenías muy preocupados, Ols —me dijo—. Desde ya sabes quién, no has levantado cabeza. Te has vuelto más… frío. Ya no eres mi pequeño Ollie.

—Claire, paso del metro ochenta. Hace más de veinte años que no soy tu pequeño Ollie.

Claire me ignoró. Saltaba de puntillas, emocionada.

—Ya sabes a qué me refiero. Llevas demasiado tiempo empeñado en no salir con ninguna chica.

—Sé perfectamente lo que opinas de mi relación con las mujeres. No puedo salir de casa sin que tú o, peor aún, mamá intentéis emparejarme. ¿Os habéis planteado alguna vez que quizá Vicky y yo queramos estar solteros?

—No digas tonterías. Con que Vics no fuese tan… rarita y…

—Claire —dije en tono de advertencia, a lo que puso los ojos en blanco.

—Uf, ya sabes a qué me refiero. No lo digo a malas. Es que suele intimidar a los tíos con su megacerebro. Y en lo que a ti respecta,

esta vez solo necesitas una buena chica, no una zorra que te traicione. El caso es que ninguno de nuestros intentos ha tenido éxito. No te ha gustado ninguna, punto. En más de cinco años, Ols. —Había dejado de rebotar y, susurrando, añadió—: Me preocupaba que te hubiera traumatizado.

Suspiré y abracé a Claire.

—Os preocupáis demasiado —dije mientras la besaba en la coronilla—. Por aquel entonces era un crío tonto. Creía que la amaba, pero… —Dejé la frase ahí. La verdad era que el dolor de lo ocurrido me había durado años: la humillación, el desamor… Pero ahora… —Lo que hizo Cordelia me dolió, pero no me traumatizó, Claire.

—Me alegra que ya puedas decir su nombre —dijo Claire en voz baja—. Estás progresando. Lo mismo es por esta chica.

—No te precipites, Clairecita —dije con severidad—. Está el problemilla de que trabaja para mí.

—¡Bah! Anda que no hay gente que se conoce trabajando.

—Hay un desequilibrio de poder.

—Siempre hay un desequilibrio de poder, Ols. A ver, que piense… Deberías regalarle flores. Y pedirle…

—Uf, si lo sé no te cuento nada —gemí—. Bueno, ¿cómo está mamá?

Hablamos un rato sobre Buckingham Manor y sus gastos de mantenimiento, pues Claire sospechaba que mamá no estaba al tanto. Mi hermana me dio más la tabarra con Lottie y yo le pregunté si creía que le pasaba algo a Vicky, pues últimamente había estado muy callada.

—¿Y a mí qué me cuentas? —dijo Claire con desdén. Suspiré. Hacía unos años, justo cuando creía que mis hermanas empezaban a llevarse mejor, Claire se casó con Blake y todo se fue al traste. A Vicky no le caía bien Blake y no se molestaba en disimularlo.

—Bueno, venga, vamos a buscar a tu diablillo —dije al ver la hora y darme cuenta de que Vicky empezaría la reunión sin mí como no espabilase.

Llevé a Claire por el pasillo y seguí el sonido de la música de Florrie, que me condujo a la biblioteca.

—¡Hola! —Florrie salió de repente de detrás del sofá.

—¿Qué haces ahí, cielo? —le preguntó Claire.

—¡Nada! —chilló Florrie, mirando al suelo, a su lado y otra vez a nosotros. Estaba colorada y nos rehuía la mirada. Qué mal mentía. Rezaba para que no se le hubiera caído esmalte de uñas en mi suelo de madera como la última vez.

—Bueno, nosotros mejor nos vamos…

—¡Eso! —gritó Florrie mientras se abalanzaba sobre nosotros para echarnos de la biblioteca—. Ya os podéis ir.

—Cada vez estás más rara —le dije mientras volvía a despeinarla.

—¡Tío Ollie! ¡El pelo!

Capítulo 9

Siempre se abren



Lottie

—¡Me cago en todo! —bramó una voz grave. Me quedé paralizada cuando la puerta del cuartito se abrió de sopetón.

Para ser sincera, se me hacía raro que empleasen el diminutivo para referirse a esa habitación, ya que era más grande que todo mi piso, pero, de nuevo, no había quien entendiese a los ricos. Me disponía a mover a la reina para hacerle jaque mate a mi oponente cuando el duque entró en tromba y se detuvo en seco al verme. Su mirada pasó de mi cara a la mano con la que sostenía la pieza de ajedrez y, pese a lo enfadado que estaba hacía un segundo, sonrió.

—¿Y bien? ¿Vas a admitir de una vez que eres tú quien me gana al ajedrez? —preguntó.

Estuve a punto de devolver la reina a su sitio, pero el movimiento que iba a hacer era perfecto. Estaríamos dos a cero. Me mordí el labio, la coloqué frente al alfil y me enderecé para dar un paso atrás.

—Jaque mate —murmuró.

Retrocedí deprisa al verlo acercarse y me fui detrás del sofá. Mi movimiento reavivó su irritación, pues dejó de sonreír y frunció el ceño. Resopló mientras se dejaba caer en uno de los sillones que había junto al tablero de ajedrez, se inclinó hacia delante y se frotó las sienes.

—Lo dejo tranquilo —susurré, retrocediendo un poco más hacia la puerta.

—Lottie —dijo justo cuando iba a agarrar el pomo—, tutéame un rato, anda. He tenido una mañana de perros y agradecería hablar con alguien que no sea un completo imbécil.

Solté una carcajada de sorpresa.

—¿Cómo sabes que no soy una completa mmm? Quizá sea una mmm integral.

—Simplemente lo sé. No me das sensación de imbecilidad.

Dudé un momento y bajé la mano.

—Vale —dije, despacio—. No tengo tanta prisa; pero deberías saber que soy un poquito mmm… a veces.

—¿No lo somos todos? Mis hermanas dirían que se me da de lujo.

—¿Hermanas? —pregunté mientras lo rodeaba y me sentaba en el sillón de enfrente—. ¿Tienes más de una?

—Sí, claro —contestó extrañado.

—Ah, bueno, la hermana que he conocido parece guay.

Ladeó la cabeza.

—Pero si conoces a las dos. Vicky estaba en el club y la semana pasada vinieron las dos.

—Aaaaah —dije despacio—. ¿La rubia? Pensaba… —Me callé, no fuera a revelar mis estúpidas conjeturas. Intenté ignorar el atisbo de esperanza y felicidad que sentí al saber que el duque no tenía novia.

—¿Qué pensabas?

—Pues que erais…

—Mierda. Di por sentado que Vics te habría dicho quién era. Perdona, no se le da muy bien… Eh… bueno, que no es muy sociable, vamos. No capta muchas situaciones. Es un genio en

muchos sentidos, pero las interacciones humanas a menudo la desconciertan.

—Parecía maja. —Sin los celos a flor de piel, me di cuenta de que Vicky me caía muy bien. No tenía dos caras y no mentía jamás, eso seguro.

El duque flipó.

—¿En serio?

—Es que es directa, supongo. Se lo toma todo al pie de la letra.

—Eso es quedarse corto. Por desgracia, Vics es un lastre a veces. Quiero a mi hermana, pero es única para cabrear a la peña. —Hizo una pausa mientras me miraba y tomó una decisión—. Es autista. Su madre, no la mía, sino la amante de mi padre, no creía en esas cosas, así que se lo diagnosticaron de adulta. Pero no lo vamos diciendo. No quiero que la vuelva vulnerable y ella prefiere llevarlo en secreto; sin embargo, da problemas. Es tan sincera que a veces la cosa se pone… fea.

—La gente no soporta la verdad —dije.

—Ya, bueno, pues va y dice que el negocio familiar lleva demasiado tiempo «asfixiándola» y se ha unido a la entidad financiera de mi mejor amigo para demostrar su valía o alguna chorrada por el estilo. Qué tontería.

—¿Por eso estás enfadado?

—Perdona. —Hizo una mueca y apartó la vista—. No debería haberme puesto hecho un basilisco.

—Eh… es tu casa —dije con una sonrisilla—. Puedes ponerte como quieras.

—Ya, bueno, es que no quiero ser un…

—¿Un mmm?

Sonrió.

—Exacto.

—Si te sirve de consuelo, no creo que lo seas.

—¡Qué piropo!

—Piropazo. ¿Y qué más te ha pasado para que te pongas a dar portazos?

El duque se puso a colocar las piezas de ajedrez en su sitio. Dios, qué manos más *sexys:* bronceadas, venosas y masculinas. Que le asomase el ostentoso reloj de pulsera por la manga de la camisa le daba su puntito; por no hablar del tenue aroma a loción para después del afeitado que casi casi podía oler. Daba la impresión de que se había mesado el pelo varias veces, y ya le estaba creciendo la barba. En serio, era casi indecente ir por ahí con semejante percha a las dos de la tarde de un martes. Carraspeó y, cuando lo miré a los ojos, vi que estaba sonriendo.

—¿Estás bien? —me preguntó—. Te has quedado empanada un rato.

—P-perdón —dije, dándome un empujoncito mental para salir del estupor.

—Va, mueve ficha —dijo en voz baja. Me quedé atónita. ¿Estaba insinuando que debería…?

—Eh… es que…

—La del juego —dijo, señalando el tablero y enarcando una ceja.

Toda roja, carraspeé y moví el peón sin pensar.

—Mi cuñado sí que es un pelín imbécil. Por eso me he puesto a dar portazos.

Apreté los labios. Ni de coña iba a decirle lo que de verdad opinaba de Blake.

—Claire no parece de las que se casaría con un mmm.

El duque, ataviado con un traje carísimo, encogió sus anchos hombros.

—Hubo un tiempo en que estaba bien, pero últimamente… —Dejó la frase a medias y miró a un lado—. Fue uno de los capullos del club que no te apartó las copas para que pudieras pasar.

—Ostras. —Fingí que me sorprendía—. Ya veo.

—Exacto, alerta de superimbécil; pero eso solo pasa cuando bebe. El trato que acaba de fastidiar, el cual nos iba a conceder el terreno necesario para construir más bares, no tiene nada que ver con el alcohol.

Me mordí el labio y miré a un lado. Según mi experiencia, el alcohol influía en muchas más situaciones de las que creía la gente.

—No debería haberle dejado tomar la iniciativa, pero me aseguró que lo tenía bajo control. Si hasta sigue creyendo que puede salvarlo.

—Quizá deberías darle una oportunidad —dije en voz baja, lo que lo dejó anonadado.

—¿Por qué lo defiendes? Se portó como un imbécil integral aquella noche en el club.

Me encogí de hombros.

—Es tu familia y la familia es importante. En las familias, todos estamos unidos por lazos que se entrecruzan, nos vuelven un todo fuerte y nos brindan cobijo y sentido de pertenencia. No te arriesgues a cortar ninguno de esos lazos, y menos cuando podría ser tu hermana la que cayese al abismo que se abriría.

Se incorporó y me miró asombrado.

—Nunca lo había pensado así —dijo despacio.

Se me heló el corazón y, por un instante, se me hizo un nudo en la garganta. Si no te han quitado a tu familia y la estabilidad que esta te aporta, nunca vas a entender lo importante que es y lo perdido que estás sin ella. Intenté reprimir la envidia que sentí mientras lo veía reflexionar sobre lo que le había dicho.

—¿Así eres tú con tu familia? —me preguntó, lo cual me sorprendió. Según mi experiencia, a los hombres solo les gustaba hablar de sí mismos.

Me encogí de hombros.

—Haría lo que fuera por ella. —Era cierto, aunque mi familia se redujera a Hayley. Los lazos que nos unían eran inquebrantables.

—Mmm… bueno, no sé cómo lo voy a hacer para medir mis palabras con él, pero tienes razón: la familia es importante.

—Podrías probar lo que hago yo —solté sin pensar.

Ladeó la cabeza.

—¿Y qué es?

—Cuando la gente me joroba, como en el club la otra noche… —Hice una pausa al ver la cara asesina que puso—. Pues, eh… bueno, canto una cancioncita en voz baja. Supongo que es como contar hasta diez.

Dejó de torcer el gesto y sonrió.

—Pues va, canta —me animó.

—Ah, no, paso de cantarte mi canción.

Planté cara a su alfil con mi caballo.

—Va, no puedes dar a entender que tienes el secreto para lidiar con capullos y luego guardarte los detalles. —Hizo una jugada nefasta con su torre que dejó su caballo indefenso; el tío jugaba como el culo al ajedrez.

—No, ni lo sueñes —dije—. Invéntate tú una.

—Anda, Lottie —me suplicó.

—Que no.

—Por favor.

—No.

—Porfi.

Resoplé.

—No vas a dejarlo pasar, ¿eh?

Enarcó las cejas.

—Vale, vale —murmuré, con la cara acalorada—. Dice así:

No voy a arrear a este bobo,
esperaré a que se largue.
Porque los tontos son tontos,
pero siempre se abren.

Su risa profunda y sonora se oyó por toda la estancia. Lo observé fascinada. Era tan guapo que parecía irreal.

—Qué pegadiza —comentó, risueño—. Dime, ¿has usado esas rimas conmigo?

Carraspeé y aparté la vista.

—Pues claro que no.

—Qué mal mientes.

Le sonreí.

—Hasta tú tienes que admitir que a veces te lo has ganado.

—No me digas. Yo que me preocupé por si te rompías el cuello, que insistí en que fueras al hospital cuando te caíste de una altura de tres metros y no podías apoyar la pierna, que te regañé por subirte a una escalera cuando ya te cuesta una barbaridad mantenerte en pie en tierra firme… preciosa, no te ofendas. Mi preocupación estaba más que justificada.

Reprimí el escalofrío que me recorrió de arriba abajo cuando me llamó preciosa. Puse los ojos en blanco y, con la siguiente jugada, me llevé su alfil.

—Eres un mandón —le dije.

—Sí —me confirmó. Lo miré a la cara y clavó sus ojos en los míos. Nos quedamos mirándonos mientras yo, una vez más, estaba completamente hipnotizada—. En efecto, Lottie. Soy muy mandón.

Vale, no había dicho nada erótico, pero fue la manera en que lo dijo: con voz grave, misteriosa y autoritaria. Tenía la sensación de que ya no estábamos hablando de mi torpeza. Cuando me tocó mover, me temblaban los dedos y derribé el peón en vez de cogerlo.

Antes de que me diese cuenta, el duque me agarró la mano. Debería haberla apartado; de haber tenido más fuerza de voluntad, lo habría hecho, pero entre el olor de su caro perfume, el calor que irradiaba su vigoroso puño, el recuerdo de su voz profunda y amenazante en mi cabeza y sus ojos azules mirándome fijamente mientras se le dilataban las pupilas, no había manera de que pudiera alejarme. Era fisiológicamente imposible. Me acarició la palma con el pulgar, lo que me embriagó tanto que pensé que me desmayaría si me incorporaba. Su roce era eléctrico, como una fuerza viva y palpitante que fluía hacia mi mano y me subía por el brazo.

—Qué mano más pequeña tienes —comentó, aún en voz baja.

—Eh… yo diría que es de tamaño normal —repuse con voz ronca. Carraspeé y añadí—: La tuya, en cambio, es enorme.

Entonces me sonrió y murmuró:

—Eso dijo ella. —Remató mi frase con el mismo chiste que había usado yo hacía semanas. Fue cuando ya no pude más.

Años de disciplina, de seguir un control estricto, de hacer lo correcto, de salir del paso y de privarme de caprichos se habían ido al garete porque ese hombre era demasiado. Básicamente. Fue como si mi cerebro hubiera hecho clic y la Lottie sensata se hubiera ido y, en su lugar, hubiese aparecido la Lottie ávida de sexo que estaba obsesionada con el duque. Me levanté de un salto y hundí la mano libre en el hermoso cabello con el que llevaba meses soñando y le planté un beso en los labios, que seguían sonriendo.

Capítulo 10

Una fantasía



Lottie

Mi mente tardó un par de segundos en comprender lo que hacía mi cuerpo.

—P-perdón —dije mientras intentaba apartarme. Pero entonces el duque me acercó bruscamente a su regazo y, con la otra mano, me tomó de la mandíbula.

—Qué guapa eres, coño —murmuró. Su boca casi rozaba la mía mientras me observaba con detenimiento. A continuación, me dio otro tirón brusco que me hizo caer hacia delante y me rodeó con el brazo. Procedió a ladearme la mandíbula a su antojo y a rozarme la nariz con la suya una vez, dos, hasta que al fin volvimos a besarnos.

Notaba bajo las manos lo tensos que tenía los pectorales, la suave y firme presión que ejercían sus labios y lo áspera que era su barba incipiente. Algo se volvió a activar en mi cerebro y me derretí. Se me escapó un gemidito, lo que propició que me metiese la lengua. Al cabo de unos minutos, pasó a besarme la mandíbula y después la oreja. Mientras jadeaba e intentaba no desmayarme de la lujuria, me

besó en el cuello. Me quitó el coletero y me agarró la melena con el puño para tenerme bien sujeta.

Su beso era como todo él: posesivo y exigente. Gloria bendita.

—Necesitamos más espacio —dijo contra mi piel, justo debajo de mi oreja.

Asentí con fervor. Sí, sí, necesitábamos todo el espacio del mundo ahora mismo. Chillé cuando me levantó en brazos como si no pesara nada. Entonces, antes de que me diese tiempo a orientarme, me tumbó en el sofá y me aplastó con su imponente peso. Y me besó de nuevo.

—Ya, ya —dijo entre besos—. Tengo que ir más despacio. Lo sé. —¿De qué hablaba? Le tiré del pelo para dejarle claro que no estaba de acuerdo con eso. ¡Sí, hombre! ¡Para una oportunidad que tenía con él! Saltaba a la vista que había tenido un día de perros y le apetecía probar suerte con la chacha. Era muy improbable que volviera a repetirse la situación. Estaba cansada de ir a lo seguro, de hacer lo correcto, de sacrificar siempre mis necesidades, y rayos y centellas, vaya si lo necesitaba. Mi cuerpo lo reclamaba. Gimió cuando le tiré del pelo; palpar la vibración de su pecho me pareció *supersexy.*

—Estoy intentando portarme bien —dijo con voz ronca, casi dolorida.

—Ollie, te necesito —supliqué. Sí, así de bajo había caído. Mi cerebro, oficialmente, me había abandonado a mi suerte.

Ollie gimió y plantó su erección entre mis piernas, justo donde la necesitaba.

—Tranquila, preciosa —dijo con voz bronca contra mi cuello—. Estoy aquí.

Me lamió el cuello y me rozó la oreja con los dientes, lo que me hizo gemir con desesperación; si no hubiera estado tan ebria de necesidad, me habría muerto de la vergüenza. Cuando se puso a darme besos por el cuello, estaba tan tensa que creí que explotaría en cualquier momento. Protesté al ver que se apartaba, pero paré en cuanto me quitó la camiseta y me dejó en sujetador.

—Hostia puta —musitó mientras me observaba de arriba abajo.

Antes de que me vencieran mis complejos y me mortificase porque mi sujetador era de los baratos de algodón blanco, volvió a calentarme con su cuerpo y me pasó la lengua por la clavícula.

—Por favor —gemí.

—Ya voy, preciosa —dijo mientras posaba los labios en mi sujetador.

Cuando bajó la copa y me succionó el pezón, me volví loca; me arqueé y gimoteé mientras me restregaba contra él. Cuando pasó al otro pecho, me acarició el vientre a la vez y me estremecí al imaginar lo que se avecinaba. Percibí lo tenso que estaba, cómo se le contraía la espalda bajo el traje, y, entonces, me metió la mano en las mallas y bajó la pretina de las bragas. Cuando encontró el punto exacto con las yemas de sus gruesos dedos en tiempo récord, me estremecí como si me hubieran dado una descarga eléctrica. Entonces se puso a dibujar círculos lentos mientras yo me frotaba contra él.

—Buena chica —dijo contra mi pecho—. Qué chica más buena me he buscado. Ayúdame a hacerte llegar, preciosa.

Me metió un dedo a la vez que apretaba con el pulgar justo donde lo necesitaba. Sentí que el clímax se acercaba cada vez más. Cuando me corrí, vi fuegos artificiales mientras me embargaban oleadas de placer. Fue la experiencia más increíble de toda mi vida.

Tenía los ojos bien cerrados, pero cuando se me pasó el subidón, los abrí con dificultad y empecé a ser consciente de la realidad. Cogí aire con brusquedad y me puse rígida debajo de él. Sacó la mano despacio, levantó la cabeza de mi pecho y, sin dejar de aplastarme, puso la cara a la altura de la mía.

—¿Ya estás mejor? —me preguntó con voz ronca, y entonces tuve el privilegio de verlo sonreír a escasos centímetros de mi cara; pero, por muy guapo que fuera, no pude devolverle la sonrisa. Había permitido que mi jefe me hiciera correrme (y correrme con ganas). ¿Qué mosca me había picado?

—¿Qué estoy haciendo? —susurré, horrorizada—. Me cag… Mecachis en la mar. Se me ha ido la pinza.

—Eh, eh, eh —dijo el duque en voz baja. Se le había borrado la sonrisa y demudado el semblante por la preocupación—. No me apartes, preciosa. No después de lo que acaba de pasar. Ya no hay vuelta atrás.

Negué con la cabeza con violencia mientras él me retiraba el pelo de la sien con tanta dulzura que casi lloro.

—Ollie, digo, s-su excelencia —balbuceé—. Soy su limpiadora. Usted es mi jefe. Soy consciente de que ha sido culpa mía. No debería haberlo besado. Lo sé. Es que… —Dejé la frase ahí mientras el verdadero horror me inundaba—. No me despida. Necesito el trabajo, excelencia. Por favor, no me despida.

—Lottie, tranquilízate —dijo con su tono autoritario—. Yo te cogí la mano antes de que me besaras.

—Pero entonces l-le rogué que…

Volvió a sonreír.

—Ay, sí, qué divertido.

Le pegué en el pecho.

—No tiene gracia, m-memo.

Me besó con suavidad en los labios mientras seguía sonriendo a medias.

—Vale, no tiene gracia.

—¿Podemos tener esta conversación de pie sin que me bese? N-no puedo pensar si me…

—No —dijo, pegado a mi boca—. No creo que sea buena idea.

—¿Cómo? —chillé con voz ahogada; el peso de su cuerpo y lo que tenía entre las piernas estaban volviendo a aturdirme.

—Creo que así es exactamente como deberíamos tener esta conversación —me dijo—. Si dejo que te levantes, empezarás a tergiversar las cosas, y no puedo permitirlo. Antes vas a tener que escucharme.

—Pesa mucho —le espeté, aunque sin mucho afán, pues volvía a derretirme.

—Si casi no te estoy aplastando, solo lo justo para que no te muevas.

Resoplé y volvió a examinarme el rostro. Su expresión parecía casi reverente, como si no pudiera creer que estuviera ahí, debajo de él.

—Voy a empezar diciendo que me gustas muchísimo.

Lo miré boquiabierta. No esperaba que me dijera eso. Sinceramente, pensaba que me exigiría que le devolviese el favor que me acababa de hacer. ¿Para qué te liarías con tu limpiadora si no ibas a sacar nada a cambio?

—No quiero que tengamos un rollo —dijo con convicción.

¡Santo cielo! ¿Me estaba leyendo la mente?

—¿No? —pregunté con la voz un tanto entrecortada, pero es que me costaba creer que aquello fuera verdad.

—Siento algo por ti —declaró.

—¿Sí?

—Sí —dijo—. Siento algo muy fuerte desde hace mucho. Sé que no es lo ideal teniendo en cuenta que trabajas para mí; por eso no he dado el paso hasta ahora, pero no puedo seguir lejos de ti.

—¿No?

Sonrió y volvió a apartarme el pelo de la sien.

—¿Solo vas a decir monosílabos, querida?

Me había llamado querida. Era tan pijo y tan dulce a la vez… Se me hizo un nudo en la garganta y tuve que tragar saliva para volver a hablar.

—¿Se da cuenta de que es usted un duque?

Se rio entre dientes.

—Sí, hace tiempo que lo sé —dijo con tono seco.

—Exce…

—Tú vuelve a llamarme excelencia, que verás qué pasa —murmuró con voz sensual mientras me arrimaba las caderas a las mías—. Mientras te besaba y te hacía correrte, me has llamado Ollie. —Entonces se acercó tanto a mi cara que nuestros labios casi se rozaron—. ¿Hay que repetirlo? ¿Es la única manera de que me

llames por mi nombre de pila? —Se me contrajo el estómago del deseo.

—N-no… nada de besos ni de, eh… lo otro —dije con una voz de pito impropia de mí.

—¿Vas a llamarme por mi nombre de pila? —preguntó contra mi boca.

—Sí —susurré.

—Sí, ¿qué?

—Sí, Ollie.

Sonrió y me besó con ternura como recompensa, enajenándome de nuevo. Aprovechó que abrí la boca para meterme la lengua y yo, mientras tanto, le saqué la camisa del pantalón para acariciarle la espalda; pero, de pronto, apretó la mandíbula y se apartó.

—Vale, vale, de momento se acabó lo de meternos mano —dijo con firmeza. Sospeché que más para sí que para mí—. Antes tenemos que aclarar algunas cosas.

—Ay, madre —musité muerta de vergüenza—. Ni te has quitado la chaqueta.

Yo ahí casi desnuda debajo de él, y el tío vestido de pies a cabeza. Hasta el pañuelo que llevaba en el bolsillo del pecho seguía intacto. Me sentí en total desventaja. Como si percibiera que estaba muy incómoda, Ollie maldijo y al fin se apartó para que me pudiera incorporar. Al instante añoré su peso y su calor. Temblaba ligeramente mientras me subía los tirantes del sujetador. Ollie se levantó como un resorte, recogió mi camiseta y me ayudó a ponérmela como si fuera una niña.

—¿Así, cariño? —dijo con cautela mientras se sentaba a mi lado y me ponía la mano encima de la mía—. Perdona, ni lo había pensado. Se quitó la chaqueta y la tiró al suelo, seguida de la corbata. A continuación, se desabrochó algunos botones de la camisa, lo que me ofreció un atisbo exquisito del vello de su pecho, las venas de su cuello y lo alto de sus pectorales bronceados—. ¿Lottie? —Me obligué a despegar los ojos de su pecho para mirarlo a los ojos, risueños. Me apretó la mano—. ¿Mejor?

Respiré hondo y me mordí el labio.

—Creo que estoy un pelín confundida.

—Vale —dijo, recuperando ese tono firme—. No quiero confusiones, así que lo repetiré. Me gustas. De hecho, estoy bastante obsesionado contigo. Pienso en ti todo el tiempo. Tu risa, tu humor seco, tu torpeza, tus ojos color chocolate, tu piel, la certeza con la que sé que crees que alguien es imbécil sin tener que decirlo; que me cuentes un chiste con solo enarcar una ceja; que tengas una rima con palabrotas para no emprenderla con los que te molestan y que te hayas sonrojado al cantarla porque nunca dices tacos. Sencillamente… —Sonrió y se encogió de hombros—… me gustas mucho.

—Pues qué bien —dije con voz débil.

Su repentina carcajada me estremeció.

—¿Bien? Tierra trágame.

—Ollie, es que… —Me apretó la mano al oírme llamarlo por su nombre. Qué mono—. Estoy intentando asimilarlo.

Retiré la mano y me levanté para pasearme por la estancia. Debía guardar las distancias con él si quería que la cabeza me volviera a funcionar con normalidad.

—Lo siento, Lottie —dijo, levantándose del sofá con ambas manos en alto; un gesto tranquilizador que no tuvo el efecto deseado—. No debería meterte prisa. Yo he tenido tiempo de sobra para aceptar cómo me siento y las posibles consecuencias de mis sentimientos, pero tú debes de estar flipando. Fijo que no me ves igual…

—¿Crees que no te veo así? —pregunté con incredulidad mientras me ponía a la defensiva y me cruzaba de brazos—. ¡Madre del amor hermoso, Ollie, qué equivocado estás! —Solté una risa trémula—. Si supieras lo mucho… —Cerré los ojos de lo avergonzada que estaba. Pero si Ollie podía declararse, yo también—. Digamos que tu obsesión no es nada comparada con la mía. Llevas meses siendo el centro de mis fantasías.

—Ah, ¿sí? —preguntó con una sonrisa de suficiencia mientras se acercaba a mí; sin embargo, levanté la mano y se detuvo con el

ceño fruncido.

—Es que tú mismo eres una fantasía, Ollie. Ni tú puedes negarlo. Eres guapísimo, gracioso, tratas bien a tu madre, tus hermanas y tu sobrina; colaboras en un sinfín de obras de caridad y encima te importan de verdad; el traje te sienta como un guante; eres el hombre soñado; por no hablar de que eres un señor duque. Sería una deshonra para las demás mujeres que no estuviese loca por ti, y lo sabes.

—Ajá —dijo mientras se acercaba. Ya no arrugaba el ceño, sino que esbozaba una sonrisilla—. Pues no querremos que deshonres a las demás mujeres, ¿no? —Volvía a tenerlo delante y a respirar su aroma, pero yo solo veía sus ojos azul cielo. Cuando me abrazó y apoyé las manos en su pecho, supe que estaba perdida—. Cuéntame más sobre las fantasías que he protagonizado —dijo enarcando una ceja.

Solté una risa temblorosa mientras me relajaba en sus brazos.

—De todo lo que te he dicho ¿es lo único con lo que te has quedado?

—Para serte sincero, creo que he desconectado en cuanto he oído eso. —Me miraba la boca de hito en hito; se le habían dilatado tanto las pupilas que apenas se apreciaba un fino contorno azul, pero, al bajar la cabeza hacia la mía, se quedó paralizado y cerró los ojos con firmeza—. Vale, basta de besos.

—Vale —musité, y me estrechó más fuerte.

—Voy en serio, Lottie. Contigo, digo, y quiero hacerlo bien, así que tendremos una cita como Dios manda antes de volver a darle al tema.

Me reí y puse los ojos en blanco.

—Ollie, trabajo para ti. Va a ser raro.

Se encogió de hombros.

—Bueno, por probar…

—Necesito el trabajo —dije en un hilo de voz.

—Tú tranquila. Yo me encargo.

No sabía qué implicaba que Ollie «se encargase», pero, sin duda, debería haberle preguntado. Al igual que debería haber aprovechado el momento para explicarle lo complicada que era mi vida.

Capítulo 11

Me meo



Lottie

—¡Caracoles! —chillé a la vez que soltaba el espray de limpieza y el paño para llevarme la mano al corazón, a punto de tener un infarto.

—Hola —dijo Vicky desde uno de los taburetes de la cocina, mirándome con la cabeza ladeada.

—Ay, qué susto me has dado —dije, agachándome para recoger mis cosas—. Pensaba que no había nadie.

Vicky se encogió de hombros.

—Acabamos de tener una reunión. Ollie le está gritando a Felix en su despacho y he preferido esperar aquí.

—Eh… ¿quién es Felix?

—El mejor amigo de Ollie.

—¿Y por qué le grita Ollie?

—Porque no quiere que yo trabaje para Felix. Quiere que siga trabajando para la Buckingham Estate.

—¿Y tú no quieres eso?

Vicky se encogió de hombros de nuevo.

—Mi medio hermano puede ser muy sobreprotector.

Me adentré más en la cocina y dejé el paño y el espray en la encimera de granito. Esa mujer tenía algo que la hacía vulnerable. No sabía exactamente qué, pero la soledad que yo misma sentía a menudo se aferraba a ella, por algún motivo; como si fuéramos almas gemelas; lo cual no tenía sentido, pues sabía que Vicky tenía familia y ni por asomo estaba tan sola como yo; pero al mirar sus profundos ojos azules, era casi sorprendente la tristeza que percibía en ellos.

—¿Por qué llamas a Ollie medio hermano? —solté, y al instante me mordí el labio. Debía recordarme que no era más que una empleada. Esta gente no estaría acostumbrada a que el personal les hiciera preguntas; pero Vicky no parecía molesta mientras me miraba con esa concentración ligeramente desconcertante que tenía.

—Porque es lo que es —dijo, simple y llanamente.

—Es que… —Miré a un lado mientras me disponía a sentarme en el taburete que había delante de ella. Aunque me preocupaba lo formal que debía mostrarme, sentía una extraña afinidad por Vicky que no podía evitar—. Él se refiere a ti como su hermana. No hace distinciones.

Vicky se miró las manos y dijo:

—Pues se equivoca. Sí que hay diferencia.

Siempre había tenido la capacidad de percibir las emociones, de interpretar el ambiente, y sabía si alguien mentía. Con Vicky era más difícil que con otras personas, pero casi detecté un matiz de dolor en sus palabras.

—Crees que no perteneces a los Harding —dije sin poder contenerme—. Por eso no quieres trabajar para la Buckingham Estate. No tiene nada que ver con que Ollie sea sobreprotector.

Vicky abrió los ojos como platos y los clavó en mí.

—¿Cómo lo…?

—En serio, Vics, no hacía falta que nos dejaras colgados. Sé que no te gustan los conflictos, pero solo… —La voz de Ollie interrumpió

a Vicky mientras él y otro hombre entraban en la cocina. Ambos se detuvieron en seco al verme sentada en la isla con ella.

Entonces, la sorpresa en el rostro de Ollie se transformó en una amplia sonrisa. Salió del asombro y se acercó a grandes zancadas a donde estaba yo sentada. Antes de que pudiera escapar, vino hasta mí, me abrazó por los hombros con su manaza y me besó en la sien. Me besó. Ahí mismo, delante de su hermana y su mejor amigo, como si fuera su mujer, y estuviera pasando el rato en mi cocina, en vez de la empleada doméstica descansando sin permiso para interrogar a una pariente suya.

—Tú debes de ser Lottie —dijo el otro tipo mientras se dirigía hacia nosotros con la mano extendida—. ¿Qué hay? Soy Felix.

—Hola —chillé mientras sacaba el brazo que me estaba espachurrando Ollie y lo rodeaba para estrecharle la mano a Felix. Era de una altura y complexión similares a las de Ollie, pero, a diferencia de este último, sus ojos eran marrones y afables y no azules y penetrantes. Formaban una pareja bastante intimidante.

—Ollie me ha hablado mucho de ti —dijo. No dejaba de sonreír cuando le solté la mano o, mejor dicho, cuando me vi obligada a soltársela porque Ollie volvió a pegarme a él. Felix se quedó a cuadros y pasó a sonreír con satisfacción.

—Ah, ¿sí? —pregunté, ceñuda y confundida. A ver, que solo lo había besado hacía unos días. ¿Qué le habría contado a su amigo? ¿Había algo que contar acaso?

—Uy, sí. Tengo entendido que estudias Psicología.

Se me desencajó la mandíbula, pero logré recolocarla.

—¿C-cómo…?

—Felix —gruñó Ollie—. Cállate, tío. Me vas a hacer quedar como un puñetero acosador. Lottie —dijo, y se giró hacia mí—, te vi los libros en el bolso un día, y puede que un par de veces en la mesita de la biblioteca, pero…

—Mier… miércoles —susurré, con el miedo apoderándose de mí. Juraría que no había dejado ni rastro de que repasaba a escondidas

en el curro—. Ollie, lo siento mucho. Te juro que solo estudiaba en las horas muertas y…

Felix se tronchó de risa.

—¡Guau, me meo! Lottie, creo que no te haces idea de lo loquito que tienes a mi Ols. Te prometo que se la suda si le limpias la casa o no. ¡Si ni le hace falta limpiadora, hombre!

—Felix —dijo Ollie en tono de advertencia—. Vete a tomar por culo ya, anda.

Felix levantó las manos, sin dejar de reírse.

—Vale, vale. Ya lo pillo. Vamos, Vics. Tenemos una reunión a las tres en la oficina.

Vicky seguía echándome esa mirada suya tan desconcertante.

—¿Vics? —dijo Felix al ver que no hacía ademán de irse.

—Creo que Psicología es una buena opción para ti —me dijo Vicky —. Creo que se te dará muy bien.

Flipé.

—Eh… ¿gracias?

Asintió y se bajó del taburete para seguir a Felix fuera de la cocina. Ollie me soltó un momento para ir tras ella y le bloqueó la salida justo antes de que se marchase.

—¿No vas a reconsiderarlo? —le preguntó en voz baja.

—No me necesitas ahí, Ollie —dijo Vicky con convicción.

Ollie suspiró.

—Si pasa algo o alguien se porta mal contigo, avísame, ¿vale?

—Estaré estupendamente.

Después de que se fuera, Ollie la miró fijamente un momento y se pasó la mano por el pelo antes de volverse hacia mí.

—¿Y eso? —pregunté. Ya había cruzado tantos límites ese día que por uno más no pasaría nada, así que me puse en plan cotilla total.

Ollie se volvió hacia mí, respiró hondo y exhaló despacio. Entonces se acercó a donde estaba yo sentada, plantó las manos a ambos lados de la encimera para que no escapase y me miró fijamente, con una leve sonrisa torcida.

—Qué guapa eres —murmuró, observándome el rostro con sus ojos de un azul intenso.

Anonadada, asimilé lo raro que era que un duque guapísimo con un traje superelegante, que parecía que acabase de salir de una sesión de fotos, me dijese a mí, Lottie Forest, con mis vaqueros anchos, mi sudadera manchada de lejía, mi cara lavada y mi moño, desenfadado y nada *sexy,* balanceándose en lo alto de mi cabeza, que era guapa. Me quedé en blanco mientras inhalaba su loción para después del afeitado y su masculino aroma a Ollie.

—Eres tan guapo que a veces siento que me falta el aire —le dije. Sí, eso fue lo que dije con una vocecita entrecortada que delataba lo mucho que lo deseaba.

Le brillaron los ojos cuando enredó una mano en mi pelo y con la otra acercó mi rostro al suyo mientras se rozaban nuestros labios. Al principio con suavidad; luego, sin embargo, emitió un ruido bajo y gutural y profundizó el beso. Le estrujé la camisa y separé las piernas para que me arrimase las caderas y, así, sintiese su calor donde más lo necesitaba. Al frotarme contra él le reverberó el pecho. Me rodeó la espalda con una de sus manazas y me aupó. Conseguí sacar la mano de entre nosotros y se la metí por dentro de la camisa y el chaleco, lo que hizo que volviese a gruñir, al palpar su piel ardiente y sus músculos contraídos.

—Joder —musitó contra mi boca mientras se restregaba contra mí. Gemí bajito—. Lottie, preciosa. No puedo… no…

Entonces se oyó caer algo a las baldosas que teníamos al lado y, sobresaltados, nos separamos. Al mirar al suelo vi la delicada taza de té que había usado antes hecha añicos contra la dura superficie. Me volví hacia Ollie.

—Perdón —musité, pegada a su boca.

—¿Cómo? —susurró, dolorido.

—Por la taza de porcelana. Con lo bonita que era y…

Se rio entre dientes, bajo y profundo; sentí su risa en toda la habitación.

—Lottie, me importa una mierda la taza —dijo, con los labios casi rozando los míos. Me estremecí. Me echó otra mirada abrasadora mientras respiraba con dificultad; pero justo cuando pensaba que iba a besarme, se apartó bruscamente—. ¡Joder!

—¿Q-qué pasa? —pregunté, abrazándome para protegerme del frío que había dejado la ausencia de su cuerpo grande y cálido—. ¿He hecho algo que…?

—No, claro que no, preciosa —gruñó, alejándose de mí y mesándose su espesa pelambrera—. Soy yo. Es que… —Negó con la cabeza y me miró fijamente a los ojos—. Estar cerca de ti es… Dios, Lottie, me está costando horrores ir con calma. Acorralarte y cumplir las fantasías que tengo casi siempre no entra en el plan, pero tenerte en mi casa es… —Rio—. Me lo estás poniendo duro, literal y metafóricamente.

Me puse colorada y apreté los labios.

—Sal conmigo.

—¿Qué? —Fruncí el ceño—. Pero, Ollie, estoy trabajando.

—Pues da la casualidad de que conozco a tu jefe y sé que se la repampinfla que no limpies durante unas horitas. —Su tono se volvió adulador mientras me dedicaba una sonrisa torcida—. Vamos, Lottie, solo unas horitas fuera de casa. He anulado lo que tenía programado para hoy. No te hagas de rogar, te prometo que será divertido.

Me mordí el labio. Divertido. Sinceramente, no recordaba la última vez que había hecho algo solo por diversión, sin compromiso, sin preocuparme constantemente. Ollie me tendió la mano y dudé un instante. Pero solo un instante.

Capítulo 12

Pescadero



Ollie

—¿Qué pasa?

Lottie me detuvo antes de entrar en el restaurante. Estupefacta, me miró primero a mí y después a la entrada y soltó una carcajada.

—Ollie, no puedo entrar ahí así.

—¿Así cómo? —pregunté, de veras desconcertado.

Me soltó la mano para señalarse de arriba abajo.

—Pues ¡así!

—Si vas muy bien.

Puso los ojos en blanco.

—Ollie, huelo a lejía. Llevo una sudadera de gatos vieja y raída y unos vaqueros aún más raídos, y se me está despegando la suela de las zapatillas. No voy bien. —Se llevó la mano al nido de pájaros que tenía en la cabeza y gimió—. Si creo que ni me he peinado esta mañana.

—Nadie se fija en eso.

—Es un restaurante con estrellas Michelin, alelado. Vaya si se van a fijar.

Sonreí.

—Me gusta que me llames alelado. —Tiré de su mano para abrazarla y estreché su cuerpecito sin importarme las miradas que nos echaban los que pasaban por allí—. Qué malhablada eres.

Se rio entre dientes contra mi pecho y, pegada a mi traje, negó con la cabeza.

—Mira que eres raro.

Suspiré.

—Va, Lottie, que tengo hambre. La última piba a la que traje aquí llevaba una especie de mono de trabajo. En comparación tú vas muy bien, hombre.

—Un consejito para tu próxima cita, hombretón —dijo Lottie con cierta rabia—. Cuando lleves a una chica a un sitio, no menciones a las otras mujeres a las que has llevado.

Sonreí.

—¿Estás celosa?

Me gustó la idea; no obstante, quizá sonreír no fuera la mejor opción, pues le refulgieron los ojos cuando lo hice.

—El caso es que esa última piba, como dices tú, probablemente llevase un mono de marca que cuesta más de lo que gano yo en seis meses. Dudo que llevara un trapito viejo y ajado que pilló en el súper.

—Te prometo que no se va a fijar nadie.

—Da igual, ahora que sé que es tu picadero, no pienso entrar ahí. De ninguna manera, vamos.

Mmm… Reconocí ese tono terco. Al fin y al cabo, tenía hermanas. No iba a cambiar de opinión. Joder, no me estaba yendo como había planeado. Creía que ya dominaba las citas: las impresionaba con un restaurante exclusivo, les dedicaba un par de sonrisas y me salía con la mía en todo; lo de negociar era nuevo para mí. La tía ni siquiera había pisado el restaurante que había elegido y ya la había cabreado.

—Ya sé —dije—. Ven.

La llevé de la mano.

—Más vale que no sea otro sitio de postín —dijo Lottie, refunfuñando mientras caminábamos.

Cuando estuvo a mi altura, la tomé por los hombros y la moví para que fuese yo el que estuviese más cerca de la carretera.

—¿Qué haces? —me preguntó.

—¿De qué hablas?

—Del movimiento este. ¿A qué ha venido?

—No te entiendo.

—Me acabas de cambiar de lado.

Sonreí al ver su cara de perplejidad.

—Lottie, disculpa si no te había dado esa impresión hasta ahora, pero soy todo un caballero.

Acabó arrugando el ceño.

—¿Qué tiene que ver eso con moverme por la acera cual pieza de ajedrez?

Suspiré.

—Las damas deben ir por dentro, lejos del tráfico.

—¿Cómo? —Se rio—. Qué tontería.

Me encogí de hombros.

—Si te soy sincero, me sale solo.

—Entonces ¿es de caballeros exponerse a que te atropellen primero?

—Claro.

Lottie rio con ironía.

—Qué raros sois los pijos.

—Ya hemos llegado —dije tras detenernos frente al mercado agrícola de Kensington—. Bueno, ya solo nos falta encontrar a James.

—¿James?

—Mi amigo pescadero.

—A ver si lo he entendido —dijo Lottie después de darle un bocado al *bagel* de salmón ahumado—. Cuando has dicho que James era tu «amigo pescadero», ¿te referías a que en realidad es tu amigo empresario y aristocrático que para divertirse en los ahumaderos de sus numerosas fincas ahúma unos salmones de rechupete que se venden como churros en Harrods, Harvey Nicks y cualquier otro establecimiento de lujo habido y por haber?

—Más o menos —repuse mientras le daba otro bocado al *bagel*—. Como he dicho: pescadero.

Puso los ojos en blanco y se relajó en el banco en el que estábamos sentados. Cerró los ojos, volvió la cara hacia el sol y suspiró satisfecha.

—Qué bien se está aquí —comentó con un deje melancólico que no entendí del todo. Se la veía tan a gusto y su belleza era tan arrebatadora que tardé en carraspear y volver a hablar.

—No es la cita que había planeado —dije refunfuñando.

Sonrió y abrió los ojos para mirarme.

—Esto es mil veces mejor que estar encerrada en un restaurante de lujo. Tu amigo ahúma pescado del bueno. Me siento supermimada.

¿Mimada? Sentada en un banco del parque, en un jardín compartido, comiendo un *bagel* de salmón ahumado. Reí socarronamente.

—No, en serio —me dijo—. Me moría de ganas de venir a este jardín desde que empecé a trabajar para ti.

—Pues haber pedido la llave.

Se le borró la sonrisa y se encogió de hombros.

—No quería molestar. Además, no vivo aquí. No pego nada con las mamis jóvenes y guapas que vienen aquí. —Soltó una risita—. Deberías ver el parque que hay cerca de mi casa, ahí no se puede comer: hay caca de perro por todas partes, condones usados y camellos.

Me puse rígido.

—No parece muy seguro, que digamos.

Se encogió de hombros.

—No está tan mal. No todos podemos vivir en Kensington. Y sé apañármelas sola, llevo mucho tiempo haciéndolo.

Se me heló el corazón.

—¿Cuánto?

Apartó la vista y se movió con incomodidad.

—Desde los diez años.

—¿Diez años?

Se encogió de hombros.

—Fue entonces cuando entré en un centro de acogida. —Bajó las manos con las que sujetaba el *bagel* como si hubiera perdido el apetito—. Te conviene saberlo. Podrías recibir críticas por mi pasado si hacemos público lo nuestro. Fliparías si supieras lo estigmatizados que están los niños de acogida.

—Vaya si haremos público lo nuestro —dije con determinación—. Y nadie va a decir nada de tu pasado. —Entonces me volví del todo hacia ella y dejé el *bagel* para tomarla de la mandíbula y girar su cara hacia la mía—. Preciosa, siento mucho que hayas tenido que pasar por eso —dije con un tono más suave—. Es una putada.

Tragó saliva y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se le cayó una que colgaba de un extremo de sus largas pestañas y se la sequé cuando llegó a su pómulo. Carraspeó.

—Caramba, lo siento —murmuró—. Pensarás que soy una sensiblona. Te juro que no suelo ponerme así. —Tragó saliva de nuevo y se miró el regazo—. Es que… nadie se ha compadecido de mí nunca, ni me ha dicho que lo que me pasó fue una putada. Mis amigos, los otros niños del centro de acogida, estaban en las mismas, así que no iban a decir algo así de mí. Mi trabajadora social siempre… Bueno, solo estaba ahí para sacarme las castañas del fuego, y yo era difícil de colocar, así que…

Me entraron los siete males de imaginarme a la Lottie de diez años en un centro de acogida, arrancada de su hogar y sin que nadie le dijera que lamentaba lo que le había ocurrido.

—¿Qué les pasó a tus padres? —pregunté con tiento.

—Mi padre falleció cuando yo tenía seis años —dijo—. Mi madre no sabía vivir sin él y empezó a beber. La situación en casa empeoró muchísimo. Nunca me puso la mano encima, pero no tenía fuerzas para lavarme la ropa o ir a comprar. El colegio empezó a percatarse de mi estado, de que había adelgazado y de que siempre intentaba robar comida. Cuando vinieron los servicios sociales, no pudieron despertar a mi madre de lo borracha que estaba. La rehabilitación no sirvió de nada y al final me tuvieron que internar en algún sitio.

—¿Qué tal está tu madre ahora?

—Se desintoxicó cuando yo tenía quince años, pero… eh… volvió a recaer hace año y medio y hace diez meses contrajo una enfermedad muy grave: insuficiencia hepática. Tuvo una hemorragia estomacal y murió.

—Ostras, lo siento mucho, Lottie.

Se encogió de hombros y parpadeó para contener las lágrimas mientras enderezaba los hombros.

—Son cosas que pasan. El alcoholismo es devastador. Perdí a mi madre, pero soy afortunada en muchos otros aspectos. Estoy sentada al sol en un jardín de pijos comiendo salmón ahumado; trabajo para el hombre más limpio de Londres, el cual siempre tiene un montón de sobras y uno de los traseros más bonitos que he visto; la vida es bella.

Le apreté la mano y la besé en la sien. Nos quedamos así un buen rato, yo respirando el aroma floral de su cabello.

—Conque me has estado mirando el trasero, ¿eh? —dije para quitarle hierro al asunto.

Lottie se apartó para mirarme y puso los ojos en blanco.

—Ollie, cualquier mujer heterosexual que se precie o, ya puestos, cualquier gay, te miraría el trasero si pudiese. Te lo aseguro.

—No me digas —murmuré, inclinándome de nuevo hasta que le rocé los labios con los míos.

—Me huele el aliento a salmón —musitó contra mi boca.

—Y a mí, preciosa —le dije.

Cuando le lamí el puntito de queso crema que tenía en la comisura de los labios, soltó un gemidito y me morreó. Debía de haber dejado el *bagel,* porque me estrujó la camisa mientras yo la besaba con más pasión y la pegaba más a mí.

—¡Eh! ¡Tarquin, ven aquí!

La voz de una mujer me cortó el rollo y nos separamos. Nos estremecimos al darnos cuenta de que teníamos una personita justo delante.

—Os *estabais* besando —dijo el niño con tono acusador, señalándonos con un dedo regordete y frunciendo el ceño.

—Hola —dijo Lottie, bajito—. Sí, nos estábamos besando.

—Molly Henderson quiere besarme, pero yo huyo —le dijo a Lottie, y luego se volvió hacia mí—. Deberías intentar huir. Yo tuve que trepar a un árbol. Hay uno ahí que va bien *pa* trepar.

—Gracias, colega —le dije, serio—. Lo recordaré si vuelve a intentar besarme.

—¡Tarquin! —Su madre se acercó toda sofocada y le agarró la mano—. Lo siento mucho —nos dijo a ambos, roja de vergüenza—. Ya nos vamos.

Se llevó a Tarquin con ella, pero, mientras se alejaba, el niño se giró y me dijo, solo con los labios: «Huye», señalando con la cabeza el árbol que había descrito antes como un buen lugar al que trepar. Solté una carcajada y me volví hacia Lottie, que sonreía a Tarquin, pero tenía la mirada triste.

—Deberías —dijo en voz baja. Aunque su sonrisa seguía intacta, su tono transmitía pena.

—¿El qué?

—Huir. —Volvió a reírse—. Tarquin te ha dado un buen consejo.

—¿Por qué querría hacerlo? —murmuré contra su sien antes de besarla.

Respiró hondo y exhaló poco a poco.

—¿Aparte de que no encajo en tu mundo lleno de Tarquins y mamás con chándales que con toda probabilidad cuestan lo que pago yo de alquiler al mes?

—Claro que encajas en mi mundo.

Rio con ironía.

—Bueno, aparte de eso, soy complicada. Tengo un montón de cargas, Ollie.

—Me dan igual las cargas que tengas, nada va a hacer que dejes de gustarme. Sé todo lo complicada que quieras.

Me sonrió, lo que me hizo pensar que habíamos zanjado el tema; pero, justo antes de que le diera otro mordisco al *bagel,* murmuró tan bajito que casi no la oí:

—Ya veremos.

Capítulo 13

Mi vida es… complicada



Ollie

—Hola, tesoro —dijo Lottie, lo que me dejó petrificado a las puertas del baño. ¿Tesoro? ¿A quién llamaría Lottie tesoro?—. Qué bien. Estoy muy orgullosa de ti. Lo celebramos esta noche, ¿vale? ¿Te apetece que salgamos? —Se rio con ternura—. Vale, vale, pues ya te preparo yo algo, cielo. Lo que quieras. Vale, hasta luego. Te quiero.

Fruncí el ceño y di un paso atrás. Quizá hubiera una buena explicación. A lo mejor estaba hablando por teléfono con una amiga, pero ¿quién llamaría a una amiga tesoro? Recuerdos indeseados pugnaban por aflorar. No sería la primera vez que me herían con llamadas secretas y salidas a escondidas. Negué con la cabeza para despejarme. Lottie no era así. Si tuviera novio, me lo habría dicho. Debía preguntárselo. Miré el ramo que sostenía e hice una mueca. Lo tiré sin pensar al cesto vacío y cerré la tapa. Me pasé la mano por la cara y respiré hondo antes de abrir la puerta del baño.

—Hey —dije.

Lottie chilló y dio media vuelta con la mano en el pecho.

—¡Jo… petas, Ollie, qué susto! —exclamó.

Nerviosa, echó un vistazo a su móvil, en la encimera, y volvió a centrarse en mí. Me guardé las manos en los bolsillos para no besarla y rozarle el cuello con la nariz, como acostumbraba a hacer para saludarla. La torpeza de Lottie no me pareció tan adorable en ese momento. Respiré hondo y exhalé despacio.

—¿Sigues queriendo salir mañana por la noche? —le pregunté.

Casi dos semanas después de que nos comiéramos unos *bagels* en el parque, por fin había accedido a tener una cita como Dios manda. No sabía muy bien por qué me estaba dando largas, pero, después de oírla hablar por teléfono, empezaba a hacerme una idea.

—Sí, claro —dijo. Su sonrisa me sentó como un jarro de agua fría. No pude devolvérsela.

—¿Seguro?

Lottie sonrió menos y ladeó la cabeza. Durante las últimas dos semanas, había estado yendo a comer con ella siempre que podía; poco a poco, se iba abriendo cada vez más. Mantuve nuestras interacciones en la cocina y no iba más allá con ella en un sentido físico, no fuera a pensar que solo quería tener un escarceo amoroso con alguien del personal. Lo que sí hacía era besarla, darle la mano y ponerle la mía en la parte baja de la espalda para guiarla adonde quería que fuese. Esos gestos hacían que me mirase un poco aturdida, casi reverente, como si no diera crédito a lo que veían sus ojos.

Cuanto más tiempo pasaba con ella, más me prendaba. Era curioso lo calado que me tenía; parecía que me leyese la mente. El otro día estaba hablando con ella sobre un plan de viviendas y me interrumpió.

—Pero tú no quieres invertir —me dijo, segurísima.

—¿Por qué lo dices? —pregunté, asombrado.

—Lo sé y punto —dijo simple y llanamente—. Si tuviera que apostar, diría que no estás de acuerdo con su plan de espacios verdes.

Me quedé atónito. Sí, tenía algunas reservas sobre la cantidad de espacios verdes planificados para el proyecto, que era más o menos la mitad de lo que yo consideraba suficiente.

—¿Cómo demonios lo sabes?

Se encogió de hombros.

—Se me da bien calar a la gente. No inviertas en algo que te haga infeliz.

También la estaba alimentando. Lottie estaba en los huesos. Yo que quería colmarla de diamantes, le daba *bagels* de salmón ahumado de James y comida para llevar del restaurante italiano local. Me había roto un poco el corazón el día anterior cuando me había preguntado si podía llevarse a casa la lasaña que había sobrado: Lottie no debería comer sobras; pero pronto se acabaría todo eso. Lottie sería estudiante a jornada completa una vez me saliera con la mía. Y siempre me salía con la mía. Mi novia no iba a limpiar casas ni comer sobras ni nada de eso; pero tendría que proponérselo con tacto y, tal vez, necesitara averiguar por qué llamaba a alguien tesoro por teléfono.

—Ollie, ¿qué pasa? —me preguntó. Me miró ceñuda y yo forcé una sonrisa—. ¿Es porque te dije que no iría a la cena de gala de esta noche? De todos modos, habría sido un poco multitudinario para una primera cita, ¿no crees? —Se rio con nerviosismo, pero lo ignoré.

—Si estuvieras saliendo con otro, me lo dirías, ¿no? —pregunté, inseguro. Qué rabia me dio sonar así.

Alucinó.

—¿Saliendo con otro? ¿De qué hablas? —Se rio—. Ollie, si apenas tengo tiempo para salir contigo.

Carraspeé.

—¿Con quién estabas hablando hace un momento?

Su mirada se tornó suspicaz y se le endurecieron las facciones. Se me formó un nudo en la garganta.

—Ollie, ya te lo dije, mi vida es… complicada. Te… —Cerró los ojos un instante y se acercó a mí. Tras una breve vacilación, sin

duda en respuesta a mi postura defensiva, me plantó sus manitas en el pecho—. Hay un montón de cosas que debes saber, ¿vale?

Se me fueron los brazos solos. Era imposible resistirse a su contacto, al suave aroma floral que me envolvía y a su bello rostro mirándome fijamente. Enredé una mano en su preciosa melena, sedosa y espesa, y le pegué la otra a la espalda para acercarla más a mí. Volvió a sonreír, esta vez de alivio, y el corazón me dio un vuelco.

—¿Por eso has tardado más de dos semanas en tener una noche libre? ¿Porque es complicada? —Procuré que no se me notara que estaba resentido, pero es que estaba cansado de esperar para estar con ella.

Asintió.

—Sí. —Cerró los ojos con fuerza. Al abrirlos, rezumaban determinación—. Sí, y debería habértelo dicho ya, pero me daba miedo que…

Pegué la frente a la suya.

—¿Qué te da miedo, querida? —dije en voz baja.

Abrió la boca para hablar, pero, antes de que dijese nada, la estridente alarma de su móvil sonó y nos cortó el rollo.

—Porras —masculló, separándose de mí para silenciar el móvil—. Ollie, tengo que irme, pero te prometo que te lo contaré todo mañana por la noche. De verdad. Y así decides si… —Hizo una pausa para tragar saliva—. Si quieres seguir conmigo. —Se le quebró la voz al decir la última frase. Confuso, arrugué el ceño. ¿No le había dejado claro lo mucho que deseaba estar con ella?

Me crucé de brazos mientras recogía sus cosas a toda velocidad. A lo mejor debía darle las flores; pero, antes de que me diese tiempo a recuperarlas, salió disparada hacia la puerta. Corrí tras ella y la agarré de la mano para detenerla, pero me apartó.

—Tengo que irme —dijo, presa del pánico—. No puedo llegar tarde otra vez. Te lo explicaré todo mañana por la noche, ¿vale?

—Vale —le dije al aire.

Estuve de morros el resto del día, y más aún por tener que ir a la cena de gala sin Lottie. La semana anterior le había dicho que era una velada crucial. Sabía lo mucho que significaba para mí y, aun así, me había fallado. De ahí que cuando Arabella, a la que no podía ni ver, me agarró delante de los fotógrafos, pensé: «¿Por qué no? Quizá me vendría bien poner celosa a Lottie». Nada más surtía efecto; aunque reconozco que me inquietó un poco que Arabella se me arrimase tanto. Me aparté relativamente rápido, así que tal vez los *paparazzi* ni se dieron cuenta. Aun así, me arrepentí muchísimo una vez dentro.

La tía se me pegaba como una lapa y ya, incluso antes de llegar, estaba pedo. Su perfume me dio náuseas a los cinco minutos. Al final, Claire tuvo que venir a rescatarme.

—¿Por qué dejas que Arabella Calavera te magree? —preguntó después de decirle sin rodeos que se largara.

Moví los pies con incomodidad y rehuí su mirada. Ahora me parecía que había sido un poco mezquino.

—Al menos ella sí quiere estar aquí conmigo.

Claire se quedó pasmada.

—¿De qué hablas?

—De que quería que Lottie viniera al rollo este, pero no deja de darme largas.

—Ah. —Claire sonrió—. Ojalá esta experiencia te sirva de lección. No te lo van a regalar todo, hermanito, tendrás que esforzarte. Lottie me está empezando a caer muy bien. Cualquiera que te baje los humos tiene mi aprobación.

Resoplé.

—No entiendo por qué no saca un ratito para mí.

—¿Te has planteado que quizá tenga vida?

—Tiene otro empleo, Claire, pero sé que esta noche no trabaja porque resulta que curra en uno de mis bares.

—Ten un poco de paciencia —me aconsejó.

—Pues mamá cree…

—Ay, madre, Ols. No me digas que se lo has comentado a mamá.

—¿Qué tiene de malo?
Estaba a punto de averiguarlo.

Capítulo 14

¿Una indemnización por despedirse de alguien?



Lottie

Hayley y yo nos sobresaltamos al oír que llamaban a la puerta y nos miramos preocupadas. Por desgracia, las visitas inesperadas no solían augurarnos nada bueno; no desde que Brenda y Tony presentaron sus inquietudes a los servicios sociales el mes anterior para intentar que Hayley viviera con ellos a jornada completa. Laura, nuestra trabajadora social, era encantadora, pero aun así fue un proceso aterrador. Y una bofetada, para ser sincera. Sabía que a Brenda y Tony no les caía bien, pero me había esforzado por fomentar su relación con Hayley. No fue fácil ni barato para mí viajar por todo Londres para facilitarles el contacto y había sido muy maja con ellos. Cuando volvieron a la vida de Hayley, me ilusioné muchísimo. Fui tan ingenua que creí que serían un apoyo adicional; que, incluso, podrían convertirse en familia; pero me equivocaba.

Puede que consideraran a Hayley de la familia, pero, desde luego, no podía decirse lo mismo de mí.

Y encima no estaba de muy buen humor después de haber visto las fotos de Ollie en internet. Sabía que iba a la gala de la fundación y que era un evento mediático, pero yo no podía ir. No solo no tenía nada que ponerme para un acontecimiento así, sino que tenía que estar con Hayley en su sesión con el nuevo terapeuta. Y menos mal que fui, pues progresó una barbaridad.

Ollie estaba mosqueado. Sabía que debía darle una explicación mejor, pero no estaba lista para complicar tanto lo nuestro contándole lo de Hayley. Y mi vida era dura, tenía muchas cargas. A ver, sí, haría lo que fuera por una carga en concreto: era mi única familia y la quería con locura; pero contar cómo acabé siendo la tutora de mi hermana, por qué necesitaba terapia especializada y lo que ambas habíamos pasado… Necesitaba tiempo para explicar todo eso; un tiempo en el que no estuviera limpiando su dichosa casa.

—Tú tranquila, tesoro —murmuré—. Será Ada.

Sabía que era frívolo dejar que Ada cuidara de Hayley cuando no era por trabajo, pero nunca hacía nada egoísta y me gustaba Ollie. Sabía que lo nuestro no iría a ninguna parte: la gente como yo no acababa con gente como él; pero los últimos años me habían desgastado tanto que me resultaba imposible dejar pasar ese resquicio de luz, ese algo que se salía de la presión y la lucha constantes. Era consciente de que Ollie había dicho que estaba obsesionado conmigo; no había dejado de repetírmelo a mí misma una y otra vez en las últimas dos semanas, pero también tenía los pies en la tierra. Era, básicamente, una madre soltera, y guardaba secretos que, a buen seguro, nos harían romper; pero iba a darme el lujo de permanecer un poco más en la luz.

El camino de la mesa de cocina improvisada a la puerta era solo de un par de pasos; todo en nuestro piso estaba a solo un par de pasos. No bromeaba cuando dije que el cuartito de la casa de Ollie medía el doble que toda mi casa. Fruncí el ceño cuando volvieron a llamar.

—Ya v… ¡Ahí va! —Cerré la boca de golpe y me quedé mirando a la viuda de Buckingham—. Esto… hola. Señora Harding.

—Hola, querida —dijo. Miró detrás de mí para saludar a Hayley—. Por favor, recuerda llamarme Margot. Y hola, Hayley. Lamento presentarme así, es de una grosería imperdonable; pero me temo que esto no podía esperar.

—Ah, vale —dije, alejándome de la puerta—. Pasa, por favor. Lo siento, pero no tenemos mucho espacio. ¿Te apetece un té? Tengo galletas rellenas. —Estaba divagando, pero es que tener a toda una dama en mi pisito y que encima fuera la madre del hombre del que casi seguro me había enamorado era un poco abrumador.

Me dedicó una sonrisa amable al entrar en el diminuto habitáculo. Echó un vistazo al sofá que había comprado en una tienda de segunda mano, al sillón que había intentado embellecer con mantas de colores y a la estrecha cocina con su mesita desgastada y sus sillas desvencijadas que, me avergüenza decir, rescaté de un contenedor. Carraspeé.

—Ven a sentarte.

—Gracias —dijo, sin comentar nada de la decoración—; pero no me gustaría interrumpir a Hayley mientras cena.

—Ah, no, ya ha acabado —me apresuré a decir—. ¿Verdad que sí, Hails?

Hayley asintió mientras se le iban los ojos de Margot a mí. No soportaba que su gesto habitual fuera de desconfianza y cautela, pero así era como miraba a Margot pese a lo bien que le cayó la última vez que se vieron.

—Gracias, Hayley —dijo Margot con una sonrisa—. ¿Te importa si me llevo a tu tía un momentito? —Hayley negó con la cabeza—. Te he traído algo. —Margot fue hasta ella, rebuscó en su bolso un momento y sacó un precioso cuaderno de dibujo, un juego enorme de rotuladores y un *toffee* como los que sabía que le gustaban a Hayley—. Encontré los dibujos que dejaste en el entresuelo aquel día. Mi favorito era el del unicornio arcoíris, así que he pensado que a lo mejor te gustaría esto.

Hayley abrió mucho los ojos al coger los regalos y abrazarlos. Miró a Margot mientras se llevaba la mano libre a la barbilla y la extendía.

Carraspeé.

—Te está dando las gracias por señas —le expliqué.

—De nada, cielo —dijo Margot, y luego se volvió hacia mí.

—Hails, ¿qué tal si te vas al cuarto a hacer otro dibujo para la nevera? —Hayley me sonrió y salió disparada. Cualquier excusa era buena para no estar con una desconocida e irse a dibujar.

Una vez a solas, volví a carraspear.

—¿Té?

—Sí, por favor.

—Siéntate, por favor. ¡Ay, no, ahí no! —Detuve a Margot justo antes de que se sentara en la silla coja. Me miró y yo hice una mueca—. Perdona, es que esa está que se cae; solo Hayley le tiene pillado el tranquillo. Quizá estaríamos más seguras en el sofá.

Roja de vergüenza, la acompañé al sofá.

—Eh… ¿podrías sentarte a la izquierda? Es que ahí los muelles están un poco mejor.

Terminé de preparar el té y se lo llevé. Me sonrió con amabilidad al aceptarlo y miró a su alrededor mientras bebía de la taza desportillada en la que Hayley había escrito «La mejor tía del mundo» con una letra malísima cuando cometí el error de llevarla a un taller de cerámica. A ver, que estuvo guay, pero son unos estafadores: ¿quince libras por una taza? Menuda clavada.

—Lottie, tengo entendido que mi hijo te ha invitado a salir esta noche.

Me miraba de hito en hito, con una intensidad que no sabría describir. Asentí, pues no sabía muy bien qué decir. Lo último que esperaba era que su madre me hiciera una visita antes de que él viniera a buscarme. ¿Así eran las citas de la clase alta? Curioso.

—No sé si sabes que mi Oliver ha tenido experiencias desafortunadas… con las mujeres.

Me quedé atónita.

—Uy, no, lo siento, no… Vamos, que todavía no hemos hablado de ex. Es todo un poco nuevo ahora mismo; pero no serán tan malas como los míos; tengo alguno que tela marinera.

La viuda asintió.

—En ese caso, comprenderás por qué tengo que ir con pies de plomo. La última vez fue horrible… Lleva años sin ser el mismo. Sé que parece un poco… —Hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas—… seguro de sí mismo. —Reprimí una risotada; eso sí que era quedarse corta—, pero, en realidad, es un chico muy sensible.

—Ah, ya, bueno… —Me quedé callada, pues no sabía qué contestar a eso. Miré a la viuda, concentrada en la energía que emanaba: inquietud, lástima (me fastidió, pero, dado el estado de mi piso, lo entendí), determinación y una pizquita de hostilidad. No había venido a decirme lo emocionada que estaba de que Ollie mostrara interés en mí. Enderecé los hombros—. ¿A qué has venido, Margot?

Se estremeció al oírme ir al grano. Carraspeó mientras dejaba el té en la mesita de centro.

—Sé que necesitas dinero —dijo.

Me quedé a cuadros.

—¿D-de qué hablas?

—Necesitas dinero para Hayley. La financiación que te ha concedido el colegio no basta para tratar su mutismo selectivo. Vas a tener que financiarlo de forma privada y es muy caro. Sé que has ido al terapeuta, pero no te vas a poder permitir muchas más sesiones; además, tienes que sufragar el siguiente módulo de tu carrera en la Open University. —Margot señaló los numerosos libros de texto que estaban esparcidos por la mesa de centro.

—¿Cómo diablos sabes todo eso? —dije, alarmada. Estaba empezando a agobiarme.

—Tengo muchos recursos, Lottie —continuó Margot, casi con indiferencia—. Mis investigadores son extremadamente minuciosos.

—P-pero es información privada —balbuceé—. No puedes…

—Puedo y lo he hecho —afirmó Margot con rotundidad, y, como tantas otras veces en mi vida, me sentí impotente. Se me heló el corazón. Creía que le caía bien.

—¿Qué tiene eso que ver con que Ollie y yo tengamos una cita? —conseguí decir con firmeza.

—También sé lo de los abuelos de Hayley, que quieren su custodia y que tienes que demostrar que eres mejor cuidadora que ellos.

Me levanté como un resorte, lo que hizo que me tirase un poco de té en la mano antes de dejarlo en la mesa, pero casi ni me enteré.

—¡E-está feo husmear así en la vida de los demás!

Suspiró.

—Lo siento si te molesta, pero soy muy protectora con mis hijos. Dada tu situación con Hayley, seguro que lo entiendes.

—N-no lo… lo siento, pero ¡no está bien!

Se encogió de hombros.

—Disculpa la intromisión, pero he considerado oportuno conocer todos los detalles. No puedes ser tan ingenua como para creer que un hombre con la fortuna y la influencia de Oliver va a salir con una mujer sin investigarla antes. No sé si sabes dónde te estás metiendo. Nuestra familia ha conservado su título hereditario durante más de quinientos años, el mismísimo Enrique VI la fundó en 1444. Poseemos buena parte de Londres, la mayoría de Surrey y tenemos propiedades en Asia, Europa y Norteamérica; tenemos inversiones en empresas alimentarias y agrícolas de todo el mundo; se estima que el patrimonio neto de Oliver supera los nueve mil millones de libras.

Me quedé blanca. Poco a poco, volví al sofá a sentarme.

—¿Cómo? —musité. ¿Nueve mil millones? Era más dinero del que podía concebir. ¿Cómo podía alguien tener tanto dinero? Solté una risa temblorosa al pensar en las cinco libras con setenta y cinco peniques que tenía en la cartera y la miseria que tenía en el banco —. Rayos y centellas.

—Como ves —prosiguió Margot, con tono formal—, sí que tenemos que investigar a los demás. Es lo…

—Que seas rica no te da derecho a investigar a los demás —le solté mientras se me pasaba el estupor y me enfurecía cada vez más —. No cambia el hecho de que es irrespetuoso, y punto. Tener dinero no te hace superior a los demás; no te hace mejor persona. Solo significa que tus tatara, tatara, tatara, tatara, tatara, tatarabuelos se codeaban con el rey, y él os dio la tela de pasta y tierras, mientras que mis tatarabuelos trabajarían la tierra o algo así.

La viuda me miró estupefacta y, para mi sorpresa, me sonrió.

—Ya recuerdo por qué me caías bien —dijo. Flipé—. Y sí, tienes razón, ha sido irrespetuoso. Lo siento.

Resoplé.

—Pero que sepas que no toda la fortuna de Oliver es hereditaria —añadió—. Casi ha duplicado las propiedades de la familia con sus inversiones.

—Porque era imprescindible que duplicaras tus bienes —dije, mordaz—. No vaya a ser que no podáis comprar y vender países. ¿Qué dirían los vecinos?

Se rio.

—Bien visto. Entiendo que pienses así, pero Oliver también ha creado más fundaciones benéficas que cualquiera de sus predecesores. Intentamos no acaparar.

Puse los ojos en blanco. Pues con un patrimonio neto de nueve mil millones de libras, mucho no se estaba esforzando Ollie.

—Te lo vuelvo a preguntar. —Mi tono ahora era firme—. ¿Qué quieres? No has venido a enumerarme los motivos por los que estáis muchísimo más forrados que yo.

—Eso, ya… —Apartó la vista y carraspeó antes de volver a mirarme—. No va a ser fácil decirte esto, Lottie, pero he venido a ofrecerte una indemnización.

—¿Una…? ¿Cómo?

—Una indemnización… para que dimitas.

—Ollie me dijo que podría conservar mi empleo sin problema. Me prometió que…

—Oliver no sabe que he venido. Sería un acuerdo secreto entre tú y yo.

La miré anonadada.

—¿Cómo? —susurré.

—Si dimites ahora, te transferiré cincuenta mil libras a tu cuenta. Hoy mismo. —Hablaba en serio, lo notaba, pero también había algo más, casi como… ¿esperanza? ¿Qué esperanzas albergaba?

—¿Por qué harías eso?

Desvió la vista.

—Por mi hijo —contestó al volver a mirarme.

—¿En qué beneficiaría a tu hijo?

—No sería solo una indemnización por despido, Lottie. Sería una indemnización para que te despidieras de Oliver.

—¿Una indemnización por despedirse de alguien? ¿Eso existe?

—Sí, puede darse.

—Quieres que me aleje de tu hijo. —Me dolió en el alma oírme decir eso. La madre de Ollie había venido a sobornarme para que me alejara de él. ¿Tanto me odiaba?

Nunca me había dado esa impresión, y yo siempre percibía cómo se sentían los demás. Siempre. Fue entonces cuando me di cuenta de lo engañada que había estado. Sabía que Ollie tenía una familia unida. Eran ciento y la madre: primos, hermanas… A su casa iban todo tipo de parientes; numerosos hilos los mantenían entrelazados en su tapiz familiar, y, durante la última semana, había empezado a imaginar un mundo en el que Hayley y yo estuviéramos entretejidas en una familia como esa, un mundo en el que esa señora nos permitiera formar parte de su familia, tal vez, incluso, con los brazos abiertos. Cuando empezaron a escocerme los ojos, le di la espalda a la viuda. ¿En qué mundo vivía? ¿En qué mundo una familia como esa, con un título hereditario de quinientos años, acogería a una don nadie como yo?

Hayley y yo llevábamos mucho tiempo solas y ya nos habían decepcionado bastante. Así, al menos, veía a tiempo qué clase de «familia» eran. Solo faltaba que Hayley se llevara otro chasco.

Enderecé los hombros y volví a mirar a Margot; pensé en las fotos que había visto en internet de Ollie y la otra mujer y en lo que costaba la terapia de Hayley.

Cuando volvió a hablar, su tono era más suave.

—Lottie, no solo lo hago por Oliver. —Echó un vistazo a mi viejo portátil, el cual había movido al sentarme y que, para mi vergüenza, mostraba el artículo que había estado ojeando con la foto de Ollie y la rubia despampanante de la noche anterior. Margot volvió a mirarme y me ruboricé—. Es que no creo que vaya en serio contigo. Me preocupa que te falle, y con tu hermanita dependiendo de ti… No querría que lo pasases mal. Tu hermana y tú me caéis bien. En serio.

—Vale —le espeté.

La viuda dio un respingo y me miró asombrada. No hacía falta tener mi habilidad para calar a la gente para ver que estaba sorprendida. Confiaba en que me negaría, pero, aparte del estupor, había algo que me confundía. Había decepción. ¿Por qué me ofrecería cincuenta de las grandes para librarse de mí si luego iba a decepcionarle que las aceptara?

—Entonces, ¿cortarás el contacto con Oliver? —preguntó despacio, mirándome con recelo.

Se me formó un nudo en la garganta al recordar el hermoso rostro de Ollie, sus ojos, su sonrisa, su risa y su ineptitud para jugar bien al ajedrez, pero enseguida me vinieron imágenes de él y la rubia con el titular «El duque de Follangham ataca de nuevo» debajo. No era solo que estuviera arrimado a otra al día siguiente de traerme la comida y besarme de nuevo, aunque dolió, y mucho; en el fondo, era la arraigada certeza de que los de su clase no encajaban con los de la mía. Según el artículo, la mujer que lo agarraba en ese evento llevaba un vestido de cinco mil libras. ¡Cinco mil libras! Eso eran cinco meses de alquiler para mí. Saltaba a la vista que estaba encantada de posar para las cámaras. Yo por nada del mundo querría que me fotografiaran. En mi situación, no podía pasar.

Mi relación con Oliver Harding no iba a ninguna parte y necesitábamos el dinero. Unos años antes, ¡¿qué digo?!, seis meses antes, habría sido demasiado orgullosa para aceptarlo; pero no se trataba de mí ni de mi orgullo, sino de una niña pequeña que solo podía comunicarse conmigo. Se trataba de brindarle una vida normal, y era urgente. Cuanto más tiempo estuviera Hayley sin ayuda, más arraigado se volvería su comportamiento.

—Sí —respondí tras una larga pausa—. Te doy mi palabra.

Capítulo 15

Pues qué alivio



Lottie

Tras aceptar el dinero de su madre, escribí a Ollie para decirle que dimitía, pero que cumpliría con el preaviso de dos semanas, y que no creía que salir juntos fuera buena idea. Me llamó, pero no se lo cogí. A la mañana siguiente, fui a limpiar su casa; sin embargo, cuando llegué, una señora de unos sesenta años con pinta de cascarrabias y una botella de lejía en la mano me impidió la entrada.

—Eh… hola —le dije. Me fulminaba con la mirada—. Soy Lottie, la limpiadora. ¿Es usted…?

—Ya sé quién eres —me espetó.

—¿Es usted la nueva limpiadora?

La mujer rio con sarcasmo.

—¿Nueva? Llevo cuarenta años trabajando para los Harding, jovencita.

—¿Sabe Ollie que…?

—Su excelencia me ha pedido que te diga que ya no necesita tus servicios. Te pagará un mes entero, lo cual me parece más que

generoso teniendo en cuenta que lleva meses pagándote por no dar un palo al agua. Va, largo.

—Señora H —dijo Ollie detrás de la mujer, que resopló con fastidio—, déjenos un momento, por favor.

—Está bien —le espetó la señora H.

Se apartó de la puerta murmurando para sí algo de unas rameras cazafortunas mientras enfilaba el pasillo arrastrando los pies.

—Lottie —dijo Ollie, cuya corpulenta figura ocupaba todo el umbral. Se cruzó de brazos. Al estar yo un escalón más abajo, se notaba aún más la diferencia de altura.

Tragué saliva.

—¿Te lo ha contado tu madre? —pregunté con un hilo de voz.

Le brillaron los ojos de la rabia.

—¿Que te ha pagado? Sí, Lottie, me lo ha dejado muy clarito. —Su voz era gélida. El Ollie cariñoso, burlón y amable se había esfumado, y un frío desconocido que me miraba como si fuera un bicho aplastado en la acera lo había sustituido.

Carraspeé y contuve las lágrimas que se me agolpaban en los ojos.

—Lo siento mucho —dije. Pese a que me esforcé por hablar alto, apenas susurré—. Ollie, me siento fatal, pero de verdad que necesitaba…

—¿Cómo has podido? —me espetó. Su frialdad se transformó en una furia candente. Se tensó de arriba abajo—. ¿Cómo has podido aceptar el dinero? ¿Acaso lo nuestro no ha significado nada para ti? ¿Acaso…? —Se le quebró la voz y apartó la vista. Se puso firme y volvió a mirarme, pero, esta vez, no a los ojos. Si ya su voz de antes me había parecido fría, la que empleó a continuación fue totalmente ártica—. Tengo entendido que las condiciones de mi madre incluyen que cesemos el contacto. Te sugiero entonces que te vayas. A no ser que quieras devolver las cincuenta mil libras.

Dios mío, Margot se lo había contado todo. Iba a vomitar. Pero tenía razón. Había hecho un trato, tenía mis motivos y me había disculpado con Ollie. Debía pasar página.

—No puedo devolver ese dinero —dije en voz baja—. Ollie, te prometo que significó algo para mí. Que tú significabas algo.

Rio con ironía.

—Se nota —dijo con sorna—. Significaba tanto que estabas dispuesta a venderte por unas míseras cincuenta mil libras. Qué especial me siento.

Y ahí estaba: la diferencia entre él y yo. ¿Míseras cincuenta mil libras? Vivía en el mundo de yupi si creía que el duque de Buckingham y yo teníamos alguna posibilidad. No habitábamos el mismo planeta, ni siquiera el mismo universo. Tragué saliva y me obligué a bajar los escalones para alejarme de Ollie. Mientras descendía, albergué la ligera esperanza de que vendría corriendo, de que me cogería en brazos y me diría que todo iba a ir bien; pero, cuando llegué a la acera, me estremecí al oír el portazo con el que cerró la entrada principal de la Buckingham House.



Desde entonces, la única vez que vi a Ollie fue en el club en el que seguía trabajando de camarera. Me miró con tanto odio que no tuve el valor de aguantarle la mirada más de unos segundos. Cuando volví a mirar al mismo sitio, ya no estaba, y no lo volví a ver por allí.

Al principio, pensaba que me añoraría, se plantaría enfrente de mi piso y me llamaría desde la calle, al estilo Romeo y Julieta (estaba convencida de que, si su madre me había encontrado, a Ollie no le habría costado nada conseguir mi dirección); pero no fue así, y me dije que era lo mejor.

Sin embargo, poco después de la visita de Margot, fue otro Harding el que me localizó: Vicky se presentó en mi casa una semana después.

—Qué pequeño es esto —comentó nada más entrar, y, pese a estar de bajón, me arrancó una carcajada.

Cuando Hayley se asomó a la puerta de su cuarto, Vicky la saludó con la mano y dijo:

—No tienes que salir a saludarme si no quieres. Sé lo molesto que es que los demás esperen que hables cuando preferirías no hacerlo. Hubo una época en la que yo tampoco hablaba mucho.

Hayley se quedó atónita un momento, pero, para mi sorpresa, sonrió y le ofreció una galleta.

Cuando Vicky le dijo que no comía azúcar refinado, Hayley le dio una manzana y Vicky la aceptó. Se aceptaron de manera tácita, como si percibieran que la otra hacía las cosas de manera un tanto diferente y esto no tuviera nada de malo.

—¿A qué has venido, Vicky? —le pregunté mientras se comía la manzana.

Hayley había vuelto a su cuarto y ella se sentó donde se había sentado su madre una semana antes.

—He leído tu expediente.

—¿El que elaboró Margot sobre mí?

—Sí —dijo, sin ningún arrepentimiento—. Tienes antecedentes penales.

Me quedé paralizada y la miré fijamente.

—Baja la voz —dije entre dientes.

—Te va a costar conseguir otro empleo en el que te paguen tan bien como cuando trabajabas de limpiadora para mi medio hermano.

—Entonces, ¿te has enterado de lo de Margot?

Vicky asintió y ladeó la cabeza. Ella era más difícil de interpretar que otras personas, había pocas señales sutiles que la delataran; pero presentía que quería algo de mí. Que lo ansiaba.

—Tienes aptitudes —dijo.

—¿C-cómo? —repuse, estupefacta.

—Percibes las señales no verbales. De niña, te describían como observadora.

Un informe dice que sobreviviste viviendo con tu madre gracias a tu capacidad para calar a la gente. Ahora estás haciendo un curso de psicología, supongo que para aprovechar tus habilidades, ya que son tus puntos fuertes.

Me levanté del sofá con rapidez y me alejé de Vicky.

—A ver si lo entiendo: ¿Margot ha accedido a mis archivos personales y confidenciales de cuando era niña y estaba con los servicios sociales?

Vicky asintió.

—También a los informes escolares: «Lottie posee la asombrosa capacidad de saber con exactitud lo que la gente necesita oír en una conversación. Se adapta a cualquier circunstancia. Tiene una inteligencia emocional tan fuerte que casi parece que lea la mente».

Me quedé boquiabierta.

—¿Cuántas veces has leído mis informes escolares?

—Tengo memoria fotográfica.

—Cómo no. —Suspiré—. Aunque me encantaría demandaros a ti y a Margot por invadir mi intimidad, para ser sincera, no tengo ni tiempo ni ganas ni dinero. Así que va, dime a qué has venido. Quieres algo de mí.

—Tú calas a la gente, yo no —dijo sin ambages. Parecía que solo supiese hablar así—. Soy autista, pero ya debes de saberlo. Me lo habrás notado.

Asentí.

—Nunca lo cuento. De hecho, me lo han diagnosticado hace poco. Te agradecería que no se lo contaras a nadie.

—Descuida —dije.

—Mi medio hermano lleva intentando protegerme desde que me dejaron en la casa de su familia a los seis años, pero ya ha hecho bastante. No quiero trabajar para la Buckingham Estate si no soy un miembro de pleno derecho de la familia Harding.

—¿Quién dice que no lo eres?

—Soy fruto de una aventura. Ni siquiera tengo claro si debería llevar su apellido. En fin, que necesito seguir mi camino lejos de ellos. Se me dan muy bien los números y sé ganar dinero.

—Entiendo que quieras ampliar horizontes, pero ¿no te sobra el dinero? —dije, hastiada.

—Sí —contestó—; pero necesito más, mucho más.

—Cómo no —repetí—. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Quiero contratarte para que me ayudes. Los inversores no siempre son lógicos y no eligen las empresas basándose únicamente en hechos objetivos; por lo visto, hay un elemento subjetivo que no logro captar. Además… —Apartó la vista un momento y luego volvió a mirarme—, no caigo bien.

—Vaya. —Se me pasaron un poco el mosqueo y el enfado al oír la crudeza con la que lo dijo—. Vicky, no creo…

—No pasa nada, sé que soy diferente. Siempre digo la verdad, pero es que no entiendo por qué no habría de hacerlo. No sé mentir o, al menos, no le veo sentido; pero… —Tragó saliva antes de continuar, de lo que deduje que estaba triste y molesta—. Pero a veces hiero los sentimientos de los demás sin darme cuenta. La gente no siempre quiere oír la verdad.

—Ya ves —dije más suavemente. Era evidente que a Vicky le angustiaba herir a los demás.

—Y la mayoría de las veces ni siquiera sé que he herido los sentimientos de alguien, porque no me lo dicen. Es más fácil con Margot y mis medio hermanos. Saben que tienen que explicármelo todo y ser muy claros, pero, incluso así, la lío. A veces mi media hermana se toma a pecho lo que le digo. El año pasado se casó con Blake y, antes de una de sus pruebas de vestuario, me dijo que quería que fuera y que me apreciaba, pero que no quería que le diese mi sincera opinión sobre el vestido, así que no dije nada. A la media hora, me pidió que le diera mi sincera opinión.

Hice una mueca.

—¿Y cuál fue?

—Que tenía pinta de picar.

—Ostras.

—Es que tenía un montón de encaje. Cuando veo algo de encaje, solo pienso que tiene pinta de picar mucho. No veía nada más. Era, tal cual, lo único en lo que pensaba al verla.

—Se enfadó —concluí.

Vicky se puso seria.

—No solo quería mi sincera opinión sobre el vestido, sino también sobre Blake.

—¿No te cae bien?

Vicky se encogió de hombros.

—No creo que sea la pareja adecuada para mi media hermana ni el padrastro ideal para mi sobrina, y no se me ocurre ninguna cualidad que admire de él, aparte de que sabe combinar la corbata con la camisa.

—Ahí va —dije haciendo otra mueca.

—La cuestión es que, si ni siquiera sé tratar con la gente que me conoce bien, ¿cómo voy a lidiar con clientes o clientes potenciales?

La miré con atención. Decía la verdad, pero se estaba callando algo.

—No quieres contratarme solo por eso.

Vicky rehuyó mi mirada y, por primera vez, me pareció que estaba incómoda.

—No tengo amigos —dijo, más bajito que antes—, y nunca he tenido novio. La gente cree que soy rara.

—¿Y crees que yo podría ayudarte con ese tema? —pregunté en voz baja.

Se encogió de hombros.

—Necesito a alguien con don de gentes. Mi medio hermano ha intentado ayudarme… pero es demasiado sobreprotector. Necesito contratar a alguien. Alguien con «una intuición casi sobrenatural».

—Te has leído mis informes escolares de cabo a rabo, ¿eh?

—Sé que necesitas dinero para tu hermana, y sé cuánto te ha dado Margot, pero no bastará para costear los cuidados continuos. Te daré de sobra para que pagues la terapia de tu hermana, para que sigas con tu curso de psicología y para que te mudes.

Me puse rígida.

—¿Qué te hace pensar que quiero irme de aquí?

—Hay humedad, duermes en el sofá y no es una zona segura.

—No te cortes —mascullé.

—Ese es el problema —dijo—: que nunca me muerdo la lengua.

—Si acepto el empleo, no podré echar muchas horas por la mañana porque tengo que ocuparme de Hayley, así que solo estaré disponible mientras esté en clase. Alguna noche de vez en cuando está bien; puedo buscarle una canguro para cuando se acueste, pero tengo que estar presente cuando vuelva del cole.

—Vale.

—Y quiero poder estudiar mientras trabajo.

—Ya me lo imaginaba, tu carrera requiere dieciséis horas semanales.

—¿Cómo no ibas a saberlo? —mascullé—. Fijo que hasta sabes lo que he desayunado.

Negó con la cabeza.

—El único hábito tuyo que conozco es que no bebes alcohol, lo cual supongo que tiene que ver con tu ma…

—Voy a empezar a evitar que metas la pata desde ya —la interrumpí, alzando la voz—. Jamás de los jamases menciones a mi madre. —Nunca hablaba de mamá. Que el día que comí con Ollie en un banco le hablase de ella fue un milagro.

—Vale —dijo con voz queda, alejándose un poco de mí y de mi tono brusco. Vicky no pillaba las señales sutiles, pero se daba cuenta si la regañaban. Se puso tensa. Emanaba turbación y, quizá, algo de miedo.

—Tranquila, Vicky —dije, más calmada—. Sé que no pensabas que me alteraría tanto. Perdón por alzar la voz.

Negó con la cabeza.

—No pasa nada. Es que soy… sensible al ruido.

Ladeé la cabeza.

—Lo recordaré. No pretendía alzar la voz, pero es que de verdad que no quiero hablar de mi madre, ¿vale?

Vicky asintió y se relajó un poco.

—¿Y cuál será mi puesto? No puedo ir por ahí diciendo que soy «tu empatía».

—Ya, supongo. Serás mi asistente personal.

—Una cosa más: ¿tendré que ver a tu hermano?

—No puedo asegurarte que no vayas a ver a mi medio hermano. Lo veo mucho y mi socio es su mejor amigo.

—Acordé con tu madrastra que no volvería a ver a tu hermano.

—Con intenciones románticas.

—¿Cómo?

—Tienes prohibido volver a ver a mi medio hermano con intenciones románticas. No lo verás con intenciones románticas cuando estés conmigo. Ahora te odia, así que no os veréis, para nada, en un contexto romántico.

Solté todo el aire de golpe, como si Vicky me hubiera dejado sin aliento. Oír claramente que Ollie me odiaba fue peor de lo que imaginaba. Aparté la vista, parpadeé deprisa para contener las lágrimas y volví a mirarla.

—Pues qué alivio —dije, con una sonrisa forzada.

Capítulo 16

A nadie le gusta un pastelito Jaffa rancio



Lottie

—Vicky —dije apretando los dientes—. No me has dicho que estaría tu hermano.

Desde que empecé a trabajar para Vicky, hacía tres meses, había logrado evitar a Ollie, pues ya no me hacía falta ser camarera en su espantoso bar y quería que siguiera siendo así.

—Cierto, no te lo he dicho —dijo, sin rodeos, como siempre; sin el menor arrepentimiento.

—¿Y por qué no?

—Porque te habrías negado a venir y te necesitaba aquí.

Puse los ojos en blanco.

—Sabía que me ocultabas algo.

—Lo sé. Percibes cuando te omiten información.

—Vicky —dije despacio mientras Ollie, en la otra punta de la sala, me echaba una mirada asesina—. Ahora es cuando te disculpas.

—Ah, sí —dijo Vicky, e hizo una pausa—; pero es que no lo siento; te necesito aquí.

Vicky solía ver las cosas a su manera. Si necesitaba que estuviera en algún sitio, esa era la prioridad para ella.

—Miénteme.

—Sabes que no sé. Además, pillas a los mentirosos.

Me di por vencida y le di un buen trago a mi flor de saúco. Birlé unos canapés diminutos al ver pasar la bandeja y me metí uno en la boca.

—Podría estar en casa comiendo comida china con Hayley.

Vicky frunció el ceño.

—La comida china tiene glutamato monosódico. No deberíais comerla. —Hizo una pausa y luego se volvió hacia mí—. No quiero que la comáis. Me caéis bien. No quiero que enferméis o que se os reduzca la esperanza de vida.

—Vics, cielo, haría un montón de cosas por ti, pero abstenerme de la comida china de por vida no es una de ellas.

Resopló.

—Mañana te envío un menú.

—Aún conservamos los tres que nos enviaste, cielo, y, siento decírtelo, pero Hayley no comería espinacas ni por todo el oro del mundo.

—¿Por qué no?

—Porque tiene ocho años, Vicky.

—Razón de más para que coma verdura.

—¿Y si nos centramos en lo que hemos venido a hacer? —dije—. Preferiría irme antes de medianoche y antes de cruzarme con tu hermano.

—Claro, sí —dijo Vicky. Miró detrás de mí y se mordió el labio—. Eh… hay un problema.

—¿Qué problema?

—El señor Arkins está hablando con mi medio hermano.

—Hijo de… —mascullé.

El señor Arkins era el objetivo de esa noche. Vicky quería invertir el dinero de ese hombre para él. No debería haber supuesto un problema, ya que Vicky era la mejor bróker del sector, pero el señor Arkins no iba a dejarse impresionar por las estadísticas y los hechos objetivos que le proporcionase Vicky. El tío quería que le comiesen la oreja. Ahora bien, comer la oreja no era el fuerte de Vicky, y ahí es donde entraba yo. Cerré los ojos un buen rato.

Enderecé los hombros y me dije que debía echarle ovarios. Vicky me pagaba para que la ayudara con esos asuntos; solo me faltaba decepcionar a otro jefe. Así que forcé una sonrisa y le dije con energía:

—Pues venga. En algún momento tendré que ver a tu hermano. Pues que sea ahora.

Cualquier otra persona se habría percatado de que me temblaba la voz o de que apretaba los puños, pero Vicky, tan inocente ella, no se dio cuenta. Para ella, si yo decía que me parecía bien ir a ver a su hermano, es que me parecía bien.

Así que nos dirigimos hacia allí, pero solo cuando estuve a pocos metros de Ollie me di cuenta de mi error. Volver a estar tan cerca de él no fue buena idea: me fulminaba con la mirada, su lenguaje corporal me gritaba que me alejara y destilaba odio a raudales, pero mi corazón no había asimilado que no era el amor de mi vida. Solo me apetecía arrojarme a sus brazos y que me pegara a su amplio pecho; que me besara en la sien con su infinita ternura y absorbiera el pesar y el anhelo que sentía en mi interior y pugnaban por escapar. La sensación era tan fuerte que solo podía concentrarme en eso mientras lo miraba embobada. Incluso me pareció que me balanceaba ligeramente hacia él, solo para recular al ver que hacía una mueca de asco y que, encima, había retrocedido.

Los cuatro nos saludamos de manera escueta. Apenas podía articular palabras coherentes, ya no digamos serle útil a Vicky. Y antes de que pudiera detenerla, se puso a hablar de las estadísticas que respaldaban las estrategias de inversión del señor Arkins. Él empezaba a tener la mirada perdida. Negué con la cabeza para

centrarme y dejé de estar pendiente del hombre furioso que tenía enfrente para prestar atención al otro.

El señor Arkins se estaba apartando un poco de Vicky. Emanaba irritación, aburrimiento y cierta frustración, así que le agarré la muñeca a Vicky y le di un apretón. A ella le parecía bien que la tocaran siempre y cuando fuera un toque firme y deliberado, no un roce ligero e inesperado, y sabía que podía esperar un apretón de muñeca en esa situación. Era la señal que habíamos acordado para que se detuviese a coger aire. Una vez que Vicky empezaba a hablar de un tema, tendía a extenderse a un ritmo alarmante. Si nos descuidábamos, podía perder a su público en un santiamén, y ahora mismo estábamos a puntito de perder al señor Arkins. Ya miraba a un lado y a otro, buscando una salida; pero volvió a fijarse en nosotras cuando Vicky cortó el rollo de golpe.

—Perdón, me estaba yendo por las ramas —le explicó al señor Arkins, que la miraba con curiosidad—. Lottie me aprieta la muñeca para avisarme. No se me da bien dejar hablar a los demás. —El hombre se quedó perplejo. Vicky lo miró muy seria y agregó—: Por lo visto, aburro a la gente.

—No digas chorradas, Vics —le espetó Ollie, que se volvió hacia mí—. ¿Cómo te atreves a decirle eso a mi hermana?

Ignoré la mirada furiosa que me echó y me concentré plenamente en el señor Arkins. Era un hombre corpulento, no tan alto como Ollie, pero igual de ancho, y no parecía que le gustase ir trajeado. Se había hecho cortes en la oreja en algún momento de su vida; no era una oreja de coliflor, pero tampoco era muy bonita, que digamos, y tenía una cicatriz en el labio, lo que hacía pensar que se lo había roto un par de veces.

Forcé una risotada.

—Es que tiene demasiadas cosas en esa cabeza pensante —expliqué—. Sabe todo lo necesario sobre cómo invertir el dinero de los demás; pero Vics toca todos los palos. No le haga hablar de las últimas estadísticas de *rugby*.

—¿Te gusta el *rugby*? —le preguntó el señor Arkins, sorprendido.

Vicky abrió la boca para contestar, pero la interrumpí. No, no le gustaba el *rugby*, pero eso no significa que no lo supiera todo acerca de ese deporte.

—Uy, le encanta. —Le puse la mano en el hombro y le di una palmadita firme: otra señal para que no desmintiera lo que acababa de decir—. No le haga hablar de la alineación titular para el Mundial en la semifinal de este finde.

—Pero es que la alineación titular no es lógica —intervino Vicky—. Que Sam Vaughton haya jugado bien los dos últimos partidos no significa que se haya ganado un puesto. Si nos fijamos en sus estadísticas, es el jugador menos fiable por un treinta y tres por ciento.

—¡Eso digo yo! —exclamó el señor Arkins—. Por fin alguien que está de acuerdo. Es demasiado impredecible, necesitan a alguien que les insufle serenidad.

Vicky asintió y abrió la boca, probablemente para soltar otra perorata relacionada con el *rugby*, pero le di un ligero codazo bajo el brazo, en las costillas; el codazo era para animarla a hacer una pregunta o bien para darle la razón a alguien (a Vicky le costaba mucho estar de acuerdo con algo que consideraba falso, pero habíamos estado practicando). Asintió y consiguió decir «qué interesante».

—¿A qué jugadores pondría usted? —le preguntó.

Entonces fue el señor Arkins el que se puso a hablar por los codos. Carraspeé para que Vicky me mirase e imitase mi lenguaje corporal: cabeza ladeada, contacto visual constante y asentimientos breves, como si estuviera pendiente de cada palabra. Cuando osé echar un vistazo a Ollie, vi que me miraba con suspicacia; no parecía muy contento. Por suerte, vino alguien a decirle algo justo cuando el señor Arkins y Vicky se habían enfrascado en otro debate sobre la primera línea. Tuve que darle dos codazos para que asintiera y dijera «qué interesante», lo que el señor Arkins interpretó como que aceptaba que sabía más de *rugby* que ella, cuando no era así para nada.

—Si estás tan puesta en la bolsa como en el *rugby*, quizá reconsidere tu propuesta. Te digo algo el lunes.

Suspiré aliviada cuando se acabó. Ya estábamos más cerca de marcharnos. Necesitaba un respiro, así que me bebí el vaso de flor de saúco que sujetaba y, sin mirar a Ollie, le dije a Vicky que iba a buscar el baño. Como no quería dejarla sola mucho rato, salí a toda prisa. Sentí un alivio inmenso al encontrar la puerta del baño enseguida. Una vez allí, me senté en el borde de la bañera ornamentada y me concentré en mi respiración. Tras un minuto de silencio, se me calmó el pulso y dejé de hiperventilar, pero seguía dolida en lo más hondo por la mirada asesina que me había echado Ollie. Estuve tentada de quedarme ahí escondida, pero pensé en Hayley y apreté los dientes. Renunciar no era una opción.

Así que me obligué a salir del baño y volver al lío; pero, justo cuando iba a ponerme a buscar a Vicky, alguien con una mano enorme me agarró del brazo y me detuvo en seco. Ollie me soltó al notar mi sobresalto, pero seguía impidiendo que cruzase el estrecho pasillo.

—¿Por qué lo hiciste? —me espetó; su rabia era palpable—. ¿Por qué aceptaste el dinero?

—T-tengo que irme —murmuré, procurando no mirarlo a los ojos; estaba como un tomate.

Pero entonces Ollie volvió a sorprenderme. Relajó el semblante y se llevó la mano a la nuca, un gesto que siempre demostraba lo fornidos que tenía el brazo y el pecho, incluso con el traje.

—Mira, Lottie. He estado pensando… Si lo estás pasando mal, si necesitas el dinero para algo y… Ya te doy yo las cincuenta mil libras. No hace falta que…

—¿Cincuenta mil libras para qué? —dije, endureciendo el tono al ver lo preocupado que estaba. Pues bien que cuando, durante los tres últimos meses, lo habían fotografiado aquí y allá con otras mujeres del brazo, no lo estaba tanto. ¡Que había quedado con una ahí, jopetas! Que tenía una mancha de pintalabios en el cuello. ¿Me

tomaba por tonta o qué? ¿Para ser tu amante barriobajera? Habré aceptado el dinero, pero aún tengo dignidad.

Si quería librarme de él, tendría que cortar por lo sano y ser la mala de la película. La atmósfera se enturbió con su mal humor; su furia enrareció el ambiente.

—Si tuvieras dignidad, para empezar, no habrías aceptado las cincuenta mil libras. Supongo que era tu plan desde el principio: extorsionar a mi familia. —Me miró de arriba abajo con cara de desprecio—. ¿Fuiste sincera en algo? Los petos estrafalarios, los múltiples pendientes, las sudaderas de gatos… ¿De verdad eras así? Porque para mí que no te ha costado nada convertirte en Barbie empresaria.

Sonreí con falsedad.

—Qué bien que lo apruebes. Barbie empresaria era justo la imagen que buscaba. —Decidí que no necesitaba saber que había sido la estilista de Vicky quien había dispuesto todo lo que debía llevar, desde mi esmalte rosa palo hasta mi vestidito negro entallado, pero discreto. El cambio de imagen y la ropa eran gajes del oficio. Vicky me explicó que era esencial, lo consideraba una armadura. Yo lo odiaba, pero Vicky también, y para ella era un auténtico suplicio, pues no soportaba ir con ropa ajustada. Cuando fui a su casa con Hayley la noche anterior para planear lo del señor Arkins, llevaba una sudadera suavísima y unas mallas, y la noté mucho más relajada—. Y no os extorsioné. Me ofrecieron dinero como indemnización.

—Pues metiste la pata hasta el fondo. Cincuenta mil libras es calderilla para nosotros; podrías habernos sacado mucho más, pero eso ya lo sabes, por eso te has pegado a mi hermana.

—Trabajo para ella —dije a la defensiva.

Ollie ladeó la cabeza.

—¿Qué haces exactamente para Vics? No tienes un título universitario y eres una inepta total. ¿Tan arrogante eres que crees que puedes ofrecerle algo? ¡Que es un genio, coño!

—La estoy ayudando, atontado. No todo requiere estudios universitarios.

Se le encendió la mirada y se movió de nuevo; fue tan repentino que no lo vi venir. Un minuto me miraba fijamente, a pocos metros de distancia, y al siguiente lo tenía encima, reteniéndome contra la pared, impregnándolo todo con su aroma y echándome el aliento en la mejilla. El corazón me iba a mil y el pecho me subía y me bajaba a la velocidad de mi respiración agitada. Debería haber salido pitando o haberle dado un rodillazo en los huevos, pero, cuando cruzamos la mirada, me quedé paralizada. Despacio, me tocó un lado de la cara. Dejé de respirar cuando me rozó la sien y, con suma dulzura, me pasó por detrás de la oreja un mechón que me cubría los ojos. Sentí que iba a llorar. Incluso yendo en tacones (un arte que aún no dominaba) seguía siendo más alto que yo. Eché la cabeza hacia atrás justo cuando él se inclinó hacia delante.

—Bella embustera —musitó, observándome el rostro como si intentara averiguar qué ocultaba—. Te lo diré solo una vez. ¿Queda claro? —Embelesada, asentí—. No te acerques a mi familia. No creas que vas a sacarnos nada más. Ya has cobrado, no se va a repetir. Si crees que vas a sacarle algo a Vicky, te equivocas. Toda mi familia sabe lo avariciosa y calculadora que eres, así que no nos toques más las narices, cazafortunas.

Lo peor fue cómo lo dijo: con lentitud, deliberación y control, como si hubiera escogido cada palabra con la máxima precisión para hacerme el mayor daño posible.

—Vicky no piensa así —dije con voz trémula, pese a mis esfuerzos por mantener la calma—. Y los demás os podéis ir a tomar por saco. Ojalá que todos los pastelitos Jaffa que comáis estén rancios, que no acabéis de acertar con la cantidad de Marmite que os untáis en las tostadas y que el té os sepa siempre a aguachirri.

Ollie se quedó tan atónito que, por un instante, se le pasó el enfado.

—¿Eso es lo mejor que se te ocurre: té aguado, Marmite mal untado y pastelitos Jaffa rancios?

—A nadie le gusta un pastelito Jaffa rancio.

—Cierto.

Me dio la impresión de que quería reírse. En su interior se debatían la aversión y un cariño reticente. Entonces frunció el ceño y negó con la cabeza como para despejarse, me echó una última mirada furibunda y se apartó de mí. Estaba tan exhausta y deseosa de irme que olvidé qué clase de zapatos llevaba, por lo que casi me di de bruces con el suelo de madera maciza al apartarme de la pared; sin embargo, no me caí. Cómo no, al igual que la última vez, Ollie me pasó su robusto brazo por la cintura y me puso de pie. Su calor me recorrió de arriba abajo. Durante un buen rato, su cuerpo duro y el mío se rozaron, pero entonces retiró el brazo y trastabillé hacia atrás, esforzándome al máximo por mantenerme erguida esta vez.

—No deberías llevar tacones —dijo refunfuñando.

Cuando volví a mirarlo, volvía a tocarse la nuca y arrugar el ceño como si tuviera sentimientos encontrados.

—Lottie… —empezó a decir, pero yo no podía más; esa noche no. Necesitaba irme a casa y concentrarme en lo importante: mi familia. No en sueños que no estaban al alcance de cazafortunas avariciosas y calculadoras como yo.

Capítulo 17

El reencuentro de la familia Harding



Lottie

—Vicky, ¿por qué lo hace? —preguntó Felix por enésima vez.

—Acéptalo, Moretti —dijo Harry York, desde el otro extremo de la mesa de la sala de juntas, con una sonrisa burlona—. Tu empresa es tan cutre que ni puedes garantizar que vas a invertir el dinero de alguien si su hermana es tu socia.

Estábamos en la sala de juntas de Moretti Harding, esperando a que Ollie llegara a la reunión. Retorcí los dedos sobre la mesa y me mordí el labio. En general, disfrutaba trabajando allí. Ser la asistente de Vicky era estupendo, y no es por fardar, pero lo bordaba. Mi capacidad para calar a la gente era uno de los atributos más valiosos que se podía tener en el mundo empresarial. Cuando empecé, hacía tres meses, los demás se quedaron un poco pasmados, saltaba a la vista que me faltaban cualificación y experiencia y, a pesar de los esfuerzos de la estilista de Vicky, no encajaba del todo con el

ambiente corporativo; pero, poco a poco, me fui ganando su respeto.

Tras una semana trabajando allí, me reuní con Felix y Vicky para hablar del pronóstico de una urbanización en ciernes. Para ser sincera, sentía que sobraba, pues Vicky no necesitaba reprimir sus modos bruscos en esas circunstancias; eran los señores con los que íbamos a reunirnos los que querían convencerla de que aceptara el trato, no al revés.

Pero, a los diez minutos, supe que mentían. Las señales eran tan claras que no entendía que ni Felix las captara. Lo malo era que iban a firmar algo en ese mismo momento, así que tenía que actuar deprisa. Le apreté la muñeca a Vicky, que me miró ceñuda, pues no consideraba necesario que la avisara como de costumbre. Negué con la cabeza y señalé con ella a los hombres que teníamos enfrente. Como prueba de su fe en mí, Vicky se levantó *ipso facto* y anunció que necesitábamos un momento a solas antes de firmar. Una vez que los hombres se hubieron marchado a regañadientes, Felix se volvió hacia nosotras.

—¿De qué coño vas, Vics? —preguntó, rezumando frustración.

Vicky pasó de él y se volvió hacia mí.

—¿Lottie?

Felix resopló.

—¿Has detenido un trato multimillonario para hablar con una becaria sin cualificación? En serio, Vics, estoy de esto hasta…

—Mienten —solté.

—¿Cómo? —dijo estupefacto, volviéndose hacia mí.

—Esos hombres están mintiendo.

Frunció el ceño.

—¿En qué?

Negué con la cabeza.

—Lo siento, pero no va así la cosa. Yo solo sé que mienten. Pero ni idea de en qué.

—Pues vaya ayuda. Gracias por…

—Pero es algo sobre el drenaje del terreno, reaccionan cada vez que se menciona, así que no, no sé exactamente en qué, pero sí sé que no te están diciendo la verdad y que se asustan cuando se menciona el drenaje.

—¿Y cómo lo sabes? —me espetó.

—Leo a la gente.

—¿Les lees la mente?

—No, hombre. Es que… siempre percibo cómo se sienten, y eso incluye identificar si mienten. —Me encogí de hombros—. Lo hago desde niña.

Me fue muy útil durante mi infancia, ya que cada cuidador tenía expectativas muy distintas. Prever el estado de ánimo de los demás, sobre todo de los que no conocía mucho, era muy importante y, a veces, vital para sobrevivir.

Felix me miró fijamente un buen rato y me dijo:

—Más te vale no equivocarte.

Felix y Vicky rechazaron el trato a pesar de las duras advertencias de los hombres de que otras empresas estaban interesadas y de que estaban cometiendo el mayor error de sus carreras. Felix se mostró algo frío conmigo hasta unos días después, cuando fue al despacho de Vicky (el cual compartíamos; a esas alturas, Vicky prefería que yo estuviera presente incluso para sus llamadas) y se disculpó. Los señores sí habían mentido sobre el terreno: habían instalado el sistema de drenaje de manera ilegal y presentaba riesgo de inundación. El trato habría hecho perder millones a Moretti Harding. Desde entonces, Felix no ha tenido reparos en tomarme prestada siempre que ha podido y, dada mi habilidad para detectar si me están dando gato por liebre, el día anterior había declarado que no se llevaría a cabo ninguna negociación sin mí.

—¡Vete a la mierda, York! —masculló Felix.

Odiaba a Harry York. Los dos llevaban años a la gresca desde que Harry aconsejó a uno de sus clientes que no invirtiera en un proyecto de urbanización de Felix, y ahora Ollie había decidido empeorar aún más las cosas usando a Harry para su cartera de

inversiones. Me daba rabia porque sabía que lo hacía para desquitarse conmigo a través de Vicky.

Claro que Ollie no quería que me acercara ni a él ni a su familia, pero con Vicky era peor: la protegía. Consideraba que sus diferencias la volvían vulnerable y creía que me estaba aprovechando de eso para abusar de ella; pero no tenía ni idea de lo protectora que me había vuelto yo también con su hermana, ni de que Vicky era la primera amiga que había hecho en la ciudad. Desde que me había mudado a Londres hacía dos años por Hayley, me había deslomado tanto que no tenía tiempo de trabar unas amistades igual de fuertes que las que había dejado atrás. Entre que tenía que cargar con toda la responsabilidad y demostrar mi valía cada dos por tres, sin ningún familiar que me apoyase (más bien todo lo contrario), me sentía sola.

Y Vicky me caía muy bien. Me gustaba que sus señales me resultaran más difíciles de interpretar y que, por tanto, no siempre descifrase lo que pensaba. Y nunca mentía, lo cual era un soplo de aire fresco: se decían tantas mentiras piadosas en las conversaciones cotidianas con la gente normal que me resultaba un poquito agotador ignorarlas, pero Vicky era pura honestidad.

—Pues llega veinte minutos tarde. Lo mismo ninguno de los dos descubre qué trama —comentó Harry justo cuando se abrían las puertas dobles de la sala de juntas y entraba Ollie a grandes zancadas.

Pasó de todos, rodeó la mesa para ir donde su hermana, la levantó de la silla y la abrazó con fuerza. Vicky toleraba los abrazos, sobre todo los fuertes. De hecho, en situaciones estresantes, un abrazo fuerte la tranquilizaba, algo que su hermano sabía perfectamente.

—Hola, Vics —dijo sonriéndole mientras se apartaba. Seguía sin hacernos ni caso a los demás.

—Hola, Ollie —le contestó. El abrazo había servido de algo: estaba mucho menos nerviosa.

Cuando Ollie se volvió hacia mí, más que sonreírme, me enseñó los dientes; el gesto afable reservado para su hermana había desaparecido hacía rato.

—Si el reencuentro de la familia Harding ya ha terminado… —dijo Harry, visiblemente irritado—. Espero que no me hayas llamado para tomarme el pelo, Buckingham.

—Eso, Ollie —intervino Vicky mientras Ollie volvía sobre sus pasos, saludaba a Harry York con una palmada en la espalda al pasar por su lado y hacía un gesto a Felix con la barbilla—. No se abraza a la gente en las juntas.

Su semblante adusto se suavizó de nuevo al mirar a su hermana.

—Es mi reunión, querida, así que haré lo que me salga de los cojones.

—Tampoco se dicen palabrotas en las reuniones —le dijo Vicky.

—Me la suda.

Felix y Harry York siguieron discutiendo por nimiedades en plan gallito. Pasé de ellos hasta que Harry York me sacó a colación.

—Felix, he oído que el otro día casi pierdes ni más ni menos que diez millones de libras por el terrenucho ese, y que fue tu becaria la que te ahorró el mal trago.

Cuando Harry York me señaló con la cabeza, me quedé paralizada. Ollie también me miró, pero él con suspicacia.

—Lottie no es becaria —intervino Vicky. Por una vez deseé que lo dejara pasar y no agravara la situación, pero si se decía algo mal, ahí estaba ella para corregirlo—. Es mi asistente ejecutiva.

Ollie puso los ojos en blanco y yo me ruboricé.

—Ah, perdón —dijo Harry, sonriéndome. Vi que Ollie se tensó—. ¿Y si te reclutamos para York Evans Investments? Así no tendrías que salvarles el pellejo a estos alelados cada dos por tres.

Ollie se enfadó aún más, lo cual no tenía ningún sentido. En primer lugar, Harry estaba casado, y, si los rumores eran ciertos, era muy feliz; en segundo lugar, Ollie me odiaba, así que ¿a santo de qué se ponía celoso o en plan posesivo?

—¡Tienes un morro que te lo pisas! —le espetó Felix a Harry—. Vienes aquí a robarme a los clientes y encima quieres llevarte a mi empleada. No creas que no tengo trapos sucios tuyos, York. ¿Hablamos de lo mal que gestionas a tus clientes? Venga, mamón, a ver si te atreves.

—¡Basta! —gritó Vicky, y esa única palabra resonó por toda la sala y los acalló.

—Will, ¿traes el té o qué? —preguntó Felix, y Will Brent, uno de los ejecutivos candidatos a socio y, en mi opinión, un cretino de tomo y lomo (todavía lo recordaba de aquella noche en el club), asintió.

—Ya viene —dijo justo cuando la puerta de la sala se abrió de nuevo y Lucy, la asistente de Will, entró arrastrando los pies con el carrito del té. Se quedó paralizada del miedo al ver la cantidad de ejecutivos sentados a la mesa de conferencias. Cuando miró a Felix disimulé una sonrisa. La pobre estaba loquita por él; nunca había visto a nadie tan pillado. Felix solo la miró ceñudo, lo que no le dio ninguna confianza a la pobre, que ya tenía la moral por los suelos. Era una pena, porque me caía genial, pero, siendo sincera, no creía que fuese a durar mucho en su puesto.

A partir de ahí, la reunión fue como esperaba: cuesta abajo y sin frenos. Cuando no me miraba mal, Ollie se mostraba combativo y provocador con Felix, mientras que Harry York era un experto en sacar de quicio a todo el mundo. Lo único que calmaba los ánimos era el chirrido que hacía el carrito del té que iba empujando Lucy, pese a estar claramente coja. Miró confundida la tabla de los colores del té que le enseñaba Vicky. Para Vicky, proporcionar una tabla de los colores de su té predilecto y el tono exacto que debía tener según la hora no eran manías de diva, sino dar instrucciones detalladas sobre cómo quería que se hiciera algo —algo que Vicky agradecería que hicieran los demás—, así que no entendía por qué alguien pensaría que eso la hacía complicada. «Si acaso, me vuelve más sencilla», me dijo frustrada cuando intenté explicarle que no podía sacar su tabla cuando visitaba otras empresas o, peor aún,

casas ajenas y le ofrecían una taza de té. «Les brindo una medida objetiva con la que evaluar qué té prefiero. Ya me gustaría a mí que los demás me dieran una tabla de colores cuando les preparo el té».

Una vez que Lucy hubo dedicado un tiempo excesivo a preparar un té (Lucy no era la persona más práctica del mundo; de hecho, puede que fuera la peor asistente que había visto en acción), empezó a acercarse a nuestro lado de la mesa. Fue entonces cuando Felix advirtió que cojeaba y, enajenado perdido, interrumpió la junta para interrogarla sobre su lesión. Cuando Will el Baboso, el jefe directo de Lucy, dijo: «Felix, deja que la cojita sirva el té. Lleva cojeando toda la mañana, está bien», pensé que Felix le arrearía un puñetazo en toda la cara.

—¡Lucy Mayweather! —La voz grave de Ollie retumbó por toda la sala. Sonreía a Lucy desde el otro lado de la mesa—. ¿Qué coño haces aquí? La última vez que hablé con Mike me dijo que no habías salido del pueblo.

—Eh… —Lucy miró a su alrededor, a todos los rostros pendientes de su conversación, y se sonrojó—. Hola. —Saludó a Ollie con la mano, y él le sonrió de oreja a oreja. Cuando fue a abrazarla, era consciente de que no debía importarme; la verdad es que no había ninguna razón lógica para que me importara, pero eso no impidió que me consumieran unos celos ardientes.

Al terminar la reunión, me sentía como si hubiera corrido una maratón. Solo rezaba para que fuera la última vez que me topaba con Ollie en una buena temporada, porque estar cerca de él y su antipatía me estaban minando poco a poco.

Pero mis oraciones nunca habían sido escuchadas, así que no sé qué me hizo pensar que lo serían ahora.

Capítulo 18

Hablé con ella



Lottie

—¿Adónde te crees que vas? —me espetó Ollie. Miré atrás y gruñí por lo bajo al ver que se acercaba hecho una furia. Habían pasado dos semanas desde que Vicky había mandado callar a Felix y a Harry en la reunión. Acababa de dejar a Vicky en otra sala de juntas para renegociar con algunos asesores de Ollie.

—¿Y a ti qué más te da? ¿Por qué no…? ¡Aaah! —Di que sí, ¿qué mejor momento que este para tropezarme con un bache y torcerme el tobillo malo?—. ¡La madre que trajo a estos puñeteros tacones!

Estuve tentada de quitármelos y tirarlos a la carretera, pero solo me faltaba que el memo ese me viera caminar descalza por Londres cual vagabunda. Por desgracia, él y sus piernas extralargas me alcanzaron en un plis plas y me sujetó del brazo para que no me cayera. Me zafé de un tirón.

—No me toques —gruñí entre dientes mientras hacía amago de irme con paso airado (y un tanto renqueante).

Esto es lo que pasa cuando el patriarcado obliga a chicas como Lucy y a mí a llevar zapatos misóginos.

—No deberías usar tacones si no sabes caminar con ellos —repuso Ollie con esa pedantería que tanto me repateaba.

—¡Rayos y centellas! Serás engreído. ¿Te crees que quiero ir así? Como bien dijiste, es mi uniforme de Barbie empresaria.

Negó con la cabeza.

—Puedes ir como quieras.

—Dice el mentecato trajeado —mascullé—. ¿Por qué me sigues?

—Mi hermana te paga para que trabajes, ¿y coges y la dejas tirada a media jornada? Para mí eso es de ser una asistente nefasta.

—Pensaba que no me querías cerca de ella —dije, y avivé el paso al ver la hora que era.

—No, no te quiero cerca de ningún miembro de mi familia —dijo, y me froté el pecho con aire distraído, como para aliviar el dolor. No entendía cómo no me había acostumbrado todavía a su crueldad distendida. Por culpa de Vicky, estaba con él mucho más a menudo de lo recomendable, y no se cortaba un pelo a la hora de decirme lo que pensaba de mí—; pero has hecho que Vicky dependa de ti, y ahora te necesita; no puedes largarte en pleno día.

Suspiré al detenerme para mirarlo.

—No he hecho que dependa de mí, Ollie. —Se estremeció al oírme llamarlo por su nombre, y me di cuenta de que no lo hacía desde antes de que todo se fuera al traste—. Y, en cualquier caso, no solo la he dejado contigo y con Felix, que sabéis cuidar de ella a la perfección, sino que, además, a algunos de los tipejos de ahí dentro les vendría bien oír las verdades como puños que suelta Vicky; les sentaría de maravilla.

Ollie negó con la cabeza.

—¿Así que te escaqueas cuando te da la gana? Ni siquiera se ha acabado la jornada.

—La mía sí. Es lo que acordé con Vicky incluso antes de empezar a trabajar para ella. Sabe que tengo que irme a las tres. Normalmente lo solventamos reuniéndonos por la mañana.

—Es que solo podía quedar por la tarde, así que… —Dejó la frase ahí y se guardó las manos en los bolsillos.

No daba crédito.

—Ya —dije despacio—. Bueno, pues yo no; tengo otros compromisos. Pensaba que te aliviaría.

Ladeé la cabeza y observé cómo torcía el gesto.

—¿Qué otros compromisos? —dijo, cruzando los brazos sobre su pecho fornido.

—Si no te conociera —dije en voz baja—, pensaría que querías que me quedase en la reunión por ti y no por Vicky.

Entonces me puse tontorrona porque ya estaba hasta la coronilla. ¡Al cuerno el tío ese! Avancé hasta quedar a escasos centímetros, tan cerca que olía su loción para después del afeitado.

—¿Es eso, excelencia? ¿Quiere tenerme ahí porque no soporta estar lejos de mí?

Observé fascinada cómo se le oscurecían los ojos y se le crispaba la mandíbula.

—Cuidado, preciosa —gruñó. Casi me mareé del deseo tan fuerte que sentí—. ¿Quieres eso? Vale, pero atente a las consecuencias. Ya no estoy ciego, sé la clase de chica que eres, así que nada de arrumacos falsos y sentimientos de pega; pero si quieres lo otro, vale. Dilo y ya. —Entonces bajó la voz a un tono pérfido y grave—. Sé de buena tinta que nadie te ha hecho correrte como yo. Si cierro los ojos, aún me parece ver la cara de sorpresa que pusiste y oír el grito que tuve que ahogar con la boca, así que no puedo prometerte más palabras bonitas, pero te garantizo que quedarás más que satisfecha.

—Ah, ¿sí? —dije, fingiendo confianza, pero mi voz entrecortada me delató—. Pues venga.

El corazón me iba a tope y me puse como un tomate. Me imaginé haciendo guarradas con Ollie para desfogarnos hasta que noté un leve zumbido en los oídos. Estaba eufórica. No existía nada aparte de Ollie y de mí, ni los londinenses que pasaban por nuestro lado ni el tráfico ni las bocinas. Todo quedaba ahogado por lo mucho que lo

necesitaba; yo misma me ahogaba en sus ojos azules. Entonces me fijé en su boca. Sonreía con suficiencia, pero, conforme el tiempo permanecía interrumpido, se le fue borrando poco a poco la sonrisa. Y entonces el tiempo se detuvo. Como si ya no controlase mi cuerpo, me puse de puntillas sin pensar y él empezó a inclinarse hacia delante. Era como si una fuerza gravitacional invisible, contra la que no podíamos luchar, nos empujase. Saltaron chispas y dejé de respirar del todo.

—Qué guapa eres, coño —murmuró justo cuando estaban a punto de rozarse nuestros labios.

Lo dijo con tanto resentimiento que me sacó del trance. Parpadeé y se nos cortó el rollo. Tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para separarme de él y salir de la burbuja de letargo que nos envolvía. Cuando al fin retrocedí, cómo no, me di de bruces con los transeúntes que venían en dirección contraria. Un empresario me apartó de un golpe en el hombro y trastabillé. Me habría caído de no ser por Ollie, que me agarró con su fuerte mano. Por desgracia, el bolso sí que se me escurrió del hombro y, al caer al suelo, se desperdigó su contenido.

—Tú vete —le indiqué con voz trémula mientras me soltaba de su mano y me agachaba a guardar mis cosas en el bolso. Para mi sorpresa, se acuclilló conmigo y me ayudó serio y en silencio, con la boca apretada y las mejillas coloradas. Cogió el collar de macarrones y purpurina que me había hecho Hayley, el mismo que tenía que llevar puesto cuando iba a buscarla y el que, según le había hecho creer, llevaba a todas horas, todos los días. Se detuvo a observarlo de hito en hito y me miró intrigado. Se lo quité y lo guardé en el fondo del bolso sin mirarlo a los ojos.

—Lottie…

—Tengo que irme —susurré, irguiéndome y dándole la espalda para unirme a los demás peatones.

Cuando llegué a la parada de bus, no había ni rastro de Ollie. Respiré aliviada, me juré que me alegraba y fingí que no me seguía doliendo el corazón.

—Hola, tesoro —dije mientras abrazaba a Hayley a las puertas de su escuela.

Cuando nos separamos y me dispuse a enderezarme, me detuvo poniéndome las manos en las mejillas. Nos miramos a los ojos un buen rato y ella frunció el ceño y ladeó la cabeza. La noté preocupada y suspiré. Al igual que yo, Hayley a menudo percibía lo que los demás ignoraban. No se dejaría engañar por una sonrisa falsa.

—Estoy bien —susurré, pero arrugó el ceño al oírme mentir. Empezó a picarme la nariz, pero mantuve la compostura—. Vale, tú ganas. Pero lo estaré. Ambas lo estaremos. Y a freír espárragos los demás.

Eso le sacó una sonrisita al fin.

—¿Qué tal el día? —le pregunté mientras nos dirigíamos a casa.

Hayley se encogió de hombros y le apreté la mano.

—Con palabras, cielo —dije con un tono suave, pero firme, y la oí suspirar, frustrada.

—Bien.

—Más palabras, por favor.

—¿Cuándo podré volver a ver a Florrie?

Se me heló el corazón y frené en seco.

—¿De qué hablas?

—Florrie —repitió; tenía la voz un poco ronca por la falta de uso, pero el nombre estaba claro—. Me cayó bien.

Recé para que no fuera más que una extraña casualidad, pero tenía un mal presentimiento.

—¿Es una niña del cole?

—No, es la niña de la casa grande.

Cerré los ojos y suspiré.

—¿Por qué paramos? —preguntó Hayley—. ¿Y por qué estás enfadada?

—No estoy enfadada —repuse con alegría forzada mientras echaba a andar de nuevo.

—Anda que no.

Llegamos a la entrada de nuestro bloque. Llamé al timbre para abrir la puerta, pero no emitió ningún sonido. Puse los ojos en blanco. Empujé la puerta y se abrió sola, menuda seguridad. Suponía que tardarían unos meses más en arreglar el chisme ese, como la última vez. En aquella ocasión me puse a amontonar muebles contra la puerta de casa, pero ya hacía tiempo de eso, así que me pregunté si la Hayley de ahora ataría cabos. Sin duda, olería mi miedo, ya que su intuición se agudizaba día tras día. La falta de habla potenciaba su capacidad de observación y, con cada día que pasaba, su habilidad para calar a la gente mejoraba a un ritmo vertiginoso.

—¿Cómo conociste a Florrie? —le pregunté mientras subíamos las escaleras (el ascensor hacía tiempo que había dejado de funcionar y ya llevábamos tres meses subiendo por las escaleras con olor a pis).

—Vino a la habitación grande mientras limpiabas.

Saqué las llaves y, por fin, estábamos en nuestro pequeño oasis. Una vez dentro, giré el cerrojo y eché la cadena. Ya movería la cómoda cuando se acostara Hayley.

—Florrie habla mucho —me dijo. Me reí; no le faltaba razón. La vez que me encontré a Florrie con Margot, parecía que le habían dado cuerda—, así que me dijo que no importaba si me quedaba callada, que ya hablaría ella por las dos. Aprendimos un baile. Puso la canción en el móvil y me lo enseñó.

Era la mayor cantidad de palabras que le había oído decir de un tirón. Se me partió el alma. ¿Por qué la primera niña con la que encajaba en años tenía que ser la sobrina de un hombre que me odiaba y la nieta de una mujer que prefería sobornarme a arriesgarse a que algún día formara parte de su familia?

—No puedes volver a ver a Florrie —le dije—. ¿Qué tal te caen los niños del cole?

Apartó la vista y se le hundieron los hombros. Por un instante de locura, me planteé llamar a Ollie y decirle: «Oye, tú. Sé que no me tragas y que tu familia me detesta, pero ¿qué te parece si hacemos que mi hermana (que no sabes que existe) y tu sobrina queden para

jugar? ¿Qué opinas?». Ya, ni de broma. Pero entonces Hayley susurró algo que apenas entendí, y lo cambió todo.

—Hablé con ella.

—¡¿Cómo?! —Corrí hasta ella, que estaba acurrucada en el sofá —. Hayley, ¿hablaste con ella?

—Solo fue una palabra —murmuró como si no fuera para tanto, cuando sí que lo era. Hayley no le había dicho ni una palabra a nadie salvo a mí en dos años—. Fue después de que me enseñara el baile.

Se me formó un nudo en la garganta y me picaron los ojos, pero logré preguntar:

—¿Qué dijiste?

—Mola.

Solté una risotada como de quien va a llorar.

—¿Y no se te ocurrió contármelo?

Se encogió de hombros y la abracé.

—Entonces ¿puedo volver a verla?

Cerré los ojos y la estreché más fuerte mientras me rodeaba el cuello con sus bracitos para agarrarse a mí.

—Ya veremos, tesoro. Ya veremos.

Capítulo 19

No soy más que una limpiadora, ¿recuerda?



Lottie

—¿Cómo es que nunca conduces? —le pregunté a Vics mientras nos deteníamos frente al bar. Vicky solía desplazarse en las limusinas de lujo de Buckingham, por lo que nos llevaba un chófer y nosotras íbamos detrás.

—Sé conducir, pero casi nunca cojo el coche, y menos de noche.

Sentí cierta incomodidad.

—Vale, cariño, no hace falta que…

—Sufro crisis —soltó.

Ahora estaba un poco más en sintonía con Vicky. Puede que fuera difícil de interpretar, pero no era imposible. Este tema la incomodaba, ojalá no le hubiera preguntado nada.

—Oye, en serio, no pasa nada si no quieres hablar de ello.

Se encogió de hombros como si nada, y ese gesto fue la primera verdad a medias que me dijo.

—De niña las tenía con frecuencia, pero ahora son muy puntuales. Lo típico, ya sabes: agito las manos, tiemblo, me tapo los oídos… Me las provocan las luces brillantes, los ruidos muy fuertes y las situaciones agresivas en las que la violencia física es una amenaza. Así que puedo conducir, pero nunca de noche. Los faros, las farolas, lo impredecible del entorno… sencillamente, me incomoda.

—De acuerdo —dije en voz baja—. Bueno, entonces me parece una decisión bastante sensata.

—Siempre tomo decisiones sensatas.

—Claro, sí, cierto —dije, disimulando una sonrisa. Ser modesto era, para Vicky, otra forma de mentir: no le veía el sentido—. Gracias, Rich —le dije al chófer—. ¿Te vienes a tomar una birra?

Richard me sonrió.

—No, gracias, Lottie.

—¿Quieres que te traiga un trocito de pastel y patatas fritas?

Le cambió la cara cuando mencioné las patatas fritas, y miró hacia otro lado cuando dijo:

—No, tranquila. Estaré por aquí para cuando terminéis.

Le guiñé un ojo.

—Te traeré unas patatas fritas.

Se rio mientras salíamos del coche y nos dirigíamos a la puerta.

—¿Por qué le vas a traer patatas fritas si ha dicho que no quería? —me preguntó Vicky, perpleja, mientras abríamos la puerta doble.

—Porque sí que quiere patatas fritas —respondí.

—Si un hombre me dice que no quiere nada, asumiría que no quiere nada. No lo entiendo.

—Era mentira que no quisiese nada. Veo más de lo que dicen los demás.

Vicky suspiró.

—Pues yo solo veo lo que dicen. Soy la persona más cuadriculada que conozco.

La tomé del brazo y le di un fuerte apretón. A Vicky le gustaba ir agarrada del brazo, igual que le gustaban los abrazos fuertes; no le

gustaba estrechar la mano, pero lo toleraba. En cambio, cogerse de la mano era un rotundo no para ella, al igual que el hecho de que alguien la tocara de improviso. Respiré hondo mientras nos acercábamos al grupo. Felix estaba de pie, abrazando a Lucy. Ollie también estaba allí, mirándolos con la cabeza ladeada y una expresión curiosa. Lucy parecía nerviosa, pero no incómoda por estar acurrucada junto a Felix. Para mí, aquello no fue ninguna sorpresa; hacía siglos que había sentido la conexión que tenían, pero era evidente que Ollie estaba desconcertado, y Vicky…

—Hola. —La voz de Vicky rompió la tensión—. Lucy, has venido.

—Eh… hola —respondió Lucy con un gestito de la mano.

—Felix te está abrazando —dijo Vicky, directa y al grano, como siempre—. ¿Estáis liados?

Lucy abrió mucho los ojos y se puso colorada.

—Vicky —dije despacio—. Acuérdate de cuando hablamos de las preguntas que se pueden hacer.

Vicky se giró hacia mí.

—Pero tú también quieres saberlo, ¿a que sí? Que nosotras supiéramos, Felix no estaba liado con Lucy. Pero Felix está aquí y la está abrazando. ¿Por qué no puedo ser directa?

—Lucy está pasando vergüenza, cariño —repuse con ternura, apretándole brevemente el brazo a Vicky. Esta me miró.

—Ah —dijo.

—Haz las preguntas que quieras, Vics —dijo Ollie con tono irritado. Me miró con enfado, que se suavizó al posar la mirada en Vicky y tocarle el brazo para llamar su atención. Cuando se cruzaron sus miradas, él vaciló hasta que Vicky asintió levemente, casi de manera imperceptible, y la abrazó exactamente como sabía que prefería ella. Al separarse, me echó otra mirada asesina—. No le digas qué hacer, Forest.

Sentí una opresión en el pecho ante otro pequeño rechazo, pero había descubierto que, con Ollie, la mejor solución era adoptar una actitud de piedra gris: intentaba no reaccionar a sus pullas. Así que hice como si Ollie no hubiera hablado y me giré hacia Felix y Lucy.

—Sabía que ese jersey te sentaría como un guante —comenté mientras abrazaba a Lucy—. Pareces una guerrera vestida de lana.

Lucy se rio.

—No sé yo si muchas guerreras llevarán leotardos de vellón.

—¿Puedo preguntar si Lucy es tu novia? —inquirió Vicky. Suspiré al notar que Lucy se puso tensa. Felix la cogió de la mano y la pegó a él.

—Sí, Vicky —dijo con una convicción que me hizo contener una sonrisa—. Lucy es mi novia.

—Ah, ¿sí? —chilló Lucy, y él la miró ceñudo.

—Pues claro. —Entonces fue como si los demás ya no existiéramos para ella. Miró a Felix con dulzura y, despacio, sonrió de oreja a oreja. Los ojos le hacían chiribitas.

—Qué guay —musitó. Sin dobleces, sin jueguecitos, sin disimular lo mucho que le gustaba. Y, como si no pudiera evitarlo, Felix la besó.

Me morí de celos, ojalá alguien estuviera tan colgado por mí. Que un hombre me mirara como Felix miraba a Lucy lo sería todo para mí. Entonces, como el aguafiestas que era, Ollie carraspeó y bajó de las nubes a los tortolitos, que se separaron.

—¿Lo sabe Mike? —preguntó con un deje de acusación en la voz.

Mike era el hermano mayor de Lucy. Felix, Mike y Ollie habían crecido juntos en un pueblo llamado Little Buckingham. El tono protector de Ollie me hizo un nudo en la garganta. Yo nunca había tenido a quien me protegiera, y aquí Lucy tenía a dos hermanos mayores, por así decirlo, listos para salir en su defensa.

—Todavía no —contestó Felix—; pero ya se enterará. Yo me encargaré.

Ollie silbó.

—Se va a poner hecho un basilisco. Por favor, resérvame un sitio en primera fila para ver ese tormento.

—Mike no es mi guardián —intervino Lucy—. Y se lo diré yo, que para eso es mi hermano.

—Te veré en tu funeral, colega —dijo Ollie, a lo que Lucy gruñó, frustrada. Miré abajo y me mordí el labio. Era evidente que no tenía ni idea de lo afortunada que era.

—Bueno —dijo Vicky—, al menos yo ya estoy al tanto de la situación.

Lucy dejó de mirar a Felix para observarla.

—Perdona, Lucy, pero se me dan mucho mejor las interacciones sociales si la dinámica queda bien clara desde el principio —le explicó Vicky.

—A Vicky no se le dan bien las medias tintas. Es que… —Dejé la frase ahí cuando Ollie emitió un sonido de fastidio con la garganta. Le dirigí una mirada nerviosa y forcé una sonrisa—. ¿Nos sentamos?

—No puedo sentarme aquí —espetó Vicky, mirando la mesa y los platos vacíos.

—Lo sé, cari —murmuré—. Iremos a un reservado, ¿vale?

Vicky asintió y relajó los hombros. No podría haberse sentado con la mesa tan llena de platos y cubiertos. Vicky era muy tiquismiquis con la comida y hasta le costaba estar rodeada de sobras.

Una vez instalados en el reservado, y a pesar de la hostilidad que nos profesábamos Ollie y yo, la conversación fluyó. Para mi sorpresa, Lucy se abrió más que nunca. No tenía claro si se debía a que éramos pocos y el ambiente era distendido, a que Felix le pasaba un brazo por los hombros con naturalidad o a que estábamos Vicky y yo allí, pero era evidente que, en el entorno adecuado, Lucy superaba su extrema timidez. Nos formuló un montón de preguntas. Aunque eludí la mayoría con destreza (al fin y al cabo, estaba acostumbrada), consiguió sonsacarles a los demás una cantidad de información sorprendente: internados, polo y lo que comportaba ser duque. El único dato que consiguió sonsacarme a mí fue cómo conocí a Vicky.

—¡Anda! —dijo Lucy—. No tenía ni idea de que antes trabajaras para Buckingham Estate. ¿Has ido alguna vez a Little Buckingham?

—Solo trabajé en la casa de Londres —contesté en voz baja mientras me movía en el asiento.

—Cuanto menos hablemos de eso, mejor —masculló Ollie en dirección a su cerveza. Me ruboricé mientras me encogía aún más—. Y ahora eres asistente personal de una de las principales agentes financieras de Londres. De limpiadora a ejecutiva; una transición perfectamente lógica.

Me acaloré al oír eso y, cuando me empezaron a escocer los ojos, recé para no perder la compostura.

—Lottie es muy buena en su oficio, Ollie —dijo Vicky, que miró ceñuda a su hermano. Vicky no solía advertir las pullas que me tiraba Ollie, pues eran demasiado sutiles para que su mente cuadriculada las captara, pero esa no le pasó desapercibida.

—Yaaaa —comentó Ollie.

Esa fue mi señal para levantarme.

—Yo mejor me voy —farfullé. Evité mirar a Ollie y me volví hacia Vicky—. Hasta mañana.

—Pero… —empezó a decir Vicky, con aspecto algo asustado.

Me incliné hacia ella.

—Ollie está aquí —le dije en voz baja—. Estarás bien con él. Lo sabes.

Vicky miró a Ollie y se relajó de manera evidente.

—Pues claro, Vics —dijo—. Deja que la chica se vaya a casa.

«La chica», ni siquiera mi nombre.

Eso era en lo que me había convertido: en la chica que lo había jodido.

Cogí mi chaqueta del perchero de la entrada, pero, al girarme para salir, choqué contra lo que me pareció un muro de ladrillos. Me tambaleé hacia atrás y unas manos grandes se extendieron para sujetarme los brazos y evitar que cayera.

—¿De qué…? —empecé a decir, pero me detuve al mirar sus penetrantes ojos azules.

—¿Por qué sigues llevando la chaqueta de mierda esta? —me espetó.

Me aparté bruscamente de él y me soltó los brazos al instante, lo que me permitió esquivarlo y salir por la puerta doble; pero no había

terminado conmigo. Una vez fuera, volvió a impedirme el paso.

—Vete, Ollie —dije, cansada. Estaba harta de nuestras interacciones estresantes. Harta de su juicio, de su decepción, de su censura. ¿Un hombre que nunca había estado en aprietos había decidido juzgarme? Qué cretino, y yo pensando que estaba enamorada de él.

Atónito, me miró ceñudo y un poco desconcertado por mi resignación y mi tono apático. Se llevó la mano a la nuca y no sentí nada al ver cómo se le marcaban los músculos del brazo y el pecho. Bueno… casi nada.

—Cómprate una chaqueta mejor, anda —dijo, más frustrado que enfadado.

Puse los ojos en blanco.

—Mi chaqueta no es asunto tuyo.

Suspiró como si fuera yo quien lo incomodaba. ¿De qué iba? Yo no le impedía el paso ni criticaba su ropa. Lo cierto era que no necesitaba una chaqueta nueva y calentita, pues todas las interacciones de negocios transcurrían en sitios cerrados, así que, en mi opinión, solo tenía que comprar el uniforme a ese efecto. No aceptaría que la empresa me financiase una chaqueta, y mucho menos me gastaría mi dinero en eso. Hayley tenía una chaqueta nueva, eso era lo importante, y tenía que ahorrar el resto para su terapia individual; y, tal vez, si me lo montaba bien, podría apuntarla a un colegio privado. Su terapeuta me había dicho que le vendría bien asistir a clases con menos alumnos. Además, no estaba segura de qué estaba pasando en su escuela, pero tenía claro que la odiaba. Hasta aparqué mis estudios una temporada. No quería malgastar el dinero pagando el siguiente módulo cuando a lo mejor tendría que costear la matrícula de una escuela privada; y, por desgracia, mi viejo portátil también se había estropeado.

—Tienes dinero de sobra para comprarte una chaqueta —me dijo con ese tonillo de superioridad que me repateaba—. ¿Para qué has chantajeado a mi familia si no vas a gastarte el dinero?

—Que no he chantajeado a tu familia —le dije apretando los dientes, aunque no tenía ni idea de por qué me molestaba. Ya habíamos hablado de esto antes y no me creería—. Y no tienes ni idea de para qué necesito el dinero.

Se le pasó el mal humor por un instante y arrugó más el ceño.

—¿Para qué necesitas el dinero?

Seguía rezumando frustración, pero se le había suavizado el tono y casi parecía preocupado. Tuve que tragar saliva para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta.

—Déjelo estar, excelencia —dije, maldiciendo mi voz temblorosa —. Al fin y al cabo, no soy más que una limpiadora, ¿recuerda? Según usted, no estoy cualificada para nada más.

Ollie resopló.

—No… —Carraspeó y apartó la vista—. Lo siento, ¿vale? No debería haber dicho eso.

Me quedé a cuadros.

—Vaya, el gran duque de Buckingham disculpándose.

—Lo digo en serio, Lottie. No debería haberte avergonzado así.

Lo miré con los ojos entornados y avancé hacia él.

—No me avergüenza haberme ganado la vida limpiando. Es un oficio digno. Necesitaba el dinero y no tenía muchas otras opciones.

Avivada por la ira, no me di cuenta de lo cerca que estábamos ahora. Estaba de puntillas con la cara a escasos centímetros de la suya. Nos habíamos acercado casi inconscientemente. Solo cuando me miró a los labios me di cuenta de mi error.

—Lottie… —musitó casi desesperado.

En ese momento, solo estábamos Ollie y yo en nuestra burbuja. La intensidad del deseo que nos despertaba el otro era tan tangible que casi podía saborearla.

—Perdona, guapa —dijo un señor cuando me dio en el hombro al pasar por mi lado.

Eso me sacó del trance. Ollie abrió la boca para hablar de nuevo, pero yo ya no podía más. Al rodearlo, me agarró la mano. Lo miré

un momento y me dejé caer hacia delante, pero entonces me acordé de Hayley y me zafé de su agarre.

No podía permitirme que Oliver Harding me distrajera. Otra vez no.

Capítulo 20

¿Está aquí?



Ollie

—Señora H, de verdad que no tengo tiempo para esto —le espeté—. Ya tendrá oportunidades de sobra para insultarme por mi estilo de vida y reprenderme por no reciclar.

La señora H no aprobaba que se acumulasen botellas por vivir como yo. Sabía que tenía razón: estaba empinando demasiado el codo para no soñar con ella.

No tenía ni idea de qué me pasaba, pero mi profundo anhelo rayaba en lo ridículo. Solo la había visto un par de veces desde el encontronazo en el *pub* de hacía tres meses, pero lo mismo daba. Para intentar olvidarla, salía casi todas las noches, aceptaba todas las invitaciones, aguantaba a los *paparazzi* y dejaba que las mujeres se me echaran encima en bares y discotecas, con la esperanza de sentir algo… algo que no fuera el deseo que me despertaba ella; pero nunca me traía a ninguna de esas mujeres a casa. No. O volvía a casa solo a trompicones o con algunos colegas para pimplarnos las botellas vacías a las que la señora H se oponía con tanta

vehemencia; pero, aun así, su rostro, sus ojos, cómo tropezaba con sus propios pies, cómo ladeaba la cabeza al escuchar a alguien… No dejaba de pensar en ella; estaba obsesionado.

Era agotador. No dormía bien; cuando cerraba los ojos, solo la veía a ella, y, cuando por fin me dormía, tenía sueños febriles con ella. Me despertaba sudando y empalmado, con los brazos vacíos y el dolor de la pérdida en el pecho. No podía seguir así, pero no tenía ni idea de cómo romper el ciclo.

Estaba llegando a un punto en el que me costaba recordar por qué me importaba que hubiera aceptado el soborno. ¿Qué derecho tenía a juzgarla? Asimismo, tenía clarísimo que no sabía casi nada de ella. La desesperación con la que me dijo que necesitaba el dinero me atormentaba. ¿Qué sabía yo de necesitar dinero? Dedicaba todos mis esfuerzos a proteger mi legado, y me habían inculcado que eso implicaba mantener la fortuna y, en mi caso, aumentarla. Ese es el miedo cerval que nos impulsa a los herederos de la aristocracia: la preocupación de que, tras siglos y siglos, seamos nosotros quienes arruinemos la dinastía, quienes lo perdamos todo. El peso de las expectativas de nuestros antepasados es inmenso; pero, sinceramente, como dijo Lottie una vez, esos tipos están muertos; les da igual si añado mil millones más al imperio que construyeron. ¿De verdad quiero que ese sea mi legado? ¿Cómo va a beneficiar eso a alguien aparte de a mí y a mi familia?

También había estado pensando en Cordelia, a quien todavía veía en eventos, y me di cuenta de que, incluso hacía cinco años, justo después de que me vendiera al *Daily Mail* y anulara el compromiso, no me sentí ni la mitad de traicionado que cuando Lottie aceptó el soborno de mi madre. Y, desde luego, nunca me peleé con Cordelia. ¿Por qué seguía regañando a Lottie cuando el pago que había recibido era una ínfima parte del de Cordelia y mancillaba mucho menos mi reputación?

La señora H se puso en jarras y me impidió acceder al pasillo.

—Tenemos un problema —dijo con tono firme—, y no tiene nada que ver con tus malos hábitos, aunque ten por seguro que tu madre

se enterará de que no reciclas.

Me llevé una mano a la nuca y miré al techo. «Señor, dame paciencia».

—¿Qué problema? Insisto, señora H, no tengo tiempo para…

—Hay alguien en casa —susurró.

Al instante la miré a los ojos, ceñudo.

—¡Joder! —gruñí—. ¿Dónde? ¿Ha llamado a la policía?

La señora H señaló la puerta de la biblioteca, detrás de ella, mientras negaba con la cabeza. Como un rayo, me interpuse entre la mujer y la puerta. Había tenido acosadoras locas en el pasado, pero ninguna había logrado entrar. Solo me faltaba que una de ellas le hiciera daño a la señora H.

—Vaya a la cocina y llame a la policía. No salga hasta que yo se lo diga.

Por suerte, mis palos de golf estaban en el vestíbulo. Saqué un hierro cinco al acercarme a la puerta de la biblioteca, pero me detuve cuando la señora H me agarró del brazo. Seguía negando con la cabeza.

—Baja eso —me espetó, como si todavía fuera un niño travieso al que debía controlar—. No voy a llamar a la policía, y no vayas a entrar en tromba con un palo de golf, hombre. La vas a matar del susto, pobrecita.

No daba crédito.

—Señora H, estas personas pueden ser peligrosas. Hágame caso y vaya a la cocina. Llame a la policía.

—¡Oliver Harding! —me gritó mientras me dirigía a la biblioteca con el palo de golf todavía en ristre.

Pero cuando abrí la puerta de golpe y entré, furioso, la estancia estaba vacía. Fruncí el ceño mientras bajaba el palo despacio. La señora H, quien, como siempre, no me hizo ni caso, estaba justo detrás de mí. Me tocó el hombro.

—Ahí —susurró, señalando el entresuelo.

Miré con los ojos entornados en la dirección que había indicado. Al principio, no veía un pimiento, pero parpadeé al atisbar un

zapatito, que rápidamente se sumió en las sombras.

—¡Qué cojones! —susurré mientras me encaminaba a la escalera de caracol.

—No la asustes —susurró la señora H, todavía pisándome los talones mientras subía los peldaños. Le hice un gesto para que se fuera, aún sin saber si era seguro, a lo que chasqueó la lengua.

Una vez arriba, cuando mis ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, la vi. Estaba acurrucada en un rincón, abrazándose las rodillas, mirándome fijamente con sus ojos grandes y marrones bajo su mata de pelo color caramelo. Se le fueron los ojos al palo de golf que había olvidado que sostenía. Parecía aterrorizada.

—Tranquila —murmuré. Lo dejé en el suelo y alcé las manos para demostrarle que iba en son de paz—. No voy a hacerte daño.

Avancé hacia ella, pero se apartó de mí, abriendo aún más los ojos del miedo. Al darme cuenta de que nuestra diferencia de tamaño la estaba asustando, me agaché y apoyé los brazos en las piernas dobladas y dejé las manos colgando entre ellas. Ladeé la cabeza.

—¿Me cuentas qué haces en mi biblioteca, encanto?

Negó con la cabeza con un movimiento rápido y brusco que le movió los rizos color caramelo, a la altura de los hombros. Al mirarla a los ojos, de pronto sentí que la conocía.

—¿Te conozco? —le pregunté, ceñudo, y volvió a negar con la cabeza. Le sonreí, esperando tranquilizarla, pero, por lo visto, la asusté aún más—. ¿Cómo has entrado?

Al instante miró detrás de mí, hacia donde estaba la señora H, lo cual no me extrañó nada. Esa mujer era la empleada menos preocupada por la seguridad que había tenido. A menudo llegaba a casa y me encontraba la puerta principal abierta de par en par mientras ella estaba trabajando.

—Muy astuto por tu parte.

Volvió a fijarse en mí, más intrigada que temerosa, mientras levantaba un poco la cabeza. Llevaba deportivas rosas y blancas, un

abrigo gordo y mitones. Había un libro abierto a su lado. Se estremeció levemente cuando me acerqué a cogerlo.

—*El león, la bruja y el armario* —dije tras observar la portada—. Debe de gustarte mucho leer si estás leyendo este libro a los… ¿seis años? —Disimulé una sonrisa al verla fruncir el ceño. Parecía más bien de la edad de Florrie, pero sabía que la mosquearía—. Mmm, vale, seis no. ¿Cinco?

Al oír eso, alzó la cabeza de golpe y por fin pude verle bien la cara. Volví a tener el presentimiento de que la conocía al verla mirarme indignada.

—Es broma, encanto —dije para apaciguarla—; pero, incluso para tu edad, es una lectura muy avanzada. ¿Por eso te has escondido aquí?

Se mordió el labio y apartó la vista a la vez que arrugaba la naricilla.

—Mira, si bajas, la señora H te dará galletas.

Volvió a negar con la cabeza, pero justo entonces le rugió el estómago.

—Va —dije con voz suave y aduladora—. Estarás hambrienta. Te prometo que no te has metido en ningún lío, pero no podemos dejarte aquí arriba.

—Tranquila, cielito —intervino la señora H con el tono más suave que le había oído nunca—. Es un tío decente, el patán este. En serio.

Era impresionante lo mucho que se me faltaba al respeto en mi propia casa, pero me dio igual al ver que la niña esbozaba una sonrisilla. Se desencogió y se puso de pie mientras yo me enderezaba. Volvió a mostrarse aprensiva cuando me levanté del todo, pero le sonreí y se le relajaron un pelín los hombros. Se agarró con fuerza a la barandilla mientras bajaba las escaleras. Acto seguido, la señora H la condujo a la cocina y la convenció de que se quitara el abrigo tan gordo que llevaba, advirtiéndole seriamente que luego tendría frío si permanecía abrigada.

Parecía diminuta en mi enorme cocina. Sin pensar, la subí a uno de los taburetes, igual que haría con Florrie. No pesaba nada y

fruncí el ceño con preocupación al dejarla. La señora H le puso un plato de galletas y un vaso de leche delante y empezó a mordisquear una sin dejar de mirarnos a la señora H y a mí con los nervios a flor de piel.

—Tu madre debe de estar preocupadísima, cielito —dijo la señora H.

La niña negó con la cabeza y yo arrugué el ceño.

—¿No estará preocupada? —pregunté, y ella me rehuyó la mirada —. Bueno, vale, pues tu madre no, pero ¿y otra persona? —Se mordió el labio y se encogió de hombros, pero era obvio que estaba incómoda. Sin duda habría alguien preocupadísimo por saber dónde se había metido la chiquilla. Suspiré—. No eres muy habladora, ¿eh? —Negó con la cabeza de nuevo—. Oye, lo siento, encanto, pero si no nos dices con quién deberíamos contactar, tendremos que llamar a los servicios sociales para que…

Dejé la frase a medias al verla bajar del taburete de un salto. Me agarró del brazo y negó con la cabeza violentamente. Estaba lívida y su mirada era de puro pánico. Le temblaba la mano con la que me sujetaba. ¿Qué mosca le había picado?

—Vale, vale. Cálmate —dije en voz baja, agachándome de nuevo para ponerme a su altura—. Nada de servicios sociales, te lo prometo. Pero vas a tener que…

Volví a dejar la frase a medias al oír que llamaban al timbre repetidas veces y, además, aporreaban bien fuerte la puerta principal.

—¿Y ahora qué? —mascullé, girándome hacia el origen del alboroto.

Cuando volví a observar a la pequeñaja, ella también miraba la puerta principal con cara de culpa. Presentí que, fuera quien fuera la persona que estaba preocupada por el paradero de la niña, había llegado a mi casa.

—Espérame aquí con la señora H —le dije mientras me dirigía a la entrada.

Los aporreos y los timbrazos se tornaron frenéticos y, cuando por fin abrí la puerta, una mujer menuda con el puño en alto prácticamente cayó a mis brazos. Absorbí el familiar aroma a lavanda mientras la levantaba. Fue entonces cuando me topé con los mismos ojos marrones que había estado mirando momentos antes. De eso me sonaba la niña.

—¿Está aquí? —La voz de Lottie era de desesperación. Con los ojos como platos, se aferraba a mi chaqueta y me la estrujaba con los puños. Estaba temblando—. ¿Ha venido? Por favor, Ollie, por favor, por favor, por favor, dime que está aquí.

Oí unos pasitos detrás de mí, y entonces Lottie se soltó de mis brazos y me sorteó. Se arrodilló sobre el suelo de madera pulida del pasillo y abrazó a la niña que acababa de salir de la cocina.

—Estás bien. Estás bien. Estás aquí. Estás bien —repetía una y otra vez, con la voz entrecortada por el llanto.

La niña se agarraba tan fuerte al cuello de Lottie que se le pusieron los nudillos blancos. Fui hasta ellas despacio mientras Lottie se apartaba y tomaba a la niña por los hombros para zarandearla suavemente.

—No puedes hacerme eso, Hayley —dijo. Rezumaba alivio, frustración y rabia a la vez—. Somos un equipo, ¿recuerdas? No puedes abandonar el equipo así como así. —Se le desencajó el semblante y se le cayeron dos lágrimas—. Ay, tesoro, no sé qué habría hecho si te hubiera pasado algo —dijo con la voz rota. Ya entendía a quién había llamado meses atrás, cuando la oí hablar por teléfono—. Lo eres todo para mí. No tendría nada sin ti.

Hayley se miró los pies mientras se le caía un lagrimón a ella también.

—Sé que la cosa está chunga —prosiguió Lottie, con un tono más suave—; pero podemos con las dificultades, ¿a que sí? Mientras nos tengamos la una a la otra, podemos con todo.

Hayley miró a Lottie y frunció el ceño.

—Ya lo sé, cielo, pero tienes que ir a clase. Todo el mundo tiene que ir a clase.

Hayley se mordió el labio y miró a un lado, claramente en desacuerdo con Lottie.

Carraspeé y las dos chicas de pelo color caramelo y ojos marrones se estremecieron al fijarse en mí. Lottie abrió mucho los ojos, como si volviera a ser consciente de su entorno. Se enderezó y, sosteniendo la mano de Hayley, nos miró con aire nervioso a la señora H y a mí.

—Perdón —susurró, con el rostro pálido y surcado por las lágrimas, avergonzada a más no poder—. Hayley no debería haber venido. Lo está pasando mal en el colegio y no… —Se calló y negó con la cabeza—. ¡Diantres! No querrás ni oír hablar de esto. Ya te hemos hecho perder bastante tiempo. —Dio un paso hacia la puerta principal, pero me interpuse en su camino y me crucé de brazos.

—No os vais a ir de aquí hasta que te expliques —le dije, a lo que abrió mucho los ojos—. Hayley aún no se ha acabado las galletas. Propongo que volvamos a la cocina y tengamos la charla que deberíamos haber mantenido hace tiempo sobre qué c… —Me interrumpí y carraspeé; conque por eso Lottie nunca decía palabrotas—… cuernos pasa aquí.

—Ollie, lo siento, pero…

—¿Excelencia?

Todos nos giramos hacia la puerta principal, que seguía abierta, y hacia los dos agentes que había ahí plantados.

Capítulo 21

Pequeña polizona



Ollie

—Aquí tenéis —dijo la señora H mientras entraba apresuradamente en la habitación con una bandeja de té—. No hay nada que una buena taza de té no pueda arreglar, ¿a que no?

Lottie le dedicó una débil sonrisa mientras Hayley se hundía aún más en el sofá. Cuando llegó la policía, sugerí que fuéramos a sentarnos al salón. Lottie los había llamado esa mañana presa del pánico al descubrir que Hayley había desaparecido de su piso al ir a despertarla para ir a clase. A continuación, había preguntado por ella en la escuela, a sus vecinos y había ido a los sitios a los que pensaba que Hayley habría ido; sin embargo, justo después vio que le había dejado una nota en su mesita de noche: «He ido a la casa grande a buscar a Florrie». Así que Lottie corrió a pedir un taxi y, de camino, llamó a la policía para avisarles de que había encontrado a Hayley. Los agentes nos informaron de que aún tenían que comprobar que la niña estuviera bien, puesto que se había

denunciado su desaparición. De ahí que se hubieran personado en mi casa.

—Entonces, ¿es usted la tutora legal de Hayley? —le preguntó a Lottie la agente llamada Mary.

Carraspeó y rodeó a Hayley con el brazo.

—Sí, Hayley es mi hermana. Llevo dos años siendo su tutora legal.

—¿Habla? —preguntó Grant, el otro agente.

—Padece mutismo selectivo —dijo Lottie en voz baja.

—¿Selectivo? —intervino Mary—. ¿Con quién habla?

—Conmigo. Solo conmigo; pero no si estoy con nadie más. Únicamente si estamos a solas.

—De acuerdo —dijo Grant despacio—. ¿Sufre dificultades para el aprendizaje?

Lo miré ceñudo. Me estaba mosqueando que hablaran de Hayley como si no estuviera, y era obvio que estaban incomodando mucho a Lottie.

—No tiene dificultades para el aprendizaje —intervine—. Está leyendo *El león, la bruja y el armario*. ¿Eso le parece a usted tener dificultades para el aprendizaje?

—¿Y cómo salió Hayley del piso? —le preguntó Grant a Lottie tras pasar de mí.

Lottie se movió incómoda.

—Eh… la seguridad de nuestro piso deja mucho que desear.

Me puse rígido. No tenía ni idea de dónde vivía Lottie, pero oírla decir que su seguridad no era buena fue como un jarro de agua fría. ¿Por qué nunca había insistido en saber dónde vivía? Era un egocéntrico de mierda.

—La puerta tiene doble cerradura —continuó Lottie—, pero no hay alarma y la puerta con código de la entrada del bloque lleva siglos sin funcionar. Se lo he dicho a la empresa de administración, pero siempre tardan meses en hacer algo. —Y susurró con una vergüenza que me dejó sin aliento—: No vivimos en el Hilton, precisamente. Supongo que no le costó escabullirse.

—Ajá. —Estaba claro que a Grant no le hizo ninguna gracia, pues señaló—: Evidentemente, vamos a tener que dar parte de esto a los servicios sociales. Supongo que habrá una trabajadora social asignada a su caso.

Lottie asintió. Se le tensó el rostro cuando se pegó a Hayley a su cuerpo.

—S-sí, tenemos trabajadora. Les daré sus datos. Pe-pero… —Tragó saliva, parpadeando rápidamente en un evidente intento por contener las lágrimas—. Es la primera vez que pasa, se lo juro. Hablaré con la administración del edificio sobre la seguridad. Hayley ha salido ilesa y…

—Es nuestra obligación contarles lo sucedido —repuso Mary con un tono más afable al ver lo angustiada que estaba Lottie—; pero sí que vamos a tener que…

—Por favor —susurró Lottie. La sala enmudeció con la desesperación de su ruego. Tragó saliva antes de continuar—. Ha habido una… complicación en los últimos meses. Los abuelos de Hayley han vuelto, y son… —Dejó la frase ahí y echó un vistazo rápido a Hayley. Obviamente no quería revelar demasiado delante de ella—. Vamos, que no me conviene nada que se comuniquen incidentes negativos a los servicios sociales ahora mismo.

Grant suspiró.

—El problema es que ya les hemos contado que nos preocupa su entorno familiar, y que Hayley se haya escapado a una casa cualquiera también es preocupante. No puedo…

—Esta no es una casa cualquiera —repliqué.

En los últimos minutos, mientras veía a Lottie cada vez más aterrada, había tomado una decisión. Sabía que se opondría, así que mi mejor baza era un ataque sorpresa. La ventaja era que complacería a los servicios sociales. No sabía bien qué pasaba con los abuelos, pero ver a Hayley arrimarse aún más a Lottie cuando los mencionó solo reforzó mi plan. Me levanté de mi asiento y me acerqué a Lottie, que me miraba con los ojos como platos. Se le

abrieron aún más cuando me senté a su lado en el sofá y le cogí la mano.

—Soy el prometido de Lottie, así que, en realidad, este es el segundo hogar de Hayley; de hecho, todo esto es un gran malentendido, pues Hayley no se ha escapado. Simplemente se ha trasladado a su otra casa, una casa en la que vivirá muy pronto, así que pueden dejar de preocuparse por que haya huido a una casa desconocida y no esté segura en su hogar actual.

Me giré para sonreírle a Lottie, que seguía mirándome fijamente, pero ahora con la boca abierta de la sorpresa.

—Ah, bueno, eso cambia las cosas —dijo Mary con una sonrisa; me la había camelado.

—¿Es eso cierto, señorita Forest? —preguntó Grant, más escéptico—. ¿Está prometida con este caballero?

Lottie abrió la boca y volvió a cerrarla mientras me miraba primero a mí, después a Grant y de nuevo a mí. Le apreté la mano.

—Eh… —empezó a decir, con cara de desconcierto. Por suerte para mí, la señora H se las sabía todas.

—Pues claro que están prometidos —dijo como si fuera lo más obvio del mundo—. Y esta chiquilla siempre anda por aquí. —Le revolvió el pelo a Hayley—. Le encantan mis galletas, ¿a que sí, cielito?

Hayley miró a la señora H y luego a los policías con los ojos muy abiertos; pero solo después de mirar a su hermana con la cabeza ladeada y gesto inquisitivo y hablar con ella sin mediar palabra acabó asintiendo.

—Está bien —dijo Mary con una sonrisa—. Aun así, tendremos que presentar un informe, pero no incluiremos los problemas de seguridad actuales. Tendrá que comunicarles a los servicios sociales su nueva dirección, eso sí.

—Sí —dijo Lottie a duras penas, con voz de pito—. Vale.

Los acompañé a la salida y, al volver al salón, las hermanas seguían acurrucadas en el sofá. Dos pares de ojos marrones me miraron al entrar: uno, con curiosidad; el otro, con rabia.

—¿Qué diablos has hecho? —preguntó Lottie entre dientes.

—Señora H —dije con naturalidad—, llévese a Hayley a la cocina para que se termine las galletas.

—Vamos, cielito —dijo la señora H con una sonrisa mientras le cogía la mano a Hayley.

Sin embargo, la niña se arrimó aún más a su hermana, así que me agaché a su lado.

—Eh, pequeña polizona —dije en voz baja, lo que hizo que despegase el rostro de los pliegues del jersey de su hermana y me mirase—. Sé que todo esto ha dado un poco de miedo, pero ya no hay de qué preocuparse. Me tenías visto ya, ¿a que sí? Quizá de cuando tu hermana trabajaba aquí. ¿Por eso has sabido llegar? —Asintió con timidez, lo que confirmó mi sospecha, y sonreí—. Pues ya no va a hacer falta que te escondas cuando vengas, porque tú y tu hermana vais a vivir aquí.

—Excelencia…

Mandé callar a Lottie con una mirada de advertencia, a lo que apretó fuerte los labios. Estaba que trinaba.

—Y yo soy Ollie, ¿vale? A veces, tu hermana se pone tonta y me llama excelencia, pero ese no es mi nombre. Para ti, soy Ollie, y tengo una sobrina más o menos de tu edad que te dirá lo buen tío que soy. —Hayley abrió mucho los ojos al oír que mencionaba a Florrie para, acto seguido, apartar la vista con rapidez—. Ah, claro —dije despacio—, ya conoces a Florrie, ¿no?

Se mordió el labio y miró a su hermana.

—No pasa nada, tesoro —murmuró Lottie mientras le apartaba el pelo de la cara.

Hayley se volvió hacia mí y asintió. ¡Joder! ¿Cuántas veces se habría escondido en mi biblioteca? ¿Por qué cojones Lottie no me había dicho que tenía que traerse a su hermana al trabajo? Forcé una sonrisa.

—Pues qué bien, porque la verás mucho más a menudo.

Entonces, para mi sorpresa, Hayley hizo algo que aún no le había visto hacer: sonreír.

Atónito, le pregunté:

—¿Te cae bien Florrie?

Se alejó un poco de su hermana para enderezarse y asintió con entusiasmo. Me reí entre dientes. No se me ocurrían dos personalidades más opuestas. Florrie era mucha Florrie, pero saltaba a la vista que eso atraía a Hayley. Supongo que los niños no siempre necesitan palabras para llevarse bien, y, bueno, fijo que Florrie hablaba por las dos.

—Pues mira tú qué bien.

Hayley sonrió más abiertamente, lo que hizo que me diera un vuelco el corazón. Entonces decidí que hacer sonreír a esa niñita iba a ser mi nuevo pasatiempo favorito.

Capítulo 22

Frustración y orgullo herido



Lottie

—¿De qué vas? —pregunté mientras Ollie volvía a reunirse conmigo tras acompañar a Hayley y a la indomable señora H a la puerta.

Estaba de pie, con los puños apretados a los costados y la adrenalina a tope. ¿Cómo se atrevía a prometerle esas cosas a Hayley? ¿Cómo se atrevía a mentirle a la policía? Estábamos en serios problemas por su culpa. Cerré los ojos cuando empezaron a escocerme y me tragué el sollozo que amenazaba con salirme de la garganta.

—¿Me estás castigando? —susurré.

Cuando volví a fijarme en él, vi que se le había encendido la mirada.

—Claro que no, Lottie —me espetó, cruzándose de brazos—. Te he salvado el pellejo hace un momento, no estaría de más que me lo agradecieras.

Enarcó una ceja y me dieron ganas de cruzarle la cara de chulito de un guantazo.

—Has mentido a la policía —dije en voz baja, temblando de furia —. Me has obligado a mí a mentirles. No tienes ni idea de lo delicada que es nuestra situación.

—Pues no, no la tengo —replicó con brusquedad, descruzando los brazos mientras se acercaba a mí furioso. Su expresión de suficiencia pasó a ser de enfado—. Porque nunca me lo has dicho, joder. Hasta le decías a tu hermana que se escondiera cuando venía aquí. ¿Qué clase de monstruo te crees que soy para tener que ocultar a tu hermana pequeña de mí?

Levanté las manos y di un paso atrás, lo que hizo que se le volviera a encender la mirada.

—Era tu empleada, dependía del dinero que ganaba aquí. Uno no se lleva a una niña al curro cuando no le apetece ir a clase. Necesitaba el empleo.

—En ningún momento te di señales de que fuera tan capullo como para echar a tu hermana. Hostia puta, Lottie, pensaba que me conocías mejor; pensaba que lo nuestro significaba algo. Me mentiste; mentiste una y otra vez.

Ahora su tono reflejaba dolor. Podía con el Ollie enfadado, pero con el Ollie dolido… Retrocedí un par de pasos más hasta que me choqué con la mesa de centro. Me llevé la mano a la sien para apartarme el pelo, pero cuando vi que Ollie seguía el movimiento, me di cuenta de que me temblaba, así que la bajé a un lado y volví a cerrar el puño.

—No podía arriesgarme —dije—. No lo entiendes.

—¡Pues explícamelo! —gritó. Me estremecí al ver que perdía el control—. Habla conmigo por una vez, coño. Me gustabas mucho, Lottie, y me ocultaste todo lo importante. Y luego me dejaste. ¿No crees que te habría dado el puñetero dinero yo mismo si me lo hubieras pedido en lugar de aceptar un asqueroso soborno de mi madre y hacerme quedar como un gilipollas?

—No pretendía…

—Pues lo hiciste —me espetó con el rostro demudado por la furia —. Mandaste lo nuestro a hacer puñetas por unos cochinos

cincuenta mil dólares. Confirmaste todo lo que sospechaba mi familia sobre las cazafortunas avariciosas. Pensaba que lo nuestro era especial, pero nunca fuiste sincera conmigo, ni siquiera me hablaste de tu hermana; así que el pifostio de hoy es culpa tuya. Si hubieras sido sincera desde el principio, esto nunca habría pasado.

«Culpa tuya».

Las palabras de Ollie me impactaron con tanta fuerza que trastabillé hacia atrás como si me hubiera golpeado. Me había pasado los últimos meses intentando con todas mis fuerzas mantener la calma por Hayley, pero el estrés y la presión aumentaban más y más, y para un segundo que la perdía de vista ya tenía a la poli encima. Iban a presentar un informe con patrañas a los servicios sociales; ahora era mucho, pero que mucho más probable que me quitaran a Hayley y se la entregaran a los malnacidos que creían que estaba fingiendo que padecía mutismo selectivo y que necesitaba mano dura, y Ollie tenía razón: era culpa mía. Me entraron náuseas y me percaté de que no solo me temblaban las manos. Tenía un nudo en la garganta y me escocían los ojos; el rostro enfadado de Ollie se me nublaba a causa de las lágrimas que intentaba contener.

—¿Te crees que no lo sé? —dije con voz ronca.

—Lottie, igual deberíamos… —La voz de Ollie era más suave ahora, lo que, por algún motivo, lo empeoró todo.

Cuando me agarró la mano, algo en mí hizo clic y exploté.

—¿Crees que no sé que es culpa mía? —grité a la vez que retiraba la mano—. ¡Es culpa mía! ¡Siempre es culpa mía! —vociferaba, sacudiendo la cabeza de un lado a otro mientras lloraba a mares—. Porque no hay nadie más, no hay nadie a mi lado cuando fracaso, ningún pariente al que le importe lo más mínimo, nadie en quien ampararme, y no puedo con todo. No soy lo bastante fuerte —dije entre sollozos.

—Lottie, déjame abrazarte. Por favor, preciosa. —La voz de Ollie seguía siendo suave, pero había adquirido un deje de preocupación genuina.

Lo tenía justo delante, pero estaba llorando con tanta fuerza que no veía qué cara estaba poniendo. Esquivé la mesa de centro y seguí alejándome de él con la mano en alto para protegerme, sacudiendo la cabeza de un lado a otro con movimientos bruscos. No podía dejar que me abrazara, no podía dejarme llevar. Tenía que apañármelas sola. Llevaba apañándomelas sola desde los diez años.

—La he decepcionado una y otra vez —continué con esa voz horrible y rota—, y no quiero que siga pasando por lo mismo, no después de lo que ha sufrido ya. Necesita terapia especializada. ¿Sabes cuánto tiempo te tienen en la lista de espera para eso en la sanidad pública?

—Va, Lottie, relájate un… —Ahora parecía presa del pánico. Se estaría arrepintiendo de haber dejado entrar en su casa a una loca que no dejaba de dar voces.

—Casi dos años: dos años sin que Hayley hablara con nadie más que conmigo. Tenía que buscarle ayuda cuanto antes, tenía que aceptar el dinero. Tenía que hacerlo, tenía que hacerlo, tenía que hacerlo…

Lo repetí sin cesar, y Ollie, por su parte, me dejó claro que ya estaba harto de que mantuviera las distancias. Ignoró mi mano, me cogió en brazos y me pegó a su pecho. Seguía sin ver bien por culpa de las lágrimas, pero noté que cruzaba la habitación a grandes zancadas y que se sentaba en el sofá conmigo en su regazo.

Sabía que debía ser más fuerte; sabía que no debía mostrar ese tipo de flaqueza; pero que me rodease con sus fornidos brazos, que me dijera palabras de aliento como que todo iba a ir bien con voz grave y serena, que me envolviese con su enorme corpachón y que despidiese un increíble y fresco aroma a macho… La combinación de todo acabó con mi autocontrol, así que hundí la cara en su garganta y dejé que los sollozos escaparan al fin. Le eché los brazos al cuello y me arrimé a él.

—Tenía que hacerlo —insistí contra la cálida piel de su cuello.

—Lo sé, preciosa —me dijo mientras me acariciaba la espalda—. Pero ya está. Siento haberte gritado; han sido la frustración y el

orgullo herido, y que, como ya sabes, me vuelvo un capullo si no me salgo con la mía, eso también.

Mis sollozos estaban menguando y casi logré esbozar una sonrisilla. Casi.

—Llevas mucho tiempo siendo fuerte, Lottie. —Su tono se había vuelto sumamente tierno—. No es culpa tuya.

Negué con la cabeza al oír eso mientras se me caían más lágrimas. Sin duda le estaría empapando la camisa, pero, por lo visto, le traía sin cuidado.

—No, Lottie —dijo con voz firme—. No es culpa tuya. Lo hiciste lo mejor que pudiste, y tenías miedo. Cualquiera habría hecho lo mismo, pero ya no será necesario. Ahora sí que tienes a gente que se preocupa por ti. Tienes a alguien en quien ampararte, y Hayley también.

—No puedo permitir que…

—Siento decírtelo, preciosa, pero tú no me mandas. En cuanto tú y tu hermana os habéis presentado hoy en mi casa, ya no había vuelta de hoja. No habéis tenido una vida fácil, pero a partir de ahora os va a sonreír que te cagas, así que no has mentido a la policía: os mudaréis aquí.

—¿C-cómo? —Me aparté de él para mirarlo a la cara y me sequé las lágrimas para verlo.

—Que tú y Hayley os mudaréis aquí.

Anonadada, repliqué:

—No pu-puedes… O sea, nosotras…

—Puedo hacer lo que me salga de los huevos, Lottie.

—Pero tu madre… —susurré, mordiéndome el labio y preparándome para su reacción.

La mujer me había pagado una suma considerable para que me alejara de su hijo. No creía que irme a vivir con él estuviera incluido en el acuerdo.

—De mi madre ya me ocupo yo —me espetó; la ira de antes endurecía sus palabras.

—Ollie, creo que deberíamos hablarlo —dije despacio. Cuando intenté zafarme de él, me estrechó aún más. Carraspeé—. ¿Y si me sueltas y lo hablamos?

—No —dijo Ollie con determinación, lo que me dejó estupefacta. Me estrujó y me dio un besito en los labios—. Eres mucho más razonable cuando te tengo bien sujeta.

—Ollie, he sufrido una crisis nerviosa del copón mientras me tenías bien sujeta.

—Sí, y ha sido la primera vez que has sido realmente sincera conmigo. Además, me gusta mucho más charlar contigo de esta guisa.

—Estás loco —susurré.

Me sonrió y volvió a besarme con delicadeza. Estaba tan agotada emocional y mentalmente que mi resistencia se desvaneció al sentir sus labios sobre los míos y le devolví el beso. Sí, así fue. Mi hermana había ido a esconderse a la casa del tío este, yo prácticamente había tirado la puerta abajo para encontrarla, la policía había allanado su casa para interrogarnos y ahora me sostenía y me besaba. Estaba loco de remate, pero yo no me quedaba atrás.

Capítulo 23

Has tomado las decisiones que consideraste oportunas



Ollie

Observé ceñudo el bloque de pisos de mala muerte ante el que me hallaba. Un movimiento en el callejón me llamó la atención y, al mirar hacia allí, vi que dos hombres intercambiaban algo y después uno se sumía en las sombras: camellos. Lottie y Hayley vivían en un barrio con camellos que traficaban un martes cualquiera en la calle, a plena luz del día.

—Joder —mascullé mientras apretaba el intercomunicador, que no hizo ruido. La furia me invadió al empujar ligeramente la puerta que tenía delante y ver que se abría sin problema. Había un cartel enorme en el ascensor que rezaba «No funciona», así que subí corriendo los cinco tramos de escaleras que conducían a su piso y llamé al endeble trozo de maderucha.

—¿Qué haces aquí? —musitó Lottie con cara de espanto.

Hayley me observaba desde detrás de ella y me saludó con la mano. Pese al cabreo que llevaba, le devolví el saludo y le sonreí y todo.

—Eh, polizona —dije en voz baja. Se sonrojó y me dedicó otra sonrisita. Por ahora me conformaría, pero la Hayley del futuro iba a sonreír que te cagas todo el rato, y no en ese cuchitril inseguro.

—Ollie, creía que habíamos quedado en que esperaríamos unos días —dijo Lottie rechinando los dientes.

Me encogí de hombros mientras apartaba con cuidado a ella y a Hayley para entrar en la diminuta estancia y cerrar la puerta. Arrugué el ceño al oírla crujir.

—No, tú lo decidiste —le dije, avanzando unos pasos (que eran los únicos pasos que se podían dar; ese sitio era más pequeño que nuestra despensa)—. Yo no he aceptado nada.

Mientras miraba a mi alrededor, se me revolvió el estómago. Lottie le había sacado el máximo partido a la minúscula habitación: el sofá destartalado estaba cubierto de mantas de colores y una alfombra vieja y raída alegraba el ambiente; pero, aun así, era obvio que había humedades en el papel pintado que se estaba despegando, y entraba corriente por la ventana, que traqueteaba a causa del viento.

—Ahí va, peque —dije, girándome hacia Hayley mientras me acercaba a la nevera y tocaba uno de los numerosos dibujos de caballos que había ahí pegados—. Son chulísimos.

Hayley se sonrojó de júbilo y se le volvió a dibujar una sonrisilla pese a la tensión palpable que había entre su hermana y yo.

—¿Tienes más?

Asintió con brío y salió corriendo de la habitación por la única puerta que había aparte de la de entrada. Las sábanas dobladas que había junto al sofá hablaban por sí solas: solo había un dormitorio, y lo usaba Hayley; Lottie dormía en el sofá. Mi determinación se reforzó al girarme hacia Lottie, que apretaba los labios con terquedad.

—Os venís a mi casa hoy mismo. —Había cambiado el tono suave y alentador con el que le hablaba a Hayley por uno duro e inflexible.

El día anterior había estado dispuesto a ser amable con Lottie; que colapsara después de gritarle como el capullo integral que era me destrozó. Lottie Forest estaba agobiadísima, y llevaba así la tira de tiempo. Vi cómo ese agobio le acababa pasando factura y la abatía en mi propia casa y no quería volver a verla así nunca más. Ahora que por fin había levantado el culo e investigado a fondo a Lottie (algo que debería haber hecho hacía meses, pero mi orgullo herido ni se lo había planteado porque, repito, era un capullo), sabía que cualquier persona normal se habría derrumbado mucho antes que ella.

El día anterior, mi chófer las había llevado a casa. Hayley tenía terapia y, siendo sincero, sabía que ambas necesitaban tiempo para recomponerse, así que les di espacio por el momento. Llamé primero a mi madre. Como sospechaba, sí tenía información y conocía a Hayley, pero no tenía todos los datos. Con fondos ilimitados y contactos por todas partes, para la hora de comer del día siguiente ya tenía un historial completo de ambas hermanas, y no fue una lectura agradable.

Tal y como me había contado Lottie, llevaba sola desde los diez años. Fue entonces cuando la separaron de su madre tras las reiteradas preocupaciones por parte de la escuela. Su madre era alcohólica y su padre había fallecido cuando tenía seis años. De los diez a los dieciséis años, Lottie fue cambiando de hogar de acogida hasta que regresó con su madre, que llevaba un año sobria y, durante ese tiempo, se había vuelto a casar y se había quedado embarazada de Hayley. Se mantuvo sobria durante los seis años siguientes, pero entonces su marido se fugó con otra mujer y emigró nada más y nada menos que a Australia. El contacto después de aquello fue mínimo y nunca pagó la manutención de sus hijas, pese a las citaciones judiciales que así se lo exigían. La madre de Lottie pegó un bajón espectacular y, en múltiples ocasiones, iba borracha al colegio de Hayley. De nuevo, volvieron a meter a una de sus hijas

en un hogar de acogida; pero esa vez la aguardaba una hermana: Lottie solo tenía veintidós años, pero acogió a su hermana, la cual ahora padecía mutismo selectivo y estaba afligida y gravemente traumatizada.

Durante los últimos dos años, el escrutinio de los servicios sociales había sido intenso, pero Lottie logró cumplir con todos sus estándares. Renunció a toda esperanza de ir a la universidad para aceptar trabajos mal pagados y llegar como podía a fin de mes. La única vez que cometió un desliz fue cuando la pillaron robando unos zapatos escolares para su hermana. Mientras tanto, su madre se refugiaba cada vez más en la bebida.

Los abuelos de Hayley habían aparecido hacía poco. No habían tenido relación con la niña en su vida, pues desaprobaban a su madre, pero habían vuelto a contactar con ella diez meses antes para exigir su derecho a verla. Esto ocurrió después de que la madre de Lottie y Hayley falleciera por una enfermedad hepática a causa del alcohol. Solo de imaginármelas incinerando a su propia madre solas me enfurecí más todavía. Ya había empezado a mover algunos hilos para arruinar el negocio de Buchanon tras descubrir que despidieron a Lottie dos semanas después de la muerte de su madre. Por las miradas que le echó a Lottie esa noche en mi bar, estaba bastante seguro de que ausentarse del trabajo por un funeral —tiene cojones la cosa— no fue el único motivo por el que su esposa la despidió. Para colmo de males, al cabo de unos meses, los abuelos acusaron a Lottie de ser mala tutora y presentaron nuevas exigencias: esta vez querían la custodia completa. A juzgar por la reacción de Hayley al mencionarlos el día anterior, deduje que no era lo que querían las hermanas, pero era evidente que a Lottie le aterraba que fuera a ocurrir.

Pues todo eso se acabó; se acabaron las preocupaciones. Con mi dinero y mis contactos, esas chicas harían lo que se les antojase y nadie volvería a amenazarlas. Podrían permitirse unos puñeteros zapatos escolares, anda que no. Solo me faltaba salvar un obstáculo de nada: convencer a Lottie de que confiara en mí.

—N-no vamos a irnos contigo —chilló Lottie, incrédula—. Es una locura. No podemos hacer las maletas e irnos sin más.

—Lottie —dije con mi tono más razonable—, la policía ya habrá presentado el informe a los servicios sociales. En lo que respecta a la protección infantil, suelen ser muy puntuales.

Me miró ceñuda, con una carita de desconcierto adorable. De hecho, en casa y sin su uniforme de Barbie empresaria, Lottie era, sencillamente, adorable. Se había hecho un moño con su preciosa melena color caramelo y no iba maquillada; llevaba un pantalón de pijama a cuadros, una camiseta de tirantes ajustada, un cárdigan extragrande y suavecito y unas pantuflas de unicornios que, según advertí, hacían juego con las de su hermana. Nunca había visto nada tan ridículo y adorable en mi vida, y eso solo reafirmó mi empeño por que las dos estuviesen bajo mi techo al acabar el día.

—¿Cómo sabes en qué consiste el proceso policial para la protección infantil?

Me encogí de hombros.

—Solo es una suposición —mentí.

Mi equipo había investigado a fondo los procesos policiales, los servicios sociales locales, el juzgado de familia, las familias de acogida, las solicitudes de adopción y los derechos de los abuelos. Jenna, mi asistente personal, era una mala pécora incorregible, pero no toleraba las injusticias. En cuanto se enteró de la historia de Lottie, se entregó por completo a la investigación; incluso creó un expediente sobre sus abuelos con el montón de trapos sucios de hacía décadas que había desenterrado; no tenía ni idea de cómo los había descubierto, pero bien podrían sernos útiles si seguían amenazando a Hayley y a Lottie. Yo, por mi parte, había investigado el mutismo selectivo, pero dejaría esa conversación para otro momento; Lottie aún tenía que asumir lo rápido que estaba yendo todo y ni siquiera se había mudado todavía.

—La cuestión es que no pasaréis ni una noche más aquí. ¿Sabías que hay camellos de verdad en la calle?

Lottie me miró ceñuda.

—Eh… sí. Estamos en la zona más chunga del sur de Londres. Pues claro que hay camellos.

Levanté las manos.

—¿Cómo que «pues claro que hay camellos»? Son peligrosos.

Lottie me miró con los ojos entornados y se cruzó de brazos.

—A ver, pijito, llevo años viviendo en zonas chungas de Londres. Los malditos camellos no son la mayor amenaza de por aquí; no se fijan en ti, a menos que compres o intentes vender droga en su territorio. Como nunca he tenido intención de hacer ninguna de las dos cosas, no me preocupan lo más mínimo.

—¿Cuál es la mayor amenaza entonces? —pregunté con voz grave y siniestra.

—¿Cómo?

—Has dicho que los camellos no son la mayor amenaza de por aquí, como dando a entender que había otra peor. Pues quiero saber cuál es.

Lottie desvió la mirada, lo que me hizo rechinar los dientes. Nunca había conocido a nadie tan cabezota. Justo entonces, Hayley salió corriendo del dormitorio y derrapó ante mí con sus pantuflas de unicornio.

—Hola, polizona —dije, agachándome a su altura, lo que la amedrentó un poco. Bajó el papel que sostenía mientras se mordía el labio. Le tendí la mano y le sonreí—. ¿Es para mí? —Muy despacio, levantó el papel para que lo viera. El corazón me dio un vuelco al ver lo que había dibujado—. Guau, Hayley, qué chulo. Podríamos pegarlo en la nevera de mi casa. ¿Te gustaría venir esta noche?

Asintió al instante.

—Hails —le espetó Lottie—. Ya lo hemos hablado. Lo que su excelencia les dijo a los agentes no era cierto. Solo lo hizo para ayudarnos, lo cual está feo porque no hay que mentir, pero no nos vamos a ir a vivir con él.

Hayley miró la puerta y otra vez a Lottie.

—Mecachis en la mar —susurró Lottie para sí mientras tomaba a Hayley de la mano para alejarla de mí.

Sin embargo, esta adoptó una expresión testaruda similar a la de su hermana y se plantó en el suelo mientras echaba otra ojeada a la puerta. Me enderecé y seguí la dirección de su mirada. No me había fijado en que había una cómoda en un ángulo extraño junto a la puerta. Daba la impresión de que la habían arrastrado hasta allí y les había dado pereza volver a pegarla a la pared. Me quedé pasmado. ¿No habría sido…?

—Tesoro. —Lottie suavizó el tono al agacharse frente a su hermana y apartarle algunos rizos de la cara con delicadeza. Tuve que esforzarme para oír lo que susurró a continuación—. Fue solo un par de noches. Estábamos a salvo, te lo prometo. Era por si acaso. Deberías haberme dicho que lo sabías. Creí que estabas dormida.

—Por favor, Lottie, dime que no es lo que parece —dije apretando los dientes.

Lottie me miró con recelo e intenté controlar mi ira, pero me la imaginé esperando a que Hayley se durmiera para arrastrar una cómoda enorme que, pese a pesar el doble que ella, solo impediría que entrara mi abuela de noventa y cinco años.

—Lo hice por precaución —se excusó—. La verdad es que no pensé que pasaría nada, pero hubo un… eh… un follón en el pasillo y, bueno, intentaron abrir la puerta un par de veces, eso sí.

—Define «follón» —dije con tirantez.

Lottie se mordió el labio.

—Unos borrachos que gritaban y hacían el tonto.

—¡La madre que me parió! —espeté, llevándome la mano a la nuca.

—No fue para tanto —se apresuró a aclarar—. Para mí que me he pasado un poquito montando la barricada. —Se giró hacia Hayley y suavizó el tono—. No sabía que te habías dado cuenta, tesoro. Si te preocupa algo, tienes que decírmelo. Somos un equipo, ¿recuerdas?

Hayley, atónita, miró directamente la cómoda. Razón no le faltaba. Lottie suspiró. Empezaba a entender cómo funcionaba su

comunicación no verbal.

—Ya, vale —concedió—. Yo tampoco he sido sincera contigo, pero, aun así, deberías haberme dicho que estabas preocupada.

Hayley se cruzó de brazos y miró mal a su hermana.

—Porque soy yo la adulta, Hails —dijo Lottie con voz más firme—. Tú eres una niña. Soy yo la que toma las decisiones difíciles.

Dicho esto, Hayley puso los ojos en blanco y se marchó indignada, dando un portazo. Al irse Hayley, Lottie se desinfló y se le quitaron las ganas de pelea, así que se dejó caer en el pequeño sofá con un bufido y enterró la cara en las manos. La ira que me embargó al imaginármela arrimando ese pedazo de cómoda a su puerta se desvaneció al contemplar su postura abatida.

—Hey —dije bajito mientras me sentaba a su lado y le ponía la mano en la espalda.

—Estaba asustada —susurró no muy alto; lo justo para que la entendiera.

—No es culpa tuya, querida —dije mientras le dibujaba círculos en la espalda—. Hiciste lo que pudiste.

—Sigue asustada —continuó, como si no me hubiera oído—. Debería habernos buscado otro lugar en el que vivir, pero, rayos y centellas, no te imaginas lo caro que está el alquiler en según qué zonas. —Tragó saliva—. Tenía que hacer que los cincuenta mil dólares me duraran y no iba a confiar en que trabajaría toda la vida para Vicky, así que…

Antes de que acabara la frase, dije:

—Has tomado las decisiones que consideraste oportunas.

No quería seguir oyendo que siempre esperaba lo peor, su vida la había preparado para eso. Pues claro que cuando mi madre le había ofrecido un buen pellizco lo había aceptado; tenía que hacerlo. Ahora lo veía; veía más allá de mi orgullo herido lo mucho que esa suma de dinero significaba para Lottie, la estabilidad que les daba a ella y a su hermana.

—Pero te ofrezco una alternativa. Todos necesitamos ayuda a veces, Lottie. No quiero que Hayley tenga miedo, y tú tampoco

quieres.

La última frase fue un golpe bajo para salirme con la mía, y lo sabía, pero tenía que usar todo lo que estuviera en mi mano para convencerla. No iba a abandonar ese edificio sin las dos hermanas.

—¿Por qué quieres ayudarnos? —dijo, levantando la cara de las manos para mirarme—. Me odias. Querías que me alejara de ti y de tu familia. Un momento… —Atónita, palideció—. No será que te sientes culpable ahora que sabes lo de mi hermana, ¿no?

—En primer lugar, nunca te he odiado. Jamás.

—Pues quién lo diría.

—No. Estaba frustrado contigo, pero nunca te he odiado.

—Creías que era una amenaza para tu familia. —Se le rompió la voz al final. Carraspeó para intentar disimularlo y sentí un ardor en el estómago. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz queda—. Yo misma te di esa impresión, te la di al aceptar el dinero. Era una prueba y la fallé. Supe que tu madre me estaba poniendo a prueba desde que me ofreció el dinero, pero no pude rechazarlo. Es que… —Respiró entrecortadamente y apretó los labios, temblorosos. Sospeché que lo último que quería era llorar delante de mí otra vez. El ardor me subió a la garganta y me lo tuve que tragar para volver a hablar.

—Fue injusto que mi madre te ofreciera dinero, Lottie —dije con voz tensa. Tras comprobar que mamá sabía lo de Hayley durante el poco rato que estuvimos hablando por teléfono el día anterior, no volví a contactar con ella. Me tenía cabreadísimo. Fue a ver a Lottie con una oferta, sabiendo lo desesperada que estaba, sabiendo lo imposible que sería para ella negarse. La crueldad y la indiferencia con las que la había tratado me resultaban casi inconcebibles. No me encajaba con la imagen que tenía de mi madre—. Y más sabiendo la falta que te hacía. Es… —Dejé la frase ahí y me levanté como un resorte. Me paseé de un lado a otro, todo lo que me permitía la pequeña sala de estar, frotándome la nuca con la mano, buscando las palabras adecuadas. Entonces me giré y miré a Lottie a los ojos

—. Es jugar con la vida de los demás. Te manejó con su dinero. Se aprovechó de ti cuando debería haberte ayudado.

—Ollie, no tendría por qué haber aceptado el dinero —dijo Lottie en voz baja.

Estupefacto, eché un vistazo al piso, miré fijamente la cómoda que estaba en un ángulo extraño y señalé con la cabeza la puerta cerrada del dormitorio. Se ruborizó.

—Habría salido adelante.

—Pero ¿iría Hayley a terapia? —pregunté con dulzura, volviendo a su lado y sentándome de nuevo en el sofá. Se mordió el labio y miró abajo—. No es una crítica, Lottie. Hayley lleva semanas en terapia por la decisión que tomaste.

Lottie tragó saliva, pero, al levantar la vista, advertí que parte del tormento había desaparecido de su mirada. Menos mal.

—Gracias —dijo en voz baja.

—Pues una vez aclarado esto, ya podéis hacer las maletas.

—Ollie, no…

—No pienso dejaros aquí.

Lottie puso los ojos en blanco.

—Que tampoco es una zona de guerra. Llevamos casi un año viviendo aquí y apenas hemos tenido problemas.

—¿Apenas? ¿Eso es que ha habido alguno?

Desvió su mirada de la mía, apretando los labios con obstinación. Me di cuenta de que si quería salirme con la mía —y siempre quería — tendría que cambiar de estrategia. Se me daba bien manipular situaciones, llevaba haciéndolo desde niño, igual que Lottie interpretaba las intenciones de la gente y las circunstancias para mantenerse a salvo.

—Mira, lo siento, Lottie, pero le dije a la policía que os vendríais a vivir conmigo y que tú y yo estábamos prometidos, así que, por el momento, o cumplimos con lo dicho o me acusarán de mentir a la policía, lo que tendría graves consecuencias para mí y mi familia.

Estaba exagerando muchísimo; tenía pleno control de mis bienes, mis inversiones y el ducado. Mi familia nunca había estado más

protegida y nada de eso nos afectaría a mí o a ellos; pero Lottie no tenía por qué saberlo. Sabía que iba por buen camino cuando la vi palidecer.

—P-pero es culpa tuya —dijo.

Tenía razón, pero no daría el brazo a torcer.

—La cuestión es que Hayley llamó a mi puerta, lo que os dejó a ambas a mi cuidado. Punto.

Abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir antes de hablar por fin.

—¿Quieres que me haga pasar por tu prometida?

Mmm… si así no se ponía histérica, que pensase que estaba fingiendo. Eso sí, juro que desde el día anterior sentía una enorme satisfacción al imaginarme a Lottie siendo mi futura esposa; pero mi esposa de verdad, no de pega. No obstante, era muy consciente de que llevaba semanas portándome como un capullo con ella y de que, a esas alturas, mi plan de vivir con ella y Hayley para siempre me hacía quedar como un chalado, y con razón.

—Claro. —Me encogí de hombros—. Así mi madre no me emparejará con un montón de pesadas y, de paso, espantas a la loca de mi ex, que últimamente no deja de darme la tabarra. Tengo un millón de galas benéficas próximamente, pero contigo no serán tan aburridas.

Se quedó atónita al oír eso y sonrió con suavidad. Le gustaba que le dijera que algo sería menos aburrido con ella. No era el cumplido más efusivo del mundo, pero con Lottie había funcionado. Supongo que comparado con todos los insultos que le había proferido últimamente, fue una gran mejora.

—Y podrías ayudarme igual que haces con Vicky.

Se sobresaltó al oír eso y, al instante, me miró a los ojos.

—¿Qué dices? Tú no necesitas la misma ayuda que Vicky.

—Sé que haces más que ayudar a Vics a interactuar con la gente. Tus habilidades son valiosas en los negocios, seguro que te has percatado de ello.

Justo cuando había vuelto a sonreír un poco se abrió la puerta del dormitorio y salió Hayley arrastrando una enorme bolsa de basura

llena de juguetes. Con la lengua fuera, dejó la bolsa a los pies de su hermana y se plantó con los pies bien separados y los brazos en jarras. Cuando me miró, le guiñé un ojo y le sonreí. Cuando sonrió igual que su hermana, supe que había ganado.

Capítulo 24

La he hecho sufrir, ¿eh?



Lottie

Se me hizo raro ir a su casa y no ponerme a limpiarla de inmediato. Hayley me agarró la mano cuando terminamos de llevar nuestras pertenencias al vestíbulo. La estancia parecía aún más imponente con nuestras posesiones apiladas en el centro. Sentí una punzada de vergüenza al mirar todas nuestras posesiones. Contábamos con algunas maletas y cajas, pero el resto estaba en bolsas de basura. Qué poco me gustaban las bolsas de basura, jopé. Los niños de acogida las conocemos de sobra, pues ahí es donde guardamos siempre nuestras cosas cuando nos mudamos. Al final de mis años como niña de acogida, una de mis bolsas de basura estaba repleta de peluches. Uno lo consideraría algo bueno, pero cuanto mayor era la colección de peluches que atesorabas, más veces tenías que mudarte. Cada nuevo hogar te entregaba uno al llegar. Le acabé cogiendo tirria a la bolsa, pero, mientras estuve de acogida, no tuve el valor de tirarla.

Solo tardamos un par de viajes en sacar las cosas del coche de Ollie. La pila en sí ocupaba una ínfima parte del vestíbulo y, si bien este era gigantesco, me sentí una pringadilla; pero es que, antes de eso, Ollie sacó, extrañado, mi portátil de una caja que iba destinada al vertedero. Tuve que explicarle que se me había estropeado, lo que derivó en una conversación sumamente incómoda sobre el hecho de que había «aparcado» el curso de psicología. Se me quedó mirando un buen rato y, a juzgar por cómo se le crispó la mandíbula, estaba que se subía por las paredes. Asintió escuetamente y metió la caja en el coche.

—Tú ya te conoces las habitaciones, ¿no, Lottie? —me dijo Ollie mientras entraba con otra bolsa llena que sumar al montón—. ¿Cuáles te gustan más?

Repasé con la mente los diez dormitorios de la casa y arrugué la nariz. Lo cierto era que no había ni una sola habitación en esa casa en la que Hayley fuera a estar a gusto. Me mordí el labio al mirarla. Se le iban los ojos a la biblioteca; fijo que estaría pensando en llevarse unos libros al entresuelo y volver a esconderse ahí. Carraspeé para hablar, pero enmudecí cuando se abrió la puerta de sopetón y entró Margot.

—¡Eooo! —gritó mientras entraba muy sonriente en el vestíbulo.

Retrocedí un paso y puse a Hayley detrás de mí. Se le borró un poco la sonrisa al ver que me alejaba. Para mi sorpresa, Ollie gruñó por lo bajo y, cuando lo miré, me di cuenta de que estaba furioso.

—Madre —le espetó, lo que me dejó anonadada. Nunca lo había oído gritarle ni llamarla madre; siempre le decía *mamá—.* Te dije que no vinieras hasta que se hubieran instalado.

—Pamplinas —repuso Margot, como restando importancia a sus preocupaciones—. Solo pasaba a saludar.

Se inclinó hacia un lado para ver mejor a Hayley, que estaba pegada a mis piernas. Hayley era más observadora de lo que los adultos creían. Le cayó bien Margot el día que hizo la vista gorda, incluso le sacó un par de sonrisas, algo casi inaudito por aquel entonces. Cuando nos llevó a casa y volvimos a quedarnos solas,

Hayley se refirió a ella como «la amable señora de orejas brillantes (sus pendientes de diamantes eran enormes) y tofes en el bolso», lo cual, viniendo de Hayley, era todo un halago.

En cambio, cuando vino a casa unas semanas después, pese a mostrarse igual de sonriente con ella y darle otro caramelo, mi hermana percibió la tensión, la amenaza. Al cabo de un rato vi el tofe en la basura, aún envuelto. No volvió a mencionar a la amable señora.

—Hola, Hayley. Sí que has crecido desde que… —Margot carraspeó y me miró fijamente, como si no quisiera terminar la frase y sacar a colación la última vez que nos vimos—. Hola, Lottie —dijo en voz baja, como si temiera asustarme.

—Hola —dije yo a duras penas.

Hayley me tiró de los vaqueros. Cuando me giré para mirarla, negó con la cabeza, retrocedió un paso más y me animó a seguirla. Estaba deseando alejarse de ese ambiente cargado, y no me extrañaba. Margot reparó en nuestras pertenencias amontonadas. Si el suelo se hubiera abierto en ese instante, me habría arrojado de cabeza. La tensión que se palpaba era demasiado fuerte y no quería que Hayley se expusiera a ella, así que me giré hacia mi hermana y me puse a su altura para hablarle en voz baja.

—Tesoro, ve a ojear los libros. —Seguía mirando a Margot, detrás de mí, pero al mencionar los libros clavó los ojos en los míos y se le iluminó la cara—. Vete, anda. —Hayley echó otra mirada cautelosa, una que fue de Margot a mí. Negué con la cabeza y le susurré—: Tranquila, estaré bien.

Me tocó el pecho y luego se tocó el suyo: su forma de decir «te quiero» sin hablar. Mientras salía zumbando hacia la biblioteca, me dolió en el alma haberme quedado sin mediadora, pero había vivido cosas peores. Me había pasado toda la vida teniendo que aguantar las críticas de los demás. Carraspeé y me puse de pie para encarar a Margot.

—Señora Harding —dije con voz firme (gracias a las gafas de Elton John)—, soy consciente de que estoy violando nuestro acuerdo

al venir aquí. Quiero que sepa que le devolveré el dinero. No lo conservo en su totalidad, pues he tenido gastos urgentes y…

—Tu hermana —dijo Margot en voz baja, dando un paso vacilante hacia mí.

—Mamá —dijo Ollie a modo de advertencia, y Margot se detuvo.

Contrariamente a lo que esperaba, no la noté rabiosa ni enfadada; me transmitía cariño, incomodidad y arrepentimiento.

—Sé para qué necesitabas el dinero —continuó, todavía con voz afable.

Asentí y respiró hondo, pero, cuando hizo ademán de volver a hablar, la interrumpí.

—Sí, por lo que ya me he gastado una parte; le debía dinero a su terapeuta; pero podríamos establecer un plan de pagos. Ahora gano más y…

—Sí, ahora trabajas para mi hija.

Asentí despacio.

—Sí, pero, según tengo entendido, el acuerdo se aplicaba solo a su hijo. En ningún momento especificó que…

—No, Lottie, no me molesta que trabajes con Vicky —dijo, desconcertada—. ¿Cómo has podido pensar…? —Cerró los ojos un momento—. ¿Cómo no ibas a pensarlo? No te he dado motivos para no hacerlo.

No supe qué contestar. Pues claro que supuse que le molestaría que trabajase con Vicky. Si le caía tan mal como para pagarme para que me alejase de uno de sus hijos, ¿cómo iba a alegrarle que me pasase toda la semana con otra de sus hijas?

—Lottie, estás ayudando muchísimo a Vicky —me dijo—. No me molesta. —Dio otro pasito hacia mí, pero se detuvo cuando Ollie hizo otro ruido de advertencia—. Nunca se me han dado bien los números —dijo, y ladeé la cabeza, confundida—, pero mi hija me ha dicho que has hecho ganar a su empresa más de tres millones trescientas mil libras desde que empezaste a ayudarla.

Flipé.

—Eh… señora Harding, no hago chanchullos ni tratos. Solo ayudo a Vicky a interpretar la situación.

—¿Interpretar la situación ayuda a cerrar el trato? —preguntó Margot. Me encogí de hombros—. Sé sincera. ¿Se habrían cerrado la mayoría de tratos si no hubieras estado presente?

—No…

—Pues decidido. Tres coma tres millones menos cincuenta mil son tres millones doscientos cincuenta mil. ¿Te transfiero esa cantidad?

—¡Pues claro que no! No…

—Por el momento lo dejaremos así —dijo, interrumpiéndome con brusquedad.

Empezaba a darme cuenta de que, en lo que concernía a salirse con la suya y ser prepotente, Margot estaba cortada por el mismo patrón que su hijo.

—Trabajo para Vicky por un sueldo fijo —dije apretando los dientes—. No me quedo con un porcentaje de las ganancias.

Margot hizo un gesto con la mano.

—Bueno, de todas formas eso ya da igual, pues vamos a ser familia y todo es dinero familiar.

Abrí los ojos como platos al oír eso y me volví al instante hacia Ollie, que estaba con las manos en los bolsillos y sonreía tan tranquilo.

—¿F-familia? —dije poco a poco, mirando de la viuda a Ollie y viceversa.

La viuda me sonrió pletórica.

—No te hagas la tímida, querida —dijo—. Ay, se me olvidaba. Ten, cielo.

Le entregó a Ollie una cajita para guardar anillos. Respiré hondo. Poca gente me sorprende. Siempre adivino lo que harán. Siempre. Pero eso no lo vi venir.

—Gracias, mamá —dijo Ollie.

Le quitó la cajita y se acercó a mí. Retrocedí un pasito, pero me agarró la mano para detenerme. Antes de que me diera cuenta, ya llevaba una antigua alianza en el dedo anular de mi mano izquierda;

el sol que entraba a raudales por las ventanas incidía en el zafiro y en los diamantes que la bordeaban.

—¿Qué haces? —chillé. Miré a su madre, detrás de su enorme figura, y agregué—: señora Harding, esto no es lo que parece. No…

—Ya, ya —dijo, haciendo un gesto de desdén con la mano—. Compromiso de pega, bla, bla, bla. Cielo, he leído muchas novelas románticas; sé en qué consiste. A ver qué tal va. —Me guiñó un ojo, lo que me dejó alucinada—. Bueno, me voy a ir yendo ya, que tengo una reunión del comité para hablar de la recaudación de fondos de la semana que viene.

Se me acercó a grandes zancadas y no se detuvo hasta que estuvimos cara a cara. Entonces, me abrazó. Creía que los pijos solo lanzaban besos, pero esa mujer daba unos abrazos buenísimos. Hacía años que no me daban un abrazo maternal y, para mi vergüenza, no pude evitarlo y me empezaron a escocer los ojos. Ambas nos apartamos al oír abrirse la puerta de la biblioteca. Hayley asomó la cabeza y se giró hacia nosotras.

—Tranquila, Hails —dije con voz trémula.

Miré a Margot, que me observaba con ternura. Carraspeé y parpadeé para contener las lágrimas, pero estaba bastante segura de que me las veía, y más cuando me acarició la mejilla y me apretó la mano a la vez.

—Bueno —dijo con un tono alegre, un tanto entrecortado al volverse hacia Hayley—. Me alegro de volver a verte, jovencita.

Se apartó de mí y esquivó a su hijo para llegar hasta Hayley. Al agacharse frente a ella, mi hermana la observó, todavía con recelo. Cuando me miró, le hice un gestito de asentimiento para indicarle que no pasaba nada.

—¿Conoces a mi hija Vicky?

Hayley asintió despacio. Durante los últimos meses, Vicky y Lucy venían a menudo a casa por la noche a ver pelis y trataban a Hayley como si fuera su sobrina.

—Mi Vicky también era muy callada de niña, pero le gustaban los abrazos fuertes. ¿Te gustan los abrazos fuertes? A veces da un poco

de miedo mudarse, y los abrazos hacen que uno esté mejor. ¿Te apetece un abrazo, cielo?

Hayley se mordió el labio y retrocedió.

—Vale, otra vez será.

Margot rezumaba tristeza y arrepentimiento mientras extendía la mano muy despacio hacia el rostro de Hayley para darle tiempo a retroceder de nuevo. Como se lo permitió, le pasó un mechón por detrás de la oreja.

—Tienes un pelo muy bonito, igual que tu hermana. La he hecho sufrir, ¿eh? —Hayley asintió. Se me formó un nudo en la garganta—. Lo siento, Hayley. —Me miró fijamente—. De veras que sí. —Entonces volvió a mirar a Hayley—. Pues mi niño…

Hayley rio con disimulo y sonrió, y yo me quedé de piedra. Ya era raro que hiciera esos ruiditos, y más con gente con la que no tenía confianza; sin embargo, Margot la entendió perfectamente.

—Sigue siendo mi niño —insistió con un brillo en la mirada—. Puede que me doble en tamaño, pero siempre será mi niño gracioso, despeinado y mellado que se hizo pis en el escenario cuando iba a preescolar y le tocó ser pastor en la función del colegio.

—Mamá —protestó Ollie, pero la mujer pasó de él y, para ser sincera, yo también, pues justo entonces Hayley soltó una risita. Me llevé la mano a la boca: reírse con alguien que no fuera yo era inaudito. Ajena a lo trascendental que era aquello, Margot volvió a acariciarle la mejilla y se levantó.

—Como decía, mi niño y yo vamos a hacer feliz a tu hermana, ¿vale?

Hayley asintió. Margot le sonrió con dulzura y volvió a colgarse el bolso al hombro.

—Chaíto, queridos —canturreó, y salió de la casa.

Capítulo 25

No más besos



Ollie

—¡Eh, polizona! —grité desde la cocina—. ¡Te he visto!

Hayley volvió a asomarse a la puerta y me miró con sus ojos enormes. Se le había alborotado un lado del pelo y el otro seguía igual de ondulado que siempre. Iba en pijama, con sus suaves pantuflas de unicornio y una bata, aún más suavecita, que le quedaba como un saco.

La noche anterior, Lottie me había comentado que Hayley era bajita para su edad. Sin duda, era mucho más menuda que mi sobrina. A Lottie le preocupaba que no estuviera comiendo bien. A decir verdad, a Lottie le preocupaban muchas cosas, y no me las contaba todas, pero cuando Hayley se hubo acostado la noche anterior, prácticamente la obligué a jugar al ajedrez. Ella habría preferido discutir conmigo sobre el anillo que llevaba en el dedo, pero estaba tan cansada que cedió cuando le sugerí que pospusiésemos la discusión. Entre lo agotada que estaba, la copa de vino con la que insistí en que acompañara el pescado con patatas

que nos comimos y que los últimos días habían sido un campo minado emocional, bajó las defensas, así que, a pesar de lo recelosa que estaba conmigo, tras unas jugadas de ajedrez cantó como un pajarito y me confesó que Hayley dejaba de comer cuando se estresaba, y que, si le daba por comer, encima era tiquismiquis. Otro motivo por el que Lottie sentía que le estaba fallando a su hermana. Se echaba la culpa de todo. Para cuando terminamos de jugar al ajedrez, se la veía exhausta.

—Hails se levanta temprano —me dijo mientras bostezaba y subía las escaleras a trompicones. Estaba tan cansada que no se opuso a que la rodeara con el brazo para cargar con ella a medias—, pero tú tranquilo, me pondré el despertador para que no te moleste.

Una vez en el umbral de su habitación, le sonreí y me guardé las manos en los bolsillos para aguantarme las ganas de tocarla.

—Está bien, querida —dije en voz baja. Le sorprendió el apelativo cariñoso, pero se metió en el cuarto.

Al cabo de una hora, abrí la puerta y la vi durmiendo a pierna suelta. En comparación con el pedazo de cama, parecía diminuta con su increíble melena desparramada por la almohada. No se movió cuando hice crujir el suelo al acercarme a su mesita de noche, ni tampoco cuando le cogí el móvil. Lottie necesitaba descansar y yo era perfectamente capaz de encargarme de una niña de ocho años.

Hayley entró en la cocina arrastrando los pies y observó la vasta estancia con los ojos como platos. Abrazaba un poni de juguete como si fuera su salvavidas.

—La señora H aún no ha venido a preparar el desayuno, pero estás de suerte: el desayuno es mi especialidad. ¿Tienes hambre?

Negó con la cabeza rápidamente y estrechó más fuerte su poni.

—Mmm… vale —murmuré. Se fijó en la Nutella y el sirope de arce que tenía yo delante—. Pues voy a tener que comerme las tortitas yo solo. —Le hicieron chiribitas los ojos al oír la palabra *tortitas* y se acercó un poco más—. Y la Nutella también.

Saqué una cucharada grande de Nutella y me la metí en la boca. Hayley se quedó pasmada y señaló la cuchara, negando con la

cabeza. Sonreí de oreja a oreja.

—¿Quién va a impedírmelo? Ni que fuera un delito.

Frunció el ceño con desaprobación, pero empezó a observar la Nutella con interés. Me estiré por encima de la isla, dejé una cuchara delante de uno de los taburetes y volví donde estaba. Hayley vaciló un momento, pero al final se acercó, dejó su poni en la encimera y se subió al taburete. Una vez sentada frente a mí, cogió la cuchara, echó una mirada furtiva atrás por si venía su hermana, quien dudo que aprobara que desayunase Nutella a palo seco, y volvió a mirar el tarro. Se lo acerqué, metió la cuchara, la llenó hasta arriba y se la llevó a la boca. Entonces me sonrió sin sacarse la cuchara y me emocioné.

Su sonrisa se parecía mucho a la de su hermana. ¡Cómo la echaba de menos! Dudaba que fuese a bastar con una cucharada de Nutella para convencer a Lottie de que volviera a sonreírme. La noche anterior mi mente jugó conmigo a su nuevo pasatiempo favorito: rememorar todas las veces en que me había portado como un imbécil con ella. De verdad que me daban náuseas solo de pensarlo. Le había soltado cada cosa…

Bueno, se me daba bien negociar. Había salido airoso de muchos marronazos a lo largo de mi vida, y ese no sería la excepción.

A ver, quizá la hubiese chantajeado para que se vinieran ella y su hermana a vivir conmigo, pero tenía que sacarlas de ese piso de mala muerte. Era muy peligroso.

Volviendo a las tortitas…

—Oye, polizona, ¿tú sabes cómo se prepara esto? —le pregunté, ceñudo, a Hayley.

Puso los ojos en blanco mientras cogía otra cucharada y se la metía en la boca; no obstante, se bajó del taburete y vino hasta mí. Sacó un huevo de la caja y lo cascó en el bol, pero, al coger otro, se le escurrió de entre los dedos y se abrió en la encimera de granito. En ese mismo instante, la actitud de Hayley cambió por completo. Me miró aterrorizada y corrió al otro lado de la isla a por su poni.

—Tranquila, cielo —dije muy bajito.

La pobre parecía aterrada. Se llevó el puño al pecho e hizo un movimiento circular con él. Era evidente que intentaba decirme algo, pero no entendía qué. Tendría que aprender lengua de signos, porque era muy frustrante no poder entenderla.

—No te voy a hacer nada. —No me creyó; retrocedió un paso más y miró hacia la puerta. Suspiré—. Aún tienes que ayudarme a hacer las tortitas.

Nada, que seguía asustada. De perdidos, al río. Agarré un huevo y lo casqué yo mismo en la encimera. Quizá calculase mal la fuerza necesaria, pues se esparció por todas partes y nos puso perdidos a mí y casi toda la superficie de granito.

—¿Ya estás contenta? —le pregunté a Hayley mientras me goteaba huevo de la frente y se me caía un trozo de cáscara de la camisa.

Me observaba estupefacta. Tras un ratito de silencio, se oyó un sonido maravilloso por toda la cocina: la risita de una niña de ocho años; así que, como estaba totalmente enganchado a ese sonido, y tal vez porque nunca había tenido que limpiar lo que ensuciaba, casqué otro huevo en la encimera, agarré el paquete de harina y me acerqué a ella.

—¿Te hace gracia? —le pregunté.

Hayley asintió sin dejar de reírse.

—¿Qué puñetas pasa aquí? —La señora H, como la mujer de armas tomar que era, se me acercó hecha una furia. Se puso de puntillas para darme un capirotazo en la oreja, pero, como no llegaba, me agaché para facilitarle el trabajo—. ¡Ya le advertí a tu madre que acabarías siendo un maleducado! ¡Hay que ver la que has liado!

Hayley, con los ojos como platos, observaba cómo me regañaba esa mujer menuda pero violenta; sin embargo, cuando la señora H se giró hacia ella, su actitud cambió de manera radical.

—Ay, hola, cielito. —Rodeó la encimera para atusarle el lado de la cabeza que se le había despeinado—. Madre mía, no va a costar

nada desenredarlo… Pero qué melena más bonita y abundante tienes.

—¿Por qué eres tan buena con ella y tan mala conmigo? —dije, refunfuñando—. Ha empezado ella.

La señora H me miró con suspicacia.

—¿Cómo va a haber sido ella? Y no seas chivato, hombre. A ver, ¿qué demonios intentabas prepararle a la chiquilla?

Con la ayuda de la señora H, logramos hacer las tortitas. Le dije a Hayley que teníamos una misión especial: dejar que su hermana se pasase la mañana durmiendo; una tarea en la que se aplicó a conciencia, pues pasó con sigilo junto a la puerta de Lottie para ponerse el uniforme que le había preparado la noche anterior. Anulé mis dos primeras reuniones y revisé los archivos de las hermanas que tenía en el móvil para ver cómo se llamaba su cole. Fruncí el ceño al ver la calificación que le daba la Oficina de Estándares en Educación, pues no lo recomendaba para niños con necesidades educativas especiales.

Me puse de peor humor aún al llegar a la escuela. No me permitieron entrar con Hayley, lo cual, desde el punto de vista de la seguridad, no me pareció correcto; sin embargo, lo que me preocupó más todavía fue la transformación de la propia Hayley, que pasó de risueña a seria y temerosa. Abrazaba su mochila mientras, encorvada y a la defensiva, cruzaba el patio arrastrando los pies, y cuando un mocoso le dio un golpe en el hombro al pasar corriendo por su lado, se rio y salió pitando, por poco pierdo los papeles. Me conformé con enviarle un correo rápido a mi asistente para que mirase colegios privados que estuvieran cerca. Cerca de mi barrio, no de ese suburbio.

Me percaté de mi error al volver a casa, pues Lottie vino corriendo hacia mí con los ojos desorbitados.

—Ollie, se ha ido —dijo con voz de pito por el pánico mientras me agarraba de las solapas de la chaqueta—. No está en su cuarto ni…

—Eh, tranquila —dije, aprovechando para abrazarla. Fue muy egoísta por mi parte. De no haber estado preocupadísima, nunca se

habría abalanzado sobre mí ni me habría puesto las manos encima, pero aproveché la oportunidad encantado—. La he llevado al cole. La señora H le ha preparado tortitas. Está bien.

Lottie respiró aliviada.

—Menos mal —musitó—. Pensaba que se había vuelto a escapar.

Mierda. Hablaba con voz entrecortada y me sentí como un completo imbécil por no haberle dejado una nota. Le dije a la señora H que la avisara, pero aún estaría limpiando el estropicio de la cocina.

—Perdón, preciosa —dije en voz baja, abrazándola con más fuerza y acercándola más a mí mientras la besaba en la coronilla—. No pretendía asustarte. Es que se te veía cansada, muy muy cansada. Necesitabas dormir.

—Juraría que me había puesto la alarma —musitó. Su voz era más firme ahora, lo que me indicó que se le había pasado el susto. Al oler su pelo, me di cuenta de que no podría abrazarla mucho más rato. No quería reconocerlo, pero ya nos habíamos mentido bastante —. Pero, al despertarme, en vez de mi móvil he visto un portátil.

—Es que me lo he llevado yo, y el portátil es para ti.

—¿Que tú qué? —Lottie se puso en tensión e intentó apartarse—. Mecachis en la mar salada. ¿De qué vas? Y no puedes regalarme un portátil.

Sonreí. Que usara eufemismos adorables en vez de palabrotas era buena señal. El otro día, cuando le dio la crisis y se puso a maldecir, pensé que se había rendido. No me gustó nada.

Me pegó en el pecho.

—Suéltame —me espetó.

Suspiré y aflojé los brazos para que se alejara. Retrocedió rápidamente y, ya a cierta distancia, se cruzó de brazos. Se me ocurrió que era el momento perfecto para devolverle el teléfono. Cuando me lo saqué del bolsillo trasero y se lo tendí, me lo quitó de mala gana.

—A ver si me entero —dijo en voz baja, enfadada—. ¿Has ido a mi cuarto a mangarme el móvil?

—Sí, y volvería a hacerlo.

Lottie no daba crédito.

—Eres el idiota más prepotente e insoportable del universo.

Asentí y avancé hacia ella. Abrió los ojos como platos mientras retrocedía un poco más y estuvo a punto de tropezarse con una sillita. Aquello fue la gota que colmó el vaso: la sujeté del brazo para que no se cayese, la agarré del mentón y le planté la otra mano en la espalda para acercarla a mí. Respiraba más deprisa y se le habían dilatado tanto las pupilas que solo se apreciaba un circulito marrón claro a su alrededor.

—Totalmente de acuerdo.

—¿C-cómo? —musitó.

Le sonreí.

—Soy insoportable, pero, si así consigo que descanses, me da igual.

Entonces, como no se apartaba y sentía su cuerpo blando bajo su bata ridícula a la par que suave, y podía contar cuántas motas verdes tenía en los ojos, tuve que besarla. Le rocé ligeramente los labios con los míos, pero cuando se estremeció en mis brazos y de sus labios entreabiertos escapó un pequeño gemido, aproveché para profundizar el beso y enredar la mano en su espeso cabello, suave como la seda; sin embargo, justo cuando iba a meterle la otra en la bata, un portazo en el extremo más alejado de la casa la sobresaltó y se apartó de sopetón.

—¿Qué estoy haciendo? —susurró, más para sí que para mí.

Pegué la frente a la suya y le puse las manos en las mejillas para levantarle la cabeza y mirarla a los ojos.

—Estamos haciendo lo que deberíamos haber hecho los últimos seis meses si no hubiera sido un egocéntrico de mierda y mi madre no fuera una manipuladora de cuidado.

Suspiró y cerró los ojos.

—Ollie, no puedes quitarme el móvil, no puedes regalarme un portátil y no puedes llevar a Hayley al cole sin mi permiso. Y menos aún puedes besarme.

La besé rapidísimo y me eché hacia atrás para sonreírle.

—Siento haberte asustado quitándote el móvil —dije en voz baja—, pero estabas agotada y necesitabas dormir, llevas meses desbordada. —Le di un abrazo—. No te habrías derrumbado así el otro día si no estuvieras al límite, te lo digo yo, así que lamento haberte asustado, pero no que hayas dormido un par de horas más ni haberte regalado un portátil ni haberte besado.

Esperaría para decirle que había vuelto a matricularla en Psicología y le había pagado el resto de módulos del curso; le habría dado un patatús.

—¿Un par de horas? —exclamó, palideciendo aún más si cabe—. ¡Rayos y centellas! ¡Vicky!

—No te preocupes por Vicky. Ya he hablado con ella y sabe que necesitas descansar. También está preocupada por ti. —Entonces me puse serio y, angustiado, agregué con delicadeza—: Dice que no comes, querida.

—Sí que como —dijo Lottie a la defensiva—. Es que… soy como Hayley, si estoy estresada, me encuentro un poco mal y… —Se encogió de hombros—. Es que…

—Mira, no quiero parecer imbécil ni nada por el estilo, sabe Dios que ya lo he sido bastante; pero tienes que cuidarte más. Hayley te necesita sana.

—Vale, vale. —Asintió sonrojada y me rehuyó la mirada.

—Eh, no te avergüences. No es otro motivo por el que castigarte, ¿vale? Pero tienes que empezar a cuidarte y priorizarte por una vez.

Se mordió el labio.

—Vale —dijo despacio—, pero no más besos.

—Prometido —le dije con una sonrisilla antes de volver a besarla.

Capítulo 26

Suéltala



Lottie

Hayley me apretaba la mano con tanta fuerza que casi me estremecí. Claro, había una maldita piscina, debería habérmelo imaginado. Los pijos tienen casas de campo con piscina, es ley de vida, y era un día sofocante de mediados de julio. Dos niños pasaron a toda velocidad junto a nosotros, quitándose las camisetas en su carrera desesperada por meterse en el agua. Hayley se detuvo en seco.

—¿Pasa algo? —preguntó Ollie, que se dio la vuelta al notar que parábamos de repente—. Se me olvidó decirte que os trajerais bañador, pero tenemos muchos de repuesto para ti y Hayley.

—No pasa nada —susurré con una sonrisa forzada—. Adelántate tú. Ahora vamos.

Me moría de vergüenza. No era solo que Hayley tuviese miedo al agua lo que me hacía sentir tan humillada: yo no era Ariel, precisamente. La verdad es que ni Hayley ni yo sabíamos nadar. No habíamos gozado de las mismas oportunidades que otros niños.

Siendo sincera, Hayley tenía más experiencia en el agua que yo. Había reunido dinero para unas clases de natación en el centro de ocio local, pero era más que evidente lo retrasada que iba Hayley con respecto a sus compañeros cuando asistía a clases grupales con niños mucho más pequeños. De todas formas, no le gustaban las actividades en grupo; pero después de haber tragado agua, en una ocasión, y haber estado a punto de vomitar en el borde de la piscina, en cuanto decía algo relacionado con la natación se ponía a llorar.

—Eh, tesoro —le dije con voz suave mientras me arrodillaba frente a ella—. No tienes que meterte en el agua si no quieres, ¿vale?

Miró al suelo y pateó el césped perfectamente cuidado. Todo en aquel lugar estaba perfectamente cuidado. Que había topiarios a lo largo del camino de entrada, ¡jopé! Un camino de entrada que se extendía hasta una casa imponente, como salida de *Downton Abbey,* que se alzaba a lo lejos.

Al parecer, Buckingham Manor era la residencia de campo de los Buckingham, y esa era la fiesta familiar que celebraban todos los veranos. Cuando Ollie nos propuso ir, tonta de mí, pensé que se refería a un pícnic con unas cuantas personas. No esperaba que estuviera todo incluido ni que hubiera casi cien asistentes, servicio de catering, piscina y, por supuesto, cróquet (al fin y al cabo, eran la aristocracia británica). Una fiesta familiar para Hayley y para mí sería estar nosotras dos y unos sándwiches de queso. La diferencia era abismal. ¿Qué se siente al tener a tanta gente en tu vida? ¿Se puede llamar familia a tanta gente? Me dolía en lo más hondo solo de pensarlo.

Hayley miró atrás y luego a mí, con ojos muy abiertos y suplicantes.

—No, tesoro, no nos vamos a ir a casa. Ollie quiere ver a su familia, ¿vale? Nos divertiremos un ratito. No tenemos por qué ir a la piscina. Sabes que odio el agua tanto como tú.

Al notar la mano de Ollie en la espalda, giré la cabeza para mirarlo.

—¿Pasa algo con la piscina? —preguntó en voz baja, ceñudo y confundido—. Tenemos bañadores de repuesto en casa. Hay un montón para elegir.

Me levanté para no avergonzar a Hayley y le susurré:

—No sabe nadar.

—Ah. Pues… —Su voz se fue apagando, a todas luces sorprendido de que una niña de ocho años desconociera esa habilidad vital, lo que demostraba lo ignorantes que eran él y los de su calaña. Sin duda, creía que todos los niños del Reino Unido debían aprender a nadar sí o sí.

—Mira, lo intenté, pero cuando Hails se vino a vivir conmigo, nunca se había metido en el agua, y las clases de natación son caras. Fuimos a algunas, pero eran en grupos grandes y las odiaba, y al final se negó a volver a intentarlo. Ahora se opone en rotundo. —Se lo solté de corrido y farfullando. Es que no quería que pensase que no lo había intentado—. Le habría enseñado yo misma, pero… —Aparté la vista, pues sabía que me estaba poniendo roja de la vergüenza. Añadí susurrando—: Yo tampoco sé nadar.

—Eh, eh, eh —dijo en voz baja, entrelazando los dedos con los míos—. Tranquila. Hiciste lo mejor que pudiste, querida. Que la hayas llevado a clases está muy bien.

Luego me rodeó para agacharse frente a Hayley.

—Me ha dicho un pajarito que no te gusta mucho el agua, polizona —dijo con dulzura.

Hayley sorbió por la nariz y apartó la mirada, encogiéndose de hombros.

—Yo también la detestaba —le dijo, y ella volvió a mirarlo con la cabeza ladeada—. Me acojonaba, te lo juro.

Puse los ojos en blanco; en serio, ¿yo para qué procuraba no decir palabrotas si acabaría aprendiéndolas de él? Pero la palabra le sacó una sonrisilla a Hayley, a quien volvieron a brillarle los ojos, así que se lo perdoné.

—Mi madre tuvo que buscarme dos profes particulares y sobornarme con chuches para que me acercara a la piscina, y eso que crecí con una. Menudo tonto, ¿eh? —Hayley asintió y Ollie se rio —. Entonces, ¿me dejarás darte clases otro día? —Arrugó la nariz—. Bueno, ya lo negociaremos luego con gominolas, pero, por ahora, no hace falta que te metas en la piscina a menos que quieras chapotear en la parte menos profunda. Tú diviértete.

Hayley seguía insegura, pero ya no tenía los hombros a la altura de las orejas y no me tiraba para que volviéramos al coche, así que, por lo que a mí respecta, había obrado un minimilagro.

—¡Hayley!

Un destello rosa chillón casi derriba a Ollie cuando su sobrina se dirigió hacia Hayley como un rayo. Entonces, para mi total sorpresa, Florrie la abrazó. Tardó un segundo, pero Hayley le devolvió el abrazo. Me quedé atónita. Era la primera vez que veía a Hayley abrazar a alguien que no fuera yo. Florrie se apartó, pero mantuvo las manos de Hayley sujetas mientras seguía parloteando.

—¡Qué bien que estés aquí! Hay un castillo inflable cerca del prado trasero… bueno, espero que siga ahí. Es que la vecina de al lado, Hetty, nos ha prestado un poni llamado Legolas, y se suponía que debía encerrarlo antes de que vinieran los del castillo inflable, pero se me ha olvidado y no lo van a pillar porque le va la marcha, así que lo mismo ya se ha comido el castillo inflable; pero también está la piscina y… —Florrie se calló y miró a Hayley un momento, ceñuda. Tras una breve pausa, volvió a hablar, pero con un tono mucho más suave—. Pues nada de piscina, vale. De todas formas, no me apetecía mucho bañarme; pero tenemos que ir donde el castillo inflable a impedir que Legolas lo desinfle.

Empezaron a escocerme los ojos y me llevé la mano a la garganta. ¿De dónde salía esa niña? Nunca me había topado con una criaturita tan perspicaz.

—¿Vamos? —Tiró de la mano de Hayley, que sonreía y asentía.

—Eh… hola, renacuaja —dijo Ollie con fingido disgusto—. ¿Y mi abrazo?

Florrie puso los ojos en blanco.

—Tenemos cosas que hacer, tío Ollie —le dijo mientras le daba un abrazo rápido que él aprovechó para levantarla del suelo y hacerla girar mientras ella reía—. ¡Nos estás haciendo perder el tiempo, bicho raro! —gritó mientras él la lanzaba por los aires como si aún fuera un bebé, la agarraba y la volvía a dejar en el suelo.

Hayley la miraba con los ojos muy abiertos y un atisbo de nostalgia que me partió el corazón.

—Va, ya puedes irte —le dijo.

—¡Uf, te odio! Me has despeinado —dijo Florrie refunfuñando, pero sonreía.

Como remate, Ollie volvió a alborotarle la melena rubia, mientras la niña chillaba de fastidio, y se giró hacia Hayley.

—¿Te apetece irte con ella, polizona? —le preguntó con dulzura mientras también le revolvía el pelo.

Hayley sonrió y asintió cuando Florrie volvió a tomarla de la mano.

—Pues claro —espetó Florrie—. No va a querer estar con unos carcamales aburridos. Sin ánimo de ofender, Lottie. Hola, por cierto.

Le sonreí y me agaché para estar a su altura.

—Hola, cariño. ¿Me das un abrazo rápido a mí también? Te prometo que no te tocaré el pelo. —Sonrió y me echó los brazos al cuello. Le devolví el abrazo y le susurré *gracias* al oído.

Cuando se apartó, asintió ligeramente. Entonces, sin soltarse la mano, echaron a correr por el césped. Eran tan diferentes que era casi chocante: Florrie con su ropa de marca rosa y morada, su sombrita de ojos brillante, su pintalabios rosa y sus ondas rubias entre las cuales había alguna que otra trenza elaborada; y Hayley con su camiseta vieja de un grupo de música, sus vaqueros negros en julio, sus deportivas desgastadas y su coleta color caramelo, el máximo peinado que me dejaba hacerle; pero ambas reían mientras corrían. Parecían muy felices juntas.

—Tu sobrina es maravillosa —dije al levantarme.

—Sí, vale un potosí —convino Ollie con un tono que rezumaba cariño—. Igual que su madre, pero que no se entere Claire de que te lo he dicho.

—¿De que le has dicho qué? —interrumpió Claire.

Al girarnos, vimos que se acercaban ella y su marido.

—Lo tonta que eres —dijo Ollie sin dudarlo, abrazándola fuerte.

Ella puso los ojos en blanco al apartarse, luego se volvió hacia mí y, para mi sorpresa, me abrazó también.

Tardé un segundo, pero le devolví el abrazo justo a tiempo. Cuando nos separamos, me observó fijamente un instante.

—Qué agobio, ¿eh? —dijo con una leve sonrisa. Se parecía más a su hija de lo que creía—. Ya te acostumbrarás.

A su marido se le escapó la risa. Claire no disimuló a tiempo la cara de mosqueo que puso.

—¿Algo que comentar, Blake? —preguntó Ollie con voz grave.

—Pues, aunque estoy de acuerdo en que esta familia es un poco agobiante, no sé por qué creéis que la tía esta se va a acostumbrar. —Me miraba con desprecio y arrastraba las palabras—. Pensaba que era un compromiso de pega. No le va a dar tiempo a acostumbrarse a nada, a menos que vuelva a limpiar para ti, supongo.

Volvió a reír con ironía al decir eso. Me puse como un tomate y Ollie se puso tenso.

—¿A ti qué coño te ha dado? —gruñó, tomándome de la mano.

Blake miró nuestros dedos entrelazados y sonrió con mofa, pero borró la sonrisa a tiempo y Ollie no se dio cuenta.

—Perdón, perdón —dijo, forzando una sonrisa—. Siempre metiendo la pata. Ya me callo.

—Blake, ya lo hemos hablado —dijo Claire, que me observó, incómoda.

Fue entonces cuando lo sentí. Se me fue la vista a Blake, quien había pasado a fulminar a su esposa con la mirada. El ambiente había cambiado, rebosaba recriminación. Mierda, algo iba muy, pero que muy mal. Claire vio cómo la miraba y, pálida y con los hombros hundidos, se miró los pies. Entonces, con la misma rapidez con la

que se le había cambiado el semblante, Blake volvió a sonreír como si no hubiera roto un plato.

—Sí, cariño —dijo; el afecto impostado con el que habló me dio escalofríos.

Claire hizo una mueca. Por instinto, se me fueron los ojos a la mano que sostenía Blake: tenía los dedos blancos y juntos de lo fuerte que se los estaba apretando. Cuando miré arriba, vi que estaba lívida y su rostro transmitía dolor.

—¡Suéltala! —exclamé, y todos se sobresaltaron.

Claire me miró anonadada. Blake no le soltó la mano, pero sí aflojó el agarre. Solté un aire que no sabía que estaba conteniendo.

Ollie carraspeó.

—¿Lottie? —dijo, vacilante—. ¿Estás bien?

Fijo que pensaba que me había vuelto loca. Claire me rehuía la mirada; recuperó el color al sonrojarse.

—N-n-no… —Me callé al ver la cara de pasmo de Ollie—. Le estaba estrujando la mano —susurré.

Me di cuenta de que parecía un poco paranoica y deseé retractarme. Al instante, Ollie miró ceñudo a su hermana.

—¿Claire? ¿Va todo bien? —preguntó, mirando a su hermana y a su marido.

—Estoy bien —contestó Claire con una risa nerviosa—. Creo que Lottie está un poco abrumada. Somos una familia muy intensa.

Me sonreía, pero era una sonrisa forzada que parecía difícil de mantener. Ladeé la cabeza y, sin hablar, le transmití que sabía lo que había visto, que sabía lo que estaba pasando y que estaba dispuesta a decir algo. Me miró fijamente un momento, sin borrar la sonrisa forzada, pero entonces negó con la cabeza muy brevemente, casi de manera imperceptible. «Aquí no», me indicó su gesto. «Ahora no». Los miré a ella y a Blake y apreté los labios con fuerza antes de volver a hablar.

—Sí, lo siento —dije con ligereza—. Me estará afectando el calor.

Ollie seguía frunciendo el ceño, confundido, mientras nos miraba a los tres. No sabía de la misa la mitad, pero yo reconocía a un

depredador cuando lo veía, reconocía una atmósfera peligrosa cuando la sentía, y percibía un miedo atroz.

Blake era peligroso. Y Claire estaba aterrada.

Capítulo 27

No tenía poder



Lottie

—¿Juegas, Charlotte?

Sonreí a la mujer que tenía delante, agarrando mi copa de champán con fuerza. Desde mi pequeño encontronazo con Claire y su temible marido, la primera me había estado evitando, lo que, para ser sincera, era como echarme a los leones. O sea, solo protesté cuando su marido estuvo a punto de romperle los dedos. Incluso la había visto masajeándose la mano antes, cuando su familia no miraba. No eran imaginaciones mías.

—Eh… no —contesté, forzándome a sonreír—. Lo más cerca que he estado de un caballo fue un paseo en burro a los nueve años.

Era uno de los mejores recuerdos que tenía de mamá. Llevaba un año sobria y nos habíamos ido de vacaciones a Gales. Recuerdo que estaba eufórica por salir de Londres. Me encantaba el mar, aunque no fuera lo bastante valiente ni hábil para meterme en él, y la pequeña caravana en la que nos alojábamos me parecía un lujo. Por desgracia, había un bar a la vuelta de la esquina, así que todo se fue

al traste en un periquete. El tufo de alcohol que despedía mamá durante el viaje en tren al día siguiente era horrible y sumamente vergonzoso. Miré la copa de champán que tenía en la mano y suspiré.

—Seguro que Ollie te enseñará a montar, cielo —añadió Margot.

Abrí los ojos como platos y tuve que apretar los labios con fuerza para contener una carcajada de sorpresa.

—Sí, claro —dijo Ollie oportunamente mientras se reincorporaba al grupo tras haber sido acosado por varios primos suyos durante la última hora. Le brillaron los ojos al decirlo, por lo que no pude evitarlo: solté una carcajada que tuve que disimular con una tos.

—Ya ves —continuó Cecelia, su prima caballista, completamente ajena a todo—. Es divertidísimo. ¿Verdad que sí, Ollie?

—Sí, Cece —repuso con una sonrisa, posando la mano en mi espalda y flexionando los dedos en la tela de mi camiseta—. Ya te digo, es la leche.

Me temblaban los labios, pero contuve la risa. De hecho, estaba tan absorta esforzándome por no reírme que no le presté atención a Vicky. Debería haberlo hecho. Vaya si debería haberlo hecho.

—Vale, este lo pillo —dijo. Cuando la miré, vi que le estaba dando al coco—. Cece habla de montar a caballo —empezó. Porras, llegaba tarde—. Pero Ollie se refiere al acto sexual. Tiene doble sentido. Por eso intentas no reírte.

Enmudecimos de asombro. Ollie se tapó la boca con la mano; le temblaban los hombros.

—¿Qué pasa? —preguntó Vicky, desconcertada. Se giró hacia mí —. El otro día me enseñaste en qué consistía el doble sentido, y sé que esa es la cara que pones cuando no quieres reírte. Te lo pregunté la semana pasada cuando intentabas no reírte del señor ese en la reunión y pensé que necesitabas ir al baño a hacer de vientre.

Cecelia soltó una risita nerviosa y se retiró con una excusa vaga pero relacionada con los caballos: que se iba a ramalear o algo así.

—Qué bueno, Vics —comentó Ollie.

—¿Qué le estás enseñando, Lottie?

Margot me miraba con recelo otra vez. Jesús, María y José, estaba harta de la fiesta del demonio. Iba mal vestida, daba la impresión de que los demás iban a asistir a una boda mientras que yo era la única con unos pantalones mal cortados, una camiseta de Taylor Swift y chanclas. Estaba muerta de sed, pero solo tenía el champán, que se había calentado, y el cual ni había probado porque no bebía alcohol. No sabía dónde estaba Hayley y empezaba a preocuparme. Me preguntaron dónde había estudiado y se quedaron de piedra cuando les dije que en el instituto Southwark. O sea, Cecelia era maja, pero ¿en serio? ¿Acaso tenía pinta de jugar al polo? Y luego estaba el tema de mi nombre. No me llamaba Charlotte, pero, no sé por qué, así me presentaba Margot. Quería que al menos me llamaran por mi nombre, jopetas. Le eché una mirada de «no me busques, que me encuentras».

—Es que le gusta entender las cosas, no soporta estar rodeada de significados ocultos. No le dije que fuera señalándolos, solo le expliqué el concepto.

—¿Insinúas que no conozco a mi hijastra?

Estaba claro que había tocado la fibra sensible de Margot, quien se había estado desviviendo por recuperar mi confianza durante las últimas dos semanas.

—Ya vale, mamá —le espetó Ollie, pero yo ya estaba harta.

—Disculpad —mascullé.

Me alejé de ellos y me encaminé a la piscina. Era evidente que Margot estaba cansada de intentar caerme bien. Le rebatía algo sobre su familia una sola vez y saltaba al momento.

No quería acercarme a la dichosa piscina, pero me estaba achicharrando y me moría de sed, y todas las bebidas estaban ahí. En cuanto bebiera agua, iría a buscar a Hayley y nos piraríamos. Rezaba para que el Uber llegara a Little Buckingham.

Sonreí un instante al camarero mientras me cambiaba el champán por agua helada. Me alejé del chiringuito, me humedecí la garganta y cerré los ojos, aliviada; pero entonces algo me golpeó tan fuerte

en las costillas que me empujó hacia un lado. Abrí los ojos de sopetón y trastabillé hacia atrás. Mi equilibrio era pésimo incluso en el mejor de los casos, y con un golpe tan brutal, cuya intensidad casi me robó el aliento, era imposible que me mantuviese en pie; pero en lugar de caerme al suelo, ahogué un grito al impactar contra el agua. Ni siquiera me dio tiempo a coger aire antes de sumergirme. Todo parecía borroso y al revés. Me ardían los pulmones. Pateaba a diestro y siniestro y agitaba los brazos. Al salir a la superficie, tomé el aire que tanto ansiaba, pero me sumergí de nuevo. ¡Rayos! ¿Qué decía la profesora de Hayley? ¿Que imaginase que sus piernas eran aletas? ¿Que patease desde la cadera? Veía figuras borrosas al otro lado del agua. Madre del amor hermoso, iba a morir en el fondo de una piscina mientras unos pijos me veían ahogarme como si estuvieran viendo una competición deportiva. Cuando volví a salir a respirar, oí a alguien decir:

—¿Qué hace?

—Ni idea. Parece natación sincronizada.

Rayos y centellas, lo tenía crudo. A ninguno de esos pijos se le pasaría por la cabeza que una adulta no supiese nadar. Me sumergí de nuevo. Con tanto aspaviento, en vez de salir al exterior, me estaba hundiendo más, pero antes de que alcanzase el fondo de la piscina, un brazo fuerte me rodeó y, de pronto, emergí a la superficie. Cuando volví a respirar el bendito aire, tosí y escupí toda el agua que había tragado entre bocanadas profundas y entrecortadas. El brazo fuerte me sacó de la parte más honda y Ollie me llevó en brazos.

—¡Santo cielo! —exclamó un hombre mayor que había entre la multitud—. ¿Está bien? Nos preguntábamos qué hacía.

—¡No sabe nadar, idiotas! —les espetó Ollie, lo que sorprendió a unos cuantos.

Ollie salió de la piscina por la escalerilla de la parte menos profunda, se dirigió a una de las sillas de mimbre que había a un lado y se sentó conmigo en su regazo.

Seguía tosiendo y atragantándome; él alternaba entre darme palmadas firmes en la espalda cuando me atragantaba y dibujarme circulitos cuando respiraba hondo. Se me caían las lágrimas y estaba tremendamente avergonzada. Entonces, justo cuando empezaba a recobrar el aliento, una niña cruzó el patio como una flecha y se aferró a mi cuello con fuerza. Le temblaba el cuerpecito de tanto sollozar.

—Eh, eh, eh —canturreé con voz ronca—. Estoy bien, tesoro.

Pero por mucho que intenté tranquilizarla, sollozaba con más fuerza. Solo cuando Ollie nos obligó a mirarlo y habló con un tono firme que transmitía seguridad, fue calmándose.

—Nunca permitiría que os pasase nada a ninguna de las dos. Lottie ha tragado agua, pero vamos a cuidar de ella. Y vais a aprender a nadar para que no se repita lo ocurrido. —Hayley se puso en tensión al oír aquello, pero Ollie nos abrazó. Cuando se apartó, la miró a los ojos y le dijo—: Hayley, vais a aprender a nadar, así dejaréis de tenerle miedo al agua. ¿Estamos?

Para mi absoluta sorpresa, Hayley asintió despacio.

—Así me gusta —dijo Ollie.

—¿Lottie? —Me giré hacia Claire, que, con el rostro pálido, me tendía una toalla—. ¿Estás bien? Siento mucho no haber estado cerca y…

—Menudo numerito —la interrumpió Blake al acercarse a ella.

Tomé la toalla de Claire mientras le agradecía el detalle en voz baja. Me estaba secando las lágrimas y el agua de la cara, así que tardé un poco en notar la reacción de Hayley, pero cuando la miré vi que estaba mirando a Blake con los ojos encendidos de ira y la boca apretada.

—¿Hails? —dije con voz áspera.

Mi hermana dejó de mirar furiosa a Blake y se centró en mí. Fruncí el ceño y ladeé la cabeza. Nos señalaba a Blake y a mí con movimientos bruscos de la cabeza, apretando los puñitos a los costados. Ante mi asombro, asintió. Pues ya sabía quién me había golpeado en las costillas.

—¡Hayley! —exclamó Florrie mientras se acercaba a nosotros saltando. Sonreía y estaba acompañada por un grupo de niños—. ¡Qué bien! Has encontrado a Lottie. ¿Le has dicho que queríamos ir atrás y…?

Florrie dejó la pregunta a medias al volverse hacia mí.

—Hala, ¿te has metido con ropa? Richie lo ha hecho antes, su madre se ha enfadado un montón.

—Lottie ha tenido un pequeño accidente, querida —dijo Ollie.

Hayley negaba con la cabeza con furia y, por una vez, agradecí que no hablase. No era momento de lanzar acusaciones.

—Hails, vete un rato con Florrie, anda. Hablo un momentito con Ollie y nos vamos, ¿vale?

Hayley nos miró a Blake y a mí y su gesto pasó de iracundo a preocupado.

—No pasa nada, tesoro —dije, intentando que mi voz sonara lo más tranquilizadora posible, pese a seguir ronca—. Ollie está aquí.

Miró a Ollie, quien fruncía el ceño con una leve expresión de desconcierto, pues no comprendía del todo nuestra interacción.

—Eso, estate tranquila, polizona —dijo con dulzura—. Ve con Florrie a ver a Legolas.

Tardó un rato, pero entre que Florrie tiraba de su mano y que yo insistí, acabó yendo. La fiesta se había reanudado en otro lado, así que solo estábamos los cuatro. Me puse de pie, pues no quería enfrentar lo que debía hacer desde el regazo de Ollie, necesitaba mantenerme firme. Por desgracia, Margot eligió ese momento para venir corriendo.

—Ay, cielo, acabo de enterarme —dijo, abrazándome como si le trajera sin cuidado que le hubiera empapado el modelito.

Eso me hizo recordar que, quitando que me había sobornado y cambiado el nombre, en realidad era una madre estupenda y cariñosa.

—Mamá, Lottie se ha caído a la piscina —dijo Ollie, y me puse un poco tensa al oír que hablaba por mí—. Si las dichosas bebidas no hubieran estado tan cerca del borde, no…

—En realidad, Ollie —empecé a decir mientras me separaba con cuidado de Margot—, no he tropezado. Me han empujado.

Enmudecieron de asombro un instante.

—¿Qué cojones? —espetó Ollie.

Miré a Blake, que echaba chispas. Enarqué una ceja con actitud desafiante. «Te tengo calado, capullo», le dije sin hablar.

—Eh… Lottie, ¿estás segura? —me preguntó Margot—. Es que tienes fama de ser un poco torpe. No hay nada de malo en tropezar.

Claire nos miraba a Blake y a mí, cada vez más pálida.

—¿Has visto quién ha sido? —me preguntó Ollie, todavía furioso.

—No —dije despacio—, pero creo que Hayley sí.

—Venga ya —dijo Blake con desdén—. Si ni siquiera has hablado con la niña cuando ha estado aquí.

—Hayley y yo nos comunicamos de maravilla sin hablar.

Puso los ojos en blanco.

—Pues si va a ir inventándose historias, igual no debería jugar con mi hijastra.

—Blake, ¿qué coño te ha dado? —preguntó Ollie con la voz preñada de rabia y confusión.

Pero los ojos de Blake estaban fijos en los míos y veía todo lo que querían decir: «Esta es mi familia. Cierra la bocaza o te vas a enterar».

Así que debía tomar una decisión: o decía algo ya y confiaba en que Ollie se pusiera de mi parte si me enfrentaba al psicópata ese o guardaba silencio. En ese momento, repasé mentalmente todo lo que podía perder. Había recibido otra citación de los servicios sociales para celebrar una reunión familiar esa semana; aunque había protestado por el falso compromiso, debía admitir que era mi mejor baza para conservar a Hayley: era un salvavidas. Sí, había que decirle cuatro cosas a ese tío; sí, estaba preocupada por Claire y Florrie; pero allí no tenía poder. Era su familia y yo no formaba parte de ella. No era de su sangre, y había experimentado una y otra vez cómo la gente priorizaba a su familia biológica por encima de una vulgar niña de acogida. Puede que ya no fuera una niña de acogida,

pero eso no cambiaba la situación, y Florrie era la primera amiga con la que hablaba Hayley; no podía privarla de eso. Así que, al final, fui yo la que apartó antes la vista.

—A lo mejor sí que he tropezado —murmuré con la cabeza gacha —. Además, había mucha gente. Lo más seguro es que haya sido un accidente.

Mis palabras me sabían a hiel. No fue un accidente; todavía me dolían las costillas.

Ollie me apretó la mano.

—¿Seguro, querida? —me preguntó.

Asentí. Quizá se lo dijera más tarde, pero con el recuerdo del abrazo de Margot fresco, decidí que sería mejor integrarme en el grupo.

Me crucé con la mirada engreída de Blake mientras Ollie me alejaba de la piscina y aproveché que no me miraba nadie. Que no dijera palabrotas no significaba que no pudiera articularlas solo con los labios.

Capítulo 28

Y luego soy yo la borde



Ollie

Nunca había pasado tanto miedo como cuando vi a Lottie irse al fondo de la piscina. Todavía sentía que me faltaba el aire, incluso ahora que estaba a salvo y llevaba la ropa seca de mi hermana. Por suerte, Vics había llegado justo cuando echábamos a andar hacia la casa y había ayudado a Lottie. Vicky se había puesto casi igual de furiosa que yo al enterarse de lo ocurrido. Había mostrado más emoción de la que le había visto en años; incluso me había exigido, a gritos, que le explicara por qué había permitido que pasara. Y ahora que estaba aquí, claramente no me creía capaz de cuidar de Lottie, no se había separado de ella desde que habían vuelto de la casa.

—¿Por qué la llamas así? —le espetó Vicky a mamá.

—Eh… ¿qué, cariño? —preguntó mamá, ceñuda y confundida.

—¿Por qué llamas a Lottie *Charlotte*? No es su nombre.

Estábamos en un grupo grande con algunos de mis primos y mamá había estado presentándoles a Lottie. Me pareció un poco

raro que lo hiciera con el nombre de Charlotte, pero como Lottie no dijo nada, no se me ocurrió cuestionarlo.

Mamá soltó una risa nerviosa.

—Es que se llama así.

—No, no es cierto —replicó Vicky.

Lottie se acercó con sigilo y le tocó la muñeca.

—En serio, Vics, no pasa nada —murmuró—. No me importa.

Vicky no daba crédito.

—Pero tú no te llamas Charlotte.

Mamá parecía desconcertada, y el resto del grupo se movía incómodo.

—Claro que sí. Sin duda «Lottie» es el diminutivo de «Charlotte».

Lottie se encogió de hombros con indiferencia.

—Bueno…

—Lottie es su nombre legal —dijo Vicky con firmeza. Y se volvió hacia Lottie—. ¿Por qué permites que te llame Charlotte?

Lottie se puso como un tomate mientras miraba la copa de champán que le habían dado cuando regresó de cambiarse, pues se le había caído la otra junto a la piscina.

—¿Y por qué le ofrecéis champán? No bebe. —Vicky se giró hacia mí—. Sabes que no bebe, y además odia el olor porque su madre era alcohólica.

Daba la sensación de que Lottie quería que se la tragara la tierra. Todos los de nuestro alrededor enmudecieron.

—Vicky, ya vale —gruñí.

—¿Cómo? —Me fulminó con la mirada—. Sois vosotros quienes la llamáis por un nombre que no es el suyo y le ofrecéis bebidas que no soporta. ¿Por qué me atacas?

Su mirada se dirigió entonces a Lottie, lo que me hizo pensar que le habría hecho una señal en el brazo. Sabía que tenían todo tipo de señas, pero aún no había descubierto qué significaba cada una.

—¿Por qué debería dejarlo estar? —preguntó Vicky—. Casi te ahogas, no te dan nada para beber con el calor que hace y ni siquiera te llaman por tu verdadero nombre. Y luego soy yo la borde.

Lottie soltó una carcajada.

—No pasa nada, Vics, en serio —dijo para aligerar el ambiente. Y agregó para los demás—: Hay que ver cómo son los hermanos, ¿eh? Siempre discutiendo.

Los de nuestro alrededor se relajaron y la incomodidad se disipó. Entonces Lottie le preguntó a una de mis primas por la próxima temporada de polo, sirviéndose de lo que le había sacado antes a Cecelia para enfrascarse en una conversación muy compleja sobre ponis de polo y su adiestramiento. Vicky seguía echándome miradas asesinas y mi madre seguía turbada.

Cuando pasó un camarero, lo detuve y cogí una copa de flor de saúco de su bandeja para cambiarla por el champán de Lottie. ¿Cómo no se me había ocurrido? Aunque, bueno, ¿cómo es que Lottie no se había opuesto a que le ofrecieran champán? Igual que con lo del nombre. ¿Por qué consentiría uno que lo llamaran por un nombre que no era el suyo? Y ahora hablaba de polo como si fuera la conversación más interesante que había tenido en su vida, cuando sabía a ciencia cierta que ese deporte se la sudaba lo más grande.

—¡Legolas!

Un poni diminuto atravesó el grupo a toda velocidad, seguido de un multimillonario bastante más grande: Felix. Nadie se sorprendió especialmente. Bueno, salvo Lottie. Los demás levantaron sus copas para protegerse de la fuerza destructora, gorda y peluda y siguieron con sus conversaciones.

—¡Por los clavos de Cristo! —oí mascullar a Lottie. Y luego—: ¿Eh? ¿Lucy?

Lucy Mayweather se incorporó al grupo a trompicones, siguiendo el rastro de su poni desbocado y de Felix, y se detuvo para apoyarse en Lottie.

—¡Madre mía! —jadeó—. No estoy hecha para el ejercicio cardiovascular. ¡Maldito poni!

Ambos miramos en dirección a Legolas y lo vimos volcar una mesa de sándwiches, los cuales devoró a su paso. Cuando Felix intentó agarrarlo del cabestro, resopló y echó a correr de nuevo.

—Qué bien que hayáis venido —le dije en tono seco a Lucy mientras su poni seguía cargándose buena parte del *catering*.

—Lo siento, Ols —repuso ella entre resuellos—. Pero ya sabes cómo es el cabroncete. Se porta bien con las chicas, pero en cuanto ha visto a Felix se ha escapado. No sé por qué, pero es como si se sintiese provocado.

Tras dos aciagos meses separados, Felix y Lucy habían vuelto a estar juntos, y, desde entonces, pasaban mucho más tiempo en Little Buckingham. La madre de Lucy, Hetty, vivía en las afueras de Buckingham Estate, que a su vez lindaba con las tierras de Felix. Tenía un montón de animales raros y maravillosos. Felix y Legolas, el poni, tenían una relación tirante, cuando menos.

—Tómate algo, cielo —le dijo mamá alegremente—. Que Felix persiga a Legolas. Mira qué entretenidos están los niños.

Tanto Florrie como Hayley se habían unido a la persecución. Iban armadas con manzanas y otras golosinas para ponis. Felix y Legolas se veían las caras junto al puesto de tartas.

—Joder —masculló Claire—. ¡Que aún no he probado la tarta Victoria!

Felix gruñó mientras se acercaba a Legolas, que permanecía inmóvil; pero, justo cuando estaba a punto de agarrarlo del cabestro, el muy cabrón pasó bajo el brazo de Felix a toda pastilla y se estrelló contra la mesa de los pasteles. Por suerte, la mayoría de los invitados ya estaban acostumbrados a Legolas y a sus tendencias destructivas, por lo que los más próximos a la zona de impacto ya habían levantado la mitad de los pasteles de la mesa.

—Mamá, haz el favor de controlar a tu poni —le espetó Lucy a Hetty, que había aparecido y estaba disculpándose efusivamente con mi madre.

—Lo siento mucho, Margot —dijo Hetty, ignorando a su hija—, pero Legolas tiene problemas psicológicos, y estos niños no saben dominarlo.

—Mamá —gruñó Lucy—, Felix tiene treinta y cuatro años y yo veintiocho, no somos unos niños, precisamente, y el único problema

psicológico que tiene ese poni es que es un imbécil redomado.

Felix ya tenía a Legolas acorralado cerca de los rosales de mamá.

—No te preocupes, Hetty —dijo mamá mientras veíamos a Legolas esquivar a Felix con facilidad—, pero no voy a arriesgar mis rosas.

Mamá dejó su copa, dio dos palmadas y gritó bien fuerte «¡Ven, chico!». Legolas abandonó de inmediato su jueguecito con Felix y trotó hacia mamá, quien le ató una rienda al cabestro y se la pasó a Hetty. Felix vino hasta nosotros tambaleándose. Estaba cubierto de ramitas y hojas y tenía las rodillas embarradas y la camisa rajada.

—¿Cómo lo ha hecho? —le preguntó a mi madre mientras cogía una copa de champán de un camarero que pasaba y se la bebía entera.

—Tienes que hablarle con autoridad, querido —le contestó mi madre a Felix, el director ejecutivo de una multinacional.

Cuando noté que Lottie temblaba y vi que le refulgían los ojos, rio entre dientes. Enarqué una ceja, lo que la desinhibió del todo. En cuanto se empezó a partir de risa, todos se contagiaron. Era la vez que más relajada la había visto en todo el santo día y, por una vez, agradecí que nuestros vecinos no supieran controlar al ganado.

Capítulo 29

A menos que estemos de acuerdo



Ollie

—¿Por qué no has dicho nada? —pregunté, no por primera vez, pero pensé que por fin podría obtener una respuesta.

Hayley estaba en la cama. Se había quedado dormida en el coche de camino a casa, abrazada a Keith, el poni con la herradura que le había regalado Florrie. La había subido en brazos y la había arropado. Ahora Lottie y yo estábamos abajo y quería respuestas.

Suspiró.

—¿Qué más da cómo me presente tu madre? En serio, me da igual.

—Pero tú no te llamas así.

Se encogió de hombros como si le trajera sin cuidado que no la llamaran por su nombre.

—¿Y por qué has aceptado el champán?

Puso los ojos en blanco.

—He dicho dos veces que no bebía y no me han hecho ni caso. Me salía más a cuenta sujetar una copa de champán que ser una

plasta.

—Si ni te gusta su olor.

Recordé cómo reaccionó en el bar cuando la mancharon de vino. Madre mía, que vomitó y todo.

—No pasa nada.

—Claro que pasa, hostia —espeté. Seguía con un cabreo de mil demonios por la bronca que me había echado mi hermana por cómo trataban a Lottie—. Tienes que dejar de ser tan agradable todo el tiempo. Manda a mi madre a la mierda si te llama por otro nombre; devuelve la copa de champán a quien te la ofrezca.

Entonces se rio, pero no era su risa genuina; no, era hueca y amarga.

—No tienes ni pajolera idea de lo importante que ha sido para mí ser agradable. De no haberlo sido, estaría apañada. Tú tienes el privilegio de ser un mandón que puede hacer comentarios inoportunos, pero algunos tenemos que andarnos con más cuidado. Incluso ahora podrías echarnos a patadas a Hayley y a mí, tu madre podría volver a ponerte en mi contra, tu hermana y tu cuñado podrían apartar a Florrie de Hayley. De todos los presentes hoy, Hayley y yo seríamos las únicas a las que no invitarían a otra fiesta familiar a menos que seamos agradables. Sé de primera mano lo que pasa cuando la gente como yo no encaja, cuando no somos fáciles, por eso me asusta tanto la situación con Hayley. Es difícil ser agradable cuando ni siquiera hablas. ¿Será por eso por lo que no lo hace? ¿Será demasiada presión? ¿Quién sabe? Pero me corresponde a mí asegurarme de que nos acepten, al menos de momento.

—¡Joder! —bramé, llevándome la mano a la nuca. Intenté controlar mi ira, pero fue una batalla perdida; sin embargo, no era con Lottie con quien estaba enfadado, sino con su madre, que las había decepcionado tanto a ella como a Hayley; con el sistema de acogida, que le había enseñado a conformarse con ser lo que los demás querían que fuera, y con mi madre, por confirmar sus temores sobre lo fácil que sería excluir a alguien como ella; pero,

sobre todo, estaba enfadado conmigo mismo, por ser un capullo integral.

Así que me acerqué a ella. Alarmada, abrió los ojos como platos al ver mi expresión, pero eso no me detuvo. Ahora tendría que añadir asustarla a la lista de tormentos que le había hecho pasar, pero en ese momento me habría resultado imposible permanecer lejos de ella. Retrocedió, levantando la mano para protegerse, pero no sirvió de nada cuando me rozó el pecho. Me limité a seguir acercándome hasta que la acorralé contra la puerta y la dejé sin escapatoria. Plantó ambas manos en mi pecho, dispuesta a apartarme. Yo deslicé una mano por su mandíbula y la colé entre sus suaves y espesas ondas color caramelo; con la otra mano la arrimé a mí y pegué la frente a la suya.

—Ollie, no… —musitó, inquieta, pero la interrumpí con un beso tierno que contrastaba de manera radical con la agresividad con la que la había arrinconado.

Cuando me aparté, me miraba boquiabierta. Aproveché que había enmudecido de asombro para hacerme oír, pues sabía que solo tendría un ratito.

—Joder, Lottie, lo siento muchísimo —dije con firmeza. Era una disculpa extraña, ya que la decía un hombre enfadado que apenas podía controlarse, pero confiaba en que bastase—. Te han decepcionado mogollón de veces y yo solo soy un mamón más de la larga lista de mamones que vuelve a fallarte.

—¿Qué dices, Ollie? Pero si nos estás ayudando a Hayley y a mí. Nos…

—Te decepcioné al no preguntarte para qué necesitabas el dinero, al creer a mi madre cuando me dijo que salías con otro…

—¡¿Que te dijo qué?!

—Me enseñó fotos tuyas con el terapeuta de Hayley. En ese momento, ella no sabía quién era, y yo tampoco. Estabas abrazándolo en la calle.

—¿Abrazando a Marc? Pero si… Aaaah… fue el día en que mi hermana habló con él. Hayley le dijo una palabra a Marc por primera

vez en esa sesión. Bueno, no a él, a mí, pero Marc estaba presente. Fue un avance tremendo y… Un momento, ¿por qué tu madre tenía fotos de Marc y de mí?

Hice una mueca.

—Hizo que te siguieran.

—¡¿Cómo?!

Lottie intentó zafarse, pero conseguí retenerla.

—Tienes que entenderlo —me apresuré a decirle—. Sé que es retorcido, pero hay mucha loca por ahí suelta, y mi madre es muy precavida. Mi anterior prometida fue al *Daily Mail* con un montón de patrañas sobre mí, incluyendo fotos de una fiesta que había organizado. Lo irónico fue que yo ni siquiera quería dar esa fiesta, pero Cordelia insistió. «El duque de Follangham» fue el titular que publicaron. A ver, sí, era un poco díscolo por aquel entonces, pero lo exageraron. Ocurrió justo después de que falleciera mi padre y… Bueno, Cordelia no quería que la descubrieran, pero nuestra familia tiene contactos con la prensa. No costó mucho averiguar quién les vendió el cuento. Cuando la pillé por banda, me dijo que era un seguro por si no cumplía con lo acordado. —Callé y tragué saliva—. Bueno, como te he dicho, mi madre es cautelosa y pensó que te estabas aprovechando.

—Ollie —dijo Lottie en voz baja—. Siento mucho lo de Cordelia, de verdad, pero sí que me estaba aprovechando: tu madre me ofreció dinero y lo acepté. Esa es la definición de *aprovechada.*

—Mi madre fue a verte al día siguiente de que os sacaran las fotos. Por lo tanto, fue el día después de que Hayley progresase. Fijo que Marc te propuso que continuase con las sesiones.

Lottie me rehuyó la mirada, pero le di un apretón en la cintura y volvió a mirarme.

—No te estabas aprovechando; estabas cuidando de tu hermana. Mi madre fue la mala de la película, hasta ella lo reconoce. Y yo fui más malo aún por darte de lado.

—Fui yo la que te dio de lado, Ollie.

—Y yo el que ni siquiera se molestó en luchar por ti. No me molesté en averiguar para qué necesitabas el dinero, y cómo me comporté… No… —Respiré hondo y exhalé despacio—. No hay excusa para lo mal que me comporté. Estaba dolido y enfadado, cabreado por no poder estar contigo cuando te deseaba tanto; cabreado por seguir deseándote cuando creía que no debía, y me desquité contigo. ¿Sabes qué? Vi a Cordelia unas semanas después de lo del *Daily Mail,* y me encogí de hombros y le dije que no le guardaba rencor. Esa chica me vendió, mancilló mi reputación e hizo sufrir a mi familia por mucha más pasta de la que te dio mi madre, y voy yo y me encojo de hombros. Pero contigo fui vengativo y cruel.

—Ollie, no…

—Pero para entonces ya no sentía nada por ella. Esa es la diferencia, Lottie. Fui un imbécil, y lo siento muchísimo, pero no me mostré impasible porque me había enamorado de ti.

—¿Cómo? —musitó Lottie, con los ojos abiertos por la sorpresa y las pupilas dilatadas—. No es…

—Estoy enamorado de ti, Lottie —le aseguré—. Y me pasaré la vida compensándote; me pasaré la vida demostrándote que puedes confiar en mí. Te he vuelto a fallar hoy, pero solo porque me he despistado, no porque quisiera vengarme, como antaño, así que tendrás que perdonarme por eso también.

No le di ocasión de responder. Ya habíamos hablado bastante y aquello no nos llevaba a ninguna parte, así que la besé. Sus labios ya estaban entreabiertos por la sorpresa, así que no me costó mucho profundizar el beso. Por un momento se puso tensa en mis brazos e hizo ademán de empujarme. Me aparté un poco para besarla en la comisura de los labios y, acto seguido, en la mejilla, la oreja y el cuello.

—Echaba de menos esto —le susurré al oído. Le di un mordisquito en el lóbulo antes de continuar—. Pensaba en ti constantemente. Incluso cuando me decía que te odiaba no podía dejar de pensar en ti: en lo que sentía al tocarte, en los ruidos que hacías… Me volvía loco. Me vuelves loco.

Me restregué contra ella y, al morderle el suave lóbulo de la oreja, se le escapó un gemidito. Había dejado de empujarme. Sonreí pegado a su cuello, le lamí debajo de la oreja y la besé por toda la mandíbula.

—Cuenta conmigo, Lottie —dije con dulzura contra su boca—. Te prometo que estás a salvo conmigo, preciosa. Puedes relajarte.

Me miró atónita, con las pupilas dilatadas y un ligero aturdimiento.

—Qué belleza —susurró, casi como si no pudiera creer que yo fuera real.

Sonreí contra sus labios.

—Me lo has quitado de la boca —dije, y la besé de nuevo.

Entonces sí que se rindió. Ahogué otro de sus gemiditos mientras me agarraba por la espalda para acercarme más a ella. Estaba pegada a mí; su busto blando, en contacto con mi pecho; su respiración, rápida y errática. Cerré con llave la puerta de al lado, pero apenas se dio cuenta, pues estaba demasiado absorta en su afán por meterme las manos bajo la camisa y palparme la espalda. Una vez cerrada la puerta, pasé un brazo por debajo de Lottie y la senté a horcajadas sobre mis caderas para llevarla hasta el enorme sofá. La recosté sobre los mullidos cojines, le aparté el pelo de la cara y la besé con ternura mientras descansaba parte de mi peso en ella. Volví a restregarme contra Lottie, lo que hizo que escapasen más gemidos de sus labios entreabiertos. Me desabotonaba la camisa con frenesí.

—Ollie, por favor —dijo con la voz ronca—. Necesito verte. No llegué a verte.

Recordé lo que pasó la última vez: ella estaba medio desnuda y en una posición vulnerable, mientras que yo tuve los huevos de dejarme el traje.

En aquel momento me pareció un gesto galante, pero ahora me daba cuenta de que debió de darle la impresión de que yo tenía todo el poder y quería que siguiera siendo así. No cometería el mismo

error, así que llevé la mano a mi espalda y me quité la camisa de un tirón.

—Rayos y centellas —susurró con reverencia mientras observaba embelesada los músculos de mi pecho y mi abdomen.

Me puso la mano en el hombro, la bajó hasta mi pezón y me acarició los pectorales y el abdomen, que se contrajo cuando lo rozó ligeramente. Detuve su descenso cuando llegó a la hebilla de mi cinturón. Sonreí al verla fruncir el ceño.

—Preciosa, como me la saques ya, va a ser visto y no visto.

Indignada, hizo pucheros. Estaba monísima.

—Pero es que…

—Luego —dije mientras me recostaba sobre ella de nuevo, esta vez para besarla desde el cuello a la clavícula—. Brazos arriba.

Obedeció de inmediato para que le quitase la camiseta por la cabeza. Entonces fui yo el que la miró embobado y la fue acariciando desde el cuello, pasando por su sostén, hasta el vientre.

—Joder —musité. Le desabroché el sujetador y lo arrojé detrás del sofá—. Hostia puta.

Justo entonces, me fijé en que tenía una marca roja en las costillas, en el costado, y arrugué el ceño.

—¿Y esto?

—¿Qué? —musitó.

—Tienes una marca en las costillas. ¿Qué te ha pasado? ¿Ha sido cuando…?

—Ah, es que… Eeeh… me habré golpeado en el costado al caerme a la piscina. No duele. Te lo prometo.

—Joder, lo siento, preciosa. —Repasé la marca con delicadeza—. Joder, siento muchísimo que…

—Tienes que… —Se calló cuando volví a apoyarme en ella y la besé en el cuello—… parar.

Con un esfuerzo sobrehumano, me aparté.

—¿Parar? —exclamé con una voz ronca que rezumaba deseo.

Lottie me miró extrañada.

—Eso no —me espetó, a lo que sonreí—. Me refería a que pares de decir tacos, alelado.

Volví a tumbarme encima de ella; era una pasada estar piel con piel.

Posé los labios en su clavícula y Lottie se estremeció debajo de mí.

—Echaba de menos que me llamaras alelado —dije pegado a su piel mientras descendía más.

Cuando me metí su pezón en la boca y se arqueó en el sofá, por poco me descontrolo.

Me agarró del pelo con ambas manos, las bajó a mis hombros y me acarició mientras iba a por el otro pezón.

—Madre mía —musitó mientras besaba su vientre plano.

Le desabroché el botón de los pantalones cortos y se los quité junto con las bragas. Me sentí casi salvaje al verla de esa guisa en mi sofá. Colé las manos entre sus piernas y le toqué las partes con los dedos hasta que los sustituí por la boca.

—Joder.

Era la primera palabrota fuerte que oía salir de su boca y casi me hizo sonreír, pero estaba demasiado concentrado en mover la lengua. La lamí de arriba abajo y se la fui metiendo a un ritmo constante para acto seguido centrarme en su clítoris. Al poco, aumenté el ritmo y ella empezó a tensarse.

—Ay, madre, Ollie. Ya voy… —No pudo continuar de lo fuerte que le succionaba el clítoris y le metía los dedos.

Cuando alcanzó el clímax, apretó los muslos mientras se le contraía el coño con mis dedos dentro. Un grito ahogado emergió de su garganta al arquearse de nuevo. Cuando me incorporé, vi que estaba exhausta y tenía la mirada perdida. Le aparté el pelo de la frente, ahora perlada de sudor, y ella me observó con una expresión casi reverente.

—Ha sido la hostia —dijo con voz trémula.

Me eché a reír. Sonreía con indolencia y los ojos clavados en mi boca. Se me cortó la risa cuando volví a acercarme a ella y la besé

con su sabor aún en la lengua.

Empezó a retorcerse otra vez y echó mano a mi cinturón, pero no atinaba. Abrí la hebilla, me quité los pantalones y los bóxeres, saqué un condón del bolsillo y me lo puse. Me agarré bien la polla mientras volvía a colocarme encima de ella. La besé en los labios, esta vez con más dulzura, intentando contener mis ansias locas de poseerla.

—¿Estás segura? —le pregunté pegado a sus labios, con la voz a punto de quebrarse.

—Por favor, Ollie —gimoteó, plantándome las manos en la espalda para acercarme a ella.

—Joder, preciosa, un momento —dije con voz ahogada—. Necesito asegurarme de que quieres hacerlo. No quiero meterte prisa, quiero que…

Me tomó de las mejillas y me acercó a su rostro para besarme.

—Excelencia —dijo pegada a mis labios—. O me follas ahora mismo o te juro por Dios que…

La embestí de golpe, lo que la dejó sin aliento y le hizo poner los ojos en blanco.

—Mírame —gruñí, totalmente dentro de su coño prieto. Abrió los ojos de golpe. Tenía las pupilas dilatadas y una expresión salvaje—. ¿Estás bien?

Había sido brusco y ella era muy pequeña. Ceñuda, me plantó las manos en la espalda baja y las bajó aún más.

—Sí, Ollie. Te necesito —dijo entre dientes.

Fue entonces cuando me desaté del todo. Le pasé un brazo por debajo de la pierna y empecé a mover las caderas.

—Eres mía —mascullé—. Dilo, Lottie. —Al ver que no contestaba, se la metí hasta el fondo y me quedé quieto—. Dilo —añadí pegado a su boca.

—Ollie, por favor —musitó, contorsionándose con desesperación.

—Di que eres mía —insistí sin piedad.

—Soy tuya —gimió—. Soy tuya. Por favor, soy… —Dejó la frase a medias cuando reanudé el ritmo—. Madre mía, Ollie.

—Me arañaba a la vez que se le contraía el coño—. Voy a…

Se le escapó un gemido al arquear la espalda. Verla y sentirla me hizo explotar a mí también, y chillé al llegar al orgasmo más intenso de mi vida. Me desplomé sobre ella y la aplasté un momento. Entonces me incorporé un poco para observar su rostro.

—Guau —musitó, estupefacta, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes mientras me acariciaba desde la sien hasta la mandíbula.

Empezaron a escocerme los ojos, una sensación que me era del todo ajena; sin embargo, me sentí enormemente satisfecho al contemplar a Lottie. Nunca había sentido algo tan fuerte por nadie en mi vida. Entonces supe que así sería lo nuestro; supe que estábamos hechos el uno para el otro desde la primera vez que la oí reír.

—Te quiero, Lottie —dije con voz ronca.

Se quedó boquiabierta y con los ojos como platos. Me aparté para tirar el condón, pero volví con ella enseguida para que no se rayase, la pegué a mi pecho y nos tapé con la enorme manta que había en el respaldo del sofá. Le acomodé la cara en mi cuello y la besé en el pelo. Volví a percibir que se tensaba y se le aceleraba el pulso por los nervios, así que le acaricié la espalda para intentar tranquilizarla.

—Sé que no me crees; sé que aún no confías en mí; pero te lo demostraré. Y eres mía. Tú misma lo has dicho.

—Ollie, me estabas coaccionando —me espetó, pero se acurrucó de todos modos.

—Que yo también soy tuyo, ¿eh? —dije con suavidad mientras volvía a besarla en el pelo.

Flexionó los dedos y los relajó sobre mi pecho, pero no se apartó.

—Hayley también es mía. Las dos lo sois, pero yo también soy vuestro.

—Ajá —susurró, con la respiración entrecortada.

Mantuvo la cara enterrada en mi pecho, oculta de mí. No dije nada al notar sus lágrimas silenciosas en la piel, pero sí que miré al techo con el gesto ceñudo mientras recordaba lo que me había dicho

antes: «Sé de primera mano lo que pasa cuando la gente como yo no encaja, cuando no somos fáciles».

Me dieron ganas de arrear a todos los que habían hecho que se sintiera así, pero sabía que eso me incluía a mí también.

Capítulo 30

Sabes que tienes el puesto asegurado



Lottie

—Ya, no, nos han rechazado —le dije a Felix.

—¿Y por qué sonríes? —me preguntó malhumorado.

—¿Estoy sonriendo? —Me toqué la cara como para comprobarlo.

Lucy se echó a reír en su rinconcito. Desde que Felix la había traído de vuelta, la había instalado en un rincón de su despacho con un escritorio para que escribiera, pero se pasaba casi todo el rato acurrucada en el sofá con los cientos de mantas y cojines que le había preparado. El despacho de Felix estaba a veinticinco grados, pero Lucy seguía llevando jerséis gordos, calcetines de lana y, al menos, dos mantas encima. A decir verdad, era mejor solución que la que se le había ocurrido a Felix hacía unos meses, cuando sobrecalentó la oficina para complacer a Lucy. Pete, de Contabilidad, tuvo que ponerse una bandana y todo del calorazo que hacía.

Felix se cruzó de brazos y me fulminó con la mirada. Hubo un tiempo en que me habría intimidado, pero ahora que su novia era una de mis mejores amigas y había comprobado que era un cacho de pan, no me afectaba igual.

—Queda muy feo que sonrías mientras nos anuncias que hemos perdido a un cliente importante por culpa del puñetero Harry York.

—Perdón —dije, apretando los labios para no sonreír, pero era una batalla perdida.

—Anda ya —dijo Lucy desde su rinconcito—. Deja que sonría, hombre. ¿A quién le importan los tontos forrados esos? Lottie está contenta.

—Lucy —le espetó Felix con voz tirante, claramente pidiendo paciencia—. No son unos tontos forrados, son empresarios multimillonarios con un capital considerable que invertir. El retorno de la inversión para el grupo Stantington habría sido… —Se calló al ver bostezar a Lucy. Yo reprimí una carcajada—. Si tanto te aburro, vete —agregó refunfuñando.

Lucy lo miró con los ojos entornados.

—Pues vale —le soltó, haciendo amago de destaparse.

La expresión de fastidio de Felix se desvaneció y cruzó la habitación a grandes zancadas para volver a arroparla.

—Perdona, Luce —dijo arrepentido tras verla dispuesta a marcharse—. Tienes razón. Son unos tontos forrados y el retorno de la inversión es un rollo. Porfa, no te vayas.

—Pues sé bueno con Lottie.

—Pero si ya lo soy —dijo, apretando los dientes.

—Si alguien debería entenderla, eres tú —intervino Vicky.

Todos nos volvimos hacia ella. Estaba sentada en la silla de Felix, girando de un lado a otro.

—¿De qué hablas? —preguntó Felix.

—Tú también te pasas el día sonriendo —dijo sin más.

Felix se mostró extrañado.

—Por Lucy —aclaró Vicky.

—Ahora Lottie practica sexo y actividades que liberan endorfinas con Ollie, así que también sonríe. ¡Caray! Y yo que pensaba que no sabía calar a la gente.

—Vicky —gruñí con las mejillas encendidas.

—Además, Lottie me dijo que el representante del grupo Stantington mentía. Por eso no los animé a venir a la reunión ni les ofrecí condiciones aceptables. Y mira tú por dónde, hace una hora se han desplomado sus acciones, así que, en realidad, aunque Lottie no sonriera por sus hormonas de dicha postcoital, debería hacerlo por impedirnos aceptar a un cliente inestable y exigente.

—Un día más en el mundo financiero —comentó Ollie en la entrada del despacho con una sonrisa de oreja a oreja; podría haberme frito un huevo en la cara de lo que me ardían las mejillas.

No se detuvo a saludar a nadie más; vino directo hacia mí, me abrazó, me dio un beso breve pero firme y me susurró al oído:

—Cuéntame más sobre esas hormonas de dicha postcoital.

—¡Ollie! —protesté. Le di un empujoncito, pero no se inmutó lo más mínimo—. No puedes irrumpir aquí para besarme y hablar de hormonas postcoitales. Estoy trabajando.

—Pues Felix lo hace constantemente —arguyó—. Este mes lo he pillado dos veces dándose el lote en el trabajo, ¡y es el jefe!

—Es verdad —intervino Lucy—. Ya me he cansado de regañarlo.

Se encogió de hombros.

—Pero si tú ya no trabajas aquí —le dije, separándome al fin de Ollie; sin embargo, me cogió la mano y me la calentó con las suyas.

—Pero hubo un tiempo en que sí —dijo Lucy—. Era una asistente malísima y Felix era un jefe totalmente inapropiado; una auténtica pesadilla para Recursos Humanos.

Felix se rio.

—Pues ahora bien que me adoran —dijo con petulancia.

—Porque has implantado los cambios que te sugerí yo.

Esta vez fue él quien se encogió de hombros.

—Es que se me da de maravilla seguir consejos.

—Madre mía, qué arrogante eres para todo —se quejó Lucy—. Tienes que ser el mejor hasta para seguir consejos.

—*Oui*.

—Pero yo no puedo permitirme ser inapropiada en el trabajo. —Procuré sonar desenfadada, pero cuando Felix me miró con suspicacia, pensé que a lo mejor se había notado que estaba asustada.

—Eh, Lots —dijo con tiento—, sabes que no tienes de qué preocuparte, ¿no? Estamos de cachondeo. Me la pela que tu novio…

—Prometido —lo corrigió Ollie.

Felix puso los ojos en blanco.

—Que tu prometido sea una mosca cojonera. No te va a perjudicar, y sabes que tienes el puesto asegurado.

—Sí, claro, claro —respondí demasiado rápido.

Felix se cruzó de brazos y Ollie me apretó la mano.

—Hablo en serio, Lots —dijo. Empezaba a enfadarse—. Eres uno de los miembros más importantes del equipo.

Suspiré.

—Vale, Felix. Lo pillo.

Resistí el impulso de poner los ojos en blanco. No estaba cualificada para ese empleo. El único motivo por el que estaba ahí era Vicky y para nada tenía el puesto asegurado. Nada en mi vida estaba asegurado.

Felix abrió la boca para añadir algo, pero Lucy lo interrumpió.

—Déjalo ya, Felix —dijo en voz baja, con la mirada fija en mí.

Lucy solía refugiarse en su pequeño mundo, pero, cuando se concentraba en el mundo que la rodeaba, era sorprendentemente observadora.

—Bueno, a ver, ¿nos preparamos para la reunión o qué? —interrumpí—. Harry estará al caer.

Las reuniones de Harding Moretti con Harry York seguían siendo tensas debido a que tanto Felix como Harry tenían tendencia a comportarse como idiotas.

Se llevaban mejor que antes, pero aún se la tenían jurada, así que, para variar, debía estar presente para rebajar la tensión o no llegarían a ningún acuerdo.

—Buenas —dijo Harry mientras entraba despreocupado en el despacho.

Pasó de Felix y fue directo a Lucy. Harry era un gran admirador de LP Mayweather (el seudónimo que usaba Lucy para sus libros de fantasía).

—¡Harry! —exclamó esta, muy contenta.

—Hola, geniecillo.

Lucy seguía en el sofá, así que Harry se agachó para abrazarla y darle un beso en la mejilla.

—York —le espetó Felix.

Apretaba los puños, pero sabía de sobra que no debía apartar a Harry de Lucy; la última vez que lo intentó, Lucy le hizo el vacío una buena temporada.

—No puedes entrar en mi despacho como si fuera tu casa.

—Es que no había nadie en la sala de juntas —dijo Harry, apartándose de Lucy a su ritmo—. No es culpa mía que tu organización brille por su ausencia, Moretti.

—¿Que brille por su ausencia? Mira quién fue a hablar. El acuerdo de la semana pasada con Lexington fue un completo desastre.

Harry se había girado del todo hacia Felix y ambos estaban con los brazos en jarras. La cosa iba a ponerse fea. Me dispuse a intervenir, cuando me sonó el móvil. Extrañada, me lo saqué de la cadera y, cuando vi quién llamaba, se me cayó el alma a los pies. Bajito, anuncié a los demás que tenía que contestar (Harry y Felix estaban ya enfrascados en su discusión, así que casi no se enteraron), me zafé de Ollie y me dirigí hacia la puerta.

—¿Diga?

—Ah, señorita Forest. —Reconocí la voz nasal y el tono arrogante de la administradora—. Me temo que hay un problema con Hayley.

—¿Está bien?

—Bueno, es bastante grave, pero, obviamente, con las dificultades de Hayley, es difícil saber…

—¿Qué ha pasado? —le espeté—. ¿Está bien?

De lo aterrada que estaba, me detuve, así que seguía en el despacho de Felix hablando a grito pelado. Estaba tan preocupada que no me percaté de que los demás habían enmudecido, pero sí que noté la enorme mano de Ollie en la espalda.

—Se ha producido un altercado. Hayley está perfectamente, solo tiene algunos rasguños y moretones. Otro de los niños, en cambio, tiene la nariz ensangrentada.

Me estaba poniendo mala.

—¿Algunos rasguños y moretones?

Mi dulce Hayley se había hecho daño.

—Sí, está perfectamente, pero, por desgracia, tendrá que venir a recogerla. Está fuera de sí.

—¿Está herida? —susurré con voz ahogada.

No entendía nada. Tanto tiempo esforzándome por mantenerla a salvo para que acabase herida. Negué con la cabeza. Fui a contestar, cuando me quitaron el teléfono de la mano.

—Soy Oliver Harding, duque de Buckingham, prometido de la señorita Forest y el otro tutor de Hayley. En veinte minutos estamos ahí. Por favor, cuiden de la niña hasta entonces.

—Aquí cuidamos de todos los niños —espetó la muy impertinente.

—Pues no lo parece —repuso Ollie con voz grave.

Temblaba de la rabia al colgar.

—Bueno, preciosa —me dijo mientras me giraba hacia él, cogiéndome por los hombros. Lo miré perpleja. Me escocían los ojos: Hayley estaba herida—. Nos vamos. —Asentí, todavía aturdida por la noticia—. Todo saldrá bien, lo arreglaremos. Hayley estará bien.

—Sí —susurré.

Asintió y me arropó bajo su brazo para llevarme fuera.

—Ay, miércoles —dije, girándome hacia Felix al salir—. La reunión, Felix, no…

—Que le den por culo a la reunión —dijo.

Asentí, pero se me heló el corazón. Lo irónico era que, cuanto más me necesitaba Hayley, más tenía que escaquearme del trabajo y, al mismo tiempo, con más desesperación necesitaba la estabilidad financiera que me proporcionaba este.

Capítulo 31

Desde hace más de quinientos años



Lottie

—Obviamente, si hay violencia de por medio, deberíamos comprobar si estamos satisfaciendo las necesidades de Hayley, porque…

—¿Quién le ha hecho daño a mi hermana? —pregunté con voz grave y furiosa.

Hayley me apretó la mano. Al mirarla, negó rápidamente con la cabeza, lo que solo me enfureció aún más; ese gesto significaba «No te molestes, no vale la pena». Apreté los dientes con frustración. Hayley tenía las rodillas raspadas y un moretón cada vez mayor bajo el ojo izquierdo.

—No creo que repasar los detalles sirva de mucho; los otros niños involucrados también…

—¿Niños? —pregunté, alzando la voz—. ¿Varios niños han atacado a mi hermana?

La directora se movió incómoda.

—Bueno, los otros niños también han resultado heridos. Habrá sido una discusión de patio de recreo que se ha intensificado y…

—¿Y cómo demonios iba a intensificarse o empezar siquiera una discusión en el patio si mi hermana no habla? —grité.

Sabía que gritar era contraproducente, pero no podía evitarlo; se suponía que esa gente debía proteger a Hayley. Una discusión en el patio… ¡Mis cojones! Habían vuelto a acosar a Hayley. Se me encogió el pecho y empecé a sentir que no podía respirar. Entonces noté la mano de Ollie en la espalda.

—Respira —me susurró al oído.

Me escocían los ojos, pero parpadeé para contener las lágrimas.

—Si pudiéramos conversar civilizadamente, sería mejor —dijo la directora con la boca apretada en señal de desaprobación—. No hay por qué alzar la voz.

—Pero es que no me escucha —dije apretando los dientes—. Es imposible que Hayley haya empezado una pelea en el patio de recreo porque no habla con los demás niños. La están acosando. Su deber es protegerla y no lo hacen. Tienen que protegerla.

Se me quebró la voz en las últimas palabras, lo que solo me enfureció todavía más. No quería parecer débil delante de esa gente. Tenían que escucharme.

—Señorita Forest —dijo la profesora de Hayley—. Tiene que entender que hay más de treinta niños por clase y…

—¿Cuál es el presupuesto para necesidades educativas especiales asignado a Hayley? —preguntó Ollie con voz tranquila, pero firme.

Cuando llegamos al colegio y vimos a Hayley, esta corrió hacia mí y me abrazó muy fuerte. La cara de rabia que puso Ollie al mirarnos era tan intensa que pensé que perdería los estribos en ese mismo instante, pero, para cuando Hayley se separó de mí y lo miró, él ya había logrado esbozar una sonrisa forzada y le apartó el pelo de su rostro lloroso.

—No te preocupes, polizona —le dijo, cogiéndola de la mano—. Lo arreglaremos.

Luego la tutora nos condujo al despacho de la directora y ahora parecía la viva imagen de la calma.

—Eh… No estoy…

Ollie sonrió con falsedad.

—Le refrescaré la memoria: Hayley dispone de un presupuesto para necesidades educativas especiales de seis mil libras al año. ¿Dónde estaba su asistente cuando ocurrió el incidente del patio?

—No tiene asistente.

Ollie fingió que se sorprendía. Me dio la sensación de que sabía perfectamente que Hayley no tenía asistente, algo que yo llevaba meses pidiendo.

—¿Y a qué se destina ese dinero entonces?

La directora se puso colorada.

—No asignamos el presupuesto de manera individual. El dinero se destina a un fondo común para toda la escuela y se gasta en función de las necesidades del momento.

—Ah, ya veo. Y cuando ha tenido una «necesidad del momento» que haya requerido que se le destine parte del presupuesto asignado, ¿Hayley ha gozado de una aportación adicional? ¿Una suma superior a la de los demás niños que refleje las seis mil libras que recibe su institución precisamente para ese fin?

—Nos estamos desviando del tema —espetó la directora—. No…

—No es justo; lo sabemos —soltó la tutora—. Hayley no da problemas, es estudiosa e inteligente; pero…

—No habla —dijo Ollie—. Y como el dolor de Hayley es silencioso, ¿no merece la ayuda que se considera que necesita? De hecho, me atrevería a decir que se está invirtiendo el dinero en los niños que la han acosado hoy. ¿Me equivoco?

La tutora estaba al borde del llanto y la directora palideció.

—Disculpe, señor Harding, pero no comprendo qué relación tiene usted con…

—La forma correcta de dirigirse a mí es llamándome *excelencia,* y estoy prometido con la señorita Forest. Tanto Lottie como Hayley son miembros de mi familia —dijo con firmeza. Bajó la voz y agregó,

con una cólera vibrante—: Y nadie le toca los cojones a mi familia, señora Franklin.

—Bueno, no creo que haga falta emplear ese lenguaje…

—Mi lenguaje es el menor de sus problemas —dijo Ollie—. No sé qué clase de circo se cree que dirige; uno en el que hay tan poca supervisión que un grupo de niños puede pegar a una niña de ocho años, y, según tengo entendido, este no es el primer caso de acoso escolar; pero estoy seguro de que a la Oficina de Estándares en Educación le interesará mucho saberlo, y también estoy seguro de que Hayley no volverá a pisar esta escuela ni a estar a su cuidado jamás. Que tengan un buen día.

Dejó a la señora Franklin y a la señorita Lever boquiabiertas y nos sacó del despacho. Había dos niños y una niña fuera, flanqueados por sus padres. Me alegró ver que al menos uno de los niños tenía la nariz ensangrentada. Bien. Al igual que yo, Hayley saltaba cuando la provocaban.

Ollie frenó en seco y miró a los niños con los ojos entornados.

—Eh, mocosos. Como volváis a intimidar a otro niño, me enteraré. ¿Queda claro? Me enteraré y haré que vosotros y vuestra familia las paséis canutas. —Y añadió, mirando a sus padres—: Controlen a sus hijos.

Nos subimos a su limusina completamente aturdidas. Hayley y yo nos acurrucamos en el asiento trasero; Ollie se sentó enfrente y le gritó a su chófer que nos llevara a su casa.

—Nunca volverán a hacerte daño —le dijo a Hayley con voz grave y firme—. Si alguien osa mirarte mal siquiera, me avisas. ¿Entendido? Nadie nos toca los cojones, Hayley. Nadie le toca los cojones a mi familia desde hace más de quinientos años.

Miré atónita a Ollie, pero guardé silencio. Por cómo lo observaba Hayley, supe que percibía la seguridad absoluta que emanaba a raudales. Ladeó la cabeza e hizo algo que me rompió los esquemas.

—Vale —le dijo a Ollie con un asentimiento firme.

Me puse rígida y al instante se me tensó el brazo con el que la rodeaba. A Ollie se le iluminó la mirada al oír hablar a mi hermana y

la agarró de las manos.

—¿Lo entiendes? —le dijo—. Lottie y tú sois mi familia.

—Familia —repitió Hayley, y luego esbozó una sonrisa; pero no una de sus sonrisillas para apaciguarme, no; una sonrisa radiante con la que enseñaba los dientes.

—Eres dura de pelar, polizona —comentó Ollie, alborotándole el pelo—. Le he visto la nariz al mocoso ese. Has usado también los puños, ¿eh?

Hayley se encogió de hombros.

—Le he dado una patada al otro en sus partes —dijo, orgullosa.

Eso explicaba por qué el otro chaval no había podido sentarse derecho.

—Me alegro. Seguro que sus partes se lo merecían —repuso Ollie con convicción—. Bueno, de todas formas, ambas recibiréis clases de defensa personal. Enséñale a tu hermana algún movimiento. —Puse los ojos en blanco—. Será solo por precaución. Florrie les dará para el pelo a los matones de tu nuevo cole, así que no te preocupes por el acoso. Ella es la dueña del cotarro.

Abrí los ojos como platos y me quedé boquiabierta. Florrie iba a un colegio privado, de hecho, un colegio privado sumamente exclusivo. Ni de broma podría permitirme pagar esas cuotas tan pronto. ¿Qué bicho le había picado? ¿Qué hacía prometiéndole que era nuestra familia? No podía hacer eso. Es cruel hacerle eso a un niño. Hayley y yo no éramos su familia. Bastantes promesas vanas nos habían hecho ya como para aguantar otra.

—Ollie, no creo que…

—Luego —dijo, mirando a Hayley y luego a mí. Apreté los labios y asentí con discreción.

Al regresar a casa nos encontramos con la señora H, y mi resiliente y valiente Hayley estuvo encantada de irse corriendo con ella a la cocina a comer galletas. En su mente, su héroe había vuelto a salvarla, lo que no hizo más que reforzar su certeza de que podíamos confiar en Ollie. Una vez que nos quedamos solos, dejé salir la ira y el miedo que había estado reprimiendo.

—No puedes hacer eso —le espeté en la biblioteca mientras me giraba para mirarlo.

Cruzó los brazos sobre su ancho pecho y me observó con paciencia. Uf, qué guapo era. No era justo. Sus ojos azules ardían por la furia que lo había dominado antes y se le marcaban los músculos con la chaqueta del traje.

—¿Hacer qué? —preguntó con calma, lo que solo me repateó aún más.

—Decirnos que somos tu familia. Hacerle ilusiones a Hayley.

—Es que sois mi familia.

—¡No, no lo somos! —dije, alzando la voz por segunda vez esa mañana, pero es que estaba descontrolada.

Lo único que había querido siempre era proteger a Hayley, pero ahora la había expuesto al mayor riesgo de todos. Empezaron a escocerme los ojos, pero no iba a llorar delante de él.

—La destrozará, Ollie —dije. Ya no gritaba, pero quizá la inestabilidad que adoptó mi voz fuera peor.

Se le suavizó el semblante y descruzó los brazos mientras se acercaba a mí, pero retrocedí y él frunció el ceño.

—¿Qué la destrozará? —preguntó en voz baja.

—Perderte —conseguí articular, pese al nudo que tenía en la garganta—. Perderte le romperá el corazón. La última vez que le rompieron el corazón dejó de hablar. ¿Qué pasará la próxima vez? Tienes que retractarte.

Entonces ignoró mi mano extendida, avanzó hacia mí y me pegó a su pecho. Por un instante me resistí, pero su cuerpo era tan firme y sus brazos tan robustos…

—Tienes que retractarte —insistí mientras me arrimaba a él y lo agarraba de las solapas de la chaqueta.

Me pasó un brazo por la espalda para sostenerme y con el otro me apartó el pelo de la sien y siguió acariciándome allí.

—Todo va a ir bien —dijo con un tono suave que me desarmó.

—No puedo permitirme la escuela de Florrie —dije contra su pecho.

—No la pagarás tú —me aseguró.

—¿Y si también la acosan ahí?

Suspiró.

—Sé que en los colegios privados también hay acoso escolar; pero así empezará de cero, y Florrie se cerciorará de que esté bien. Es una escuela pequeña, por lo que no se perderá. Hay escuelas públicas con mejores servicios de necesidades educativas especiales, lo cual sería estupendo, pero habrá listas de espera. De esta forma podrá cambiar de cole de inmediato. Y es la escuela a la que asiste la familia Harding. Hayley no será la excepción.

—No puedes decirnos que somos tu familia. —Se me quebró la voz a la vez que se me caía una lágrima.

—Sí puedo. —Se apartó un poco para mirarme a los ojos. Sus iris azules ardían con mayor fulgor aún cuando cruzamos la mirada—. No os voy a decepcionar, Lottie. Sé que os han decepcionado con anterioridad, y la hostia de veces, además; pero yo no lo haré. Y lo que digo lo cumplo. Mira, incluso aunque lo nuestro no funcionase, que ya te digo yo que por mí no será, no abandonaría a Hayley. Seguiría en su vida.

Respiré con dificultad.

—Quiero creerte —susurré, y volvió a estrecharme.

—Pues hazlo. Estoy aquí. Solo tienes que confiar en mí.

Cerré los ojos y se me cayó otra lágrima.

—Le han hecho daño —dije, con la voz rota de nuevo.

—Sí, así es —dijo, con la furia de antes colándose de nuevo en su tono—; pero es la última vez que alguien vuelve a haceros daño. Te lo aseguro.

Capítulo 32

Te has vuelto a ir



Lottie

—¡Hala! Estás aprendiendo mucho más rápido que yo —comentó Florrie, sentada en el borde de la piscina, con los pies colgando.

Hayley le sonrió, pero negó con la cabeza, pues sabía perfectamente que Florrie solo intentaba animarla.

A Florrie se le daba bien eso: animar a la gente, cuidar de los demás… Y es lo que había estado haciendo con Hayley el último mes en la escuela. Ollie tenía razón: su sobrina era la dueña del cotarro, pero porque era la alegría de la huerta. Y cuando acompañó a Hayley en su primer día y anunció que era su amiga y que era un poco callada, ninguno de los niños comentó nada de que no hablase. Hayley había cambiado una barbaridad. Si bien sabía que la acosaban en su antiguo cole, era obvio que me ocultaba lo peor; Florrie no era la única a la que le gustaba cuidar de los demás.

Así que ahora, en su nuevo entorno, iba abriéndose cada vez más. Sus nuevos profesores decían que seguía sin hablar, pero yo sabía que hablaba con Florrie y la semana anterior había empezado

a hablar con los demás niños en el recreo. No era frecuente, pero ocurría. Eso sí, se reían que daba gusto. Esa semana, un grupito vino después de clase a casa de Ollie, y las risotadas que escuché al otro lado de la puerta de Hayley eran estruendosas. Me pasé tanto rato escuchándolos que cuando Ollie vino a buscarme me encontró con la oreja pegada a la puerta de Hayley, llorando de felicidad.

—Aprendes rápido —le comentó Ollie a Hayley con firmeza—. Para cuando te quieras dar cuenta ya nadarás como un pececillo. Esta vez sumerge toda la cara y ve pateando hasta Felix; yo no me moveré de aquí. Lo harás bien.

Hayley, decidida, asintió con determinación. Cuando cruzó la piscina cuan ancha era con la cara sumergida, todos nos pusimos a aplaudir y vitorear. Al sacar la cabeza se quedó pasmada por la atención, pero, pese a estar como un tomate, sonreía satisfecha. Chocó los cinco con Felix, que también sonreía, y Lucy, sentada a mi lado, suspiró.

—Felix debería estar todo el día enseñando a niños a nadar con un bañador ajustado cual dios italiano —dijo.

Me reí, pero Vicky, desconcertada, arrugó el ceño.

—Lucy, eso sería muy poco práctico.

—Hola, señoritas —dijo Mike a nuestra espalda, con su voz grave.

Al girarnos, lo vimos meterse en el agua con un bañador ajustado. Vicky chilló. Fue un chillido de verdad y tan impropio de Vicky que Lucy y yo nos volvimos hacia ella.

—Eh… Vics, ¿estás bien? —susurré.

Vicky observaba a Mike con suma atención. Por lo general, solo la veía así en el trabajo, cuando estaba absorta en sus cifras. La única vez que la había visto tan concentrada en algo fue cuando vio un erizo en el jardín de Ollie de día (al parecer, eso es mala señal con los erizos). Se quedó despierta toda la noche cuidándolo y anuló todas las reuniones que teníamos al día siguiente para atenderlo y llevarlo al centro de rescate local de la RSPCA. A Vicky le encantaban los erizos, eran casi una obsesión; aunque, bueno, Mike le gustaba mucho, mucho también, quizá incluso más que los erizos.

Los hombres le pedían salir constantemente. A pesar de que la gente la había apodado *la princesa de hielo* con toda la mala intención y de que cuchicheaban a sus espaldas sobre su evidente rareza, era bellísima y asquerosamente rica; sin embargo, nunca había mostrado el más mínimo interés en ningún hombre; todo lo contrario del interés que mostraba por Mike.

—Está bien —musitó—. Ya entiendo a qué te refieres. Tu hermano también debería limitarse a ir en bañador. Ya le veo la lógica.

Lucy fingió que le daban arcadas.

—Por favor, basta de hablar así de mi hermano. En serio, Vicky, ¿qué le ves al grandullón ese? Con lo zopenco que es…

No era ningún secreto que a Vicky le molaba Mike. No se esforzaba lo más mínimo por disimularlo. Por desgracia, Mike también había dejado claros sus sentimientos. Por su parte era un rotundo no, lo cual fue un chasco para Vics, que no pasaba página. Y encima Mike le seguía guardando rencor por cómo Felix y ella habían tratado a su hermana cuando trabajaba para ellos. Alegaba que no la protegieron cuando lo necesitó. Lo que me mosqueaba mientras veía a Mike hacer el tonto en la piscina con Felix y Ollie (Hayley se había ido a sentarse a un lado con Florrie y reían juntas) fue que hubiese perdonado a Felix, pero que siguiese ninguneando a Vicky.

—¡Tío Ollie, haz lo tuyo! ¡¡Haz lo tuyo!! —gritó Florrie.

La niña chilló cuando la levantó del borde de la piscina, la alzó por encima de su cabeza y la lanzó a lo más hondo. Una vez allí, nadó hacia Mike, se subió a sus hombros y, de nuevo, voló por los aires.

—¿Quieres probar, polizona? —le preguntó Ollie a Hayley, quien observaba a Florrie con los ojos como platos.

Sabía que estaba asustada, pero mi Hayley era valiente, muy, muy valiente, y confiaba en Ollie, así que asintió con decisión. Cuando la lanzó, fue a la parte menos profunda y lo hizo con mucha más suavidad que con Florrie, pero, aun así, se trataba de un gran logro para una niña a la que tan solo unas semanas antes ni se le habría pasado por la cabeza hundir la cara en el agua. Habíamos

estado yendo a Little Buckingham los últimos fines de semana. Ollie decía que era porque en la ciudad hacía «un calor de mil demonios», pero yo sabía que no la habría abandonado de no ser por nosotras. A Hayley le encantaba estar allí con los ponis. Había retomado sus clases de natación en Londres, pero la mayor parte de sus avances los hacía en la piscina del pueblo, con Ollie. Yo progresaba mucho más despacio, más que nada porque me daba vergüenza aprender con gente delante, así que cuando estaba en la piscina era solo con Ollie. Estar los dos solos, medio desnudos, en agua tibia era sinónimo de pasar más tiempo tonteando que haciendo cualquier otra cosa.

Estaba rememorando nuestras tonterías, así que no presté atención a la guasa que se traían los chicos en la piscina; no obstante, cuando oí el nombre de Vicky y esta se levantó como un resorte, me quedé perpleja. No me dio tiempo a decir nada. Se puso una de las enormes camisetas de Ollie y salió pitando hacia la casa. A los cinco minutos, Mike salió de la piscina, agarró una toalla y se fue en la misma dirección. Pensé en preguntarle a Vicky más tarde. Me planteé ir a buscarla en ese momento, pero me extrañó que a las niñas se les hubiera cortado la risa de golpe. Florrie miraba fijamente algo que había detrás de mí.

—Vamos, Hails —dijo, seria—. Vamos a limpiar a Legolas y Bertie. Dijimos que lo haríamos.

Hayley miró a su amiga y luego echó un vistazo detrás. Mi hermana no solo se puso seria, sino que echaba humo. Me giré y vi que Claire y Blake venían hacia la piscina.

Él la sujetaba del brazo a ella. Podría haber parecido solícito al ayudarla a cruzar el terreno irregular, pero cuando Claire hizo una mueca de dolor y se lo quitó de encima, concluí que no era así en absoluto. Fruncí el ceño y me clavé las uñas en las palmas de las manos.

Sinceramente, deseaba con todas mis fuerzas estar equivocada con Blake. Por una vez, confié en que me hubiera fallado la intuición.

Mi infancia estuvo llena de diferentes versiones de Blake y sabía perfectamente qué clase de hombre era. Puede que los novios de mi madre no hubieran tenido acentos de postín, pero eran lo mismo, solo cambiaba la apariencia. Mi infancia se dividía en ciclos: mamá estaba sobria unos meses y luego notaba el tufo y le cambiaba la forma de hablar; cada vez había menos comida y más hombres en casa. Los hombres acostumbraban a ser amables; uno, incluso, me compró un menú en el McDonald's después de pillarme comiendo guisantes congelados; pero un par no lo eran tanto. Por suerte, tenía muy buen instinto. La única vez que me abofetearon fue porque no conseguí esquivar el golpe y, cuando uno entró en mi cuarto a altas horas de la noche, grité tan alto que vinieron los vecinos. Así que reconocía a un hombre malo cuando lo veía. Conocía el aura que los envolvía y, en el fondo, sabía que no me equivocaba con Blake.

Para cuando llegaron donde estábamos, Blake era todo sonrisas y encanto. Claire intentaba exhibir su alegría habitual, pero no le acababa de salir. Saltaba a la vista que había pasado algo esa mañana. Me alegré de que Hayley se hubiera ido con Florrie, solo me faltaba que estuviera cerca de un hombre como ese. Mientras saludaba a Claire con un abrazo, miré a Blake y capté lo que la mayoría pasaría por alto: los ojos ligeramente rojos, los movimientos exagerados y espasmódicos, y el olor. Nadie más se fijaría en eso, y menos estando al aire libre, pero conocía ese olor, había vivido con él. Era parecido al del vinagre pasado. Cuando el viento cambió de dirección y me trajo su tufo, casi vomito.

Por mucho perfume que se pusiera mamá, por muchas duchas que se diera, siempre sabía si había recaído o tenía resaca. Más tarde, cuando enfermó, a medida que empeoraba su ictericia, desprendía un olor dulzón, casi empalagoso, mezclado con el del vinagre. El olor a vinagre de Blake podría deberse solo a que tenía resaca, pero habría puesto la mano en el fuego porque el tío se había tomado unas cuantas copas esa mañana. Me aparté un poco y coloqué la tumbona y la mesita entre él y yo. Tenía que evitar a

Blake, ni de broma volvería a ponerme al alcance de un borracho cruel por voluntad propia.

Ollie y Felix ya habían salido de la piscina. Felix fue directo hasta Lucy, que gritó cuando la abrazó todo mojado; Ollie le daba palmadas en la espalda a su cuñado y le sonreía. Hablaban de la remodelación de uno de los bares que dirigía Blake.

—Lo dejo en tus manos —le dijo Ollie—. Sé que no la cagarás.

Apreté los labios y miré hacia la dirección por la que se habían ido las chicas. Me miraron, me saludaron con la mano y se fueron corriendo. Personalmente, no confiaría para nada en Blake. Me parecía curioso que Ollie fuera tan perspicaz para algunas cosas, pero no para esto. Siempre pensé que era muy diferente a Vicky, pero empezaba a darme cuenta de que la falta de ojo para calar a la gente era un rasgo que compartían los tres hermanos. Al fin y al cabo, Claire se había casado con ese hombre, y el padre de Florrie también sería un pinta, pues apenas iba a verla.

Al final, en este caso, la más perspicaz era Vicky. Desde luego, Blake no era santo de su devoción; pero quizá se debiera a que trabajaba de pena, y Vicky odiaba la incompetencia.

Margot, que salía de los establos, a juzgar por su ropa de montar, dobló la esquina y se encaminó hacia nosotros.

Atisbé movimiento por el rabillo del ojo y, al girarme, vi a las chicas saliendo de la caseta de la piscina ya vestidas y listas para irse. Florrie se había puesto unas mallas rosas con estampado de leopardo, un *crop top* y una diadema rígida a juego, mientras que Hayley lucía con estilo unos vaqueros anchos y una camiseta de Nirvana. Ambas nos miraron, Florrie le susurró algo al oído a Hayley y, para mi disfrute, Hayley le susurró algo en respuesta; a la vista de todos, no tras una puerta. Sonreía cuando me volví hacia los demás. Abrí la boca para contárselo a Ollie, que estaba hablando, pero me contuve justo a tiempo: estaba enfrascado en una conversación. Aquello era trascendental para mí, pero para él… No me malinterpretéis: sabía que le importaría, pero no tanto como a mí, así que me mordí el labio y la lengua. Pese a que me alegraba de ver

a Hayley hablar con otra niña al aire libre, me dolía que nadie se interesase por mi hermana tanto como yo. Me sentía muy muy sola, incluso rodeada de gente.

—Voy a ver cómo están las niñas —dije en voz baja para que no se me notase la emoción.

Murmuraron que vale, lo que me dolió aún más. Miré al suelo, pero, para mi sorpresa, vi unas botas de montar frente a mí. No había ni levantado la vista, cuando la persona que tenía delante me agarró las manos y me abrazó.

—¿Lo has visto? —me dijo Margot, emocionada y con la voz entrecortada, mientras me movía de un lado a otro.

—¿Q-qué? —pregunté, devolviéndole el abrazo sin pensar, pese a mi embotamiento.

Hacía tanto que no me daban un abrazo de madre que había olvidado lo bien que sentaba.

—Hayley y Florrie —dijo Margot, apartándose para mirarme a la cara—. Hayley le ha hablado. ¿No lo has visto?

—S-sí, pero…

—¿Qué? ¿Hayley está hablando con Florrie? ¿Delante de todos? —intervino Ollie, que abandonó su charla de negocios para acercarse a nosotras—. ¿Lo has visto?

Lo miré anonadada. Margot me apretó las manos de nuevo.

—Las dos lo hemos visto.

—Hostia, ¡qué bien! —dijo Ollie con una amplia sonrisa—. Sabía que lo conseguiría.

—Pues es… Ya hace tiempo que habla con sus amiguitos.

Todos se habían acercado. Ollie estaba alucinando.

—¿En serio?

Asentí despacio. Se le borró la sonrisa y frunció el ceño.

—Por eso lloraba de felicidad el otro día cerca de su cuarto. Los oía a través de la puerta.

—Pensaba que te alegrabas de que estuviera con sus amigos. ¿Por qué no dijiste nada?

—Ah… Supongo que… —Me encogí de hombros—. Supongo que no pensé que sería un notición. Estáis muy ocupados y no… —Ollie, enfadado, cruzó los brazos sobre su gran pecho musculoso, por el que aún le caían algunas gotas de agua. Ojalá se hubiera puesto una camiseta: sería más fácil pensar si no estuviera medio desnudo, y más después de cómo me había despertado esa mañana—. No pensé que fuera a interesarte tanto ni…

Se acercó a mí echando chispas y me abrazó por la cintura para alejarme de su madre. Prácticamente me llevó en brazos a la caseta de la piscina. Me dejó en el suelo y cerró de un portazo.

—¿Por qué coño no iba a interesarme que Hayley hablara con sus compañeros? —me espetó.

—Ollie, eres muy amable con Hayley. No puedo expresarte cuánto lo apreciamos, cuánto significa para nosotras, y recuerdo lo que me dijiste, pero también sé que este sigue siendo un acuerdo temporal. Sé que te importa Hayley hasta cierto punto, pero no hace falta que finjas que…

—¿Hasta cierto punto? —dijo con voz grave y amenazante.

—Sí, bueno, lo mismo me…

—Quiero renegociar los términos de nuestro acuerdo.

—¿C-cómo?

—Nuestro acuerdo. El compromiso temporal.

—Eh… ¿Cómo? ¿Quieres acortarlo o algo así?

Me dolió hacerle esa pregunta, pero si Ollie quería que nos fuéramos, cuanto antes lo supiéramos, mejor. Hayley ya estaba demasiado apegada a él y Ollie había prometido que le pagaría la matrícula escolar y yo le había creído. Mi sueldo ahora era significativamente más alto, así que estaríamos bien; de hecho, estaríamos mejor que bien. ¿Por qué, entonces, me parecía que me habían arrancado el corazón y este se desangraba en el suelo ante mis ojos?

—No, Lottie —dijo con un deje de irritación en la voz mientras se acercaba a mí—. No quiero acortar nada.

Me alivió tanto oír eso que me desinflé y solté un suspiro que ni sabía que había estado conteniendo.

—Lo que quiero saber —dijo mientras me arrinconaba contra la puerta de la caseta de la piscina— es por qué enseguida piensas que quiero acortar la relación y por qué crees que no me importa que Hayley hable con Florrie, cuando eso es la puta hostia.

—Vuelves a pasarte con los tacos —susurré mientras me encajonaba entre sus brazos y él se cernía sobre mí.

—Joder, y más que me voy a pasar —me espetó justo antes de besarme.

Sus labios eran cálidos y firmes en contacto con los míos; me envolvía con su calor y su fuerza. Notaba cómo se le movían los pectorales bajo su cálida piel mientras enredaba las manos en su pelo y abría la boca bajo la suya. Una vez me hubo aturullado por completo con ese beso, se apartó un poco para mirarme, con la frente pegada a la mía; hundió una de sus grandes manos en mi pelo y plantó la otra en mi espalda baja para arrimarme a él.

Su forma de abrazarme era ultraposesiva, casi cavernícola; todo lo opuesto al aristócrata sofisticado y cortés que veían los demás. Me embargó una oleada de absoluto deseo y necesidad que me dejó casi temblando. Respiraba con dificultad mientras separaba los labios. No había estado más cachonda en toda mi vida.

—¿Te ha parecido temporal el compromiso esta mañana mientras te follaba en la ducha? —gruñó—. ¿Te pareció temporal cuando te dije que te quería?

Negué con la cabeza, pues no me atrevía a hablar.

—Así me gusta. Le diré a mi madre que empiece a planear la boda.

Abrí los ojos como platos.

—P-pero tú no… Es decir… ¿quieres que me case contigo? ¿En serio? ¿Ahora? Q-q-qué locura.

—Te vas a casar conmigo, y no es ninguna locura. —Volvía a gruñir.

—Ollie, ¿me estás proponiendo matrimonio? —pregunté con voz de pito—. Porque, de ser así, no es la forma más convencional de hacerlo.

Hubo una pausa y relajó el semblante, que pasó de mostrar una expresión fiera y posesiva a una sonrisa tan amplia como la mano con la que me sujetaba el cuello.

—Ya veremos.

Me rozó los labios con los suyos y me observó de nuevo.

—De momento, me conformo con que dejes de decir que lo nuestro es temporal; al parecer, me saca un poco de mis casillas.

—Vale —dije, vacilante—. Si de verdad lo dices en serio, quizá podríamos cortar un poco el rollo con lo de que es temporal.

—Sé que he traicionado tu confianza —dijo con tiento—, pero tú y Hayley me importáis. No sé por qué no me contaste que habla con sus compañeros, pero, por favor, no me ocultes nada, ¿vale?

Al mirarlo, vi que estaba siendo sincero.

Rehuí sus ojos y miré hacia otro lado. No hacía falta ser un genio del lenguaje corporal como yo para saber que ocultaba algo.

—¿Lottie? —Ahora me miraba ceñudo—. ¿Me estás ocultando algo más?

Respiré hondo y exhalé despacio.

—Tu cuñado es alcohólico.

Se quedó atónito y yo contuve el aliento. Flexionó ambas manos, tanto la que tenía en mi espalda como la que tenía en mi cabello, y abrió y cerró la boca varias veces.

—Lottie, no… Eh… mira, es verdad que bebe, pero no creo que sea alcohólico.

Cerré los ojos despacio. Ollie retrocedió sin darse cuenta, había levantado un muro entre él y yo. Incluso se había apartado un poco y guardaba las distancias conmigo. Despegó la mano de mi espalda y la dejó caer a su costado, y se llevó al cuello la mano que tenía en el mío. Me fijé en cómo se le tensó el brazo al apretarlo. Al instante me arrepentí de haber dicho nada, pero entonces recordé lo fuerte que le había agarrado el brazo Blake a Claire y la mueca de dolor

que había hecho ella. Ollie me había asegurado que podía confiar en él; yo tenía que aprender a confiar en alguien, y me lo había prometido, así que salvé la distancia que había puesto entre nosotros y le toqué el brazo.

—Sé que es alcohólico, Ollie —dije, convencida—. Y tengo… tengo un mal presentimiento sobre él y tu hermana.

Ollie no daba crédito.

—¿Un mal presentimiento? Lottie, eso no me dice nada.

Suspiré.

—Mira, si tengo un mal presentimiento es que algo anda mal. Y afecta a Florrie. Sé que…

Pero Ollie ya estaba negando con la cabeza. No iba a creerme.

—Lo siento, querida, sé que tienes una intuición de locos, pero conozco a Blake desde que éramos críos. Puede que esté bebiendo en exceso y volveré a hablarlo con él, pero si insinúas que sería capaz de hacerle daño a su familia, ahí ya te estás colando. Le ha venido muy bien a Claire. Su divorcio fue complicado y estuvo mucho tiempo deprimida, Blake la ayudó a salir del pozo.

—No bebía cuando erais críos, Ollie —dije, desesperada por abrirle los ojos—. El alcohol cambia a la gente. A la buena gente. Sé que no crees que…

—Preciosa, ¿no serán tus traumas los que hablan por ti?

—¿Cómo?

Suspiró y contrajo los músculos al volver a apretarse la nuca.

—Tu madre —dijo en voz baja—. Entiendo por qué estos temas te ponen tan sensible, por qué ves cosas donde no las hay; pero Blake es buen tío, en serio.

Apoyé la cabeza en su pecho e inhalé su aroma para no pensar en lo dolida que estaba. Sabía que no tenía derecho a estar decepcionada; dijera lo que dijera Ollie, yo no pertenecía a su familia. Pues claro que no se iba a poner de mi parte.

—Sí, seguro que tienes razón —dije con la voz apagada mientras reculaba por dentro.

No tenía sentido seguir discutiendo con Ollie. Quería que me sincerara con él, pero, sin duda, me había pasado revelándole esa verdad incómoda.

—¿Lottie? —Me cogió del mentón para echarme la cabeza hacia atrás y que así lo mirase. Observó atentamente mi rostro, el cual procuré mantener impasible—. Sé que estás preocupada. Tendré en cuenta lo que me has dicho, en serio. Hablaré con Blake; pero es que lo conozco más que tú.

—Sí —dije.

Ollie gruñó. Lo miré ceñuda.

—¿Qué pasa?

—Te he perdido —masculló, volviendo a observar mi rostro—. Me cago en la puta. Te tenía y te has vuelto a ir.

—Estoy aquí.

Intenté forzar una sonrisa, pero, a juzgar por la cara que puso Ollie, no lo logré.

Capítulo 33

¿Quién quiere ser normal?



Lottie

Le apreté un poquito la muñeca a Vicky. Cuando se giró hacia mí, negué con la cabeza con disimulo. Ella, con el ceño algo arrugado, ladeó la suya, pero cerró la boca de golpe. Luego se volvió hacia los hombres que nos rodeaban y sonrió. Por un instante, todos se quedaron pasmados ante el repentino cambio de Vicky, que pasó de soltarles un rollazo sobre los mercados financieros a sonreír. Tendríamos que trabajar un poco más sus transiciones, pero, al menos, se calló justo a tiempo. Había perdido el interés de la mayoría de esos tipos en cuanto empezó a hablar del principio económico de la ventaja comparativa en el comercio; pero ya no tenían la mirada perdida, ni mucho menos. La sonrisa de Vicky, incluso esa sonrisa falsa, paralizaba salas enteras. Así de bella era.

Para ser sincera, me alegraba de que la hubiéramos convencido para salir esa noche. Le pasaba algo y ninguno conseguíamos saber qué era. Desde que la conocía, de vez en cuando se encerraba en su mundo sin que hubiera un desencadenante obvio. En una ocasión

fue después de que la llamaran al despacho. Le pregunté al respecto cuando se quedó callada de manera anormal durante las horas siguientes, pero se limitó a encogerse de hombros y decirme que era su madre quien la había telefoneado. Cuando le pregunté si todo estaba bien con su madre, me dijo que sí. Era mentira. Para ser sincera, me sorprendió, porque Vicky rara vez mentía.

Hacía un par de semanas, Ollie y yo habíamos ido a su casa después de que se ausentara sin permiso durante veinticuatro horas, sin siquiera llamar al trabajo para avisar de que no vendría, lo cual fue tan inusual que me alarmó. Al ver que no abría, Ollie usó su copia de la llave. La encontramos debajo de una mesa de centro que, por alguna razón, estaba en mitad del vestíbulo. Ollie tuvo que sacarla de ahí y llevarla al sofá. Estaba casi catatónica, como empanada. No tenía los ojos llorosos, pero su mirada transmitía tanto dolor que daba miedo. Fui a buscar a Hayley al cole y la llevé a casa de Vicky. Los tres nos quedamos con ella esa noche. La presencia de Hayley hizo que, poco a poco, regresara de dondequiera que se hubiera ido. Desde entonces se había recuperado, pero seguía sin ser ella misma y se negaba en rotundo a decirnos cuál había sido el detonante.

—Disculpen, caballeros —dijo con el tono modesto que habíamos practicado. Vicky no era nada modesta, así que le había costado lo suyo. No le veía ningún sentido a la modestia, así que tuve que explicarle que, si quería meterse en el bolsillo a los demás, era una de las herramientas que debía tener en su arsenal—. Tiendo a dejarme llevar por la economía.

—El dinero es el fuerte de Vicky —añadí con una sonrisa.

Oí bufar a alguien. Al echar una ojeada a los presentes, avisté a Mike y a su hermana. Me dejó sin habla. Creo que no lo había visto nunca con algo que no fuera una camiseta, un peto o una camisa de franela y, sin embargo, ahí estaba, con una chaqueta vaquera y, por una vez, la barba bien recortada. El Mike tosco era atractivo, pero no entendía la obsesión de Vicky; en cambio, ese Mike… Madre del amor hermoso, qué bueno estaba; sin embargo, no parecía muy

contento con su nuevo atuendo. Se tiraba del cuello y movía sus brillantes zapatos de cuero italiano. Sabía que los Harding le habían pedido que viniera esa noche, pero Mike solía rechazar ese tipo de invitaciones.

—Doy fe —dijo uno de los inversores con una sonrisa y una mirada de adoración hacia Vicky—. Las inversiones que ha gestionado para nosotros se han duplicado en el último trimestre.

Otro par de trajeados del corrillo se animaron al oír eso. Sonreí. Estaba saliendo todo a pedir de boca. La recaudación de fondos era el entorno ideal para convencer al señor Harrington de que Vicky era la indicada para manejar sus fondos. Lo único que tenía que hacer era…

—Vas trajeado —soltó Vicky, mirando a Mike con la cara de concentración que reservaba para la renta básica universal, los erizos y Michael Mayweather.

Miré al techo para pedir paciencia. «Ahora no, Vicky».

Mike se hizo el sorprendido.

—No jodas —dijo con su voz áspera.

—Nunca vas trajeado.

Los de nuestro alrededor estaban cada vez más confundidos. Vicky tenía toda la atención puesta en Mike, como si no hubiera nadie más. Le apreté sutilmente la muñeca, pero no se dio ni cuenta. Cuando estaba hiperconcentrada no se distraía con nada.

—Te prefiero con tu ropa de siempre —comentó, mirándolo ceñuda—. En concreto, me gusta la camiseta térmica que te pones, la que tiene un pequeño desgarrón en la manga izquierda.

—La madre que la parió —masculló Mike. No lo creía posible, pero el tío se sonrojó bajo la barba.

Los demás escuchaban la conversación con la boca abierta. Sabía de primera mano que más de la mitad de los hombres de la gala se habían insinuado a Vicky en alguna ocasión. La mayoría de las veces ni se daba cuenta de que estaban flirteando con ella; desde luego, nunca había mostrado el más mínimo interés en ningún hombre. Su reputación de princesa de hielo intocable era legendaria.

—¿Quién es ese? —oí que le susurraba a su colega el inversor de antes, que nunca había ocultado su interés por Vicky.

—Vics —dije en voz baja, intentando sacarla del estupor—. El tiempo apremia. Damas y caballeros, si nos disculpan.

La tiré del brazo.

Por un momento, pensé que me ignoraría y seguiría mirando embobada a Mike.

—Victoria —le espeté. Se sobresaltó y se volvió hacia mí—. Hay que irse.

Para mi alivio, asintió. Nos excusamos y abandonamos el corrillo.

—Lo estaba haciendo otra vez, ¿no? —me preguntó, abatida.

Hice una mueca al girar hacia la salida. Aún faltaba media hora para los fuegos artificiales, pero no quería que se me echara el tiempo encima. Teníamos que irnos antes de que empezara el espectáculo. Ollie se había opuesto rotundamente a que Vicky fuera esa noche, sabía lo que podía pasar. Me lo había contado el día anterior.

—Lottie, sé que Vics ha progresado mucho, pero aun así no debería ir a la gala. No puedo ocuparme de ella; tengo que dar el discurso justo después de los fuegos artificiales. Tiene que irse antes y ya sabes cómo es, que se le va el santo al cielo.

—Tú tranquilo, conozco a Vicky —dije con una sonrisa—. Y creo que le vendrá bien después de lo que le pasó el mes pasado.

Negó con la cabeza.

—Tú no la has visto sufriendo una crisis. Lo del mes pasado no fue nada en comparación. Como le dé en la recaudación de fondos, no sé qué…

—Tú tranquilo. Lo tengo todo controlado. Y la muchacha quiere ir.

No le hizo mucha gracia, pero lo besé para que no me replicara y empecé a desabrocharle la camisa. Funcionó.

—Nunca le he fallado a Vicky. No voy a empezar ahora —murmuré contra su boca mientras le metía las manos por dentro de la camisa.

Gimió y me tiró a la cama.

—Tiene usted una forma muy efectiva de ganar una discusión, señorita Forest —murmuró contra mi cuello mientras se tumbaba encima de mí.

Esa fue la última objeción que puso; no obstante, pese a que de camino a la gala no dejé de repetirle que estuviera tranquilo, era evidente que seguía sin hacerle gracia.

Una vez que Vicky y yo doblamos la esquina del pasillo que conducía a los baños, me giré hacia ella y le di un apretoncito rápido en la mano (Vicky no soportaba que se la sujetaran mucho rato, pero sí que toleraba los apretones breves con la presión justa).

—No pasa nada, cariño —le dije en voz baja.

—Claro que pasa —me espetó, apretando los puños a los costados—. Nunca lo convenceré de que nos liemos si cree que soy defectuosa.

Fruncí el ceño.

—Vicky, no eres defectuosa.

Me miró fijamente y me dijo:

—Sí que lo soy. Soy defectuosa y rara.

—¿Quién quiere ser normal? —dije con una sonrisa para animarla —. Lo normal es un rollazo. Prefiero mil veces salir con una rarita como tú.

La tomé del brazo y la llevé al baño de mujeres.

—¿Por qué vamos al lavabo? —me preguntó.

—Es lo que hacemos las mujeres para coger fuerzas —le expliqué.

Vicky arrugó la nariz.

—A veces pienso que los demás son los raros y yo soy la única normal.

Solté una carcajada mientras entrábamos en el inmenso baño. Yo fui a los espejos y Vicky al retrete.

—¿Ni siquiera vas a aprovechar la oportunidad para vaciar la vejiga? —me preguntó sin dar crédito.

Me reí al verla entrar. Justo cuando cerró la puerta de su cubículo, se abrió la de otro y salió Claire.

—Hola —dijo mientras se ponía a mi lado, frente al espejo—. Me había parecido oíros.

Nos miramos por el espejo y me dedicó una sonrisa forzada. Tenía los ojos rojos y los hombros tan tensos que casi le llegaban a las orejas.

—Hola, guapa —repuse con dulzura mientras sacaba el pintalabios, más por hacer algo que otra cosa. Al echarle otro vistazo, le pregunté bajito—: Claire, ¿estás bien?

—Claro —contestó con fingida alegría. Arrugó más las comisuras de los ojos.

Dejé el pintalabios y me giré hacia ella.

—Si necesitas hablar con alguien, aquí estoy —le dije a toda prisa, pues sabía que en cuanto saliese Vicky no soltaría prenda.

Me rehuyó la mirada, pero no antes de que viera que se le habían llenado los ojos de lágrimas. Parpadeó deprisa para contenerlas.

Le toqué el brazo.

—Si Blake te está…

—Eh —me espetó—, métete en tus asuntos y no en los míos. —Retiré la mano y me aparté rápido—. Sé lo que le dijiste a Ollie. No sé para qué te metes.

Cuando se tocó la cara sin pensar, lo vi. Se había maquillado tan bien que casi no se le notaba, pero con la fuerte luz del baño vi que tenía un cardenal desde la sien izquierda hasta el pómulo.

—Ay, Claire —dije con la voz ronca por la emoción y la preocupación—. Cariño, ¿qué te ha hecho?

—Calla —dijo entre dientes justo cuando Vicky salía del cubículo —. Déjame en paz.

—¿Claire? —preguntó Vicky, perpleja—. ¿Cómo es que tienes un moretón en la mejilla?

Puede que Vicky no supiera interpretar el lenguaje corporal de los demás, pero recordaba al detalle todo lo referente a la apariencia física. Claire nos miró a Vicky y a mí con cara de angustia y salió escopeteada.

Me giré hacia Vicky y le toqué el brazo. Observaba ceñuda a Claire.

—Vics, tenemos que irnos ya, pero antes avisa a Ollie. Yo iré a hablar con Claire.

Vicky me miró un momento y luego asintió con brusquedad. Era obvio que quería preguntarme más sobre Claire, pero confiaba en que lo solucionaría. Al salir del baño, Vicky se perdió entre la multitud y se dirigió al bar en el que había estado Ollie antes. Tardé un rato en divisar a Claire en la otra punta de la sala, pero, cuando hice amago de ir hasta ella, alguien me agarró por el codo y me arrastró hacia atrás. Fue tan brusco que eché la cabeza hacia atrás y casi me caigo por los tacones.

—¿Quién coño te crees que eres? —me dijo Blake al oído, arrastrando las palabras. El pestazo a alcohol de su aliento me dio arcadas.

—Suéltame, Blake —dije con voz grave y furiosa.

Forcejeé para zafarme, pero me agarró con tanta fuerza que me estremecí.

—Puede que hayas seducido a mi cuñado con tu chochito mágico, pero sé que solo eres una puta paleta resentida.

—Blake —dije despacio mientras me giraba hacia él y miraba de hito en hito sus ojos rojos—. O me sueltas de una puta vez o te vas a enterar de qué clase de paleta soy. Tendrás atemorizada a tu mujer, pero yo me he enfrentado a tipejos mucho peores que tú. No te conviene meterte conmigo, te lo aseguro.

Entonces Blake cometió un grave error: no me soltó.

Capítulo 34

Mi familia no es asunto tuyo, joder



Lottie

—Ollie vino a darme la brasa por mis hábitos alcohólicos. Me dijo que habías visto indicios o no sé qué pollas. Llevo décadas sentando las bases de esta puta familia. No voy a permitir que una zorra cualquiera me joda la marrana.

—Eres tú el que se la está jodiendo, Blake. Eres un alcohólico y pegas a tu mujer. Hay gente como tú en todas partes y en todas las clases sociales. Que provengas de una familia adinerada no te hace mejor que el resto, como tampoco hace que tu comportamiento sea menos reprobable que el de los demás oportunistas que me he echado a la cara.

—Tú y la chiflada de tu hermana alejaos de mi familia —dijo.

Al apretarme aún más, su saliva me cayó en la cara. Me dio otra sacudida brutal y me levantó la mano. La verdad es que no pensé que fuera tan estúpido como para golpearme en público, por lo que

la sorpresa me impidió esquivarlo con la suficiente rapidez. No me dio de lleno, pero sí que me rozó la barbilla.

Qué huevos tenía.

Ya estaba harta.

Lo que esa gente no entendía era que llevaba apañándomelas sola desde los diez años y no era una niña indefensa a la que avasallar y abofetear, así que levanté el pie y le clavé el tacón en la espinilla a Blake. Gritó y me soltó el brazo, lo que me brindó la oportunidad que necesitaba. Me giré y le di un rodillazo en las pelotas. Hizo un ruido casi inhumano y cayó al suelo.

No me enorgullezco de lo que hice a continuación, pero, en mi defensa, diré que me escocía la barbilla y no se me iba de la cabeza la imagen del rostro magullado de Claire ni la certeza de quién se lo había dejado así. Entonces, eché el brazo hacia atrás de modo que la palma de mi mano mirase a mi oreja y le di un revés en toda la cara que lo dejó tendido a mis pies. No se lo esperaba para nada. Blake, a diferencia de mí, no pensó en esquivar el golpe. Avancé como si nada, de tal forma que le pisé la mano extendida con la punta del pie. Cuando me agaché un poco para apoyar todo mi peso en esa pierna, gimoteó.

—Como vuelva a verle un moretón a tu mujer, te vas a cagar, cabronazo —dije con tono amenazante—. Sí, soy una paleta, no soy como las pijillas a las que estás acostumbrado, pero no soy débil. Nunca lo he sido. Te equivocaste al pensar que podrías mangonear a la simpática jovencita de a pie que no dice palabrotas. Soy tu peor pesadilla: una mujer que se defiende.

Cuando retiré el pie, se apartó de mí, masajeándose la mano.

—Zorra desquiciada —musitó, pese a morirse de dolor—. Me has roto la mano.

Puse los ojos en blanco y me eché el pelo hacia atrás. Se recuperaría. Al girarme, me di cuenta de que habíamos llamado bastante la atención. La gente de nuestro alrededor tenía los ojos como platos; algunos se habían quedado con la copa a medio beber.

—Damas y caballeros —dije, asintiendo a modo de saludo mientras giraba sobre mis talones en la dirección que había tomado Vicky.

Íbamos justas de tiempo; sin embargo, al alejarme, miré hacia donde no era y choqué con un muro, o eso me pareció.

—Hey —dijo Ollie, extendiendo las manos para sujetarme por los codos. Hice una mueca cuando me tocó donde me había agarrado Blake—. ¿Estás bien?

Me dispuse a contarle lo de Claire y Blake, pero entonces recordé el desinterés que mostró la última vez y que era leal a su familia.

—Sí. Estaba buscando a Vics.

—Mierda, ¿qué hora es? —dijo Ollie, presa del pánico—. Me dijiste que te asegurarías de que no estuviera presente.

Me mordí el labio. Teníamos cinco minutos para largarnos. ¿Dónde coño se había metido? Estaba con el corazón en la boca mientras echaba una ojeada a la estancia. Cuando al fin di con Vicky en la otra punta, entendí por qué no estaba saliendo ya por la puerta. Solo existía una distracción que se lo habría impedido: un tipo de metro noventa que, de brazos cruzados, la fulminaba con la mirada.

—Miércoles —mascullé.

Ollie siguió mi mirada y maldijo en voz baja. Mientras echábamos a andar hacia ellos, el organizador anunció:

—¡Ha llegado el momento de la noche en que exclamáis admirados mientras iluminamos todo el condado! ¿Estáis listos?

Ollie echó a correr y yo lo seguí, pero los tacones y la multitud me frenaron. Con el primer estallido, Vicky se estremeció y se llevó las manos a los oídos. Destellos multicolores alumbraron el cielo y el suelo tembló con la fuerza de las explosiones. Vicky, sin destaparse los oídos, empezó a agitar las manos. Entonces, uno de los petardos se desvió y voló cerca de las puertas dobles abiertas, lanzando chispas al gentío. Todos se sobresaltaron. La mayoría se estremeció, pero Vicky se descontroló por completo. Mike había descruzado los brazos y, al ver así a Vicky, cambió su cara de vinagre por una de

preocupación. No reconocía a esa Vicky aterrorizada. La multitud se había recuperado del cohete fallido y se dirigía al enorme balcón para ver el resto de los fuegos artificiales, por lo que, de pronto, nos arrastraron a Ollie y a mí lejos de Vicky. Fue entonces cuando empezó el griterío. Vi que Mike hizo amago de acercarse a ella, pero Vics estaba medio agachada, chillando, agitando las manos y sumida en su mundo de horror particular.

—¡Sujétala! —le gritó Ollie—. ¡Mike, sujétala! —Mike cruzó la mirada con Ollie mientras nos abríamos paso entre la multitud—. ¡Ya!

Entonces Mike avanzó a grandes zancadas hacia ella y estrechó su cuerpecito con sus brazos robustos. Los gritos cesaron y me colé por un hueco que vi entre el gentío para llegar hasta ellos. Una vez a su lado, recogí el bolso de Vicky, que se había caído al suelo, y saqué sus auriculares con cancelación de ruido.

—Mantén una presión firme —le dije a Mike—. No la calmes con caricias. Solo apriétala. Puedes mecerla muy ligeramente de un lado a otro, pero nada de roces suaves. No soporta los roces suaves.

Mike estaba pálido, pero me hizo un gesto brusco y decidido con la cabeza. Le puse los auriculares a Vicky, que se pegaba cada vez más al pecho de Mike.

—Dámela —le ordenó Ollie con un toque en el hombro.

—Ya puedo yo —le respondió Mike con firmeza, fulminándolo con la mirada—. ¿Qué le pasa?

—Es autista —contestó Ollie.

Mike flipó.

—¿Por qué no me lo había dicho nadie?

Negué con la cabeza.

—Es que no quiere que la traten diferente. —Me mordí el labio y agregué bajito—: Y menos tú.

Me miró echando humo.

—¿Qué coño pasa esta noche? Deberíais haber sabido que ocurriría esto. ¿Qué hace aquí?

Vicky gimoteó y Mike la movió ligeramente para abrazarla mejor.

—En teoría, Lottie iba a asegurarse de que no estuviera —dijo Ollie apretando los dientes.

—Pero tú eres su hermano, tío —le espetó Mike. Era evidente que no lo había convencido su excusa.

—¿Dónde estabas tú cuando agredieron a tu hermana? —replicó Ollie.

Mike se puso tenso.

—Eh… ¿y si nos centramos en ayudar a Vicky? —les pregunté.

Ya estábamos llamando bastante la atención. Sabía que Vicky detestaría que la vieran en ese estado.

—Ya la ayudo yo —nos dijo Mike.

Sin darnos tiempo a objetar, la cogió en brazos, se la pegó al pecho y se abrió paso entre la multitud para salir de allí. Ollie y yo lo seguimos a buen paso. Una vez en la entrada, ni se detuvo: fue directo a su enorme y antiguo Land Rover, le puso su chaqueta por encima a Vicky y la sentó donde el copiloto. Ollie se interpuso en su camino para que no subiera al coche.

—Ya la llevo yo a casa —gruñó—. No sabes con qué…

—No, no sé con qué me estoy metiendo porque ninguno de vosotros ha tenido los huevos de decírmelo —lo interrumpió Mike, echando chispas—. Has metido la pata, Harding. Es a mí a quien ha acudido ahí dentro. Es a mí a quien se ha arrimado y seré yo quien se asegure de que esté bien.

Ollie miró con enojo a Mike; no se iba a apartar; pero entonces Vicky dijo con voz trémula:

—Me quedo con Mike.

Ollie se giró hacia ella.

—Vics, creo…

—Deja que haga lo que quiera —dije con voz firme. Ollie me fulminó con la mirada—. Ya es mayorcita, Ollie. Puede tomar sus propias decisiones.

—Vale —espetó, apartándose para que Mike se subiera al asiento del conductor—. Como le pase algo, te juro por Dios…

Mike puso los ojos en blanco y apoyó el brazo en el respaldo del asiento de Vicky para mirar por encima del hombro y dar marcha atrás. Vicky observó atónita la maniobra y advertí que se le pasaba el susto y lo sustituía una emoción completamente distinta. No hay nada como ver a un hombre atractivo dando marcha atrás con el brazo sobre el asiento. Reprimí una sonrisa cuando giró hacia atrás y salió pitando.

—Se recuperará —le dije a Ollie con tono distendido, aliviada de que Vicky se hubiera calmado.

Pero, cuando Ollie se volvió hacia mí, reparé en que igual un tono tan desenfadado no era lo más aconsejable en ese momento. Estaba lívido de preocupación y furia y apretaba los puños en sus costados. Era la primera vez que me sentía físicamente amenazada por él y, después de lo que había sucedido esa misma noche, retrocedí un paso con vacilación. Volvía a mirarme como cuando acepté el dinero para alejarme de él.

—Prometiste que te la llevarías antes de que empezaran los fuegos artificiales —dijo, acercándose a mí y poniéndome la mano en el hombro para que me girara hacia él.

—Mira —me apresuré a decir—. Es que ha pasado algo con Blake y…

—¿Otra vez con eso? —me espetó—. Ni se te ocurra culpar a Blake. Bastante la he cagado ya con mi hermana y mi cuñado por culpa de tu pasado, que te hace imaginarte cosas, ¿y ahora vas a culpar a Blake por no cuidar de mi otra hermana cuando me lo prometiste?

—Ollie, no lo entiendes. Blake…

—¡Ya vale! —gritó—. Ya me he hartado. La que has liado por tus idas de olla. Vicky estaba bien antes de que llegaras.

—No estaba bien —le rebatí—, estaba frustrada. He estado ayudándola.

—No necesitaba tu puñetera ayuda. Mira cómo ha acabado gracias a tu ayuda.

—Vicky quería salir de su zona de confort. Le apetecía…

Me interrumpió con una risa áspera y falsa.

—Joder si ha salido. ¿Crees que quería eso? ¿Crees que quería que todo el mundo la viera sufriendo una crisis? Te dije que no la presionaras tanto. Llevo diciéndote desde el principio que la dejes en paz.

—Quiero a Vicky —le dije con voz trémula—. Nunca haría nada para lastimarla.

—Qué pena, porque ya lo has hecho, así que…

—Mira, ella ya estaba molesta con tu familia —le solté—. Si me escucharas, verías que Blake y Claire…

—Deja de hablar de mi familia. —El tono de Ollie había devenido grave y amenazante—. Mi familia no es asunto tuyo, joder.

Atónita, cerré la boca. No había forma de rebatírselo. Tenía razón, su familia no era asunto mío. Esa no era mi gente.

—Vale —convine con voz apagada. Miré la mano con la que me sujetaba el hombro y añadí—: Ya puedes soltarme.

Por un instante se le pasó el cabreo.

—Mierda, Lottie, no quería decirlo así. Es que… —Soltó un suspiro de frustración—. Ya sabes que soy muy protector con Vicky y…

Negué con la cabeza.

—Te he dicho que lo entiendo. Quita la mano de mi hombro.

Al ver que no lo hacía, decidí que ya estaba harta y me zafé de un tirón. Cuando volvió a intentar agarrarme, retrocedí dos pasos rápidos y, por una vez, no tropecé ni caí de culo. Gracias a Dios. Por un momento fue presa del pánico, pero enseguida se le endurecieron los rasgos con determinación.

—Esto no cambia nada —dijo, convencido.

Resistí el impulso de negar con la cabeza.

—Ve a ver cómo está tu hermana —le dije, aún impasible.

Frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿De qué ha…?

Cerré los ojos. Tomé aire y lo solté despacio.

—Ve a ver cómo está Claire, Ollie.

Resopló, miró hacia la entrada del evento y luego a mí; su indecisión era palpable.

—Ollie, ve a ver cómo está tu familia —dije con retintín.

Capítulo 35

El feudalismo terminó hace cuatrocientos años



Ollie

—Tu novia es una puta psicópata —dijo Blake arrastrando las palabras mientras me agarraba del brazo.

Al volverme hacia él me quedé estupefacto.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté.

Tenía el ojo izquierdo hinchado, la camisa desabrochada y los ojos enrojecidos.

—La guarra esa es lo que me ha pasado —me espetó.

Me quité de encima su mano mientras el pánico me invadía y me oprimía el pecho.

—Blake —dije muy despacio—, ¿de qué coño estás hablando?

—Tu novia me ha atacado.

Me crucé de brazos y lo miré con recelo.

—Eres el doble de grande que ella, Blake.

—Ya, bueno, pero es una psicópata de pueblo.

—¿Me estás diciendo que Lottie te ha atacado sin que la provocaras? ¿Es eso lo que dices? —inquirí, extrañado.

Miró a un lado para dar con una mentira convincente y, al no encontrarla, se encogió de hombros.

—Te dije que no confiaras en ella, tío. Es una puta barriobajera de acogida. No es de los nuestros.

—Cuidado, Blake —le advertí en voz baja.

—No me lo puedo creer. —Su voz se elevaba, arrastrando las palabras aún más mientras se tambaleaba—. ¿Te estás poniendo del lado de esa escoria? ¿Y tu lealtad familiar?

—¿Blake? ¿Ollie? —La voz de Claire rompió la tensión y ambos nos giramos hacia ella.

Intentó sonreír, pero fue una sonrisa vacilante y nada sincera. Observé su rostro largo rato y entonces una oleada de rabia me golpeó con tanta fuerza que me dejó sin aliento.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le pregunté con la voz entrecortada.

—¿El q-qué? —dijo Claire.

Se le borró la sonrisa falsa y le tembló la mano con la que sostenía su copa de champán. Le toqué la mejilla un momento y bajé la mano. Iba tan maquillada que habría pasado por alto el moretón de no haberla observado tan de cerca. Tragué saliva para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta. Mi hermana estaba herida y yo no la había protegido.

«Tengo un mal presentimiento sobre él, Ollie. Lo siento. Sé que es de la familia, pero sin duda es alcohólico, y creo… creo que es peligroso».

Madre mía, qué imbécil había sido. Me acerqué a Claire y la abracé con fuerza para reprimir mi ira.

—Ollie, ¿qué…? —empezó a decir, pero la interrumpí.

—Siento que no pudieras decírmelo, renacuaja —dije en voz baja, contra su pelo.

Se puso tensa en mis brazos.

—¿A qué…?

—Nadie le hace daño a mi hermana.

—Ollie, no es…

Me aparté para mirarla a la cara y la tomé de las mejillas.

—Nadie te hace daño. ¿Queda claro?

Al principio negó con la cabeza, pero, al mirarme, se le demudó el semblante. Al segundo, se le desencajó el rostro y lo hundió en mi pecho; temblaba por los sollozos contenidos.

—¿Qué pasa aquí? —intervino mamá.

Al mirar arriba, la vi flanqueada por Felix y Lucy. Felix miraba a Blake con una furia absoluta. Besé a Claire en la coronilla y se la pasé con cuidado a mamá.

—Clairecita —murmuró mientras Claire sollozaba sobre su hombro —. ¿Qué diantres…?

—Claire, cariño —dijo Blake, que al fin se preocupó por consolar a su esposa.

Me interpuse en su camino y lo frené en seco. Se tambaleó mientras me miraba de hito en hito.

—Le has hecho daño a mi hermana.

—¿Cómo? —exclamó tan alto que casi chilló. Su cara era de puro terror—. ¿Que yo le he hecho daño a Claire? ¿Qué tontería es esa?

—Tiene un moretón en la mejilla, cerdo asqueroso —dije casi gritando, al borde de la locura.

Soltó una risa nerviosa y retrocedió unos pasos, pero Felix se había movido para interceptarlo y lo empujó hacia mí. Fue entonces cuando vi que se masajeaba la mano.

—¿Ha dicho algo la paleta de mierda esa? —espetó Blake, cuyo rostro pasó de la falsa preocupación por su mujer a la furia absoluta —. Te lo he dicho, me ha agredido. Fijo que también ha agredido a tu hermana. No es por nada, pero creo que me ha roto la mano.

—Deberías estar agradecido —intervino Felix—, porque Lottie se me ha adelantado, que si no la tunda te la habría dado yo, y te aseguro que no estarías quejándote de tu mano ni pensando que a lo mejor te la has roto. Lo sabrías… si siguieses consciente, claro.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a Felix sin quitarle ojo a Blake, el cual miraba a izquierda y derecha en busca de una salida.

—Blake ha agarrado a Lottie y la ha zarandeado tan fuerte que le han castañeteado los dientes —dijo Felix, apretando los suyos. Ahora Blake sí parecía aterrado—. Y luego le ha dado un revés. Lo ha esquivado, pero creo que la ha rozado.

—Eso es mentira —espetó Blake.

—Ha pasado rapidísimo —continuó Felix, como si Blake no hubiera hablado—. Antes de que me diera tiempo a alcanzarla, le ha dado una patada en los huevos y un revés como una putísima *ninja* y ha desaparecido entre la multitud. Después estabais con Vicky.

—Joder —murmuré. Creí que iba a vomitar.

¿Habían agredido a Lottie? Y no pensaba decírmelo. No, solo quería que fuera a ver cómo estaba mi hermana. Pensaba que no la creería o, tal vez, que me la sudaría. Estaba anonadado. Entonces me vino a la cabeza la marca roja que se hizo en las costillas el día que se cayó a la piscina. La bilis me subió a la garganta al recordar sus palabras: «No he tropezado. Me han dado un codazo tan fuerte que me he caído a la piscina».

Me moví como un rayo. Blake abrió mucho los ojos cuando lo agarré por la nuca y lo sacudí un poco para llamar su atención.

—Fuiste tú el que la empujó a la piscina aquel día, ¿no? —le pregunté. Como no me contestó, alcé la voz mientras volvía a zarandearlo—. ¿No?

—¡Joder! —soltó iracundo, aún fingiendo que estaba indignado, pero había palidecido—. ¿Por qué coño iba a…?

—Te tenía calado. Te caló enseguida y no te hizo ninguna gracia.

Blake observó nuestros semblantes hostiles y el suyo se transformó en una horrible faz de auténtica rabia que no le había visto nunca.

—Se me fue el codo, ¿vale? Fue un accidente.

—Imbécil, que se podría haber ahogado.

—¿Cómo iba a saber que no sabía nadar? ¿Qué adulto que se precie no sabe nadar?

—Oímos cómo se lo decía a Ollie, Blake —repuso Claire con voz trémula, pero más fuerte de lo que la había oído en mucho tiempo.

—Tú calla —le espetó Blake.

—Serás hijo de puta —dije, acercándome a él, que se alejaba de mí—. No me puedo creer que…

—¡Es una puta chacha, tío! —gritó, y el muy cabrón intentó darme un puñetazo.

Sin embargo, estaba bebido, torpe y, para variar, se enfrentaba a alguien de su tamaño. Sorteé el golpe sin problema, lo agarré de la camisa y con la otra mano le arreé un derechazo en toda la jeta.

—Te irás de casa de mi hermana —dije contenido mientras él gemía a mis pies—. No quiero volver a verte la cara nunca más. —Me agaché junto a él y lo agarré del pelo para hablarle al oído—. A lo mejor lo has olvidado, pero esta ciudad es mía, toda mía. Nadie le pone la mano encima a mi familia. Ya no pintas nada en Londres. Vete por ahí a vivir de lo que te quede de fondo fiduciario, porque no volverás a trabajar aquí en la vida.

Lo solté y me puse de pie. Habían llegado dos hombres del equipo de seguridad del evento. Señalé con la cabeza a Blake, que se levantaba con dificultad.

—Lleváoslo, lo quiero fuera de mi propiedad. Metedlo en un taxi y que lo deje donde sea, pero que no vuelva aquí bajo ninguna circunstancia.

Asintieron y lo agarraron por debajo de los brazos para sacarlo a rastras.

—Ollie, escúchame. Puedo explicarlo —empezó a gritar Blake mientras se lo llevaban a rastras—. ¡Fue un accidente! ¡Claire! ¡Díselo!

Claire seguía sollozando en el hombro de mamá.

Sabía que debía quedarme con ella, pero no podía quitarme de la cabeza la cara inescrutable de Lottie. Así que fui hasta mi hermana, la besé en la sien y le susurré al oído que volvería enseguida. Mientras cruzaba la habitación en busca del cabello color caramelo de Lottie y su precioso vestido, me atenazó el pavor.

«Mi familia no es asunto tuyo, joder».

Mientras la buscaba, no dejé de darle vueltas a lo que le había dicho. ¿Qué había hecho?

A ver, estábamos en el quinto pino, así que no habría ido muy lejos. ¿Cuánto daño le habría hecho? Recordé cómo se había estremecido cuando la había agarrado del codo y volví a tener náuseas. Me acerqué a uno de los aparcacoches.

—Oye, mira, he estado aquí hace un momento con una mujer con un vestido azul. ¿Sabes de quién te hablo?

El tipo se giró hacia mí y me miró fijamente.

—Te he visto, tío —me soltó.

Vale, no le había gustado cómo había tratado a Lottie. Ya éramos dos. Respiré hondo para calmar mi frustración.

—Vale —dije, apretando los dientes—. ¿Y has visto por dónde se ha ido? La he buscado por todas partes y no la encuentro. No tiene coche, así que no se ha ido por su cuenta, y…

—No la he visto —me interrumpió con la vista al frente.

Me llevé las manos a las caderas. El tío ese me estaba mintiendo a la cara. Los tenía bien puestos, lo admito, pero yo solo quería saber dónde estaba mi prometida, hostia.

—Hemos discutido y estoy preocupado por ella, ¿vale?

Rio con ironía, pero lo disimuló tosiendo. Lo miré con suspicacia.

—Es imperativo que la encuentre —le espeté.

—Bueno, si es imperativo, ahora mismo te ayudo, jefe.

El muy cabrón se estaba pitorreando. Sabía por dónde se había ido Lottie.

—Escucha… —empecé, pero me interrumpió.

—No, escucha tú, gilipollas —dijo, lo que me dejó de piedra. Nadie me había hablado así nunca—. Si tu piba quisiera verte, estaría aquí. Por lo que he presenciado antes, no querrá verte el pelo en una buena temporada.

—¿Sabes quién soy?

Volvió a reír con sarcasmo.

—Sí, sí: el duque de Follangham. Eso no te da derecho a tratar a las mujeres como a un trapo sucio. El feudalismo terminó hace cuatrocientos años, más o menos cuando deberían haber caducado tus titulillos de tres al cuarto. No te voy a decir ni mu.

Capítulo 36

Tu amor es condicional



Lottie

Puse un temporizador.

Una vez regresé a nuestro antiguo piso (el trayecto desde el metro ahora me daba un poco de yuyu, pero le eché ovarios y seguí adelante; vivir en una zona pija me había ablandado), escribí a Hayley para asegurarme de que estaba bien con sus abuelos y cerré con llave. A continuación, puse un temporizador de veinte minutos. Me pareció el tiempo adecuado: menos de media hora, pero más de diez minutos. Una vez puesto, me tiré en la cama, me acurruqué en posición fetal y lloré. No en silencio, como de costumbre, sino con sollozos desgarradores, mocos y lágrimas torrenciales: dramatismo en su máxima expresión; pero cuando sonó el temporizador me incorporé, me limpié la cara, me obligué a abrir los puños y me preparé para acostarme. A la hora o así empezaron los golpes, pero, por suerte, tenía tapones para los oídos (en ese bloque eran imprescindibles si querías pegar ojo), así que los ignoré.

A la mañana siguiente ya no había lágrimas. Total, no podía permitirme el lujo de tener una pinta horrible, y menos cuando esa noche iba a ver a los abuelos de Hayley.

—Qué jersey más curioso —comentó Brenda, la abuela de Hayley, tras abrirme la puerta.

Intenté sonreír, pero, cuando me miró ceñuda, deduje que no me estaba saliendo muy bien, así que desistí.

—¿Está lista Hayley? —pregunté con tono monocorde.

Brenda me sorprendió abriendo la puerta de par en par y haciéndome un gesto para que entrara. Normalmente solo permitían la entrada a su santuario a Hayley y a mí me trataban como a una repartidora inoportuna, alguien a quien tenían que aguantar para poder ver a su nieta.

A ver, yo no era de su familia, así que ¿qué esperaba? Casi solté una carcajada histérica al recordar lo mucho que me había esforzado con esos dos: mis sonrisas radiantes, mis pasteles caseros, mis infinitos intentos por justificar las decisiones que tomaba por mi hermana, cuando era yo quien la conocía más, cuando les llevé a Hayley la pasada Navidad a la hora que habían indicado, con una bandeja de tartaletas cocinadas por mí, solo para recibir una sonrisa falsa y un portazo en los morros después de que la hicieran pasar… No sé dónde creían que me metería el día de Navidad, pues no tenía coche y el transporte público era mínimo. Al final, pasé tres horas pelándome de frío en un banco del parque hasta que me permitieron recoger a Hayley.

No era de su sangre, así que no era bienvenida. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había pisado su casa.

Alguien bajaba las escaleras a grandes zancadas. Asombrada, me volví hacia Hayley justo a tiempo de verla arrojarse a mis brazos como una flecha.

—Hola, tesoro —dije con suavidad, agachándome para devolverle el abrazo. Cuando me aparté un poco para observar su rostro, se me borró la sonrisa—. ¿Estás bien?

Miró al suelo y se encogió de hombros; estaba completamente hermética y no decía ni pío. Cuando la dejé para que pasase el finde con ellos, estaba contenta. ¿Qué le habría pasado?

—Hayley —dijo Brenda con tirantez—, ve a por tus cosas. Tengo que hablar con tu hermana.

Tony salió de la cocina y se plantó junto a su esposa.

—Vete, cariño —le dijo a Hayley.

Hayley se detuvo un buen rato y, después, subió arriba escopeteada.

—¿Por qué ha estado llorando? —les pregunté una vez que estuve segura de que no nos oía.

Brenda se puso tensa y Tony se movió incómodo.

—Queríamos que se hiciera a la idea de que viviría aquí, con nosotros. Pensamos que lo mejor sería explicarle la situación antes de la audiencia de protección que tendrá lugar en un par de semanas; sin embargo, no… eh… no se lo ha tomado bien.

—Sé que estaba progresando, pero después de hablar con ella, no… —Tony se movió con incomodidad mientras se frotaba la nuca —. Que no ha abierto la boca desde entonces.

—¿Es coña? —les espeté, y ambos se estremecieron.

Sabían lo mucho que había progresado Hayley. Es más, ella misma les había hablado cuando la había dejado el día anterior. Puse los ojos en blanco.

—Tranquilos, yo me encargo. —Sola, como siempre—. ¡Va, Hails! —grité desde el pie de las escaleras.

—De verdad que no pretendíamos que empeorase —dijo Brenda.

Cuando la miré, vi que se arrepentía de verdad.

—No éramos conscientes de lo mucho que la alteraría que os separasen.

—Pues ya lo sois. —Los miré a ambos con fijeza y seriedad.

Hayley eligió ese momento para bajar corriendo las escaleras con su mochila y arrojarse a mis brazos. Se apartó de Brenda y Tony cuando intentaron abrazarla. Tony carraspeó cuando nos disponíamos a salir por la puerta.

—Quizá podríamos ir a una de las sesiones de Hayley con el tipo ese que mencionaste —dijo con voz ronca.

Lo miré perpleja. Brenda y Tony siempre se habían opuesto con firmeza al tratamiento que le había buscado a Hayley. Creían que si exagerábamos su condición la perpetuaríamos. Ninguno aceptaba que el trauma que sufrió en su más tierna infancia fuese un factor contribuyente. Respiré hondo y exhalé despacio. Mi instinto me decía que los mandara a freír espárragos, pero ¿ayudaría a Hayley acaso? Puede que yo no tuviera más familia, pero ella sí, y era importante. Ellos lo eran: constituían una parte de su tapiz de apoyo. Por eso sugerí que pasase la noche con ellos, pese a que recientemente hubieran presionado para quedarse con su custodia. Hayley se había sentido más cómoda en su presencia durante los últimos dos meses, así que pensé que ya iba siendo hora.

Tragué saliva para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta.

—Vale —dije despacio—. Hay una sesión el martes. Os enviaré un mensaje con los detalles.

—Vale —dijo Brenda. Y me dirigió una sonrisa temblorosa. Me quedé a cuadros.

Hayley no dijo nada en el metro de vuelta a casa y yo no intenté obligarla. Cuando estaba estresada, lo mejor era no obligarla a hablar. Ya se relajaría. Lo único que hice fue rodearla con el brazo, besarla en la coronilla y asegurarle que nada nos separaría. Acabó relajándose y, para cuando llegamos a nuestra parada, dormía como un tronco. Estaba tan frita que decidí llevarla en brazos a casa, aunque no era lo ideal, dado nuestro barrio y lo mucho que había crecido en los últimos meses. Justo cuando me detuve para reacomodarla en mis brazos en lo alto de las escaleras del metro, vi de reojo una figura grande y me asusté.

—Eh, eh —dijo Ollie, con las manos en alto y las palmas hacia delante—. Perdona, preciosa. No pretendía asustarte.

Mi lado complaciente estaba desesperado por aliviar la tensión que había entre nosotros, pero ya estaba harta de ser esa chica. A

esa chica la habían pisoteado y le habían roto el corazón, así que fingí que no estaba y reanudé el camino.

Ollie me alcanzó y echó a andar a mi lado.

—Lo siento, Lottie. Lo siento muchísimo.

—Lo sé —dije, orgullosa de mí misma por mantener la voz estable.

Sin embargo, me había prometido que ya había llorado todo lo que iba a llorar la noche anterior. Me había concedido veinte minutos y no iba a dedicarle más energía emocional a ese asunto.

—Vale —dijo Ollie, despacio—. Mira tú qué bien. ¿Os venís a casa?

Fue entonces cuando vi que un coche negro circulaba a nuestro lado, a la misma velocidad que nosotros.

—Ollie, sé que lo sientes —insistí, reacomodando el peso muerto que era Hayley en mis brazos. Me quemaban los músculos del esfuerzo.

—Ya la llevo yo —sugirió Ollie en voz baja.

Negué con la cabeza bruscamente.

—No —le espeté—. Ya puedo yo.

—Ya sé que puedes, Lottie, pero déjame ayudarte.

—Déjanos en paz.

—Maldita sea, no hace falta que te las apañes y lo hagas todo tú sola todo el tiempo —dijo Ollie, alzando la voz, cada vez más impaciente.

Solté una risotada áspera, tan sombría que me dolió incluso a mí.

—Llevo toda mi vida apañándomelas sola, no es una decisión que haya tomado, Ollie. No me levanté un día y pensé: «Oye, ¿sabes qué? Me apetece deslomarme y darnos una vida decente a mi hermana y a mí sin ayuda de nadie». Es lo que me ha caído en suerte, no una decisión que haya tomado.

Me ardían tanto los brazos que por poco me falló uno. Hayley se me escurrió, pero, antes de que me diera cuenta, Ollie ya la había cogido. Hayley lo miró adormilada mientras él la acomodaba en sus brazos. Se sonrieron un momento y ella hundió la cara en su cuello y

volvió a dormirse. Y durante todo ese rato, el tío ni aminoró el paso siquiera. Maldito Ollie, que estaba guapísimo con su abrigo de cachemira tres cuartos, llevaba a niños de ocho años a cuestas como si no pesaran nada y hacía que me doliese el corazón de lo mucho que lo deseaba. Por suerte, solo faltaban unos cincuenta metros para llegar a mi bloque, así que me abracé, mantuve la mirada fija en el suelo y caminé a paso ligero.

—Ya la llevo yo ahora —dije al llegar a la entrada.

Todavía me temblaban los brazos, pero estaba segura de que podría con ella. Ollie se quedó mirando la entrada con evidente fastidio.

—Lottie —dijo con más delicadeza—. Sé que estás enfadada conmigo, pero, te lo pido por favor, ¿podrías enfadarte conmigo en mi casa, que sí es un lugar seguro?

—Dame a mi hermana.

Suspiró, pero dio media vuelta y empezó a subir las escaleras de dos en dos con Hayley todavía en brazos. Eso también me repateó. Para cuando llegamos a mi piso, yo estaba jadeando y él ni sudaba. Traté de quitarle a Hayley de nuevo, pero enarcó una ceja por toda respuesta y esperó a que abriera la puerta. Una vez dentro, la llevó a su cuarto, la acostó, la arropó y nos dejó a solas. Le aparté el pelo de la cara a mi hermana y le di un beso en la frente.

—Que descanses, tesoro —susurré contra su sedosa piel.

Cuando volví al salón, Ollie estaba frente al sofá y mi minúscula morada bullía de su inagotable energía.

—Ollie, estoy demasiado cansada para…

—A ver los brazos.

—¿Los brazos? ¿De qué…? —dije, desconcertada.

—Por favor, preciosa —suplicó como atormentado—. Por favor, déjame verte los brazos.

Puse los ojos en blanco y me arremangué. Ollie me observó el brazo izquierdo y se fijó en donde yo sabía que estaban las huellas de Blake. Con una ternura infinita, como si fuera de cristal, me separó la mano del cuerpo para verme el cardenal, cada vez más

oscuro, amoratado e inflamado, que sabía que abarcaba la circunferencia de mi brazo. Oí un ruido sordo y retumbante, y después me di cuenta de que era un gruñido real que salía del pecho de Ollie. La energía del ambiente cambió. Ahora era eléctrica: furia, preocupación y una insólita pizca de desesperanza que no había percibido nunca en Ollie. Tragó saliva y me bajó el brazo al costado, pero no me soltó la mano.

—Lottie —dijo con voz ronca—, preciosa, no puedo… —Negó con la cabeza y cerró los ojos—. Sé que no basta con que me disculpe. Lo sé. Sé que te he fallado. No hace falta que me perdones ahora, pero, te lo ruego, plantéate volver a vivir conmigo. No quiero ni… — Se calló y crispó la mandíbula. Cuando volvió a hablar, su tono fue más afable—. No quiero ni imaginarme a Hayley y a ti viviendo aquí.

Puse los ojos en blanco.

—Llevamos aquí más de un año, Ollie. Y, exclusiva: vivimos aquí aquellos meses que fuiste un canalla conmigo por primera vez. Entonces no te importó.

Me zafé de él y di un paso atrás. Por desgracia, dado lo pequeño que era el salón, eso fue lo más lejos que pude llegar sin tropezar con el sofá. Ollie estaba que trinaba, pero se quedó donde estaba, con las palmas de las manos hacia mí en señal de rendición.

—Madre mía, Lottie, ¿crees que no lo sé? ¿Crees que no he pensado en ello? ¿En lo imbécil que fui?

Dio un paso hacia mí, pero pasé por debajo de su brazo para alejarme de él.

Me observaba desde la otra punta de la estancia con expresión cautelosa, apretándose la nuca. Rezumaba frustración.

—No voy a alojarme en tu casa —dije lo más firme que pude—. Necesito mi espacio y readaptarme con Hayley. No pretendo castigarte ni nada por el estilo. Sé que te sientes culpable, pero, la verdad, siendo objetivos, has hecho mucho por mí y Hayley, así que deberías dejar de culparte y pasar página.

—¿Pasar página? —gritó, echando chispas—. Estoy enamorado de ti, Lottie. ¿Cómo esperas que pase página así como así? No he

venido porque me sienta culpable. Me la pela que creas que he hecho mucho por vosotras; yo tenía recursos y vosotras no, punto. —Hizo un aspaviento y soltó una breve carcajada—. Lo que he hecho por ti y Hayley es una minucia en comparación con lo que podría hacer. Tú habrías hecho el doble por mí si nuestra situación financiera hubiera sido la contraria, sabes que sí, porque, Lottie… —Dio un par de pasos hacia mí; retrocedí hasta topar con la encimera de la cocina, pero eso no detuvo su avance—… tú también estás enamorada de mí.

Siguió acercándose hasta plantarse justo delante de mí. Paralizada, observé la emoción ardiente de sus ojos azules.

—Te hizo daño —dijo con voz áspera. Para mi absoluta sorpresa, el azul de sus ojos se volvió vidrioso por las lágrimas contenidas. Me echó la cabeza hacia atrás para mirarme la barbilla, roja—. Te hizo daño igual que se lo hizo a Claire, y yo no estuve ahí. No te creí.

No soportaba la intensidad de su mirada, así que aparté la vista de él y le pregunté en voz baja:

—¿Está bien Claire?

—Eh… —Suspiró—. Lo estará.

Asentí al notar que me tocaba la mejilla. Me permití saborear su calor un momento mientras cerraba los ojos; solo un instante de debilidad; luego me aparté. Me miró fijamente antes de bajar la mano y guardarse las dos en los bolsillos del abrigo. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz ronca.

—Por favor, vuelve a casa. Te quiero. No…

—Deja de decir eso —le espeté. Ya estaba harta—. Ya no significa nada. Solo me quieres si te beneficia: si ayudo a tu familia o me guardo mis opiniones controvertidas. Tu amor es condicional. Toda mi vida me han puesto límites y condiciones al amor, y ya estoy harta. Para eso prefiero estar sola. Va, vete.

Me quité el anillo de compromiso y, de mala gana, se lo puse en la mano.

Capítulo 37

Faltaba la otra



Ollie

Miré el reloj por enésima vez y volví a observar, ceñudo, la boca del metro. ¿Dónde se había metido?

—Joder —mascullé en voz baja mientras sacaba el teléfono móvil.

—¿Qué te pasa? —repuso Vicky con su habitual brusquedad.

—¿Dónde está?

Vicky resopló.

—Lo que haces no tiene ningún sentido. Lottie es una persona capaz. No necesita que la acompañes al metro y la esperes a la salida todos los días.

Eché un vistazo al barrio, al trapicheo que estaba teniendo lugar en la calle de enfrente, a la reyerta que se había iniciado delante del bar e hice una mueca.

—No sabes lo que dices, Vics —le dije con la condescendencia típica de los hermanos mayores; un tono que Vicky nunca se había tomado muy bien, que digamos.

Rio con ironía.

—Teniendo en cuenta que Lottie todavía me dirige la palabra, yo diría que sé mucho más que tú. Si tanto te molesta, mándale un coche todos los días como haces con Hayley.

Lottie había aceptado que su hermana fuese a clase y volviese a casa en limusina, pero no quería un transporte seguro para ella. Era del todo exasperante. Lo único bueno era que así la veía dos veces al día, aunque fuera mientras llovía a cántaros, como en ese momento. A diferencia de la mayoría de esa pobre gente, yo al menos tenía paraguas.

—Vicky, dime si ya ha salido de la oficina.

—Ha salido a la hora de siempre, como de costumbre.

—¿Pues dónde coño se ha metido?

—Oliver, llámala.

—No puedo —murmuré.

—¿Y eso? —insistió Vicky.

—No puedo llamarla porque me ha bloqueado.

—Guau, qué… Guau. Bueno, Mike me ha dicho…

—¿Mike? —le espeté—. ¿Cuándo has visto a Mike?

Cuando Mike llevó a Vics a casa aquella noche, me puse furioso. ¿Quién coño se creía que era para sacar a mi hermana así y acusarme de ser un hermano de mierda? Bueno, lo mismo tenía razón, pero era él quien había estado rechazando a Vics y evitándola durante los últimos meses, y, de repente, pese a haberle dejado claro en varias ocasiones que no estaba interesado en ella, se había convertido en su príncipe azul. Había visto cómo el muy cabrón le daba calabazas una y otra vez a mi querida hermana. ¿Por qué leches le hacía caso ahora?

—No quiero hablar contigo de Mike.

Gruñí por lo bajo, frustrado. Vicky era casi incapaz de mentir, así que cuando no quería revelar algo sobre lo que tendría que mentir, se lo callaba. Pero entonces avisté a Lottie.

—Mierda, Vics, tengo que irme. Ya está aquí.

Colgué y me guardé el teléfono en el bolsillo mientras echaba a correr hacia Lottie, que se alejaba. Estaba empapadísima, se le

pegaba el pelo a la cara y a la espalda y caminaba encogida y con la cabeza gacha para protegerse de la lluvia helada.

Cuando llegué a su lado, vi que tenía los labios amoratados y que temblaba bajo su fino impermeable. Se sobresaltó cuando le puse el paraguas sobre la cabeza y el aguacero dejó de azotarle el rostro; sin embargo, cuando vio que era yo, me miró de reojo y adelantó a unas personas que venían en dirección contraria para dejarme atrás. Maldije entre dientes mientras me quitaba el abrigo y volvía a su lado. Seguía ignorándome; los hombros casi le rozaban las orejas. Le puse encima el abrigo, que le quedaba enorme, como un saco, pero debía calentarla como fuera.

—Por el amor de Dios, Ollie, vete a tomar viento —gruñó, pero bien que no se quitó el abrigo. Eso es que estaba helada.

Sonreí. Bueno, no era el saludo más afectuoso del mundo, pero hacía más de dos semanas que no me hablaba, así que lo consideré un gran avance. Me conmovió oírla hablar así: volvía a evitar las palabrotas.

—No puedo «irme a tomar viento», Lottie —le contesté con sinceridad—. De veras que no quiero ni imaginarte volviendo sola a casa por este barrio de mala muerte. No puedo.

—Pues bien que pudiste durante los meses que pensaste que era una zorra codiciosa —masculló.

Lo encajé como el golpe bien merecido que era. Caminamos en silencio hasta que llegamos a la entrada de su bloque. Entonces se giró hacia mí y, bajo mi paraguas, cobijados del chaparrón, me miró a los ojos y suspiró.

—Perdona —dijo en voz baja—, no pretendía meter el dedo en la llaga. Es injusto, pero, Ollie, no puedes seguir así. En serio, ¿quién dirige el Imperio de Buckingham mientras me acompañas a estaciones de metro completamente seguras y me esperas para volver a casa?

—¿Por qué le has devuelto el dinero a mi madre? —le pregunté—. Lottie, no lo necesita. No tenías por qué hacerlo.

—Tú y tu familia ya nos estáis ayudando a Hayley y a mí a pagar el colegio. He ahorrado lo que he podido desde que trabajo para tu hermana. Se lo habría devuelto antes, de haber podido.

—¡Me cago en todo! —espeté—. Es calderilla para nosotros. ¿Por qué lo devuelves? No tiene sentido.

Se inclinó ligeramente hacia mí. Echaba humo. Era la primera emoción real que me mostraba en dos semanas y se me aceleró el pulso. Cualquier cosa era mejor que la indiferencia y las miradas vacías que me había dedicado hasta ahora.

—Puede que para vosotros sea calderilla, pero a Hayley y a mí nos cambió la vida; sin embargo, no quiero estar más endeudada contigo y con tu familia de lo que ya estoy.

Resoplé con frustración.

—Si por mí fuera, no estarías endeudada con mi familia, formarías parte de ella.

Me miró atónita.

—¿Q-qué?

—El compromiso, Lottie.

—El compromiso era de pega.

—Dejó de ser de pega en el momento en que juraste que eras mía mientras te penetraba hasta el fondo.

—¡Ollie!

Se puso colorada y miraba a un lado y a otro de la vergüenza. Albergué esperanzas.

—No, miento. Lo nuestro lleva siendo muy muy real desde la primera vez que te besé. ¡No! Desde que hablamos por primera vez y me dijiste que no fuera imbécil.

Abrió los ojos como platos.

—Ollie, eso fue antes de que…

—Lo sé —dije con firmeza—. Lo sé perfectamente. Como también sé que llevo pifiándola sin parar desde entonces, pero eso no cambia el hecho de que eres mía desde esa conversación…

—No puedes…

Me arriesgué a tocarle la mejilla; la cálida esperanza que había brotado en mi pecho se expandió al ver que no se apartaba.

—Y yo tuyo, Lottie. He sido tuyo y siempre lo seré; mi familia es tu familia; tú y Hayley estáis hechas para mí, y yo estoy hecho para vosotras.

Por un momento la convencí. Se inclinó hacia mí de nuevo muy ligeramente, jadeando y con las pupilas dilatadas mientras me miraba de hito en hito. Entonces sonó la bocina de un coche, se estremeció y se nos cortó el rollo. Se me cayó el alma a los pies cuando se puso fuera de mi alcance.

—No puedo creerte —susurró tan bajito que apenas la oí con la lluvia—. No quiero arriesgarme a… —Cerró los ojos, lo que me impidió interpretar su mirada—. No puedo volver a derrumbarme. No sé si podría volver a levantarme.

Fui a tocarla de nuevo, pero esa vez no la pillé desprevenida. Se giró deprisa hacia el dispositivo de reconocimiento facial de la puerta exterior (el que mandé instalar la semana anterior) y entró en el edificio. Me quedé mirándola bajo la lluvia torrencial lo que se me antojó una eternidad, pero di media vuelta justo cuando llegó la limusina.

—¡Ollie! —dijo Hayley al salir del coche.

Corrió hacia mí y la alcé para abrazarla. Además de hablar más, Hayley estaba mucho más abierta a mostrar afecto físico a gente de su confianza, no solo a su hermana.

—Hola, polizona —le dije, haciendo malabarismos con el paraguas para que no nos mojáramos mientras me ponía a su altura—. ¿Qué tal en el cole?

—¡Genial! ¡Hemos comido pudines de Yorkshire!

—¡Hala! —Sonreí—. Qué buen día. Para mí, cualquier día con pudines de Yorkshire es la pera.

Llevaba dos semanas viéndola con regularidad, además de las veces que venía a jugar con Florrie. Florrie y Claire vivían conmigo ahora, y así sería en los días venideros. Todo salió a la luz después de la recaudación de fondos: el alcoholismo, el abuso… La sorpresa

de Claire al ver que Lottie se había percatado de todo cuando sus amigos y familiares más cercanos no sospechaban nada. Sé que Claire había hablado con Lottie y se había disculpado, pero Lottie había insistido en que Claire no había hecho nada malo. Sencillamente le alegraba que Claire estuviera a salvo. Le dijo algo que le habían dicho a ella de niña: «Todo el mundo tiene derecho a no tener miedo». Sentí una opresión en el pecho al recordar que alguien le había dicho eso a mi pequeña Lottie, que Lottie había tenido motivos para tener miedo con la edad de Hayley.

Blake había ido a Alcohólicos Anónimos y se pasaba casi todo el día o rogándole a mi hermana que le diera otra oportunidad o rogándome a mí que le devolviera el trabajo. Ninguna de las dos cosas iba a suceder. Lo ocurrido durante la recaudación de fondos había impactado a Claire y la había impulsado a cortar todo contacto con él. Florrie, por su parte, estaba más triste por no ver a Lottie que otra cosa, pero es que hacía mucho que Blake no era santo de su devoción.

Creo que el hecho de que mi padre hubiera estado tan poco involucrado en mi infancia me permitió excusar a Blake; me permitió normalizar su mala relación con su hijastra; pero la verdad es que papá era un desconocido para mí cuando murió, y eso no está bien. Desde luego, no quería ese tipo de relación ni con Hayley ni con Florrie.

Hayley ladeó la cabeza.

—¿Subirás hoy? —me preguntó en voz baja.

Negué con la cabeza.

—Lo siento, polizona. —Hayley frunció el ceño—. Ya lo lograremos. ¿Confías en mí?

—Sí —respondió de inmediato, sin dudarlo.

Su confianza incondicional era muy valiosa, e iba a hacer todo lo que estuviera en mi mano por cumplir mis promesas.

—¿Todo bien con tu hermana? —le pregunté.

Se mordió el labio y miró a un lado.

—Puedes contarme lo que sea, ya lo sabes.

—Lottie está depre todo el tiempo —susurró—. Finge por mí, pero… —Se encogió de hombros. Al igual que su hermana, Hayley percibía si alguien era infeliz. Era imposible ocultarles algo a esas chicas, ni siquiera entre ellas—. Además, está preocupada. Mis abuelos quieren que me… —Se le quebró la voz.

Sentí una punzada de furia.

—¿Que tú qué, querida? —pregunté en voz baja, reprimiendo mi ira.

—Quieren que me vaya a vivir con ellos. Me lo preguntaron; pero yo quiero vivir con Lottie. No puedo estar sin ella. —Empezaba a parecer algo asustada, así que le di un abrazo.

—Nadie te separará de tu hermana —dije con firmeza contra su cabello. Me aparté para mirarla directamente a los ojos—. ¿Queda claro? No permitiré que nadie os separe. ¿Entendido?

Hayley ladeó la cabeza y asintió con firmeza.

—Entendido.

Una de las hermanas ya confiaba en mí; faltaba la otra.

Capítulo 38

Eres mi alelado



Lottie

—Todo irá bien, tesoro —le dije a Hayley mientras le apretaba la mano.

Pero se me encogía el corazón al ver la cantidad de gente que llenaba la sala. Parecía que fuéramos Hayley y yo contra un ejército. Sus abuelos habían traído un abogado. Ni se me había pasado por la cabeza. ¿Un abogado? Creía que íbamos a decidir dónde sería más feliz Hayley, y no necesitábamos un abogado para eso, ¿no? Y, por alguna razón, todos pasaron antes que nosotras. Nos dejaron esperando fuera mientras ellos llevaban más de veinte minutos ahí dentro. ¿Cómo podían estar decidiendo algo sin hablar con Hayley y conmigo? Laura, nuestra trabajadora social, se asomó fuera y nos dedicó una sonrisa forzada.

—Vale, ya podéis pasar —dijo con una alegría impostada.

Mi pánico volvió a aumentar, ya había visto antes esa cara: la que ponía la gente cuando iba a desilusionarme. Me habían decepcionado bastante desde pequeña, así que sabía lo que

significaba esa mezcla de lástima y resignación. Hayley y yo entramos tras ella. Al mirar a Brenda y Tony, no percibí la clásica ira desafiante de antaño; en cambio, Brenda jugueteaba con sus mangas y parecía incómoda. Tony solo me miró a los ojos un momento.

—¿Traéis a alguien? —preguntó Laura, casi con esperanza.

Negué con la cabeza. Estaba a punto de responder, cuando la puerta de la sala de espera se abrió de golpe y Ollie entró en tromba. Estaba aterrado, despeinado y guapísimo. Sabía que no debería, pero, al verlo, sentí un alivio tan intenso que podría haberme derribado con su fuerza arrolladora. Nos miró a Hayley y a mí y vi el mismo alivio reflejado en sus ojos. Vino directo hacia mí, me tomó de la mano y me puso algo en el dedo anular. Me besó en la sien y me susurró al oído:

—Confía en mí.

Y retrocedió para abrazar a Hayley.

—¡Polizona! ¡Qué alegría verte por aquí! —exclamó entusiasmado —. Acabemos con este rollazo y larguémonos a comer tortitas. Lo bueno es que te libras de ir a clase.

Hayley sonrió por primera vez en todo el día. Se me encogió el corazón.

—Sentimos muchísimo el ligero retraso.

Me sobresalté al oír a Margot. Ella, Vicky y Claire se agolpaban en la sala y procedieron a abrazarnos a Hayley y a mí por turnos.

Laura observó a mis numerosos y repentinos acompañantes con creciente desconcierto.

—Usted primero —dijo Ollie con suavidad, extendiendo el brazo para que Laura nos precediera en la sala de reuniones.

—S-sí —tartamudeó.

Ollie le abrió la puerta y todos pasamos junto a él. Brenda y Tony abrieron mucho los ojos al observar la cantidad de gente que llenaba mi lado de la mesa. Tras tantas reuniones previas solo conmigo, probablemente les resultaba imposible asimilar el cambio en el desequilibrio de poder.

Denise, la delegada de protección, carraspeó.

—Muy bien —dijo con tono alegre para disimular su sorpresa—. Sabía que esperábamos a Hayley y a Lottie hoy. Hola, Hayley. —Hayley me apretó la mano con más fuerza, pero no respondió, lo cual no me sorprendió; ahora hablaba con grupos reducidos, pero el ambiente era demasiado intimidante como para que dijera algo. Sentí una oleada de ira por que la hubieran puesto en esa tesitura, pero la reprimí—. Pero creo que no estábamos al tanto del apoyo adicional que acompaña a Lottie hoy. ¿Qué tal si nos presentamos?

Una vez hechas las presentaciones de rigor, Brenda y Tony empezaron a palidecer. Cuando Ollie se presentó como Oliver Harding, duque de Buckingham, el silencio que siguió fue denso y tenso. Era la primera vez que oía a Ollie usar su título como arma desde el incidente en la escuela. Su tono aristocrático dejó claro a los presentes que él era el que mandaba; que cientos de años de educación hacían de su autoridad algo incuestionable. Ni en las negociaciones comerciales más arduas sonaba tan mandón.

—Vale —dijo Denise con valor, pues todos habían enmudecido de asombro—. Pues si estamos listos, empiezo. Esta reunión es para ayudar a evaluar qué sería lo mejor para Hayley. Después de hablar con Brenda y Tony, creo que lo mejor sería que charlásemos un ratito mientras Hayley se va un momento con Laura a tomar un chocolate caliente. Cuando vuelva, que dé también su opinión. ¿Vale, Hayley?

Hayley se había acurrucado contra mí y me apretaba tanto la mano que casi me hacía daño.

—No pasa nada, tesoro —murmuré cerca de su oído. La besé en la sien—. Cuando te acabes el chocolate, vuelves.

Negó con la cabeza, pero entonces Claire se acercó y se agachó a su lado.

—Va, cielo —le dijo en voz baja—. ¿Quieres que te acompañemos Vicky y yo? Tengo caramelos en el bolso. ¿Nos los comemos a escondidas?

Hayley miró a Ollie, se llevó la mano al pecho y acto seguido me tocó el mío. Tuve que parpadear muy rápido para contener las lágrimas. Ollie dio la espalda a los demás como si estuviéramos solos. Se llevó la mano al pecho, después me tocó el mío y, por último, el de Hayley.

—Cuidaré de ella —le dijo con firmeza.

Hayley lo miró a los ojos un buen rato y asintió despacio. Me soltó la mano y dejó que Claire y Vicky la sacaran de la habitación.

—Brenda, Tony —dijo Denise—. Podéis empezar.

Brenda carraspeó y miró nerviosa a Ollie, quien ahora estaba recostado y daba una impresión de relax total, pero yo notaba que estaba sumamente tenso y concentrado mientras la miraba fijamente.

—Bueno, como ya he dicho, la niña estaría…

—Hayley —la corrigió Ollie con el tono restallante de un látigo—. La niña no; Hayley.

—S-sí, claro —repuso Brenda, que carraspeó antes de continuar —. Hayley estaría mucho mejor a nuestro cuidado. Lottie ha demostrado que es demasiado joven para asumir una responsabilidad así. No está satisfaciendo las necesidades de Hayley como debería. Esa niña sigue sin hablar, y Lottie se lo consiente. Está claro que necesita más límites en el entorno familiar. Lottie no dispone de los recursos necesarios para ayudar a nuestra nieta como es debido. Es una niña cuidando de otra niña. Totalmente inapropiado, vamos. Y luego está este artículo, a saber en qué anda metida. Se ha llevado un buen pellizco por… Preferiría no decirlo.

Estupefacta, me quedé paralizada en mi asiento. Fue entonces cuando vi que había un periódico en la mesa. Antes de que dijesen algo, me levanté como un resorte y lo cogí.

—Jesús, María y José —musité mientras me hundía en la silla y miraba el periódico, ahora arrugado.

Había una foto de Ollie y mía en el pasillo de la recaudación de fondos. Él me besaba en el cuello y yo echaba la cabeza hacia atrás y abría ligeramente la boca. El titular rezaba: «El duque paga

cincuenta mil dólares a la limpiadora por servicios prestados». Por un momento sentí que iba a vomitar. Noté un pitido en los oídos y empecé a ver borrosos los rostros de los demás. Entonces noté que Ollie me agarraba la mano con la suya, grande y cálida. Su voz atravesó mi embotamiento y me ancló al presente.

—Respira, Lottie —murmuró—. Confía en mí, ¿vale?

Respiré hondo y solté el aire despacio. Ollie carraspeó y se enderezó en la silla. Era lo bastante consciente de mi entorno como para notar que el ambiente cambió cuando empezó a hablar.

—No sabía que las reflexiones de la prensa sensacionalista aparecieran con tanta frecuencia en las discusiones sobre la custodia de los niños —comentó Ollie como quien no quiere la cosa, mirando fijamente a Brenda y Tony. Tony tragó saliva y Brenda se sonrojó—. ¿Mamá?

Sin apartar la vista de Brenda, le pasó el periódico.

—Descuida, cielo —exclamó Margot con tono alegre mientras le quitaba el periódico, lo llevaba a la papelera del rincón, lo arrugaba con notorio entusiasmo y lo tiraba.

—Pero ya que se han sacado a la luz cotilleos sensacionalistas —prosiguió Ollie—, comentémoslos antes de pasar al meollo de la cuestión. Mi madre conoció a Lottie y Hayley cuando Lottie trabajaba para mí. La señorita Lottie Forest le pidió un préstamo, con el cual sufragaría los gastos adicionales de la matrícula escolar de su hermana. Si no me equivoco, tiene los informes educativos de hace nueve meses en los que se describen las recomendaciones para Hayley. Su escuela no podía satisfacer sus necesidades educativas; de hecho, el dinero para sus necesidades educativas especiales nunca se usó solo para Hayley, sino que se destinó a un fondo con el resto de la financiación especial, algo totalmente inapropiado. Hayley no progresaba y, por aquel entonces, Lottie no contaba con los medios para financiar una psicopedagogía privada. El préstamo que pidió cubrió los gastos adicionales. Además, ya lo ha devuelto en su totalidad, tengo el extracto bancario de mi madre que lo

prueba. Mi relación con la señorita Forest no tiene nada que ver con ninguna transacción financiera entre mi madre y ella.

—No me dedico a comprarle mujeres a mi hijo —intervino Margot —. Como se imaginará usted, nunca le han hecho falta ni mi intromisión ni pagar a nadie para captar el interés de ese sector de la población.

—Bueno…

—Vayamos al grano, ¿de acuerdo? —intervino Ollie en el momento justo. Su tono se tornó letal al inclinarse sobre la mesa—. ¿Insinúa que pagué a la señorita Forest a cambio de sexo?

—Señor Harding —exclamó Denise—, no creo que haga falta entrar en…

—Soy su excelencia.

—¿C-cómo?

—Que la forma correcta de dirigirse a mí es llamándome excelencia.

—Ah, yo solo decía…

—¿Cree que tengo que pagar por sexo, señora Corbett? —le preguntó a Denise, que se quedó boquiabierta de la sorpresa.

Oí a alguien reír entre dientes en la otra punta de la mesa. Laura estaba como un tomate y apretaba los labios para que no se le escapase la risa.

—Lo dudo mucho —contestó al fin Denise, con voz entrecortada.

Ollie asintió.

—No, la pregunta del millón es: ¿por qué los abuelos de Hayley, con los buenísimos recursos que aseguran que tienen, no ofrecieron a la señorita Forest ayuda para que financiase el apoyo psicológico y educativo adicional que necesitaba Hayley?

Tony carraspeó y se movió incómodo en la silla.

—Bueno, la verdad es que no pensábamos que… No sabíamos…

—¿Qué? —preguntó Ollie, enarcando una ceja—. ¿No sabían los gastos adicionales con los que debía correr la señorita Forest?

—No considerábamos necesaria esa tontería —balbuceó Brenda.

La sala enmudeció.

—¿Han leído los informes educativos? —intervino Ollie con una voz grave y amenazante que destilaba pura rabia.

Brenda puso los ojos en blanco.

—Todo eso son pamplinas. Esta niña necesita límites, no terapia sofisticada. Cuánta americanada.

Eso fue la gota que colmó el vaso. Iba a seguir el ejemplo de Ollie: Se había acabado el hablarle con tacto a esa mujer.

—Porque los límites y la inaccesibilidad emocional le fueron de maravilla a tu hijo —solté.

—¡Tendrás morro! —me espetó Brenda.

—El motivo por el que mi hermana no habla no es por falta de límites. —Me sorprendió lo clara que sonaba mi voz, pero es que luchaba por mi familia. Ollie me daba la mano. Me veía capaz de hacerlo—. No tiene nada que ver con cómo la he cuidado. No hablaba nada de nada cuando la acogí, estaba traumatizada. ¿Por qué? —Se hizo un silencio denso mientras Brenda miraba a Tony, que no sabía dónde meterse—. ¿Y vuestro hijo?

—No es justo —me espetó Brenda—. Si no se hubiera juntado con tu madre, nunca habría…

—No estoy defendiendo a mi madre —dije—. Nunca defenderé a mi madre, os lo aseguro; pero vuestro hijo decidió tener un hijo con ella, como también decidió abandonar a su familia cuando mi hermana tenía solo cinco años. La dejó con una mujer inestable que recayó en el alcoholismo, algo que sabía que pasaría. No me llamó para decirme que lo había hecho, simplemente se fue. Fui yo quien fue a ver cómo estaba mi hermana; fui yo quien se encontró el piso hecho un desastre. Me encontré a una hermana hambrienta, con la ropa sucia y la voz ronca de tanto llorar, mientras mi madre estaba roque en el sofá. Lo denuncié a los servicios sociales, me llevé a mi hermana a casa y la cuidé. Me las vi negras para acogerla. Insistí una y otra vez para que le hicieran evaluaciones psicológicas cuando dejó de hablar, y, por cierto, puede que dejase de hablar a los demás, pero nunca a mí. La consolé en el funeral de nuestra madre.

A diferencia de vuestro hijo y de vosotros dos, yo he estado a su lado desde que era un bebé.

—No podíamos verla cuando estaba con tu madre —balbuceó Tony—. No atendía a razones, y no aprobábamos sus…

—Mi madre no era una persona razonable —dije—. Sobria, era complicada, muy complicada; borracha, era un monstruo. Me fallaba constantemente, me descuidaba y abusaba de mí emocionalmente; sin embargo, se la consideró lo bastante responsable como para conservar la custodia de mi hermana después de su nacimiento. En ese momento estaba sobria, pero yo sabía que no duraría mucho, así que me aseguré de mantener una relación con ella. Lo hice para cuidar de mi hermana. La alternativa era distanciarme de ella, ¿y dónde habría dejado eso a Hayley? ¿Tuve que salvar las trabas que me puso mi madre? Sí. ¿Habría hecho lo que fuera por mi hermana? También, sí. La cuestión es que, durante años, os desentendisteis de mi madre y, a su vez, de vuestra nieta.

—Me parece que la única adulta que ha priorizado las necesidades de Hayley en todo momento ha sido Lottie —añadió Ollie en el silencio que siguió—. Han dejado claro lo mal que les cae Lottie; sin embargo, ella sigue procurando que mantengan el contacto con su nieta, les sigue llevando a Hayley. Incluso la dejó en su casa la pasada Navidad, ¿a que sí? Fue hasta su casa en transporte público el día de Navidad.

Brenda y Tony empezaron a parecer incómodos. Me pregunté adónde quería llegar Ollie con eso.

—¿Lottie también se quedó ese rato con ustedes? —les preguntó. Fue entonces cuando capté la ira ardiente que se reflejaba en su voz.

—No, claro que no —le espetó Brenda.

Tony se miró las manos.

—¿Saben dónde pasó Lottie las tres horas que estuvo Hayley con ustedes?

—¿Y a nosotros qué?

—¿Les preguntó Hayley si podía pasar su hermana también?

Brenda apartó la vista al oír eso.

—No me acuerdo —contestó.

—El año pasado estábamos bajo cero el día de Navidad. ¿Lo sabían? —Ollie se giró hacia mí—. Lottie, ¿dónde pasaste esas tres horas?

—En el parque de la esquina —dije.

—Claro, porque todo está cerrado o lleno el día de Navidad, ¿no?

—Deberíamos haber dejado pasar a la chiquilla —soltó Tony—. Hayley nos lo rogó, pero no… —Entonces me miró—. Lo siento, cariño. Deberíamos haberte invitado. Deberíamos haber…

—¡Pero bueno, Tony! —le espetó Brenda—. ¿Qué haces? ¡Ella no pinta nada con nosotros! Es…

—¡Es la hermana de Hayley, hombre! ¿No ves lo que quiere su excelencia que entendamos? Que es familia. Quizá no de sangre, pero deberíamos haberla tratado como tal. No merecemos el esfuerzo que ha hecho por incluirnos en la vida de Hayley.

La mesa guardó silencio, pues aún resonaban las palabras de Tony. Por un momento, nadie habló. Entonces, rompí el silencio al fin.

—Quitando lo reacios que sois a que vaya a terapia, sois buenos abuelos —acabé diciendo—. Pues claro que quería que estuvierais en la vida de Hayley. Cuanta más familia tenga, mejor.

Me sorprendió entonces ver que a Brenda se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—Ay —logró decir antes de hundirse en el hombro de Tony a sollozar.

—Eh… vale —dijo Denise, indecisa—. No sé si deberíamos…

—Lo siento —la interrumpió Brenda, con la mirada fija en mí, ignorando por completo a Denise—. Tu chico tiene razón, Tony tiene razón. Deberíamos haberte tratado como familia, y no lo hicimos. Te metimos en el mismo saco que a tu madre, y nos daba una rabia tremenda que… —Se puso a llorar, casi sin fuerzas, otra vez.

—El último fin de semana que tuvimos a Hayley, la atosigamos tanto que volvió a dejar de hablar —nos confesó Tony—. Y lo

sentimos. Pensábamos que Lottie era parte del problema, pero estábamos tan ciegos que no veíamos la realidad. Pues claro que Hayley debería estar con su hermana. Lamentamos haber sugerido separar a las niñas.

—Vale —dijo Laura, despacio—. Pues ¿a qué acuerdos sobre la custodia vamos a llegar? Veo que había preocupación por la falta de apoyo y de un hogar estable. —Laura echó un breve vistazo a mi comitiva y disimuló una sonrisilla—. No sé yo si es un tema tan preocupante, ¿no les parece?

—En cuanto al alojamiento, Hayley y Lottie pueden elegir entre mis tres domicilios del Reino Unido, mi villa de la Toscana, mi apartamento de Nueva York o mi chalé de Verbier —dijo Ollie.

Laura volvió a reír entre dientes, pero se tapó con la mano para que no se la oyese. Ollie me puso la mano en la mesa para que se viese el anillo, el cual reflejaba la luz de la bombilla del techo.

—Además, yo he alquilado otro piso en Kensington. Es un apartamento con jardín al que nos mudaremos en dos semanas —les dije.

—¿No vivís juntos? —me preguntó Laura, ceñuda y confundida.

—Todavía no estoy casada —le dije—. Hasta entonces, tendremos una propiedad particular, separada de Buckingham Estate.

Denise suspiró, cerró nuestro expediente con un golpe seco y se giró para mirar a Brenda y a Tony.

—Atiendo muchos casos de protección infantil —les dijo—. Como os imaginaréis, tenemos montones pendientes. —Se le encendió la mirada—. Lo siento, pero esto empieza a parecerme una pérdida de tiempo. ¿De verdad creéis que esta niña no está segura al cuidado de su hermana?

Tony se miró las manos y Brenda tragó saliva al cruzar la mirada con Denise, que echaba chispas.

—¿Tenéis contacto con vuestro hijo actualmente?

Tanto Brenda como Tony negaron con la cabeza.

—¿Tenéis más hijos? ¿Más familia?

Otro movimiento de cabeza.

Denise carraspeó. Cuando volvió a hablar, su tono era más amable.

—Pues os propongo algo mejor: que aceptéis en la familia no solo a vuestra nieta, sino también a su hermana.

Se hizo un silencio después de su sugerencia. Entonces Tony levantó la vista y me miró a los ojos.

—Lo siento, cariño —dijo con voz queda.

Me picaban los ojos, pero parpadeé para no llorar y asentí despacio.

Denise suspiró y salió a buscar a Hayley y Claire para que volvieran dentro. Antes de que hablase alguien, Hayley se levantó y golpeó la mesa con su manita.

—Viviré con mi hermana —anunció con una voz fuerte y clara que resonó por toda la estancia. En ese momento sí que se me escapó una lagrimilla. En parte de orgullo, en parte de alivio, pero, sobre todo, de pura dicha. Hacía unos meses, jamás habría creído posible que Hayley se pondría en pie en una sala llena de adultos y se dirigiría a ellos en voz alta—. Somos el equipo Hermanas. Ollie, Claire, Vicky, Margot y Florrie pueden unirse al equipo. ¡Ah! Y Lucy, Felix, Mike y Legolas. Ya es un equipo grande. Yayos, si queréis, vosotros también podéis uniros, pero solo si vais a ser buenos con Lottie. No se permite a gente mala en el equipo Hermanas.

—Seremos buenos con tu hermana, cariño —dijo Tony con suavidad.

Hayley se cruzó de brazos y miró a sus abuelos con recelo.

—Habéis sido muy malos con ella. Decís que me queréis, pero no hay yo sin Lottie, así que tenéis que quererla a ella también.

Brenda se levantó y rodeó la mesa de la sala de reuniones para ir hasta Hayley. Al llegar a su altura, se agachó.

—Lo siento, cielo —dijo Brenda en voz baja, apartándole el pelo de la frente y pasándoselo por detrás de la oreja.

—Nos portaremos mejor, cariño —dijo Tony tras plantarse junto a su esposa.

Hayley ladeó la cabeza y dudó un momento antes de arrojarse a los brazos de Brenda. La mujer se quedó sin aliento al abrazar a Hayley, arrugó los ojos y se le cayó una lágrima. Su cara era de puro alivio. Cuando le pasó la niña a Tony, se giró hacia mí.

—Me equivoqué —dijo con la voz tensa, a pesar de las lágrimas que le surcaban el rostro sin control. Tragó saliva y añadió—: Lo siento.

Tony y Hayley ya se habían separado. Daba la sensación de que todos contenían el aliento mientras Brenda y yo nos observábamos. Entonces Brenda hizo algo que jamás habría esperado: me abrazó. Tardé unos segundos en salir de mi asombro y devolverle el abrazo, pero lo logré.

—La mantuviste a salvo —dijo, con la voz entrecortada por los sollozos—. Tú también eras una niña y la mantuviste a salvo.

—Ya está, Brenda —murmuré, completamente abrumada.

Entonces Tony también me abrazó y me dijo lo gilipollas que había sido y lo mucho que lo sentía.

—Bueno, pues ya está todo arreglado —dijo Denise con voz ronca mientras Tony y yo nos separábamos.

Cuando las miré a ella y a Laura, vi lágrimas en sus ojos.

—Qué alegría —comentó Margot—. Bueno, si ya está todo dicho, propongo que vayamos a comer a The Ivy. Vosotras también estáis invitadas.

Laura sonrió.

—Debo decir que es la primera vez que una reunión de este estilo acaba con una invitación para comer en un restaurante tan elegante.

—Querida, su salmón con costra está de rechupete.

Denise rio.

—Tenemos otra reunión, así que deberemos conformarnos con una empanadilla de Greggs, pero gracias.

Todos salimos del edificio. Tras una hora de emociones, estábamos bastante incómodos. Supuse que Tony y Brenda se irían escopeteados, pero aún faltaba por ver la mayor sorpresa del día,

pues, una vez fuera, Tony se acercó a Ollie y le puso la mano en el brazo.

—Esto… Eh… verá… —Carraspeó para reunir valor para continuar. Tras un momento de vacilación, sacó pecho y dijo—: Lottie no tiene más familia, así que…

—Sí que la tiene —lo cortó Margot—. Nosotros somos su familia.

—Todavía no se han casado —replicó Tony, a lo que Margot apretó los labios con frustración.

Tony se volvió hacia Ollie y, decidido, le soltó:

—A lo que voy es a que ahora nosotros somos su familia. —Desvió la mirada un momento y volvió a carraspear—. Q-que sepa que no voy a permitir que un prenda con dinero juegue con sus sentimientos. Sé que la ha enfadado. Salta a la vista que lo ha perdonado, pero a partir de ahora no le quitaremos el ojo de encima, así que más le vale que sus intenciones sean honestas.

Me quedé de piedra. ¿Cómo habíamos pasado de que Tony me mirase por encima del hombro a que le echara la bronca a Ollie por si estaba jugando con mis sentimientos?

Hubo una pausa. Pensé que Ollie le soltaría otra pulla a Tony; sin embargo, con el semblante relajado, dijo:

—Considéreme advertido. Que conste que puede que haya fallado a Lottie en el pasado, pero no volverá a ocurrir. Las quiero muchísimo a ella y a Hayley.

Tony tragó saliva y asintió con firmeza.

—Pues nosotros mejor nos vamos —dijo Brenda para romper el incómodo silencio.

—¡Sí, hombre! —se opuso Margot, cogiendo a Brenda del brazo—, que hay que comer. Almorzamos juntos y miramos a ver cuándo les va bien venir a la casa de campo el mes que viene.

Echaron a andar calle abajo con Tony y Brenda a la zaga. Me costaba asimilar todas las emociones por las que había pasado ese día: el miedo de la mañana, la sorpresa de que el clan Harding al completo se hubiera personado en la audiencia, el alivio de que no fueran a quitarme a Hayley, el cambio radical que habían pegado

Brenda y Tony, que habían pasado de tenérmela jurada a quererme como si fuera su nieta.

Y luego estaba Ollie…

—Te has pasado trayéndote a toda la tropa —le comenté mientras me agarraba la mano izquierda con fuerza.

Cerrábamos la comitiva. Hayley iba entre Claire y Tony, y Vicky, con la viuda y Brenda.

Se encogió de hombros y me sonrió sin el menor arrepentimiento.

—No quería que nadie dudara de que tenéis en quién ampararos.

Puse los ojos en blanco.

—Todavía no he aceptado nada.

—Pero podrías darme una mísera oportunidad.

Me mordí el labio y, al mirar la calle, me puse a rememorar las últimas semanas. Ollie acompañándome al metro y a casa, Ollie cumpliendo la promesa que le hizo a Hayley, Ollie viniendo con su familia a dar la cara por mí, y el sexo con él tampoco estaba nada mal… Oye, ¿qué pasa? Cualquier mujer que se precie habría tenido en cuenta ese aspecto. Pero ¿vosotros habéis visto cómo está el muchacho? ¡Jesús!

—Quizá una chiquitina —repuse en voz baja.

Frenó en seco.

—¿Ollie? —dije, perpleja, girándome hacia él.

Su expresión era intensa cuando me tocó la mejilla.

—¿Lo… lo dices en serio? —preguntó. Era la primera vez que oía a ese hombre titubear y no derrochar seguridad, pero fue el tono esperanzado de su voz lo que me llegó al alma. Me pareció como si algunos de mis pedazos rotos volviesen a encajar y se me pasase el embotamiento—. Lottie, preciosa. ¿Lo dices en serio?

—Sí —susurré.

Cerró los ojos despacio mientras apoyaba la frente en la mía y exhalaba un largo suspiro de alivio, ignorando por completo a los londinenses que pasaban por nuestro lado.

—Joder, menos mal —dijo con la voz ronca por la emoción mientras me estrechaba con fuerza y me besaba en la coronilla—. Te

quiero. Lo sabes, ¿no? ¿Sabes cuánto te quiero?

Sonreí contra su pecho.

—Pues claro que lo sé, alelado —dije mientras me apartaba un poco para mirarlo a los ojos, los cuales, para mi sorpresa, estaban vidriosos por las lágrimas contenidas.

—Tienes razón. Soy un alelado.

—Eres mi alelado. Porque yo también te quiero.

Me rodeó la espalda con una mano, enredó la otra en mi pelo y, justo ahí, en mitad de una de las calles más concurridas de Londres, en pleno día, el duque de Buckingham me besó. Había *paparazzi,* claro, pero Ollie lo sabía y le importaba un pimiento.

Epílogo

Porque así era la familia



Lottie

—Qué raros son los pijos —susurró Hayley, a lo que yo asentí con fervor.

Nos habían pintado círculos negros por toda la cara con corchos quemados y estábamos viendo a Bertie, uno de los muchos primos de Ollie, cumplir su castigo, que consistía en dar cinco vueltas a la casa en ropa interior (nada fácil teniendo en cuenta el tamaño del casoplón campestre). Hacía un frío que pelaba y Bertie no estaba en muy buena forma. Lo seguimos con la mirada mientras pasaba como un rayo frente a los ventanales del salón, con unos calzoncillos con la bandera británica que apenas cubrían sus partes.

Por lo visto, así se celebraba la Navidad en las casas de postín. Por la mañana, se daban regalos, la mayoría hechos a mano, por menos de cinco libras; engullían una cantidad ingente de pavo; cómo no, veían el discurso del rey, y, finalmente, se pasaban el resto de la tarde jugando, de ahí los círculos negros y el primo corriendo en bolas.

Aparte del enorme tablero de Twister extendido en el suelo y el karaoke, sospechaba que esa familia llevaría siglos jugando a la mayoría de esos juegos. Nos acostumbraron a ello el año anterior. Por aquel entonces, para disgusto de Ollie, aún no vivíamos con él en sentido estricto, pero es que necesitaba tiempo para volver a confiar en él. Además, había alquilado un piso durante seis meses, no iba a malgastar ese dinero por mucho que Ollie insistiese en que «no necesitaba el condenado dinero» y que «compraría el puñetero piso si tanto me preocupaba». Mientras él daba voces, yo pasé de él estoicamente. Hasta que entraron a robar en mi otro piso y Ollie declaró la zona «prácticamente un gueto» (estábamos en Kensington, cerca de él, así que nada más lejos de la realidad).

Pero me suplicó, Claire me suplicó, Florrie me suplicó y, finalmente, Hayley me suplicó. Hayley nunca pedía nada, y al ver que pedía algo que yo quería, decidí darle el gusto. Así que nos mudamos. Claire y Florrie aún vivían ahí. Para entonces, Blake ya había abandonado el domicilio familiar, pero, de momento, prefería vivir con Ollie.

No me había dado cuenta de lo preocupada que estaba Claire por la cuestión doméstica hasta que me preguntó si estaban invadiendo mi hogar. Mi hogar. Totalmente confundida, le dije que estábamos en la casa de la familia Harding, y, para alguien que rara vez perdía los estribos, se puso furiosa. A Ollie y a su familia no les gustaba que insinuase que Hayley y yo no éramos de los suyos.

Seis meses después de mudarme, nos casamos en la iglesia de Little Buckingham. Hayley, Florrie, Vicky, Claire y Lucy fueron las damas de honor. Legolas irrumpió en la iglesia y se comió mi ramo (bueno, la versión oficial es que lo estaban adiestrando. Hayley y Florrie llevaban semanas preguntando si podía ser el padrino honorario; llevaba una pajarita en la crin, así que tuve mis dudas). Felix se ofreció a llevarme al altar, pero al final decidí ir sola. Al fin y al cabo, llevaba toda la vida apañándomelas por mi cuenta, no había motivo para no cruzar la nave de una iglesia con la cabeza bien alta. Ollie ni siquiera me dejó recorrerla entera, nada más verme con el

vestido de encaje que había elegido con Lucy y sus hermanas, se le hicieron chiribitas los ojos. No iba ni por la mitad del camino cuando se hartó: enfiló el pasillo y me abrazó y me besó delante de todos los invitados. El resto del camino lo hice de su mano; me arrastraba con tanto ímpetu que me iba a caer con los tacones.

El vicario se quedó pasmado.

—Todavía no hemos llegado a esa parte, jovencito —le dijo a Ollie.

—Perdón, padre —dijo Ollie con su habitual encanto—, pero esta señorita me ha hecho esperar demasiado. Necesitaba asegurarme de que no se echaba atrás.

Cuando llegó el momento de los votos, pronunciamos los tradicionales, y entonces Ollie sorprendió a todos llamando a Hayley. Le cogió la mano y, sin soltar la mía, se agachó a su altura.

—Hayley —dijo, sonriéndole—. Soy consciente de que me caso con Lottie, pero quiero hacerte unas promesas a ti también, ¿vale?

Hayley asintió, con los ojos brillantes al mirar a ese hombre tan increíble. Ollie respiró hondo y nos dejó alucinadas con lo que soltó a continuación:

—Prometo amarte, aunque te comas la última cucharada de Nutella —empezó, y Hayley y los demás rieron—. Prometo seguir contando chistes malos para avergonzarte delante de tus amigos el resto de tu vida.

—Hala, no —gimió Florrie, lo que provocó más risas del gentío.

—Prometo que te profesaré un amor más grande que el mismo cielo —le dijo con voz más suave, llevando la mano de Hayley al pecho de mi hermana y cubriéndola con la suya, para acto seguido llevárselas al centro de su propio pecho—. Prometo que tú, tu hermana y yo siempre seremos un equipo. Y Hayley, mi pequeña polizona, prometo que nunca te abandonaré.

Hayley no pudo contener las lágrimas, al igual que la mayoría de los presentes, y se lanzó a los brazos de Ollie. El resto de la ceremonia transcurrió con Hayley pegada a la cadera de Ollie y yo bajo su otro brazo. La foto que amplié para nuestra cocina es justo

la pose que hicimos al salir de la iglesia: Ollie sonriendo abiertamente y con orgullo a la cámara como si no se creyera lo afortunado que es, yo dirigiéndole una sonrisa radiante desde debajo de su brazo y Hayley enterrando su carita risueña en su cuello.

—Ay, coño —gritó Claire mientras se le caía el huevo del plato. Girar huevos duros en un plato era otro juego de salón de pijos que me costaba entender—. Lottie, te toca.

Nunca pensé que Claire fuera especialmente callada, sino que estaba sometida, pero me estaba dando cuenta de que era igual de escandalosa e intensa que su hija. Era obvio que Blake la había estado reprimiendo. Su divorcio se había formalizado la semana anterior y, desde entonces, se mostraba aún más alegre que de costumbre. Había dejado de preguntarnos si queríamos que se fuera de casa cuando una noche me puse seria y le dije: «Claire, Hayley y yo llevamos años siendo una familia pequeña de dos. Hemos estado bien, pero nunca entenderás lo mucho que significa para nosotras vivir en familia. ¡Mecachis en la mar, si hay más baños que gente en este casoplón!».

Mientras giraba un huevo sobre un plato, algo que en mi vida me habría imaginado haciendo, Hayley me tiró de la manga.

—¿Ya? —susurró.

Miré a Brenda y Tony, que estaban en la otra punta de la estancia, también manchados de hollín de corcho, y alcé el sobre que me había dado mi hermana. Brenda asintió y Tony le tomó la mano, me sonrió y levantó el pulgar.

—Sí, tesoro —le contesté—. Va, adelante.

Tomé una copa de champán y le di golpecitos con una cuchara que había birlado antes para llamar la atención de los demás.

—Buenas —dije, un poco insegura, ahora que todos se habían callado. Forcé una sonrisa y carraspeé. Ollie me miró ceñudo desde la otra punta. Distinguía mis sonrisas forzadas de las sinceras—. Hayley quiere decir algo. Quería decirlo ella misma, pero, como

sabéis, no habla muy alto, así que, si pudieseis guardar silencio, aunque sea unos minutitos, os lo agradeceríamos muchísimo.

Ollie y sus largas piernas salvaron la distancia que nos separaba en dos zancadas y, para cuando Hayley se puso de pie, ya estaba a mi lado.

—Hola —dijo Hayley tan bajito que algunos tuvieron que inclinarse hacia delante para oírla. Se me iba a salir el corazón por la boca—. Quería darle mi regalo a Ollie y… —Dejó la frase ahí y me tiró de la mano. Cuando me agaché, me susurró al oído—: Ahora me parece una tontería. ¿Es una tontería?

Se me hizo un nudo en la garganta y la tomé del rostro con las manos.

—No es ninguna tontería, tesoro —dije con ímpetu—. Nadie pensará eso. Y menos Ollie.

—¿Qué pasa? —preguntó este, preocupado—. ¿Hails? ¿Estás bien, querida?

Hayley irguió los hombros y se giró hacia él, pues había perdido el valor para dirigirse a toda la sala.

—Quería hacerte un regalo, pero a lo mejor es un poco tonto —dijo en voz baja.

—Jamás pensaría que un regalo tuyo es una tontería, polizona —le aseguró Ollie, acuclillándose para ponerse a su altura.

Hayley agachó la cabeza y miró al suelo mientras le entregaba el sobre. Ollie lo aceptó, lo abrió y leyó el contenido por encima. Cuando se dio cuenta de lo que era, cerró los ojos un instante y, al abrirlos, su cara era de una belleza salvaje.

—Hayley —musitó, y estrujó los papeles al abrazarla.

—¿No te parece una estupidez? —le susurró Hayley al oído.

Él se apartó un poco para apoyar la frente en la de ella.

—No, cariño —le dijo—. Es el mejor regalo que me han hecho en toda mi vida. Es de todo menos una estupidez.

—¿Qué es? —gritó Claire tras levantarse del tablero de Twister con las manos en jarras.

—Ay, mamá, qué tonta —dijo Florrie con su característico tono de exasperación—. Son los papeles de adopción. Hayley se los ha dado al tío Ollie. ¡Jo, qué cortitos sois los adultos a veces!

—Brenda y Tony han conseguido el consentimiento que necesitábamos. —Por fin habían localizado a su hijo. Les había roto el corazón, pero el tipo había renunciado a sus derechos parentales encantado—. Seremos sus tutores legales juntos —le dije con vacilación.

Ahora fue a mí a la que miró con vehemencia. Aupó a Hayley entre los dos y nos abrazó a ambas.

—Hay otro regalo —le susurré al oído—, pero no llegará hasta dentro de unos siete meses.

Se quedó paralizado. Me miró estupefacto y se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja. Nos levantó del suelo y nos dio vueltas como si no pesásemos nada. Hayley y yo chillamos, y los presentes aplaudieron y vitorearon.

Y esa foto, tomada por Margot, quien, pese a estar llorando a mares, reconocía una buena instantánea a la legua, fue la que acompañó a la de nuestra boda. Todas las mañanas tomaba el té en mi taza de postín y miraba esas fotos; y casi todas las mañanas, cuando Ollie me pillaba haciéndolo, me besaba para devolverme al presente, lo que hacía que Claire y las niñas gimiesen del asco. Porque así era la familia. Los chinchabas, los ponías de los nervios, pero, sobre todo, los querías.

Agradecimientos

Especialmente, quiero darle las gracias a Ollie. Por su arrogancia al declarar que quería aparecer en uno de mis libros, pero no como «un cabrón cualquiera». No, él quería ser un duque, y como yo soy una persona muy complaciente, me inspiró para escribir.

Muchísimas gracias también a mis lectores. Jamás soñé que la gente dedicaría su tiempo a leer estas historias que salen de esta mente tan extravagante; me siento muy honrada, más allá de lo que soy capaz de expresar. Estoy asimismo enormemente agradecida a los críticos que se han arriesgado conmigo: vuestros comentarios han sido importantísimos para los libros, y son la razón por la que, para mí, la escritura no es solo una pasión, sino mi trabajo.

Susie's Book Badgers: sois personas maravillosas, y vuestro apoyo significa el mundo para mí.

A mis fantásticos lectores alfa Jess, Small Suse, Aurelia, Carly, Jane, Ruth, Katie y Andy: vuestros comentarios fueron esenciales y los aprecio mucho.

Gracias a mi agente, Lorella Belli, por el apoyo y los ánimos.

A Jo Edwards, mi fantástica editora y querida amiga: gracias, gracias, y perdón por todos los puntos y coma.

Gracias al maravilloso equipo de Keeperton, por creer en esta saga y llevar los libros a un público más amplio.

Y, por último, pero no menos importante, gracias a mi propio héroe romántico. Te quiero a ti, y a los niños, de aquí a la Luna.

Sobre la autora



Susie Tate es una autora superventas de novela romántica contemporánea. Escribe historias adictivas, reconfortantes y conmovedoras que hacen reír y llorar a los lectores a partes iguales. Sus protagonistas masculinos, carismáticos aunque imperfectos, deben esforzarse mucho para ganarse el perdón de sus heroínas, pero al final siempre logran redimirse.

Susie vive en el hermoso condado de Dorset con su maravilloso esposo, sus tres preciosos hijos y un perro encantador.

Los temas reales y crudos que Susie plasma en sus novelas suelen estar inspirados en sus experiencias como médica en el NHS (el Servicio Nacional de Salud de Reino Unido) durante los últimos veinte años.

Chic Editorial te agradece la atención dedicada a *Cazafortunas*, de Susie Tate. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura y te invitamos a visitarnos en www.chiceditorial.com, donde encontrarás más información sobre nuestras publicaciones.

Si lo deseas, también puedes seguirnos a través de Facebook, Twitter o Instagram utilizando tu teléfono móvil para leer los siguientes códigos QR:



Primera edición: febrero de 2026
Título original: *Gold Digger*
© Susie Tate, 2024

© de la traducción, Eva García Salcedo, 2026
© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2026
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Keeperton
Imagen de cubierta: Unsplash - Vitalii Arkhypenko
Corrección: Alejandra Montero

Publicado por Chic Editorial
C/ Roger de Flor, n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
chic@chiceditorial.com
www.chiceditorial.com

ISBN: 978-84-19702-74-6
THEMA: FRD
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Tabla de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora

